



YUNNUEEN GONZÁLEZ

La felicidad siempre está frente a ti... aun si no puedes verla

CONÓCE
me

Serie Welcome to London 4

CONÓCEME

Yunnuen González

Copyright ©2018 Luz Yunnuen González Sánchez
Primera Edición: Febrero 2018

Acerca de la portada

Fotografía de Renzo79.

Modelo de portada Sztella Tziotziosz.

Diseño de Yunnuen González.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, o distribuida por cualquier tipo de medio: impreso o electrónico, sin la autorización escrita del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción.

Las referencias a los acontecimientos, gente, o lugares son usados de manera ficticia y/o son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

[1. Starbucks](#)
[2. Interés](#)
[3. El desinterés](#)
[4. Papelito habla](#)
[5. Té](#)
[6. Satisfacción](#)
[7. Buenos días](#)
[8. Extraña frialdad](#)
[9. Infeliz cumpleaños](#)
[10. Corte limpio](#)
[11. Mala suerte](#)
[12. Reunión](#)
[13. Volando a Battersea](#)
[14. En las buenas y en las malas](#)
[15. Un poco de tiempo](#)
[16. Hogar, dulce hogar](#)
[17. La delgada línea](#)
[18. Solo hablemos](#)
[19. Al desnudo](#)
[20. Harry Potter](#)
[21. Conociéndolos](#)
[22. Los Spencer](#)
[23. El valioso reloj](#)
[24. Un triste adiós](#)
[25. Lejos de ti](#)
[26. Recuerdos eternos](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Derechos de autor & Renuncia de responsabilidad legal](#)
[Títulos disponibles](#)
[En línea](#)

*A los baristas de Starbucks...
quienes siempre me hacen feliz con un café del día, half&half caliente y
vainilla.*

STARBUCKS

ADDISON

Cappuccino dulce, doble caramelo macchiato helado, café mocha blanco... Alto, grande o venti. ¡Uff! ¿Tengo que seguir?

Tantas variedades. Tantos clientes que entran al lugar con los ojos bien abiertos y sonrisas e inhalando profundo el café recién molido, muy dispuestos a pasar un rato en completa paz. O tener una buena conversación con alguien interesante. A veces los envidio porque ya no puedo percibir esos aromas y bienestar; al menos no como la primera vez que entré a un Starbucks.

Aun amo mi trabajo, pero a veces me pregunto si en verdad las personas aprecian esa felicidad momentánea que les preparo. He trabajado en Starbucks desde hace tres años. Tomé este trabajo porque amaba el café y era el único que me daba más tiempo libre para mis estudios. La vida es difícil en esta ciudad cuando las universidades te piden todo tu tiempo libre.

—Addison —me llamó Charles, el gerente—, ¿podrías ayudar a preparar bebidas? Necesitamos liberar la fila que ya se está formando.

—Sí, ¡claro! —respondí entusiasta.

Dejé de acomodar las cajas que había puesto en el suelo para surtir el anaquel de ventas en el frente. Era momento de sonrisas forzadas y conversación “interesante”. Hoy no estaba de humor para eso.

Estaba pasando por un momento en mi vida que cuestionaba si algún día tendría un trabajo estable y remunerativo, como criticaban mis amigas.

Cuando salí de la parte trasera, unos diez clientes esperaban ansiosos por su dosis de cafeína. Tal vez no era una fila demasiado larga para otro tipo de negocios, pero lo era para nosotros, cuando llegamos a tardarnos hasta tres minutos por cliente. Algunos se desesperan cuando su dosis diaria de café no está en menos de un minuto.

Suspiré profundo y me preparé para ayudar a Sybil; al menos no tuve que lidiar con indecisiones.

Sybil era mi mejor amiga, la única. Tenía otras en la universidad pero no las veía tanto como a Sybil para catalogarlas como tal. Eran personas que ya tenían trabajos dignos de presumir y parejas que eran estúpidos machos alfas

que exigían todo su tiempo libre para complacerlos. Pretendían tener una vida tan sofisticada que hasta daban risa. A mi parecer, tenían demasiada seriedad que parecía una burla a la vida. Sobre todo en mi primer cuarto de siglo; aun quería disfrutar mis veintes.

Conocí a Sybil cuando entré a trabajar a Starbucks, ella fue mi entrenadora. Algunas mujeres tienen clics instantáneos con el hombre de su vida, yo lo tuve con mi mejor amiga. Las dos sabíamos que éramos del tipo de amigas que ya con canas seguiríamos siendo cómplices una de la otra.

La gente siguió llegando, ni siquiera pudimos conversar o bromear como otros días. Estábamos completamente enfocados en preparar las órdenes sin demora.

Frappuccino... Cappuccino... Frappuccino... Té... Cappuccino.

Después de pasar tres horas preparando bebidas, empecé a cansarme por estar parada; mis pies ya empezaban a palpitar. Solo tenía que dar un último empujón y podría irme a casa. Mi plan era un largo baño y estudiar un poco para la presentación que tendría en la universidad la próxima semana. Otra noche más en un día cansado.

Tenía planeado “turistear” por la ciudad el fin de semana. Londres es una ciudad tan hermosa y siempre con cosas nuevas que ofrecer. Amaba admirarla... aunque fuera una calle o una estatua.

Estaba retorciéndome un poco en lo que filtraba el café, cuando sentí una mirada encima de mí. Usualmente las sentía de los clientes que estaban fascinados viendo cómo preparaba su bebida, como si mezclara una maravillosa poción de felicidad... Tal vez lo era para ellos. Ha de haber cientos de fotografías mías publicadas en los muros de las redes sociales — espero verme bonita en todas ellas.

Pero esta mirada era diferente, no estaba viendo realmente mis manos, sino a mí.

Eché un vistazo rápido a la zona de entrega de bebidas en lo que levantaba la espuma, pero mi atención me dijo que dedicara un poco más de unos segundos a lo que creí ver. Tan pronto como lo hice, fui recibida por una sonrisa que no pude descifrar al instante: coquetería, satisfacción... ¿o ironía? De igual manera sonreí.

Salí de ese encanto cuando un poco del vapor llegó a mi mano. No grité, pero si retiré la mano rápido e inmediatamente cubrí la herida con el trapo que usaba para limpiar el tubo del vapor. Esperé unos segundos para concentrarme de nuevo en lo que estaba haciendo; todo el tiempo la mirada estuvo puesta en

mí. Terminé de preparar la bebida con mano temblorosa.

—Cappuccino grande para Brad —dije en voz alta sin dejar de ver el vaso de cartón, que no solo traía el nombre apresuradamente escrito, también tenía una carita dando un beso... No una sonrisa.

Volteé a ver a Sybil antes de entregar la bebida. Generalmente dibujaba caritas felices, pero esta vez se había extralimitado. Esto era un coqueteo directo a un cliente.

Sybil no hizo caso a mi llamado de atención que le hice en silencio, ya que seguía tan sonriente y conversadora con los clientes, como lo exigía el contrato que firmé emocionada.

Allá ella si se mete en problemas, concluí en silencio.

Fui a la zona de entrega. Solo había una persona ahí esperando su orden. Un hombre de 25 años, tal vez más; soy mala para calcular edades. No se veía como el típico universitario, sino más como un emprendedor. De esos hombres que echan un bolado para saber en qué gastar su sueldo, y no porque estuviera ahorrando, sino porque lo tienen y ya están tan acostumbrados en gastar en banalidades.

—¿Brad? —le pregunté aun con la orden en la mano.

—Sí, soy yo —respondió sonriendo.

Él era el que había hecho que me quemara. Seré honesta: no me gustó su nombre.

—¿Te quemaste? —me preguntó, echando una mirada a mi mano.

Yo, en cambio, no pude quitarle los ojos de encima. Era guapo, a pesar de que era casi rubio y tenía ojos color avellana. No era mi tipo realmente, pero hacia tanto tiempo que era soltera que ya coqueteaba sin querer a cualquier hombre que llamara un poco mi interés.

Sybil decía que iba a volver a ser virgen si seguía esperando al hombre indicado. Pero no lo estaba esperando, solo he tenido muy mala suerte con los hombres.

Con el último estuve solo un mes de noviazgo, y eso fue antes de empezar a trabajar aquí. Soy algo especial en una relación: no me gusta que me traten como un artículo de su propiedad. Ni mucho menos que me hagan creer que están conmigo solo por el sexo bueno; y mi secreto es que soy bastante buena en la cama. Quizás la verdad, debajo de todo, era que no quería enamorarme.

Reaccioné cuando regresó su mirada a mi rostro.

—No te preocupes. Me he quemado tantas veces que ya no lo siento —respondí con una sonrisa, y él hizo la suya más pronunciada; y mi herida se

quejó por ser tan mentirosa.

Silencio. Miradas. Sonrisas. ¿Fantasía de un beso?

—¿Podrías darme mi café? —me pidió cortando el “clic”.

—¡Oh, lo siento! Aquí tienes —puse la bebida en el mostrador.

—Hasta luego —dijo, tomando su vaso y se dio la vuelta escondiendo la mirada.

—Hasta luego —le respondí, sin dejar de mirarlo.

La sonrisa coqueta seguía en mi rostro mientras le veía poner azúcar a su café. Tuve una oportunidad de verlo mejor y, sí, era guapo. Lo suficiente para tener una cita con él; ojalá se anime a pedírmela. Busqué en sus desinteresados movimientos un poco de nerviosismo, algo que me dijera que aún estaba interesado en mí.

Pero terminó de preparar su bebida y fue a sentarse a un sillón que era tapado por el exhibidor de productos. De seguro se había sentado ahí para esconderse de mi mirada. No entendí por qué se ocultaba, si estábamos coqueteando, eso me quedó muy claro.

Ni modo, no se animó.

Suspiré decepcionada porque parecía alguien interesante. Regresé a mi rutina de trabajo.

El ajetreo que aun teníamos detrás del mostrador, me hizo olvidar a Brad.

Cuando terminé mi turno una hora después, lo busqué inconscientemente por el local, pero obviamente ya no estaba.

—Sybil, ¿por qué pusiste esa carita con beso en la orden de Brad? —le pregunté cuando salimos del trabajo.

Sybil me miró sin saber de qué le estaba hablando, hasta que le dije:

—Casi rubio...

—¡Ah! ¡Ya lo recuerdo!

—¿Estabas coqueteándole?

Sybil rió ante mi tono celoso.

—No, vi cómo te veía desde que estaba formado y simplemente quise ayudarte a conocerlo.

—Dirás a ponerme en ridículo.

—No, eso lo hiciste tú sola... Por cierto, no se te olvidé curar esa quemada en cuanto llegues a tu casa —me recomendó con tono maternal. La miré rápido, aún tenía ese tono rosado. Ojalá no se ampolle porque me da asco ver el globo con ese líquido transparente.

—Ni siquiera hizo caso a tu dibujito —retomé la plática.

—No, porque estaba más interesado en sonreírte, pero te aseguro que levantó su ego cuando lo vio al sentarse.

—Sí, se emocionó tanto que se escondió —aclaré sarcástica.

Sybil no me respondió, de seguro concordó que no fue tanto el interés por mí.

Guardé silencio, y no pude evitar la sonrisa tan natural que me iluminó tan pronto recordé el momento.

—¿Era guapo, verdad? —le consulté.

—Sí —me respondió, tratando de no sonar muy interesada en él—; digno para perder la virginidad por segunda vez.

Reí entre dientes porque tenía razón, podría pasar. Entonces, tuve que despedirme rápido de ella cuando llegó mi autobús.

—¡Nos vemos! —me gritó apresuradamente.

Me senté en el primer lugar vacío que vi y recargué la cabeza en la ventana. Miré el paisaje de Chelsea, que fue cambiando de lo muy elegante a no-tan-elegante conforme se dirigía a Battersea.

El autobús cruzó el río y me preparé para bajar en mi parada; por un momento deseé vivir en el otro lado del río. Claro, para eso tendría que casarme con un hombre rico, y desafortunadamente ellos siempre se fijan en mujeres de su clase. No en baristas que apenas llegan a mes.

Cuando entré a la casa, Rob estaba echado en el sofá, viendo una película; retiré sus pies y me senté.

Rob era mi compañero de casa. Era dos años mayor que yo y nos conocimos por amigos comunes de la universidad. Él ya trabajaba, y ganaba lo suficiente para pagar parte de la renta de la casa. En mi caso, tenía una beca en la universidad y mis padres me apoyaban con la renta. Trabajaba medio tiempo en Starbucks para mis gastos.

Rob me tenía como compañera porque..., bueno, creo que no le gusta vivir solo. Lo cual era conveniente para mí porque gracias a su miedo a la soledad, vivía en una zona bonita. Además Robert era psicólogo, por lo que siempre tenía a la mano una mente objetiva y siempre dispuesta a escucharme.

¡Una cualidad rara en un hombre!

—¿Otra vez te quemaste? —me preguntó Rob cuando le llamó la atención mi mano que puse delicadamente sobre mi muslo para no lastimarla.

—Sí, pero valió la pena.

Rob hizo gestos confundidos.

—Okay —dijo. Al parecer, al final no quiso saber por qué había valido la

pena.

No me molesté porque, sí, siempre me escuchaba, pero también se mostraba indiferente cuando sospechaba que había un hombre involucrado. Una vez me dijo que no le gustaba ver cómo me complicaba la vida, torturándome con entenderlos, cuando no se ha cansado de repetirme que los hombres no son un diamante difícil de pulir. Eran muy sencillos.

—Dales sexo, comida, una cerveza fría y televisión y siempre los tendrás a tus pies —me dijo esa vez.

—Muy neandertal —comenté, haciendo que Robert riera.

—Instintos básicos que creo nunca desaparecerán, así que acostúmbrate ya —explicó.

—¿Y el sexo siempre encabeza la lista? —pregunté curiosa.

—Sí. Las mujeres lo tienen en primer lugar.

Me carcajeé. Algunas tenían “Casarse” como primer lugar.

Amaba vivir con Robert.

Nuestros amigos no vieron con buenos ojos que viviéramos juntos. Al principio no se cansaban de asegurarnos que había algo entre nosotros, que no siguiéramos haciéndonos los tontos. Y la verdad era que Rob me gustó mucho en un principio y, sí, siendo honesta, por eso había aceptado su sugerencia de compartir una casa.

Incluso hice muchos intentos para tener algo sexual con él: vestirme con escasa ropa, ponerme en posiciones atractivas, o soltarle una que otra indirecta. Nada sirvió, y siguió viéndome como *otro hombre* con el que podía hablar de lo que fuera. Después de todo, sí hay hombres que solo sirven para amigos.

Pero conforme fue pasando el tiempo, me di cuenta que aunque Rob me gustara, al final no existía la química que debía sentir para estar con una persona en todos los sentidos.

Pronto lo catalogué como mi mejor amigo, el guapo.

—¿Pensé que ibas a salir al pub con Sybil? —me preguntó sin dejar de ver la película.

—No. Fue un día pesado... De hecho, voy a darme una ducha y a acostarme —respondí levantándome del sillón. Mi plan de estudiar un poco se fue al diablo.

—Okay.

Subí a mi cuarto y preparé todo para mi deseada y bien ganada ducha. Cuando finalmente me acosté, caí dormida ante la magnífica sonrisa de Brad

que apareció en mi mente hasta convertirse en un magnífico sueño principesco.
Del tipo inocente, con ratones y aves hablando. Nada sexual.

2 INTERÉS

BRAD

Estuve dando vueltas toda la mañana si debería regresar a Starbucks para ver de nuevo a esa barista. Era muy linda, y seguramente muy dispuesta a divertirse en la cama.

—Brad —sacó Andrew agresivamente ese lindo rostro de mi cabeza—, si no te has dado cuenta, la cajera de Starbucks quería algo contigo... De seguro, cogerte.

—¿De qué hablas? —le pregunté confundido.

Andrew me mostró el vaso de cartón que había dejado el día anterior sin terminar. Me sorprendí al ver mi nombre acompañado de una carita besando. Sonreí cuando pensé por un momento que había sido esa barista, pero entonces recordé que ella estaba más atenta a ignorar mi mirada que a otra cosa. Esa quemada en su mano fue la prueba. Además, nunca vi que garabateara algo en mi vaso. A menos de que lo haya hecho cuando miré sus senos.

—No la había visto —respondí, desterrando mi sonrisa.

—Un momento —dijo Andrew, vino a sentarse en la silla de a lado—, primero sonríes feliz y de pronto pones tu jeta seria. ¿A quién te ligaste ayer?

—Ten por seguro que no fue a la cajera.

—¿Ah, no?

—No. Fue a la barista que preparó mi café.

—Descríbela.

—No, te conozco... Es más, ni siquiera te voy a decir a cuál Starbucks fui para que no vayas a echarle el ojo.

Andrew rio con esa cabrona risa maléfica que siempre me molestaba.

—Sabes que Starbucks no me agrada —comentó.

—Será tu jodido Disneyland si la ves. Por eso, aquí queda esto —le interrumpí.

No quería que me la quitara. Ya lo había hecho una vez con una mujer que conocimos en un pub, y aprendí de mi error. Tal vez no lo hizo conscientemente, pero era bastante claro que ninguna mujer podía resistirse a su encanto, y mucho menos a su posición social que era más alta que la mía.

No sé por qué vivía conmigo cuando podía tener su propio departamento, incluso casa.

Con tan solo ver su envidiable reloj, las mujeres caían a sus jodidos pies como moscas atontadas porque sabían que tendrían una vida acomodada si lograban atraparlo. Y él se aprovechaba de eso para tener la mujer que quisiera a sus pies.

Perdí la mirada en el vaso que Andrew había puesto en la mesa. Lo cogí sin pensarlo y lo contemplé de cerca, deseando que ella hubiere sido la que dibujó esa carita.

—Pero fue la cajera —murmuré estrujando el vaso.

—¡Hey! ¡Ten más cuidado! —se quejó Andrew cuando le cayeron residuos del café en el brazo.

Fui a tirar el vaso al bote de basura.

—Si ya dejaste de lamentar no haberte cogido a la barista, te recuerdo que nos esperan en casa de Karla —me avisó.

Bufé fastidiado.

—No quiero ir —dije frotándome un ojo. No tenía ganas siquiera de moverme de ahí.

—Lo siento. Eso pasa cuando te coges a una de tus amigas. Ya no puedes decirle *no* porque vendrá a acosarte con sus perfectos senos y culo tentador.

—¡Mmm! Reconozco que es buena en la cama, pero no tanto para casarme con ella, ni siquiera como novia. Por el contrario, es atosigante. Un día estuvo a punto de decirme las jodidas palabras de la maldición —Andrew enarcó las cejas sorprendido. Esas palabras eran *te amo*—. Ojalá nunca me hubiera metido en sus bragas... —Andrew sonrió sarcástico—. ¡Vamos!, tú también das gracias a dios de que te haya dejado en paz.

Andrew siguió riendo quedo. No creyó mi arrepentimiento, aunque era muy sincero. Incluso una mujer bella puede fastidiar.

—No creo que me haya dejado del todo —murmuró.

Un día en el pub con los amigos, y todo terminó en un acostón con Karla en su departamento. Desde entonces, ella creyó que estábamos saliendo ya. Bien, he tenido parte de la culpa por seguir acostándome con ella cuando estoy lujurioso. Mi condena es no poder contenerme a su tentador cuerpo.

Me levanté de la silla con pesar. No quería tener a Karla aquí en media hora, porque terminaríamos en la cama.

—¿Qué tal estuvo tu noche? —le pregunté estirándome un poco.

—¡Bah! La nena resultó ser... mojigata— respondió Andrew con gestos de

aburrición.

—No se veía que lo fuera.

—No. Por suerte, pude huir. Ya necesito una buena cogida porque las últimas han sido terribles.

Reí entre dientes, eso era mucho para él. Andrew era exigente con las mujeres que ligaba, pero sexo era sexo.

—Andrew —le llamé antes de entrar a nuestros cuartos—, ¿podrías decirles que yo llego al rato?

—¿Vas ir de pesca? —reí entre dientes—. ¡Okay! Pero de castigo vas a llevarnos frappuccinos bien preparados... O te juro que le suelto que ya encontraste sustituta.

—Pero no te gusta Starbucks.

—¡Bah! Con calor cualquier mierda bebible es buena.

—Okay.

Entré a mi cuarto con una inesperada imagen en mi cabeza: Karla. No, aun no podía contenerme a la imagen de Karla desnuda.

Entré a la cafetería, no sin antes dar un profundo respiro para darme valor a decir algo inteligente que la hiciera hacerme la plática, o al menos sonreírme... Si lograba obtener su número de celular, entonces ya podía darla por desnuda en mi cama.

Mientras hacía cola, estiré el cuello para buscarla. No estaba a la vista.

La cola avanzó lentamente.

—¡Hola, Brad! ¿Qué vas a tomar hoy? —me preguntó la cajera que me había entendido el día anterior. La que dibujó la comprometedora carita.

Le sonrío sin planearlo cuando recordé el dibujito, luego me di cuenta que me recordó. Me regresó la sonrisa y sentí ese clic que tuvo al verme. Inexplicablemente, me hizo sentir bien. Tanto como para olvidarme de la otra barista.

—¡Hola! ¿Cuál va a ser tu orden? —volvió a preguntarme con esa sonrisa que era muy coqueta.

—Seis frappuccinos..., grandes, por favor. —respondí.

—Okay, Brad.

Vuelve a decir mi nombre pero intercalado en gemidos orgásmicos.

—¿Te gustaría crema batida?

Solté sin querer una risa entre dientes por el pensamiento libidinoso que

tuve con ella y crema batida.

—Sí, por favor —logré decir.

—Bien, son...

Le callé cuando le di mi tarjeta de crédito. Lo único que debería decir es mi nombre.

—Bien, puedes recoger tu bebida en la barra —dijo. Conteniendo esa sonrisa que tardíamente reaccionó a ese coqueteo libidinoso que tuvimos.

Caminé hacia la barra y me topé con la otra barista.

¡Hey, ¿de dónde salió?!

Al verla, ya no me pareció tan bonita, por lo menos no tanto como la cajera. Me sonrió y mi respuesta fue más cordial que otra cosa, y casi al instante mi atención se perdió en la cajera.

Estuve seguro de que esa sonrisa que alcancé a ver no era para el cliente, sino para mí.

—¿Brad? —me llamó la barista que se quemó con el vapor.

—Gracias —tomé los frappuccinos para ponerlos en dos contenedores de cartón y di una última mirada a la cajera, lamentando no poder quedarme.

Me costó mucho trabajo cargar los frappuccinos pero pude arreglármelas para parar un taxi.

—Slone square, por favor —dije al taxista.

¿Qué carajos me estaba pasando? ¿Por qué ayer me gustó una y hoy otra? Bien me lo dijo Andrew, andaba en modo de pesca. Quizás lo único que necesitaba era una cogida sin compromisos, algo que me sacara de las bragas de Karla, y las dos me parecieron buenos prospectos en su momento. Ahora quería regresar para hablar con la cajera.

Revisé los vasos, pero esta vez no había nada más que mi nombre. Ni siquiera una carita feliz.

El taxi se detuvo. La casa de Karla no estaba lejos del Starbucks, pero con seis frappuccinos en mano, el camino se alargó bastante.

—¡Brad! —exclamó Karla en cuanto me vio.

—¡Cuidado! —espeté enfadado por su efusión, incluso interpuse los frappuccinos para que no me abrazara como era su maldita costumbre hacerlo.

Odiaba cuando se ponía en modo sanguijuela.

Entregué los frappuccinos a cada uno de mis amigos como excusa para alejarme de Karla, quien, por suerte, se reunió con las amigas. Agradecí que me dejara en paz.

—¿La viste? —me preguntó Andrew cuando le pasé su vaso.

—Sí, pero... —le sugerí con un cabeceo a que nos alejáramos un poco de oídos indiscretos— ahora me gustó más la cajera.

—¿La del dibujo?

Asentí.

—Solo quieres una cogida —comentó Andrew, después de reír entre dientes.

Enarqué las cejas, diciéndole que seguramente tenía razón.

—Pues ya sabes dónde descargar —comentó mirando a Karla.

Hice muecas de que prefería quedarme así.

—Al menos descríbemelas porque ya empiezo a imaginarme a Adriana Lima y Miranda Kerr.

—No —solté una risa entre dientes—. Están más buenas que esas plásticas.

Andrew enarcó las cejas; decidí hablarle de ellas para presumirle que esta vez fui yo el ganador.

—La cajera es rubia...

—¿Tipo Marilyn Monroe?

—No, más bien del tipo de... Scarlet Johanson —hice una pausa al recordar su rostro. Era muy femenino, casi como... ¡Ja! el de Scarlet. Incluso le dio un aire.

—¿Y la otra?

—La otra es más..., bueno, más angelical. Ojos verdes, cabello castaño, algo pecosa... Es bonita.

—¿Pero no tan sexy como lo es la cajera, al parecer?

—No. La cajera tiene unos hermosos... —mis manos acunaron senos invisibles— “ojos”.

Andrew rió.

—¿Y por quién vas? ¿Por el ángel o por la diablita sexy? —preguntó.

—La verdad no sé... Supongo que por la que caiga primero.

—¿Y Karla?

—Es toda tuya si quieres seguir cogiéndotela.

—No, gracias. Me alejé de ese barco en cuanto le echaste el ojo.

Miré a Karla, le encontré algo deseable en ese momento. Y lo era, tenía un cuerpo que muchos deseaban cogerse, incluso con la mirada, pero su carácter era lo que arruinaba todo.

Hermosa por fuera, no tanto por dentro. Karla tenía la ilógica idea de que haciéndose la femme fatale y tonta conseguiría todo lo que quisiera, cuando ya

aburría su actitud.

ADDISON

AL SIGUIENTE DÍA

—¿Qué pasó con Brad? —me preguntó Sybil.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desilusionada; yo también había notado que había cambiado su actitud drásticamente de un día para otro.

—Ayer te coquetea y hoy te ignora.

Me encogí de hombros. Después de haberle preparado su orden, y de que me di cuenta de que no quitó la mirada de encima a Sybil, pedí a Charles que me dejara seguir con el inventario que había dejado el día anterior a medias.

Me había desilusionado mucho ver que él ya no estaba interesado en mí. Quizás nunca lo estuvo, y solo me usó para celar a Sybil. Después de todo, ella fue quien coqueteó con él, no yo.

Eso explicó por qué se había escondido de mi coqueteo.

—¿Crees que está tanteándome?

—Quizás... ¡Ignóralo ya! Un cliente más y punto —dijo.

Apunté que faltaban más tazas con el nuevo diseño.

—Bien, te dejo trabajar —dijo Sybil con desinterés y salió de la oficina.

Estaba realmente desanimada por la reacción del tal Brad, que ahora ya no me parecía guapo ni interesante. De seguro, era de ese tipo de hombre que va por la vida coqueteando para ver que puede meter en su cama. Vacío en el corazón, pero lleno de esperma.

—Addison —me llamó Charles—, ¿estás ocupada?

—No. ¿Me necesitas para algo?

—Sí, ¿podrías salir a dar muestras y a limpiar un poco las mesas?

—Sí, claro —dije parándome con trabajos.

Fui al espejo y arreglé un poco mi facha. El contacto con clientes era importante y tenía que verme bien.

Tomé la charola y luego una tarta de moras y chocolate blanco, el cual partí en pequeños pedazos y luego tomé mi bloc de notas para tomar pedidos que llegaren a hacerme.

Inicié con la primera mesa.

Nada, solo recibí sonrisas forzadas y muy apresuradas que me decían que no interrumpiera.

Así seguí hasta que llegué a la zona de sillones.

—¡Hola! ¿Te gustaría probar nuestro postre? —pregunté a un hombre que estaba perdido en su celular—. Es tarta de moras y chocolate blanco.

Levantó el rostro y me maravilló al instante. Era guapo... ¡muy guapo! ¡Maldición! ¡Extremadamente guapo! De un atractivo que rara vez encontraba en la calle. Era definitivamente mi tipo de hombre, del que en mis sueños sería tanto mi príncipe como aquel hombre alfa que cumple cada una de mis fantasías, y es todo un experto.

Tenía unos impactantes ojos azules que brillaban todo el tiempo, quizás ansiosos por sexo. Sus labios eran delgados y con una tonalidad rojiza, y destacaban con la negrura de la sombra de su barba. Tenía quijada ligeramente cuadrada, haciendo su rostro infantil, ligeramente varonil.

—Sí, gracias —respondió poniéndose de pie para tomar el pedazo de tarta. Lo seguí con la mirada, y aun boquiabierto; incluso su altura y cuerpo eran como me gustaban.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo y se sorprendió en verme. No como si me conociera de algún lugar, sino como que no se había dado cuenta de mi atractivo que, al parecer, encontró muy de su gusto.

¡Sí!

Tomó el pedazo sin dejar de verme. No sonrió porque estaba muy concentrado en mí. Me sentí desnuda y muy dispuesta para lo que él quisiera hacerme.

¡Cuidado! Una fantasía obscena quiere llegar a la realidad.

Al fin probó el postre e hizo gestos de que le había gustado mucho; tenía que ser así, nadie se resistía a él. Estuve a punto de pasarme la lengua por los labios cuando vi a la suya retirando migajas que tenían el placer de tocarlo.

—Sí, me gustaría uno de estos... —dijo desviando la mirada al broche con mi nombre—, Addison. Bonito nombre, rima con bella —agregó con una sonrisa algo provocativa. Demasiado sexual.

Mientras sacaba su cartera, solté una risita tonta porque no rimaban en lo absoluto, pero tenía un punto por creativo. Cuando me entregó un billete de diez libras, toqué su mano sin querer y sentí algo delicioso que me recorrió de pies a cabeza; era excitación pura. Estaba a punto de dejarme ir en lo que me hizo sentir cuando escuché detrás de mí:

—¿Por qué te saliste así?

Por un momento creí que el reclamo era para mí, y por eso mismo volteé confundida.

—Hola —dijo Brad al verme.

—Hola —respondí instintivamente, pero molesta de verlo. No lo oculté.

¡El gran pescador ha llegado!

Lo ignoré y regresé al otro tipo, que de seguro era igual que Brad. Su atractivo bajó dos puntos solo por ser su amigo.

—En un momento te traigo tu tarta de moras —le dije. Su mirada seguía viajando entre Brad y yo, como si tratara de descifrar algo.

Me di la vuelta pero Brad me estorbaba. Fui tan torpe que literalmente tuvo que tomarme de la cintura para que él no perdiera el equilibrio cuando giráramos en ese espacio cerrado por los muebles. Me incomodó que me tocara, mi retortijón se lo dijo, y aún más cuando la mirada del otro hombre cayó encima de mí como un balde de agua fría. Sentí que no le agradó esa torpeza que estaba teniendo con Brad.

Me detuve a los dos pasos.

—¿Te tomo tu orden, Brad? —pregunté muy educada.

Ambos me miraron confundidos porque acababa de demostrarles, sobre todo a Brad, que recordaba su nombre..., por desgracia.

—No, gracias... —calló súbitamente.

—Addison —le recordó el otro hombre, pero con tono fastidiado.

Sonreí a fuerzas y me dirigí al mostrador para preparar la dichosa tarta de moras; la decepción que traía auestas era tan pesada. Me acerqué a Sybil cuando terminó de atender al último cliente de su fila.

—Cóbrate una tarta de moras —le dije.

Sybil rápidamente cobró mientras yo tomaba el plato de la tarta.

—Por cierto, tu querido Brad está aquí —le avisé al oído con sarcasmo cuando me entregó el cambio.

Cuando fui a llevar la tarta de moras al amigo de Brad, volteé a verla y ya estaba alzándose un poco para verlo. No fue nada discreta.

Seguí mi camino.

—Aquí tienes tu tarta —dije al amigo guapo, sin mirarlo. Sentí la mirada de Brad que me siguió, pero no de una manera curiosa, más bien era casual.

—Gracias, Addison —me dijo el tipo y tomó el tenedor para sacarlo de su bolsita. Le extendí el cambio, que puse sobre su mano sin tocarlo.

Sonreí a ambos obligadamente y me di vuelta para ir por la charola de pruebas y seguir ofreciendo a los demás clientes un postre. Por el resto del rato que estuve haciendo eso, ignoré a Brad y su amigo.

Cuando terminé, regresé a la oficina y seguí haciendo el inventario. Indiferente a la pesca que estaban haciendo aquellos dos.

Ojalá nunca hubieran entrado a este Starbucks.

EL DESINTERÉS

ADDISON

TRES DÍAS DESPUÉS

—Addison, hoy te toca atender la caja —me ordenó Charles cuando me preparaba para iniciar mi turno.

—Sí, claro —acepté.

Cuando salí al frente, Sybil estaba preparando bebidas calientes. No había muchos clientes, por lo que pudimos conversar de vez en tanto.

—Al menos dibuja una carita sonriente a los clientes —me sugirió Sybil, tomando el plumín para dibujar dicha carita.

—No te ofendas pero prefiero regalarles la sonrisa cuando los atiendo —aclaré.

Usualmente, les dibujaba dicho garabato, pero estaba tan desanimada ese día que incluso me costaba trabajo sonreír al atender. Hubiera preferido quedarme otro turno atrás, haciendo otra cosa.

—¡Hola! ¿Puedo tomar tu orden? —pregunté al cliente antes de levantar la mirada.

—Hola..., Addison —me dijo el amigo de Brad. Me quedé congelada por volver a verlo. No lo había reconocido bien cuando se acercó a la caja y bajé la mirada para tomar el plumín.

—¿Qué deseas tomar? —le pregunté cortés, ignorando que había dicho mi nombre.

Su amigo aún seguía siendo el motivo de mi desánimo. ¿Por qué los hombres primero nos alborotaban y luego nos desechaban cual vaso de cartón? No tenían excusa al quejarse de que nosotras éramos indecisas, cuando ¡ellos son quienes nos llevan a ese punto de inseguridad!

—¿Qué me recomiendas? —consultó.

Suspiré fastidiada, aunque él no lo notó porque escondí el rostro. La vieja táctica para conversar conmigo.

—Discúlpame, soy más de Costa Coffee —confesó con una sonrisa atrapada—. Para empezar, ¿cuál es el mediano? —preguntó señalando las

muestras de tamaño junto a la caja.

—El grande —respondí con una sonrisa irónica que me arrancó sin querer.

—El mediano es el grande, y de seguro el chico es el mediano —solté una risita callada—. Mmm. ¿Y no se confunden los clientes? —preguntó con actitud de tener una larga charla conmigo.

—Sí, al principio, pero creo que disfrutaban un poco la confusión... Por cierto, el chico es alto.

Rió entre dientes.

—Bien, entonces, que sea uno grande —ordenó.

—¿Te gustaría una bebida caliente o fría?

—Caliente.

—Un vanilla caffè latte... fue el primero que probé aquí.

—¿Con ese te ganarás mi lealtad? —levanté la mirada confundida. Aclaró—. Como cliente.

—No, si eres muy leal a la competencia.

Sonrió.

—Okay, dame uno de esos. Haremos la prueba de lealtad —dijo, muy satisfecho por la sugerencia tan sencilla: café con leche y vainilla.

Me dio un billete de cinco libras y le di su cambio rápido, luego tomé el vaso de cartón, mi plumín y marqué la selección.

—¿Cuál es tu nombre?

—Andrew.

Levanté la mirada sin querer. Esto iba a ser un problema, porque Andrew era mi nombre favorito. Me gustaba tanto que de niña tenía un osito que se llamaba así. Andy, el osito, vivía aun en mi cuarto en casa de mis padres, esperando su habitual abrazo cuando lo visitaba.

—¡Mmm! Un vaso de café preparado por el destino —balbuceó Andrew cuando empecé a escribir su nombre.

—No, mi compañera te lo va a... —callé tras darme cuenta que era un piropo.

Me le quedé mirando tan encantada por él, que él desvió su mirada tan expresiva. Además, esa maldita sonrisa nerviosa que tenía, con toques de presuntuosa, ya estaba siendo mi maldición.

—En un momento te entregan tu bebida en la barra —dije con la seriedad recobrada, luego me di la vuelta para poner en cola el vaso.

Honestamente, ignoré a Andrew después de eso porque recordé que su amigo era menos guapo y resultó ser un idiota. ¿Cuán grande sería la idiotez de

este de acuerdo a su agraciado rostro? ¡Muy grande!

Seguí trabajando sin importarme si se fue o no a recibir su bebida.

—Disculpa —me llamó cuando terminé con el último cliente de la cola. Le ofrecí mi sonrisa actuada—. No me dibujaste una carita sonriente —agregó dándome el vaso, y con un gesto tan tierno que no me quedó de otra que reír entre dientes sorprendida.

Tomé el vaso con cuidado de no derramarlo y le quité el tapón a mi plumín. No dejé de sonreír en todo el proceso en que dibujé un sol y una carita guiñándole un ojo, luego se lo entregué, expectante de su reacción.

Y fue lo que esperaba: sonrió de oreja a oreja y me miró.

¡Demonios! Ahí está de nuevo esa sonrisa.

—Bonita. Aunque la tuya es mil veces mejor —dijo. Me carcajeé, no pude evitarlo. Pero entonces agregó—: La tuya no nada más hace salir al sol, también a la luna y a las estrellas.

Mi corazón se llenó de ternura por lo que dijo al último. Lógico, mi sonrisa avergonzada se pronunció más. Tal vez era el hombre más idiota del mundo pero aun así supo sonrojarme. Y, lo que fue peor, me gustó que me hiciera sentir como adolescente que recibía su primer piropo de un chico guapo.

—Gracias —dijo con tono coqueto y se dio la vuelta.

No se quedó a tomar su café en el lugar, sino que salió sin averiguar por qué no le podía quitar la vista de encima.

¡Carajo! ¡Este tipo me encanta!

Mi tonta sonrisa se desvaneció hasta que desapareció del ventanal.

Para ser honesta, Andrew hizo mi día.

—Creo que te ligaste a Andrew —me comentó Sybil cuando me cachó mirando aun la puerta.

—No —dije desinteresada. Ya no quería hacerme ilusiones de nuevo con esos dos.

—No te dejaba de ver.

—Sí, igual lo hizo Brad y, ya viste, cambió de opinión al día siguiente.

Sybil rió traviesa, pero a la vez satisfecha de que al final Brad no siguiera interesado en mí.

Y no me importaba. Un hombre que cambia de opinión de un día para otro, no merecía la pena. Si Sybil quería arriesgarse con él, era su problema.

ANDREW

Llegué a la casa satisfecho de haberle visto, pero sobre todo, de haberla hecho sonreír. Me di cuenta de que no le dio gusto verme cuando me atendió, pero comprendí que estaba molesta por la forma en que la trató Brad ese día. Tan indiferente después de haberle arrojado la carnada para tan solo retirársela sin explicación alguna, solo porque su compañera era más apetecible.

Por eso dejé pasar unos días para que no creyera que Brad me la había traspasado.

Concordaba con Brad con que la cajera era... cogible, pero Addison tenía lo suyo. Era muy bonita, muy de mi tipo. Con gusto podría perderme en sus ojos verdes, de extraña tonalidad. Creo que era como la de una hoja, y daría lo que fuera porque sus labios me exploraran de pies a cabeza. Y que no vistiera nada más que mi aroma.

Pero más allá de que tenía el paquete perfecto, era tierna. Y me gustaba que lo fuera, porque despertaba en mí algo que siempre he creído es estúpido: un sentido de protección. De ser su caballero andante que pelearía con miles de dragones solo para protegerla. ¡Mierda! ¡Qué ridiculez pero así era!

Addison lo trató de ocultar con su actitud indiferente, pero era tan mala actriz que noté de inmediato su nerviosismo por tenerme frente a ella la segunda vez. Por eso le había reclamado por el dibujito, quería que dejara libre esa timidez que me retaba a convertirla en una mujer más sensual y segura de sí misma.

Dejé el vaso en la mesa del antecomedor y salí de nuevo para ir a donde Orville. Brad me había llamado cuando entré a la casa para decirme que me esperaban ahí para ir al pub. Era temprano, pero hacía calor y se antojaba una pinta de Guinness muy fría.

A mitad de camino, Orville me habló para decirme que mejor nos veíamos en el pub. Por suerte, no tuve que desviarme.

—¿De dónde vienes? —me preguntó Brad en cuanto me vio llegar.

—De la casa, ¿por qué? —pregunté extrañado.

—¿No pasaste al Starbucks?

—Sí, pasé por un café.

—¿Con este maldito calor? —me preguntó Gary.

Sonreí sin querer.

—Descubrí un Starbucks en donde las empleadas están cogibles —comentó Brad con palabras muy mías y, sin embargo, me incomodó que se expresara así de Addison, aunque el comentario fuera generalizado.

Solo torcí una sonrisa en que estaba de acuerdo con él.

—Sí, ya estoy trabajando a una —dije.

No quería que Brad sospechara de mis intenciones con Addison, que al menos por el momento eran de conocerla y ver qué pasaba.

Tenía que actuar como si solo quisiera cogérmela y botarla.

Estaba sorprendido de mi interés por ella, pero la verdad era que me gustaba mucho. Tomarla en serio y no para pasar el rato, para eso tenía a Karla. Reconocí sin dudar que Addison era diferente a las mujeres que he tratado.

Son escasas las mujeres que se dan su lugar, como Addison. Al menos en mi mundo, en donde mi posición me hace blanco fácil de cazafortunas. Porque incluso dentro de la sociedad en la que vivo las hay.

Pensándolo bien, me convenía que Brad no estuviera interesada ya en ella. No quería volver a pasar por el drama de haberle quitado a la vieja. Por eso se había acostado con Karla, aunque él lo niegue aun. Lo que él no sabía era que al final me hizo un favor al quitarme a la sanguijuela, como Brad le llamaba.

—¡Hum! Tendré que hacer una visita a ese Starbucks también, a ver qué pesco... ¿En dónde dicen que está? —preguntó Gary.

—En la calle de no-te-metas-en-mis-terrenos, esquina con te-voy-a-romper-la-madre-si-te-veo-por-ahí —respondí.

Todos rieron a no más poder.

—¡Okay, okay! —dijo Gary levantando las manos en son de paz—. Respetaré sus terrenos.

—¿Viste a mi cajera? —me preguntó Brad ya sin misterio.

—Sí. Y se llama Sybil.

—¿Le preguntaste su nombre? —me cuestionó Brad con gestos que me advertían severamente de no meterme en sus terrenos. Era la primera vez que lo hacía, lo que quería decir que estaba alborotado por Sybil.

—No, amigo, ¿estás ciego o qué? ¡Traen una placa con su nombre! —exclamé dándole un manotazo en el pecho.

—A ver si paso por un café al rato para hacer acto de presencia —dijo.

—Ya deberían cogérselas sin tanto rodeo o van a hacer más rico al dueño de Starbucks —comentó Orville.

Reí, después bebí mi cerveza. Por una noche con ella, seguiría bebiendo ese horrible café americano.

También quería regresar, e intentar sacarle su número antes de regresar a

Oxford. Al menos quería salir con ella una vez.

Siguieron hablando de mujeres, pero de nuestro grupo de amigas. No me interesó la conversación, y no tardé en interesarme más en la espuma de mi cerveza que lentamente bajaba.

Cerca de dos horas después, me despedí de todos. La cerveza se me había subido por lo dulce del *caffè latte*. Quería irme a mi cama a dormir un rato.

Ojalá Brad sí pasara al Starbucks para ver a Sybil. Quizás podría traerme noticias de Addison también. Sabía que Brad me echaría en cara de inmediato si ella seguía coqueteándole o no.

No vi a Brad por el resto del día, y de la noche. De seguro había pasado a casa de Karla para una cogida rápida. Se quejaba de ella, pero bien que corría a sus brazos en cuanto le subía la *calentura*.

Fui a la cocina para desayunar; el vaso con el dibujo de Addison seguía sobre la mesa. Me hice un té y me senté a contemplar su letra y garabato.

Decidí pasar a verla más al rato. No me importaba que se diera cuenta que estaba yendo mucho a comprar café; al contrario, entre más sospechara que me gustaba, mejor. Así avanzaba más rápido en conocerla.

Solo que esta vez iba a comprarme algo frío. Ojalá su recomendación esté igual de buena que la primera. Addison me está haciendo cambiar de opinión con respecto al café de Starbucks.

—¿Tiene mucho que te hiciste el té? —me preguntó Brad en cuanto entró a la cocina. Se estiró hasta que todo le tronó.

—No, acabo de servirme el agua.

Asintió en lo que bostezaba, luego se apresuró a hacerse su té para sentarse frente a mí. Se restregó el rostro, luego miró el vaso con curiosidad y lo volteó para averiguar que tanto veía yo.

Gimió molesto.

—¿Entonces la carita con el beso lo dibujó Addison? —me preguntó decepcionado.

—No. Estuve revisando los vasos de los demás y ella no es de las que dibuja caritas.

—¡Ah, qué bueno!... La vi ayer —comentó Brad.

—¿A Addison? —pregunté preocupado por el gesto de contrición que traía en el rostro.

Negó con la cabeza y una sonrisa estúpida.

—A Sybil... Está en la cama aun durmiendo.

—¿Te la cogiste?! —exclamé sin pensar. Mi amigo fue muy rápido esta vez, generalmente, él era el lento. Le gustaba cazar.

—Sí. Una cosa llevó a otra...

—¿Y qué vas a hacer con Addison?

—Mmm, cogérmela mañana —comentó indiferente, como si hablara de Karla.

Apreté los labios inconscientemente. Algo hirvió dentro de mí, y quise romperle la cara.

Brad sonrió perverso.

—Así que *sí* te interesa la amiga —comentó.

Me restregué los ojos y suspiré pesadamente. Ya no tenía caso ocultarlo porque él lo había deducido cuando me encontró contemplando el vaso.

—Buenos días —escuchamos una alegre voz femenina. Ambos volteamos a la puerta de la cocina de inmediato.

Casi me da un infarto cuando vi entrar a Sybil, quien puso una sonrisa de oreja a oreja en cuanto vio a mi amigo. Lo miró como si él le hubiere complacido cada fantasía sexual que ella hubiere deseado tener con un hombre. ¡Vamos, estaba sexualmente satisfecha!

¡Qué bueno que tenía el sueño pesado! Podría pasar un tren a mi lado y no me inmutaría.

—Buenos días —respondí el saludo educadamente—. El agua para el té aún está caliente. Sírvete con confianza.

Si Sybil era muy amiga de Addison, tenía que comportarme muy amable para que le hablara bien de mí.

Pero Brad fue el que la atendió gustoso. De acuerdo a los gestos de mi amigo, Sybil era una diosa en la cama. No dejaba de abrazarla y susurrarle cosas que la hacían reír traviesa.

—Les recuerdo que estoy presente. Si no es mucha molestia, ¿podrían bajar la intensidad de sus arrumacos? —les pedí con tono educado.

Sybil rió entre dientes avergonzada en lo que se sentaba, y enseguida echó una mirada al vaso de cartón, mi reacción innata fue tomarlo y apretujarlo como si no fuera importante; lo aventé al bote de basura. Una cosa era que notara que me gustaba su amiga y otra que estaba ansioso por verla.

—Hola, soy Sybil —dijo ella cuando me le quedé mirando, extendió su mano.

—Soy Andrew —me estiré entre quejidos para la presentación.

—Sí, lo sé. Yo te preparé tu café latte ayer, ¿lo recuerdas?

—¡Ah, sí! Estuvo regular —dije indiferente, pero luego apreté los labios que escondían una sonrisa.

—¡Hum! ¿Fan de otra cafetería?

—Sí, Costa...

—¡Yuck! —contorsionó el rostro Sybil.

Reí callado, ella tenía bien puesta la camiseta de la compañía.

Brad regresó y dio la taza a Sybil, no sin antes inclinarse para darle un beso que me obligó a desviar la mirada. Estos dos estaban preparándose para pasar el día en la cama.

—Hoy voy ir a ver a mis papás y regreso en la tarde —comenté a Brad, después de que dejó de besarla.

Se sentó, mirándome confabulador. Prácticamente le estaba diciendo que tenía la casa para ellos dos por unas horas.

—Me los saludas —dijo, torciendo una sonrisa.

Me levanté para irme a vestir, ya me incomodaban estos dos lujuriosos.

—Hasta luego, Sybil —dije, regalándole una sonrisa amigable.

—Nos vemos... ¡Ah, Andrew! —me llamó antes de que desapareciera en el pasillo que llevaba a los cuartos—. Addison trabaja hasta las cuatro... Por si deseas ir a verla.

Le hice gestos de por qué debería importarme saber eso, pero la risa de Brad derrumbó mi actuación perfecta. No comenté nada y solo fui por mi ropa para darme un baño. Iba a tener que ir a ver a mis padres.

No quería ir a donde Orville porque seguramente su novia iba a estar con él, y estaban en esa etapa aun en donde casi se cogían enfrente de uno, como esos dos de la cocina cuyas risas sexuales se escuchaban hasta acá. Y Gary estaba ayudando a su hermana con los preparativos de su boda, más bien le servía de chofer.

Al final reconocí que ir a ver a mis padres no era una mala idea.

PAPELITO HABLA

ADDISON

ESE MISMO DÍA, MÁS TARDE

Hoy iba a ser un día largo. Sybil tenía su día libre y Charles ya me había dado la calurosa tarea de preparar cappuccinos. Odiaba prepararlos cuando hacía calor. Teníamos aire acondicionado en el local, pero aun así podía sentir la alta temperatura exterior en los que entraban algo jadeantes. Aunque, por lo mismo, mi trabajo era más relajado que el de Tim, que estaba preparando frappuccinos como loco.

Terminé de preparar un Refresher de limón y lo entregué en la barra.

—¡Nina! —llamé a la que pidió la orden.

Había algo de gente acumulada ahí, escaneé los rostros buscando el de una mujer, pero me topé con el de Andrew; me emocionó verlo. Iba a saludarlo con una sonrisa, pero lo vi muy serio. Al parecer no estaba de humor para tontear conmigo.

Este tipo era más cambiante que Brad.

Nina levantó la mano tímidamente y le entregué la bebida, dedicándole la sonrisa que Andrew había rechazado.

Regresé a la siguiente orden: un chocolate caliente. ¿Quién carajos pide un chocolate con este clima?

—¿Andrew? —escuché que Tim lo llamó. Volteé apenas para ver qué le estaba entregando: un frappuccino de grosella y frambuesa.

Andrew no dijo nada, ni siquiera se dio cuenta de que había volteado a verlo.

Suspiré desanimada y continué con lo mío. Su interés era igual de fútil que el de Brad. Comprobado, los chicos guapos no eran para mí; debió quedarme claro después de Robert.

—Addison, ¿podrías echarme una mano cuando no tengas bebidas que preparar? —me pidió Tim atareado.

—Sí, claro —respondí sonriente.

Lo ayudé con la siguiente orden.

—Disculpa —oí en la barra, pero no presté atención. Tim estaba ahí, así que él podía atender.

—Te hablan, Addison —me avisó Tim, codeándome un poco.

Volteé. Era Andrew que estaba asomándose entre la pequeña zona de los jarabes que se utilizaban para las bebidas calientes.

Su cabeceó me pidió si podía hablar con él fuera del mostrador. Miré a Tim, como si le pidiera permiso. Aunque no lo necesitaba, más bien le estaba preguntando si podía arreglárselas solo un momento.

—Ve.

Salí y me acerqué a él muy nerviosa, su magnetismo ansiaba mi cuerpo pegado al suyo para siempre. ¿Cómo era posible eso?

—¿En qué puedo ayudarte? —le pregunté muy seria. No iba a caer en su juego de “me tienes que hacer caso cuando yo quiera”.

Miró de reojo a Tim que nos prestaba atención a medias.

—Una persona olvidó esto en el lugar donde me senté —miré extrañada lo que me entregaba: era un ticket—. Trae algo importante escrito, o al menos lo parece.

Iba a voltear el papel pero Andrew sujetó mi mano para que no lo hiciera en ese momento. Todo se me hizo mucho más extraño, ya ni mencionar su toque que me hizo temblar como si estuviera manoseándome para darme un orgasmo.

—Te lo dejo por si regresa a reclamarlo —dijo soltándome la mano.

—Sí —respondí mirándolo. Sus labios se levantaron de una esquina, en una sonrisa tan reprimida—. ¿Puedo ayudarte con algo más?

—No, estoy bien por el momento. Te dejo regresar a tu trabajo —dijo tranquilo.

—Okay, nos vemos —dije retirándome.

Regresé a detrás del mostrador. El papel que traía en las manos venía quemándome de la curiosidad. Por lo que antes de seguir ayudando a Tim, decidí leer el dichoso papelito para saciar mi curiosidad de si en verdad era un cliente o era un recadito para mí. Di la espalda a los clientes y desenvolví el papel, buscando eso que estaba escrito.

¿Existe la posibilidad de hablar contigo sin que te regañe tu jefe?

Levanté la mirada para buscar a Andrew, que estaba sentado en el sillón en donde lo vi por primera vez. No estaba viéndome, toda su atención estaba en el libro que tenía en las manos, incluso sorbía su frappuccino sin desatender su lectura.

No creía que Andrew fuera del tipo que lee libros, tenía más pinta de ser un hombre que le encantaba la tecnología de última generación. Otra cosa era que no estaba escondiéndose de mí, como lo hizo su amigo la primera vez que nos vimos.

Todo parecía indicar que este hombre sí estaba interesado en mí.

Guardé el papel y seguí ayudando a Tim. Pensando qué responderle y en cómo hacerle llegar mi respuesta.

Cada minuto que pasaba, me desesperaba más porque no encontraba la forma de darle mi respuesta. Pero por fin la encontré cuando Charles estaba ayudando a Brandon en las cajas, quien apenas tenía unos días trabajando con nosotros. Su atención estaba más puesta en el dinero que en lo que yo hacía.

—Tim, voy a limpiar las mesas —le avisé.

La zona ya estaba un poco despejada y ya podía arreglárselas solo.

—Sí, gracias por tu ayuda.

Era el momento perfecto, no había gente en cajas, lo que permitió a Charles explicar a Brandon cómo tomar órdenes, cobrarlas, y todo eso sin tanta presión. Tim estaba preparando las últimas bebidas. Desafortunadamente las mesas estaban prácticamente limpias; solo había una que otra servilleta olvidada. Pero aun así eran una excusa perfecta para poder acercarme a Andrew.

Saqué el papel, tomé una pluma de una de las cajas y fui a escribir mi respuesta junto a la máquina del café del día para que nadie me espicara.

Mi turno termina a las 4.

Tomé la bandeja verde e inicié mi limpieza, tratando de aparentar que no me ponía nerviosa cada vez que me acercaba más a donde estaba Andrew.

Respiré profundo antes de llegar a él.

—¿Puedo retirarte estas servilletas? —le pregunté, sacándolo sorpresivamente de su lectura. No había notado que estaba recogiendo un poco el lugar.

Miró hacia la mesita.

—Sí, solo déjame esta —respondió tomando la servilleta sucia y la aventó a mi bandeja que traía atorada entre la cadera y el brazo—. ¡Canasta! —exclamó calladamente.

Solté una risita que lo felicitaba por su buena puntería.

—Por cierto, creo que esto es tuyo —dije, sacando el papel de mi pantalón y se lo entregué. ¡Estaba temblando de nervios!

No lo leyó de inmediato, solo me agradeció que se lo diera. Estaba actuando muy casual.

—¿Puedo ofrecerte algo más? —le pregunté. No quería irme de ahí hasta que leyera el papel, que utilizó como separador para no perder su lectura.

—Bueno, me gustaría una tarta como la que me ofreciste la otra vez. ¿Me lo podrías poner para llevar, por favor?

—¡Hum!, te estamos haciendo cambiar de opinión.

Soltó una risita.

—Aun no, pero si encuentras la bebida perfecta para mí... ¡Quién sabe!, podrías verme por aquí más seguido.

—Reto aceptado.

Me guiñó un ojo, sonrojándome con el mismo color de su bebida.

—Bien, te lo traigo en un momento.

—Por cierto, esta bebida no está tan mal —comentó, sentí que quería seguir platicando.

—¿La pediste con un toque de menta?

—No, sencillo.

—La siguiente vez pídelo con menta. Un orgasmo en tu boca.

—¿En serio? —cuestionó con cejas enarcadas de sorpresa.

—Perdón, ya no sé qué digo —respondí con la mirada baja, muy apenada.

—No hay problema. Lo pediré así la próxima vez, y espero tener ese orgasmo en mi boca.

—Bien, entonces... ahora sí voy por tu tarta de moras —dije tan avergonzada. Huir tranquilizaría mis palpitaciones por ese mensaje tan sexual.

—Gracias.

Esperé a que me diera el dinero; esta vez trató de no tocarme demasiado. Tal vez estaba igual de excitado que yo con la idea de los orgasmos. Le sonreí amigablemente y seguí recogiendo las servilletas que me faltaban, ahora actuaba para Charles.

Fui a la caja y pedí a Brandon que se cobrara una tarta de moras. Lo noté nervioso porque Charles le dijo que lo hiciera él solo. Mientras tanto, escogí la mejor tarta de moras y lo preparé con extra atención.

Cuando ya se lo llevaba a Andrew, escuché a Brandon feliz porque no se había equivocado al cobrar.

—Aquí tienes —dije a Andrew.

—Gracias —tomó la bolsa de papel con cuidado para no aplastar la tarta de moras. Le entregué también su cambio y ticket.

—¿Algo más?

—¡Oh, sí! —respondió mirando hacia la barra. Todos estaban ocupados, de hecho, tenía que apurarme porque había dos clientes ya haciendo cola—. Ten —agregó Andrew por lo bajo. Me entregó el ticket que servía como conmutador entre los dos.

Se puso de pie, alzándose frente a mí majestuosamente. Amenazante pero a la vez tan cargado de sensualidad y atracción.

Me golpeó su loción tanto que quise colgarme de su cuello para besarlo.

—Nos vemos —dijo tocando mi brazo a propósito para mandar su sensualidad a mis hormonas.

Se retiró sin siquiera voltear a ver cómo me había dejado.

Desdoblé el papel rápido, una vez que desapareció por completo.

Te veo en una hora. ;-)

Iba a sonreír de oreja a oreja pero tuve que contenerla. Tenía que mostrar que ese papel no era nada importante. Regresé al mostrador con el corazón entusiasmado porque, a mi parecer, iba a tener una cita con Andrew. O al menos íbamos a vernos afuera, en donde ya no era mi cliente y yo no era su barista.

Como era de esperarse, fue la hora más larga de mi vida.

A la hora en punto, me despedí de todos y fui a recoger mis cosas; por suerte mi ropa negra no estaba manchada. Deshice mi chongo y mi cabello cayó sobre mis hombros algo enchinado, lo arreglé lo mejor que pude y retoqué un poco mi discreto maquillaje. Me gustó el resultado, no me veía como alguien que acaba de salir de trabajar de un Starbucks. Aunque el maldito logo verde me delataba.

Cuando salí a la calle, rápido encontré a Andrew esperándome muy casual. Cuando lo admiré, bueno, se veía más arreglado que yo.

—Hola, soy Andrew —dijo extendiéndome la mano, la cual tomé y, por instinto, lo jalé para saludarlo de beso. Fue una movida que lo sorprendió pero terminó correspondiendo.

—Y yo soy Addison.

—Quizás me mandes al infierno por lo que te voy a preguntar, pero... —titubeó un poco— ¿te gustaría que tomáramos un café para conocernos?

No pude evitar reír entre dientes.

—¿Aquí? —le pregunté volteando a ver el local.

—No, claro que no. Iríamos a otro lugar.

—¿Con la competencia?

Andrew rió.

—No, nunca te sugeriría traicionar a la empresa donde trabajas. Es un lugar más... casero. Y por café, quiero decir té.

Miré mi ropa, y me sentí tan incómoda que él vistiera casual a la moda y yo un sucio uniforme ligeramente despintado por tanta lavada.

—Te sienta muy bien el negro, tus lindos ojos resaltan más —comentó sin mirar mi incomodidad.

—Gracias —agradecí con una sonrisa tímida.

Me señaló con un cabeceo que lo siguiera hasta su auto. No hablamos hasta que llegamos a un Audi gris oscuro; me gustó mucho. No era sport, eso era seguro.

Me abrió la puerta galantemente y esperó a que me pusiera el cinturón de seguridad para cerrarla. Miré el auto sorprendida. No tenía mucho de usado, aún tenía ese maravilloso aroma a nuevo.

Andrew se subió enseguida, dedicó unos segundos a sus gafas Ray-Ban y arrancó. La música sonó un poco alto, por lo que de inmediato le bajó para no molestarme.

Maldije no traer mis gafas conmigo, así hubiera podido asombrarme de él sin que lo notara.

Veníamos en silencio, escuchando la música, o al menos él lo venía haciendo, porque yo venía estudiándolo. Cada una de sus prendas era fina, al igual que su reloj de buzo. Al parecer, Andrew tenía dinero para darse muchos lujos que yo solo podía soñar.

Me intimidó un poco más, pero también no me extrañó que fuera alguien con dinero porque la zona en donde trabajaba era de clase alta.

En un alto, Andrew sintió mi mirada y volteó a verme.

—Tranquila, soy un chico bueno —comentó. Tal vez percibió mi nerviosismo en mis dedos que no dejaban de jugar.

Pero no estaba nerviosa por la posibilidad de que fuera un violador, de hecho, ni se me había cruzado por la cabeza, por el simple hecho de que se veía muy inocente para ser uno. Sino porque realmente me intimidaba ahora que lo veía bien, sin la careta de cliente. Andrew me gustaba demasiado, hasta el punto de acostarme con él en este momento si me lo pedía directamente.

—Incluso los chicos buenos pueden dar sorpresas desagradables —

comenté.

Andrew soltó una risita entre dientes muy sensual.

—Yo no. ¡Te lo juro! —llevó la mano a su corazón para tal promesa—. Yo doy sorpresas muy agradables —terminó volteándome a ver con una maldita sonrisa presuntuosa.

¡Ya me secuestró!, pensé mientras reía aun nerviosa.

Finalmente entró a una angosta calle y se estacionó. Seguíamos en Chelsea, pero en la zona más cara.

Bajamos del auto y miré el lugar a donde me había traído: La casa del té. Tenía razón, el lugar era pequeño y hogareño, pero al mismo tiempo elegante.

Me abrió la puerta con una sonrisa en su rostro. Entré y fue como llegar a la casa de alguien. Había espacios decorados de diferente manera, como si fueran cinco salas en un solo lugar. Andrew me guió a una que tenía unos sillones esponjosos que ya no podía esperar para sentarme.

Una mesera se nos acercó tan pronto nos pusimos cómodos.

—Aquí solo venden té —me comentó Andrew. Sonreí irónica—. Después de oler café todo el día, un té te caerá mejor, ¿no crees?

Asentí con la cabeza.

—¿Te molestaría que ordene una tetera para los dos? —me preguntó.

—No, por el contrario, estoy abierta a tus recomendaciones. No sé mucho de tés. Recuerda que mi mundo es el café.

Andrew sonrió por mi broma tonta.

—Por cierto, tengo una duda que me gustaría que me aclararas —dijo.

—¡Claro! —accedí con una sonrisa.

—¿Por qué solo tu usas un delantal negro?

—Porque soy una Coffee Master^[1].

—Mmm, ¿eres algo así como una súper barista cuyo poder es darme el perfecto orgasmo en la boca?

Reí entre dientes, avergonzada. En segundos sentí una mirada intensa, era la mesera que ya estaba desesperada porque no pedíamos la orden. O harta de que no terminábamos el coqueteo discreto.

Supongo que Andrew también lo notó.

—Okay. Queremos dos teteras de té negro con un toque de jazmín y anís —le dijo para que ya se marchara.

—Extraña combinación —le comenté.

—Pero te va a gustar. No soy tan estirado con respecto al té —aclaró Andrew sonriendo.

Enseguida me estiré un poco para rendirme ante el ambiente que forzaba a relajarme. Andrew se acomodó con su cuerpo hacia mí. No me decía nada, solo me miraba en lo que su mano jugueteaba con su barbilla.

Desvié la mirada de la suya para revisar alrededor, perderme en algo que no fuera en su silencioso escrutinio que me llevaba a preguntarme qué tanto pensaba de mí. O qué se imaginaba que podría hacerme si bajaba la guardia. ¿Estaba mal pensar en él sin ropa y haciéndome el amor?

Suspiré sin querer.

—No estás cómoda con esto, ¿verdad? —me preguntó.

—No.

—Entonces, ¿por qué aceptaste a salir conmigo?

—¿Por qué me invitaste a salir? —respondí, regresándole su pregunta.

Rió.

—Porque me gustó cómo trataste a Brad cuando te conocí —respondió.

—Sí, bueno, no debí haberlo tratado así. Él era un cliente...

—Aclárame una cosa —me interrumpió, se acercó un poco más a mí—.

¿Tú le dibujaste ese beso en el vaso?

—No, fue Sybil —respondí de inmediato—. No soy del tipo que dibuja cositas en los vasos.

—¿Ah, no? —enarcó extrañado las cejas.

Me derritió, lo admito.

—No. Lo hacía al principio, cuando empecé a trabajar ahí, pero dejé de hacerlo cuando tuve una mala experiencia con un cliente que malinterpretó mi detalle.

“Le he dicho miles de veces a Sybil que deje de hacerlo, pero no le importa.

—Entonces, ¿por qué dibujaste ese guiño con el solecito?

—Porque tú me lo pediste... Al cliente siempre hay que darle lo que pide.

—¿En serio? Mmm, espero que no tenga que recordártelo después.

Andrew sonrió, levantando un lado más que el otro, cuando me sonrojé por su directa. Se veía travieso porque seguramente también tuvo la imagen de nosotros en la cama.

Seguí sonriendo apenada por lo atrevida que fui sin querer.

—Déjame decirte que esa sonrisa, la que tienes en este momento, es la que me hizo invitarte a salir... Deberías sonreír así más seguido.

—Mmm, y pensé que había sido la tarta de moras y chocolate blanco que tan amorosamente envolví para ti.

Rió avergonzado.

—Bueno, también ayudó ese latte. Y que eres preciosa... y posiblemente igual de deliciosa que la tarta de moras.

Llegó la mesera con nuestra orden, cortando el flirteo oportunamente. Los dos sets de té que trajo se me imaginaron mucho a esos que mi abuelita solía usar cuando me invitaba a su casa a tomar el té. Olía delicioso.

Mi abuelita era de la vieja escuela, de las que la hora del té era un rito británico que no podía saltarse ni un día. Casi fue una blasfemia para ella que yo trabajara en un Starbucks.

—Gracias —despidió Andrew a la mesera con una sonrisa cortes. En seguida nos servimos el té.

—¿Por qué fuiste al Starbucks? ¿Qué te dijo Brad para que fueras a chearnos?

—Nada malo —bebió de su taza con cuidado—. Habló de ti, pensó que tú le habías hecho ese dibujo... La verdad fui a verlas para poder darle mi opinión de quién tenía más posibilidad de que le hubiere coqueteado. Cuando vi a tu amiga, me di cuenta que estaba más idiotizado por ella que por ti... Le encantan las rubias.

—¡Ah!

—A mí, por otra parte, me encantan las morenas... con enigmáticos ojos verdes —comentó como si nada; dejó su taza en la mesa de centro. Miré cómo pasó su lengua por los labios tímidamente para recoger las pequeñas gotas de té que se quedaron ahí.

Me miró.

—Sí, te estoy diciendo de nuevo que me gustas —sonreí nerviosa—. Pero todo indica que no te caigo bien.

—¡No! —exclamé en un grito desesperado. Se asustó por mi reacción atrabancada—. Lo siento —suspiré para darme valor—. No puedo decir que me caes mal porque no te conozco.

—¿Por qué me has...?

—Te traté así por Brad. Coqueteó conmigo un día y al siguiente con mi amiga. Tu amigo estaba pescando...

—No, solo estaba confundido.

—Sí, sí, ya lo justificaste pero, aun así, estaba pescando.

—Sí, tienes razón en eso.

—Eres su amigo, así que supuse que tú también estabas...

—¿Pescando? —me interrumpió.

—Sí.

—Dime con quién andas y te diré cuán igual de jodido estás, ¿no? — comentó.

Asentí.

—O sea, tuve las de perder desde un principio.

—Sí —respondí haciendo gestos de lamentación. Agregué—. Pero uno siempre puede cambiar de opinión... ¡Ve! Ya le estoy robando un cliente a Costa Coffee.

Rió.

—Pues me alegra que me hayas dado una oportunidad para conocernos.

—A mí también.

ADDISON

—Mmm, ya no quiero seguir desperdiciando el tiempo conversando acerca de las primeras impresiones —dijo, frunciendo el rostro.

Tenía que parar de hacer esos gestos que me atraían cada vez más.

—Okay... ¿Trabajas o estudias? —pregunté satisfecha con el cambio de tema.

—Estudio... Negocios. Estoy en mi último semestre en Oxford —respondió, acomodándose mejor en el sillón, después descansó su brazo doblado en el respaldo para poder acariciar su frente más cómodamente. Su cuerpo seguía en dirección a mí, lo que quería decir que aún le era interesante; de acuerdo al lenguaje corporal que Robert me enseñó a leer.

No dio mucha importancia a donde estudiaba, pero yo sí. Abrí los ojos sorprendida. Auto caro, ropa fina..., estudiante de Oxford... Sí, Andrew era un niño rico.

—¿Qué estudias? —me preguntó curioso.

—Finanzas, es un posgrado —respondí tomando mi taza—. ¿Eres hijo de papi y mami o un genio?

Rió.

—Tendré que responder que lo primero, pero espero no serlo en los próximos meses. Estoy estudiando una maestría.

Confirmó mis sospechas.

—¿Entonces no vives aquí?

—No por el momento —respondió inclinándose por su taza.

—Eso es un problema —murmuré sin querer.

—¿Por qué lo es?

—Porque..., bueno, ya me siento cómoda contigo. Creo que esta cita no está saliendo tan mal y..., bueno, también me gustas... —balbuceé, no sabía cómo decirle que quería seguir viéndolo.

—¿Crees que porque vivo en Oxford no nos vamos a seguir viendo?

—Bueno, primero hay que aclarar si quieres seguir viéndome —dije sin más.

Sonrió deleitado.

—Si no me sintiera bien contigo, ya hubiera cortado esta cita con alguna excusa tonta —confesó.

Sonreí como a él le gustaba. Estaba coqueteándole, y me sentí bien al hacerlo porque sabía que no lo estaba haciendo en vano.

—Regreso a Oxford hasta el lunes próximo. Después tengo exámenes y trabajos finales, quizás no vendré seguido a la ciudad pero..., si no te molesta, ¿podría hablarte?

—Me encantaría que lo hicieras.

—Es un trato. Costa va a lamentar perderme —dijo extendiéndome la mano, que tomé y no quise soltar porque quería seguir tocándolo, seguir unidos así.

Pero me soltó.

—¿Entonces finanzas...? —preguntó casual.

—Sí, también estoy en mi último semestre.

—¡Ah! También vas a estar ocupada.

—No tanto como tú.

Sonrió, mirándome después por un largo rato; le soporté la mirada lo más que pude. Estábamos fascinados por el otro, hasta que su celular sonó. Revisó quién le hablaba antes de contestar.

—¿Qué pasó?... —una pausa larga y dijo—: Okay —colgó—. Era Orville, un amigo —me aclaró cuando seguramente sintió en mis gestos serios que estaba sospechando que una mujer le había hablado—. Olvidé que había quedado de verme con él.

—Oh, okay. No hay problema —dije tomando mis cosas, pero me tomé rápido de la mano para detenerme.

—No estoy cortando la cita porque me aburrí —aclaró—. Quiero conocerte mejor.

—Yo también.

Nos miramos por unos segundos, atorados en la tensión de un primer beso. Pero con el pasar de los segundos, ninguno se animó y solo fuimos a la caja a pagar los tés. Bueno, él me había invitado, así que él pagó.

Ya afuera, se puso sus gafas. No pude evitar recorrerlo con la mirada de pies a cabeza. ¡Por dios! ¡No podía dejar de verlo!

—¿Te llevo a tu casa? —se ofreció.

—No, no te preocupes. Tomo el autobús. Voy ir a ver a Sybil —respondí.

—Entonces..., te llevo a mi casa —sugirió.

—¿Disculpa? —pregunté un poco ofendida.

—¿No has hablado con Sybil?

—No.

—Bien, tal vez estoy metiéndome en donde no me llaman, pero tu amiga se acostó anoche con Brad.

—¿Qué?! —exclamé sorprendida. Lo último que supe de ella era que tenía una cita, pero no me dijo con quién.

—Sí. Deduzco que se acostaron porque ella entró a la cocina esta mañana con una playera puesta, nada más, y se portó muy cariñosa con Brad —estaba con la boca abierta—. Lo más seguro es que aún está ahí.

—Entonces me voy directa a casa a descansar.

Por mucho que deseara que me llevara y, no sé, tener nuestro primer beso, aún tenía un dejo de desconfianza. ¡Maldición! ¿Por qué me recordó que era amigo de Brad? Eso me estaba deteniendo de nuevo.

—Mmm, al menos déjame pagarte un taxi.

—No, no es molestia.

—Por favor, me sentiría más tranquilo —dijo en tono suplicante.

—Está bien.

—Pero, antes de que te vayas, ¿podrías darme tu teléfono? —me preguntó.

—Sí, claro —le extendí la mano para que me diera su celular.

Tecleé mi número y se lo entregué. Sería una idiota si le hubiere dado uno falso, lo que más quería en este momento era volver a verlo. Y luego de que le pedí su número también, detuvo un taxi, me abrió la puerta y se acercó para despedirse, pero nos quedamos atorados entre una mano extendida y un beso en la mejilla. Me subí al taxi, apenada del ridículo que hice.

—Por favor, llévela a donde ella le diga —ordenó al taxista. Vi que le dio un billete de cincuenta libras. Era demasiado dinero para mi viaje.

—Te hablo, bella... ¡Perdón! ¡Addison!

Le dije adiós con la mano; no podía dejar de sonreírle. Cerró la puerta y se apartó sin mirar atrás. Entonces, di mi dirección al taxista, quien arrancó rápido sin importarle que me alejaba de Andrew.

Mientras que el taxi se desplazaba tranquilamente por el Albert Bridge, miré el número de Andrew con curiosidad por conocerlo aún más.

Cuando el taxi se detuvo frente a mi casa, el taxista me dio el cambio de Andrew. Ya tenía una excusa para verlo de nuevo.

Rob no estaba en casa. Odié eso, porque estaba tan emocionada y quería

hablar con alguien de lo perfecto que fue mi día, y no había nadie con quien hacerlo.

La frustración me hizo llamar a Andrew, quien me respondió después de dos tonos.

—¿Llegaste bien? —me preguntó muy interesado.

—Sí... Estaba pensando...

—¿Sí?

—No quería terminar la cita tan pronto —se me salió. Estaba aprovechando que no lo tenía enfrente, su rostro expectante no me intimidaba.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Hubiera cancelado a Orville, prefiero estar con una mujer bella que con él —silencio por mi parte, y él suspiró—. No puedo verte ahora, porque ya estoy con él, y es peor que una esposa cuando lo cortan por la amante —reí—. Pero mañana...

—¡Tengo el día libre mañana! —dije apresurada.

—¡Perfecto! —exclamó entre risitas complacidas por mi deseo de verlo ya—. ¿Quieres que nos veamos mañana temprano? No sé, pasar juntos el día.

—Mmm... Sí —respondí entusiasmada.

—¿Por qué rechazaste mi ofrecimiento de llevarte a tu casa? ¿No quieres estar a solas conmigo, verdad? —preguntó.

Andrew no se andaba con rodeos; al parecer, no perdía el tiempo cuando alguien le interesaba. ¡Me encantó eso porque yo también quería todo con él! Pero me ponía tan nerviosa darle un primer beso, creo que no quería que se decepcionara de mí. Que recordara que las clases sociales no suelen mezclarse por diferencias estúpidas.

—No. Aún no.

Escuché que Andrew suspiró. Quizás pensando qué hacer conmigo.

—¿Al menos puedo recogerte en tu casa?

—Sí —accedí ya. Y le di rápido mi dirección antes de arrepentirme.

—Te veo entonces mañana.

—Hasta mañana.

—Descansa —dijo colgando sin más. Lamenté que cortara la conversación porque quería seguir platicando con él como si fuéramos dos adolescentes enamorados ya.

El resto de la tarde pasó muy lento, pero al llegar la noche, la sola idea de verlo me levantó tanto el ánimo que me fue difícil conciliar el sueño y desperté muy temprano. Esperé en la cama, mirando mi celular dormido en mi buró. Estaba desesperada por recibir su mensaje que me diría a qué hora

vendría por mí. No me lo dijo cuándo le hablé ayer, y no quise hablarle de nuevo para preguntarle; no quise que se diera cuenta de cuánto ansiaba verlo.

Cerca de las diez de la mañana bajé a desayunar, con la idea de que por el momento ya no lo vería.

Estaba terminando mi yogurt cuando escuché mi celular sonando. Corrí como loca por las escaleras para contestar; resbalé varios escalones, golpeándome la rodilla izquierda muy fuerte. Para cuando llegué, la llamada ya había sido cortada, pero vi que fue Andrew. No perdí tiempo y le marqué. No iba a dejar que encontrara un plan mejor que pasar el día conmigo.

—Buenos días, guapo... Disculpa que no te haya contestado, estaba en la cocina —dije algo agitada cuando me contestó con un “Buenos días, bella”.

—No te preocupes, creí que seguías dormida.

No, he estado en vela esperando tu llamada.

—No, ya tengo tiempo despierta.

—¿Puedo pasar por ti a las once... once y media? —preguntó.

—Sí, estaré lista a esa hora. Estoy emocionada por verte —respondí, a lo que Andrew rió entre dientes. No me importó que notara mi emoción por estar con él.

—Bien, entonces te veo en un rato.

—Te espero.

Me metí a bañar tan pronto colgó. Tenía muy poco tiempo para arreglarme.

Esperé en la sala a que tocaran el timbre. Dieron las once y nada de él. Mi corazón se impacientó, aún estaba dentro del lapso que prometió para pasar por mí. Decidí asomarme y, en ese preciso momento, se estacionó frente a la casa. Bajó con tal movimiento elegante, como si estuviera actuando para un comercial de autos.

Vestía casual, como el día anterior, con la única diferencia que ahora tenía el cabello con otro peinado. Sonreí todo el camino a él.

—Buenos días —dijo tomándome del hombro para no volver a atorarnos en el saludo.

—Buenos días... No huyas, voy por mi bolso.

—No tengo la intención... Te espero —dijo recargándose en su auto.

Regresé adentro en una carrera. Sin embargo, me di un tiempo para tranquilizarme, aunque no lo logré porque estaba muy emocionada por estar con Andrew. Cuando salí, aun nerviosa, fui al lado del pasajero sin verlo mucho, no quería que viera mi nerviosismo, aun cuando lo venía arrastrando.

Rápido me abrió la puerta.

—Gracias —dije antes de que cerrara la puerta. Subió y arrancó el auto en silencio—. ¿A dónde vamos? —le pregunté cuando nos detuvimos en un semáforo, que fue cuando aprovechó para poner algo de música.

No me respondió de inmediato, estaba terminando de arreglar el volumen de la canción. Cuando dejó el celular por la paz, alcancé a ver que era *Breath me* de Sia.

Arrancó con el siga.

Entonces, al fin sintió mi mirada que aún le preguntaba a dónde me llevaba. Ya me estaba dando miedo su silencio.

—¡Disculpa! Tenerte a mi lado me relajó —dijo entre una sonrisa—. Vamos al zoo.

Hice gestos confundida. ¿Al zoológico? ¿Una cita en el zoológico?

—Okay.

Supuse que había escogido ese lugar por las facilidades que tenía: lugar para estacionar, aire libre, comida..., y animales que podían relajarnos.

Era la primera vez que alguien me llevaba ahí en una cita; la última vez que lo visité fue cuando era niña. Esta cita podría ser interesante.

Andrew no venía muy platicador. Estaba más interesado en su selección de música que en otra cosa, por un momento pensé que había olvidado que venía con él.

En un cambio de velocidad, aproveché para tomar su mano; naturalmente, volteó a verme confundido.

—Estoy feliz de estar contigo en este momento, pero estás muy callado y me está dando...

—Bella, estoy pensando en ti, aun cuando te tengo a un lado.

—¡Ah! Pensé que estabas buscando una salida.

—No, no soy tan estúpido —aclaró con una sonrisa, pero volvió a caer en el silencio.

Finalmente llegamos. Por suerte, no tardó en encontrar donde estacionarse. Antes de bajar, se estiró hacia atrás para tomar algo del asiento trasero. Me pegó su loción plazeramente y expuso su cuello tan inocentemente que me dieron ganas de darle un chupetón. Cuando regresó, me dio una botella de bloqueador; venía preparado para un día soleado.

—Gracias —dije con una sonrisa. Me embadurné la loción y luego se lo di para que él también se protegiera. Oía delicioso, no como los del supermercado que huelen a coco. De seguro, era de los carísimos.

Mientras que él terminaba, saqué mis lentes de la bolsa para ponérmelos y enseguida bajé antes de que saliera; lo hice por instinto. Respiré profundo cuando Andrew vino a mí para darme el bloqueador.

—¿Podrías guardarlo en tu bolsa? Lo vamos a necesitar al rato —me pidió.

—Sí, claro.

Caminamos a la entrada del zoológico con la tensión empujándonos a abrazarnos, o al menos a tomarnos de la mano, pero también ninguno quería arruinar la cita por nuestra impaciencia.

Después de comprar los boletos, iniciamos nuestra cita en el zoológico; he de confesar que me agradó regresar a ese lugar, muchos recuerdos perdidos regresaron conforme veía a los animales. Me pregunté si seguirían siendo los mismos que conocí de niña.

—¿Traes a todas tus citas a este lugar? —le pregunté cuando estábamos viendo a los peces en el acuario.

Se lleva a los niños al zoológico, no a la mujer que quieres meter a tu cama.

Andrew rió entre dientes. Su rostro se iluminó con el destello del agua, lo que lo hizo ver aún más guapo y relajado. Sus ojos tenían un azul imposible de dejar de admirar.

Era la primera vez que un hombre estaba así de tranquilo conmigo, como si ya nos conociéramos de tiempo.

—No. Eres la primera... ¿No te...?

—No, fue buena idea. Estoy... relajada —le interrumpí antes de que terminara su idea de que me había molestado que me llevara ahí.

—Sí, esa era la idea.

Salimos para ir a ver a los tigres. Nos acompañó un largo silencio que no me incomodó.

—¿Tienes novia? —le pregunté mientras me acercaba un poco al vidrio que me protegía de los feroces gatitos que estaban dormidos.

Andrew metió las manos a los bolsillos y me miró, ignorando completamente a los felinos; sonreía travieso.

—No —respondió. Su lengua humedeció sus labios sexys. ¿Me estaba tentando?

Desvié la mirada a los tigres para ignorar el deseo de besarle. Pero su timidez seguía tentándome, entonces bajé la mirada y caminé hacia los siguientes animales. Andrew me alcanzó en una carrera para caminar a mi

lado, muy cerca. Cada vez lo hacía más.

—Y tú, ¿tienes novio? —preguntó como si nada.

—No.

No dijo nada. Habíamos aclarado que estábamos libres, esperaba que lo demás se diera poco a poco.

Nos detuvimos en las jirafas.

—¿Por qué no querías que fuera a tu casa? —me preguntó reclinándose en el barandal, otra vez ignorando los animales.

Miré sus manos tan masculinas y elegantes con ese reloj, tuve el deseo de me acariciaran lo que fuera.

—Porque no vivo sola.

—¿Con quién vives?

—Con... Robert —respondí, consiente de la reacción que iba a tener.

—Dijiste que no tenías...

—No, no tengo. Robert es un amigo. Hemos vivido juntos desde hace dos años —aclaré, atreviéndome a tomar su mano.

—¿Tuviste algo con él?

—No.

Hizo gestos extraños.

—Sí, lo sé. Nadie lo cree, pero esa es la verdad.

—Pero te gusta —comentó.

—No. Bueno, reconozco que es guapo y, sí, es un aliciente a veces cuando tengo un día malo... —apretó los labios—. Algo atractivo que ver..., pero no es material para noviazgo.

Gimió con la mirada perdida en los animales.

¿Está celoso?

—Ven, sigamos —le dije acariciando su espalda baja al pasar. Fue una caricia atrevida que lo tomó por sorpresa, lo supe porque se estremeció a mi tacto. Se la hice para demostrarle que podría vivir con un hombre guapo pero estar solo interesada en él.

Llegamos a una zona de comida y me preguntó si me gustaría algo, le respondí que me vendría bien una botella de agua fría.

Seguimos recorriendo el zoológico sin comentar nada más de nuestras vidas sentimentales. Empezamos a divertirnos cuando nos burlábamos de los animales que parecían tener ciertas actitudes humanas. Quiso que entráramos a ver a los insectos, pero me resistí a su agarré que me jalaba para meterme. Le dije que tenía pánico a las arañas, entonces me abrazó sorpresivamente para

tranquilizarme, aunque no estaba histérica. Se sintió tan bien estar así de cerca de él, de sentir su atracción piel con piel. Después de ese abrazo, me sujetó la mano y me llevó a la siguiente zona.

¡Buen movimiento, Andrew!

—¿Te asustan las mariposas?

Reí.

—¡Claro que no! Me encantan.

—Pero son insectos.

—Pero son hermosos. Tu querías que viera a los feos y ponzoñosos. Los que dan pesadillas.

—Muy válida tu respuesta —comentó con una sonrisa coqueta.

Entramos a la zona de las mariposas. No era una zona bonita, al menos hasta que las mariposas empezaron a revolotear a nuestro alrededor. Sus aleteos crearon una perceptible brisa que era acompañada por colores. Era hermoso.

Miramos a todos lados con una sonrisa en el rostro; Andrew aún me sujetaba la mano. Y ahí, cuando él veía hacia arriba, decidí a hacer algo que jamás he hecho con un hombre.

—Andrew —le llamé en un murmullo que le hizo bajar la mirada a mí, fue cuando me atreví a ponerme de puntas para besarle.

Fue un beso de los que se darían dos niños de tres años después de que sus madres los obligaran a hacerlo. Labios con labios.

Pero aun así desencadenó una serie de mariposas —irónico—, cuyos aleteos cosquillaron en mi espalda baja. Deseaba tanto abrir la boca para atrapar la suya y hacer de ese beso infantil algo más de adultos. Uno que le dijera que necesitaba ser amada por él. Pero recordé donde estábamos. Una vez que lo hiciera, no tendría control de mis labios.

Dejé que las plantas de mis pies regresaran al suelo, terminando así el beso. Me miró muy profundo, como si se contuviera en hacer algo. Jamás he visto un par de hermosos ojos tan azules como los suyos... y que hablen por sí solos. Me vi reflejada en ellos como una hermosa mujer.

Aún estaba algo sonrojada, por lo que corté la conexión tomando su mano para ver la hora en su reloj. Eran las dos y media de la tarde.

—Tengo hambre —dije.

—Sí, yo también —respondió mirando mis labios y mojándose los suyos como si estuviera probándome ya por completo.

Entrelazó nuestras manos y me jaló para ir al restaurante del zoológico que

habíamos visto cuando entramos.

Compró dos hamburguesas y refrescos, luego fuimos a la terraza del primer piso a comer; la vista era muy familiar desde ahí. Antes de iniciar, saqué la loción bloqueadora y se la pasé, su piel estaba ligeramente rosada, al igual que la mía.

Hablamos de los animales; por el momento, ambos evitábamos hablar del beso. Yo lo evitaba porque aún estaba avergonzada por haber sido la primera en dar un avance. Por suerte, no fui rechazada. No hubiera soportado la vergüenza si lo hubiera hecho. Pero Andrew ha sido maravilloso, ha compensado y reafirmado que él no era como su amigo Brad, quien seguramente me hubiera llevado directo a su departamento para cogerme y luego botarme. Tal vez como terminará haciéndolo con Sybil.

Por el contrario, Andrew se estaba tomando todo el tiempo del mundo para conocerme a un nivel inocente.

Terminamos de comer y nos dirigimos a la salida, pero antes pasamos a la tienda de suvenires. Andrew me compró un lindo lémur gris de peluche, con unos enormes ojos que me hicieron reír en cuanto lo vi. Él me lo escogió y eso lo hizo más especial para mí. Por una segunda vez, lo besé castamente. Solo que esta vez, él me tomó por la cintura y me apretujó a él deseoso de que abriera los labios. Eso me lo dijo su dubitativo movimiento.

Cuando nos soltamos, ese deseo frustrado de nuevo escapó por nuestras miradas.

Dejamos el zoológico más pronto de lo esperado.

—¿Te llevo a tu casa? —me preguntó ya en el carro, cuando salía del estacionamiento.

—Sí, gracias —respondí, desanimada de que la cita se acabara. Pero supuse que estaba cansado, además de frustrado y asoleado.

Esta vez fui yo quien manejó la música.

—¿Cómo vas a llamar a tu muñequito? —dijo posando su mano en mi pierna. La dejó lo suficiente para estremecer mi entrepierna.

—Drew. Tengo un osito que se llama Andy, y este será Drew —respondí tartamudeando.

Rió entre dientes. Pero ¿qué otro nombre podría darle? En teoría esto era como tener un hijo con él, y quería que se llamara igual que su padre.

—¿Es coincidencia que tu osito se llamé así? —me preguntó con una sonrisa presuntuosa.

—Pura coincidencia. Tienes un nombre común, querido.

Andrew rió divertido.

SATISFACCIÓN

ANDREW

En cuanto llegamos a su casa, bajé rápido para abrirle la puerta. No quería que ahí terminara todo, pero yo no tenía la última palabra. Y no se me ocurrió otro lugar que no fuera mi casa; me moría por tener un faje con ella.

—¿Te gustaría pasar a tomar un café? —preguntó mientras la seguía a la puerta. Esperé que nos alcanzara ese segundo que lleva a un beso, lo aprovecharía para seguir este día con ella.

—Te acepto un té.

Sonrió, y yo suspiré sin que se diera cuenta cuando se dio la vuelta para abrir la puerta. Había utilizado la clásica invitación que me decía que no quería que esto terminara. Íbamos por buen camino.

Entramos a la casa, y era sencilla, no tan moderna y elegante como el departamento que compartía con Brad, pero aun así se veía cómoda.

Addison dejó a “Drew” en el sofá junto con su bolso.

—Siéntate, por favor —me señaló un sofá—. Voy a preparar los tés.

¡Ja! Si era cierto lo del té.

Me senté y la vi desaparecer. Entonces, me acomodé varias veces, buscando una posición que me relajara, pero estaba tan ansioso por ella que terminé poniéndome de pie y seguí el camino hacia donde había desaparecido. Caminé por un angosto pasillo que daba a la puerta de la calle y del otro lado al jardín, poco a poco escuché los ruidos que hacía Addison para preparar el té.

Cuando entré a la cocina, la vi estirándose para tomar unas tazas de la alacena. Su delgado cuerpo se estilizó más, su cintura se hizo más delgada y su trasero más prominente, listo para coger.

¡Joder, me excité con solo verla!

Caminé hacia ella sin hacer ruido. La sujeté por la cintura, logrando que brincara asustada porque la había tomado con la guardia baja, pero cuando vio que era yo, sonrió tímidamente y se volteó a mí sin hacer ningún movimiento que me hiciera saber que me alejara. Me aventuré a besarle. No como ella lo hizo, precavida de no dar un espectáculo frente a los niños y sus padres, sino

como dos adultos que estaban a solas y por fin habían encontrado el momento y lugar para disfrutarse con un beso. Con el deseo explícito de llegar más allá de los labios.

¡Joder!, Addison sabe excitar con solo un roce. Me muero por estar dentro de ella.

Se colgó de mi cuello y no perdí oportunidad de alzarla para sentarla en el mueble de la cocina. Addison sola abrió sus piernas para facilitarme el beso, que hice aún más profundo cuando mis manos la jalaban más hacia mí, quedando en una posición tan sexual. Soltó un gemidito de sorpresa cuando sintió que ya lo tenía duro, le regresé el gemido en la boca y seguí besándola, intercalando mi deseo y mi tranquilidad.

—Quiero estar dentro de ti —le murmuré cuando me tomé un segundo para respirar.

Abrió mucho los ojos, sobrecogida por mis palabras.

—Quiero estar aquí —le susurré con una sonrisa seductora. Toqué su frente con el dedo índice, luego lo desplazé a sus labios en donde hice una delicada caricia; deseé seguir besándolos. Seguí el camino a su pecho, en donde dibujé un corazón—. Aquí —susurré de nuevo, desviando la mirada de la suya para ver el camino que mi dedo continuó más abajo—. Y aquí —me detuve en su vientre, solo para deslizar la mano por su cintura y pegarla aún más a mí; se sentía muy bien estar entre sus piernas, aun con ropa de por medio.

Su respiración se cortó abruptamente; fue una caricia explícita. La miré, y como no vi ninguna señal de que parara todo, entonces la besé de nuevo.

Ya sabía mis intenciones, ahora le daría un poco de tiempo para pensar si me daba acceso o no.

Lentamente subí la intensidad del beso, celebrando que ella se estaba dejando guiar. Pero, de pronto, me empujó y bajó del mueble en un brinco; cuando escuchamos que alguien entró a la casa. No escatimé en decirle con mis gestos que estaba confundido.

—¡Ah, estás en casa! —dijo un hombre a mis espaldas. Volteé a verlo y me asombré de lo atractivo que era. A su lado estaba una joven bonita pero no tanto como lo era Addison.

—Sí, es mi día libre —respondió Addison con gestos burlones.

El hombre me miró, supuse que era su compañero de casa. Addison me había dicho que era atractivo, pero, ¡carajo!, no creí que fuera a darme celos que este... modelo de ropa de Gucci conviviera con ella día y noche. Los

“accidentes” pasan más fácil de lo que uno cree, lo sabía de primera mano.

Así inicié mi romance con Karla.

—Él es Andrew... Andrew, él es Robert —dijo Addison.

—Mucho gusto —extendí la mano para obligarlo a estrecharla.

Robert no nos presentó a su acompañante. Quizás convino que no era necesario, yo no lo hacía cuando eran conquistas de una noche. Me di cuenta que él echaba miradas extrañas a Addison cuando le platicó que la había llevado al zoo, y que después venimos a tomar el té.

Finalmente entendí el lenguaje que estaba usando Robert: quería la casa para ellos dos. Y no podía culparlo, yo también quería estar solas con Addison.

—¿Qué te parece si mejor te invito a tomar el té a donde fuimos ayer? —sugerí a Addison.

—Okay —respondió sin pensarlo. Apagó la estufa.

—Mucho gusto —dije a Robert y a su conquista.

—Igualmente —respondió él con sonrisa torcida. Podría jurar que me agradeció con el apretón que le haya entendido, pero lo hice por mi deseo de coger con Addison, no por él. Seguí a Addison a la sala, donde tomó su bolso y salimos en silencio.

Espero que no se enfríe en el camino, pensé en lo que le abría la puerta del auto.

—¿Quieres ir a la Casa del té o a mi casa a tomar el té? —le pregunté ya en el auto, antes de encenderlo.

Addison rió por mi trabalenguas ingenioso.

—A tu casa —respondió finalmente. No pude evitar sonreír con satisfacción.

Arranqué antes de que se arrepintiera.

La dejé pasar primero. Por suerte, Brad no estaba en casa; la puerta tenía doble llave. Addison entró temerosa, muy apabullada por algo. No dejaba de ver a su alrededor como si estuviera en casa de la Reina. Le señalé con un empujoncito que dejara sus cosas en la sala y, apenas las dejó, acomodé su cabello hacia a un lado para que me dejara libre su cuello. La besé ahí sin que se lo esperara e incluso la abracé como si fuera a escapar de mí.

—¿Y el té? —se retorció un poco para cortar el beso.

—¿En serio quieres té? —le consulté entre risas irónicas.

Asintió.

—Ya te lo preparo —dije con una sonrisa apretada. Fui a la cocina a preparárselo.

Addison estaba más nerviosa de lo que creí iba a estar, quizás por eso su urgencia por un té; necesitaba algo que la relajara rápido. Me gustó que lo estuviera, porque eso quería decir que no estaba acostumbrada a ir a casas de hombres a coger específicamente... como Sybil.

Regresé a la sala con las tazas, le entregué la suya y me senté a su lado. ¿Cómo reiniciar lo que el imbécil de su amigo había interrumpido?

—Me mentiste acerca de tu amigo —le reclamé. Bebí mi té con elegancia para acentuar que estaba molesto, pese a que no lo estaba. Addison ha estado enviando señas sutiles de que quería estar conmigo en la cama.

Hizo gestos de que no entendía.

—Minimizaste demasiado su atractivo.

Addison sonrió deleitada por mis celos.

—Tal vez, pero... —se encogió de hombros e hizo una mueca que me decía que no le atraía sexualmente.

Dejé la taza en la mesa, luego le quité la suya de las manos. Estábamos desperdiciando mucho tiempo con ese estúpido nerviosismo, por eso decidí tomar las riendas y me atreví a usar la maniobra de cuando llegamos. Retiré su cabello que caía sobre sus hombros, y acaricié su mejilla tímidamente, avisándole que de un momento a otro la besaría. Addison no dejó de mirarme con una sonrisa tímida, su respiración era tenue pero nerviosa.

Me incliné para besarle. No esperaba que ella se apresurara a nuestro encuentro, aunque tuve que regresarla al respaldo para aprisionarla; aquí no había compañeros de cuartos que me arrancaran de sus labios. Sin embargo, tras algunos minutos, fui yo el que terminó el beso porque esos malditos sillones eran incómodos para esto.

¡Joder, Brad! ¿Por qué carajos nunca te acostaste en ellos cuando los compraste?

La miré, buscando la manera de sugerirle que mi cama era más cómoda, pero Addison estaba muy quieta. Lo mejor era no decírselo con palabras, porque ella reaccionaba a los gestos galantes. De todas maneras, se confundió cuando me puse de pie y le ofrecí la mano; por suerte, entendió rápido y la tomó para dejarse guiar hasta mi cuarto.

Antes de cerrar, puse el letrero de “No molestar” que Brad se había robado de un hotel. Letrero que le decía que ni siquiera se le ocurriera tocar; para asegurar, eché el cerrojo a la puerta.

El sistema fue implantado por él, cuando abrí su puerta una noche y lo caché cogiéndose a Karla. No fue un buen momento, aunque le agradecí al siguiente día sinceramente porque me la quitó de encima ya.

Regresé a Addison que estaba parada en medio del cuarto, recorriéndolo con la mirada. Coloqué mi mano en su cintura para avisarle que me tenía a un lado, entonces volteó a verme y me besó por iniciativa propia. Iba por buen camino, Addison quería esto tanto como yo.

No dejé de besarla, ni aun cuando sus dedos se escurrieron debajo de mi playera; me retorcí porque estaban algo fríos y mi piel estaba hirviendo, deseosa de ella. Me quitó la playera como pudo e hice con ella lo mismo. Verla en brassiere alborotó mi respiración; era uno de esos que la hacían más deseable. El momento de disfrutarla se apresuraba a velocidad luz, y yo no quería ir tan rápido.

Poniéndolo en sus términos profesionales: era como beber Kopi Luwak^[2] en un solo sorbo.

Entonces, detuvo todo para que su dedo índice acariciara apenas mi frente, luego descendió a mi pecho, dibujó un corazón ahí, y finalmente siguió su camino hasta mi abdomen en donde me jaló por la presilla para desabotnar mis jeans. Estaba diciéndome silenciosamente que también me quería dentro de ella. No esperé más y besé sus gozosos labios en lo que la acostaba para frotarme contra ella mientras mis caricias terminaban de desnudarla.

Al principio me apresuré a entrar en ella, me moría de ganas por saber qué era ser parte de su cuerpo y alma; sin embargo, lentamente bajé la efusión hasta hacerle el amor. Ya no quise malgastar cada segundo a su lado con un desespero innecesario.

Addison era para disfrutarse por horas, aprovechar cada jodido movimiento y gemido. Y me la cogería lento porque presentía que eso la iba a volver loca, hasta el punto de tener orgasmos múltiples.

HORAS DESPUÉS

Me dejé caer a su lado, aun jadeante por los últimos minutos en que ella se desenfrenó un poco. Fue un final jodidamente bueno, como las dos veces anteriores. Quería decirle algo al fin, pero aún estaba como ido en la experiencia. Lo único que hice fue abrazarla para respirar el sexo que aun despedía; mi dureza parecía aumentar en lugar de relajarse.

—Tengo hambre —comentó ella.

Le miré algo confundido. No esperaba eso.

—Me apagaste muy rápido —le confesé.

—Pero tengo hambre —explicó con sonrisa apenada.

—Está bien, voy por comida —terminé levantándome de la cama.

En lo que buscaba mis bóxer, vi que ella jaló las sábanas para cubrir su desnudez.

—Me gustaría tomar ese té que hemos pospuesto desde mi casa —comentó con una sonrisa traviesa en su rostro.

Reí entre dientes y fui a la cocina a preparar un par de sándwiches y tés. Cuando regresé, Addison estaba fuera de la cama, con la sábana enrollada en su cuerpo; hizo una elegante curva en su espalda, cubriendo solo su trasero. Una vista exquisita, y ella estaba consciente de su sensualidad despedida. Tenía mi loción entre sus manos, creo que la estaba oliendo antes de oírme entrar. ¡Sexy!

Dejé la charola sobre la cama, luego fui a sacar mi pijama debajo de mi almohada.

—Addison —le llamé para darle la playera, que tomó con una sonrisa agradecida.

No presté atención a su cuerpo cuando se desnudó para ponerse la playera. Me gustaba mucho verla desnuda, pero me excitó más verla finalmente vistiendo mi ropa.

Nos sentamos en la cama para comer, también ya tenía hambre. Gemí placenteramente cuando bebí el té. Tanto lo habíamos pospuesto que sin querer me lo había antojado.

—Lo pospusimos demasiado, ¿verdad? —me preguntó cuando también saboreó el té.

—Sí... ¿El sexo o el té? —pregunté casual en lo que daba una mordida a mi sándwich.

Addison rió y me pareció un sonido hermoso.

—Ambos.

—Mmm, pues ambos son jodidamente buenos... ¿Puedes quedarte conmigo esta noche? —le pregunté.

Me miró feliz en lo que asentía con la cabeza. Le sonreí también. No quería que se alejara de mí.

—Quería preguntarte..., bueno, más bien pedirte de favor si me dejarías darme un baño —pidió con voz casi infantil.

La miré serio, quería que siguiera oliendo a mí, porque se me paraba con solo percibir su sudor ya seco. No podía creer que era de esas que apenas

tenía sexo y ya querían ducharse.

—Estoy acalorada, demasiado tiempo bajo el sol, y si no me refresco antes de dormir, bueno, me dan dolores de cabeza —explicó.

—¡Ah, okay! ¡Sí, claro! Lo menos que quiero es que te dé el clásico dolor de cabeza, aunque no tenía planeado dejarte dormir —concordé entre sonrisas burlonas.

¡No hay problema! Así me das una excusa para cogerte de nuevo.

Sonrió y seguimos comiendo en silencio.

—Esa puerta es mi baño —le señalé con la cabeza.

—¿Tienes un baño para ti solo? —preguntó asombrada.

—Sí, hay dos baños y medio en este departamento —dije entrando para sacar una toalla limpia para ella.

—Gracias —dijo caminando de puntitas al baño cuando salí. No cerró la puerta.

Fui por la charola para llevarla a la cocina.

—¿Quieres que te traiga un vaso con agua? —le pregunté acercándome a la puerta. Alcancé a ver el reflejo de su cuerpo desnudo. Seguía pareciéndome hermosa... ¡perfecta para mí y mi arma de placer!

—Sí, por favor.

Dejé que se duchara. Ya después me la cogería en la ducha o en la tina, de eso no se iba a escapar.

Cuando regresé, después de lavar los trastes, Addison ya había terminado.

—Voy a ducharme también —le comenté y entré a mi baño para ducharme lo más rápido que pude.

Cuando salí, Addison estaba acostada en la cama boca abajo con su rostro apoyado sobre sus manos, como si escuchara algo interesante, miraba hacia el baño. Sus delgadas piernas se movían como una tijera. Saqué un bóxer limpio y luego me paré junto a la cama, dejando que deseara a *mi amigo* con la mirada.

Me vestí con su mirada traviesa. Y cuando se acabó el show, se volteó boca arriba, entonces aventé la toalla del baño a las cajas con mis cosas que aún no desempacaba, y me acosté pero del lado contrario. Tenía sus pequeños pies frente a mí, pero ella rápido se volteó de nuevo hasta que logró acostarse encima de mí.

Olía refrescante.

—¿También estás cansado? —me preguntó entre besos cortos. De seguro

sintió mi falta de efusión.

—Sí —respondí entre un gemido cansado. Y lo estaba, esa asoleada y la tensión sexual fueron demasiado. Además, el baño me había relajado tanto que solo quería dormir—. ¿Y tú?

—Sí, también —dijo posando su cabeza sobre mi pecho, seguramente para escuchar mi acelerado corazón. Me aplastó un poco la respiración pero ágilmente la desplacé hasta que quedó dentro de mi abrazo. No quería que supiera que estaba tan alborotado por ella.

—A todo esto, ¿cuál es tu nombre completo? —me preguntó curiosa.

No pude evitar reír.

—Andrew Spencer... ¿Y el tuyo?

—Addison Carter.

—Mucho gusto, Addison Carter —le dije en lo que le ponía mi mano para que la estrechara.

Se carcajeó, pero terminó tomándola.

—Y dime, Addison Carter, ¿cuántos años tienes? ¿Eres mayor de edad, verdad?

Volvió a reír.

—¿No es un poco tarde para averiguar si lo soy? —respondió alzándose un poco.

—Sí, tienes razón... ¿Pero lo eres?

—Sí... ¿Andrew Spencer?

—Sí, Addison Carter —respondí conteniendo una sonrisa.

—Sí eres soltero, ¿verdad?

—No crees que es un poco tarde para confirmar si lo soy —me robé su respuesta. Hizo muecas de que no le gustaba que evadiera su pregunta—. Sí, sí lo soy. No me gusta meterme en problemas de tríos.

Y era cierto. Demasiado drama para nada. El hombre siempre terminaba sin nada y con la reputación de cabrón.

—Andrew, ¿tienes que ver en algo con los Spencer? —preguntó casual.

La clásica pregunta que todo mundo me hacía cuando me conocían. Siempre tratando de averiguar a cuantos parientes estaba relacionado con William y Harry. A cuatro, de hecho. Eran mis primos, los cuales he visto en muy pocas ocasiones; las puedo contar con los dedos.

—¿Es importante para ti que esté relacionados con ellos?

—No. Solo es curiosidad.

—¿Y si te dejo con la curiosidad?

—Bueno, me olvido y punto... Siempre y cuando me compenses con un beso.

La besé, invitándola lentamente a un manoseo, que duró bastante. Bostezó cansada al final.

—Okay, aún es temprano, pero... ¡Mmm, necesitarás...! —balbuceé levantándome de la cama.

—¿A dónde vas?

No respondí, solo abrí un cajón de mi cajonera y saqué un antifaz para dormir que aún estaba en su paquete. Luego fui a mi buró y saqué otro, le di el nuevo a Addison.

Lo miró extrañada, incluso un poco asustada. De seguro pensó que ahora que ya que la había metido a mi cama, tenía derecho a mostrarle mi lado oscuro... Lo pensé pero ¿cómo ser malo con un ángel?

—Las cortinas dejan pasar la luz. No sé tú pero odio despertarme a las tres y media de la madrugada porque el sol no puede salir a molestar a horas más decentes.

—¡Ah! Yo tengo persianas y funcionan de maravilla.

—Creo que las cambiaré ya cuando viva aquí.

Me metí debajo de las cobijas al igual que ella. Me puse el antifaz y me acomodé para dormir. No me buscó para que la abrazara, quizás era de esas personas que no le gustaba tanta cercanía. Solo buscó mi mano y la sujetó por un momento, después empezó a moverse como gusanito fuera de la tierra.

—¿No puedes dormir? —le pregunté.

—Tengo calor —dijo exasperada. Sentí que retiró las cobijas, escuché movimiento, y luego volvió a jalarlas —. Mejor —comentó al final y esta vez me buscó para abrazarme casualmente.

—Hasta mañana —le dije correspondiéndole.

—Hasta mañana.

Creí que me iba a costar trabajo dormir a su lado, porque no estaba acostumbrado a compartir la cama con alguien, al menos no para dormir después de tener sexo, pero me sentí a gusto con ella y no tardé en caer dormido.

BUENOS DÍAS

ANDREW

Algo me despertó. Lo primero que hice fue retirarme el antifaz para acostumbrarme a la luz. Quizás un minuto después, tanteé mi celular en el buró y lo acerqué lo más que pude a mis ojos, que apenas abrí para ver la hora. Eran las nueve de la mañana.

Me rasqué la cabeza, bostecé y me froté los ojos en lo que volteaba a mi lado. Se me escapó un suspiro junto con una sonrisa cuando vi a Addison boca arriba, con su rostro mirando al otro lado, y la cobija apenas cubría su busto. Ese “Mejor” había sido porque se había quitado la playera para dormir sin sentirse acalorada. ¡Qué bueno que no me di cuenta que se desnudó porque hubiera sido una tentación toda la maldita noche!

Me acerqué a ella sin mover tanto la cama.

—Addison —le llamé en un susurro en lo que retiraba su cabello del rostro.

Es tan hermosa... y es mía.

—Cinco minutos más —gimió y balbuceó como niña.

Sonreí.

—Despierta —dije de nuevo calladamente.

Su rostro giró hacia a mí, como si me quisiera ver, pero quizás no recordó que tenía el antifaz puesto, entonces hizo el intento de retirarlo.

—No... No lo hagas aun —le ordené en un susurro, deteniendo su mano.

—¿Pero...? —le siseé para que guardara silencio. Me acerqué más a ella, y la destapé completamente. Brincó por la sorpresa pero mi “¡Shhh!” acentuado con mi dedo sobre sus labios la aquietó; aun cuando su respiración se agitó un poco ante la expectativa de lo que iba a hacerle.

Es un ángel, me recordé.

Pero no hice nada más que contemplarla completamente desnuda, bueno, no totalmente, traía puestas sus pantaletas. No la miré con ojos lujuriosos, sino como se admira a la Venus de Milo. No deseándole, sino reconociendo la belleza en sus curvas y la suavidad de su piel. Por supuesto el cuerpo de Addison era mil veces más hermoso y deseable.

—¿Qué haces? —me preguntó ya con tono preocupado.

—Tranquila. Solo disfruta —le murmuré.

Mi dedo bajó por la línea de su cuello, y pasé entre sus senos, todo el tiempo mis ojos la envolvieron divinizándola. Sentí cómo cada uno de sus poros se estremeció de placer a mi paso.

Al llegar a su vientre, noté una cicatriz del lado derecho, de casi tres centímetros. Dejé que mis dedos se dirigieran ahí para acariciarla, diciéndole así que era perfecta aun con cicatrices.

—Apendicitis a los 17 años —comentó ella en un susurro cortado. Me hizo voltear a verla; su pecho subía y bajaba ya agitado.

—Mmm —exclamé seductoramente.

Addison se alzó súbitamente, quitándose el antifaz en el proceso y se abalanzó sobre mí; azotándose sobre el colchón. Mi respiro salió más efusivo de lo que esperaba.

¡Mierda! ¡El ángel se quitó la aureola!

Me besó ansiosa en lo que se acomodaba encima de mí. Sentí su mano, que acarició mi pecho rápido, y se movió hasta el pantalón de la pijama que bajó magistralmente junto con los bóxer. Rápido me animó con una caricia prohibida para jugar más con ella.

Sexo. Addison quería tener sexo en ese instante, no hacer el amor.

—Al cliente lo que pida —le murmuré, apresurándome a sacar un condón para participar en su avidez.

ADDISON

—¡Sorprendente! —exclamé después de pasar varios minutos en silencio, mirando el techo y aceptando que me había arrojado a un hombre por primera vez.

—Me acabas de robar la palabra que estaba buscando —comentó Andrew.

Reí entre dientes. El momento con el antifaz fue extraño y sensual al mismo tiempo. No tuve idea de lo que hizo en esos segundos que estuve expuesta a él, antes de que se decidiera a tocarme; me sentí tan erótica. Pero cuando llegó a mi cicatriz, el punto débil en mi autoestima, la que me hace sentir tan imperfecta... ¡Dios! La forma en que la tocó me dijo que igual seguía siendo bella para él. Fue entonces cuando mi libido se desató sin control.

Su estómago gruñendo me sacó de mi intento de tocarlo. Reí divertida y él se tapó la cara con las manos avergonzado.

—¡Déjala en paz un momento! ¡Tengo hambre! ¡Aliméntame ya! —dije con voz de Alvin y las ardillas. Fingiendo que era su estómago quien le hablaba.

Gruñó de nuevo y volví a reír. Andrew me aventó la almohada para que dejara de burlarme de él. Tuvimos una rápida lucha de almohadas que él terminó cuando me sometió con parte de su cuerpo para hacerme cosquillas, que poco a poco se convirtieron en un manoseo juguetón.

De pronto, terminó el retozo.

—Vamos a desayunar —sugirió parándose de la cama súbitamente; se puso los bóxer y el pantalón de la pijama. Mientras tanto, algo frustrada, busqué mis pantis y la playera de su pijama entre remilgos de niña.

—La lucha de cosquillas se pospone hasta después de desayunar —dijo.

—Lo último ya no fueron cosquillas —aclaré.

—No me culpes por ver la oportunidad y aprovecharme.

Reí entre dientes en lo que me sentaba para ponerme los tenis, odiaba andar por la casa descalza.

Andrew salió conmigo detrás. Caminamos en silencio por el pasillo, hasta que a la mitad me aventé a él para que me cargara de caballito. Se quejó entre risas de que pesaba mucho, pero aun así enredó sus brazos entre mis rodillas dobladas para sujetarme mejor.

—Además, me gusta más el perrito que el caballito —comentó.

Lo mordí en el cuello como castigo por su comentario indecoroso.

—¡Hey! ¡No incites si no vas a llegar al final! —reclamó entre risas. Me bajó para estamparme contra la pared y susurró con sus labios pegados a mi cuello—. ¡Y quiero llegar al final una y otra vez!

—Entonces, olvida la comida y regresemos a la cama —sugerí manoseando su trasero.

Sonrió con satisfacción; sin embargo, me cargó en sus brazos ahora para llevarme a la cocina. Reí porque amenazaba con dejarme caer pero solo lo hacía para que me aferrara más a él.

—Buenos días —escuché a Brad y Sybil casi al unísono cuando llegamos a la cocina.

Andrew me bajó lentamente. Me topé con la mirada de Brad, que se dirigió de inmediato a mis piernas; me escondí sin dudar detrás de Andrew. Traía solo una playera que dejaba ver completamente mis piernas y parte de mis pantis. No quería que me siguiera viendo así, por lo que tomé a Andrew por la cintura para moverlo como si fuera una tabla que me cubría. Su paso fue tonto hasta que pude sentarme en la mesa.

Miré rápidamente a todos. Cualquiera que nos viera, lo primero que pensaría era que acabamos de tener sexo. Y no estaría alejado de la realidad, olíamos a sexo. Brad vestía igual que Andrew y Sybil igual que yo, con una playera negra de Brad. Nada más que yo traía el cabello suelto y ella agarrado en una coleta algo despeinada.

—Buenos días —dije a ambos que estaban desayunando tranquilamente.

—Okay, okay... Yo te atiendo —dijo Andrew al ver que no tenía intención de moverme de ahí.

—¿A qué hora llegaron? —preguntó Andrew a Brad.

—A las... —respondió volteando a ver a Sybil, consultándole si ella vio la hora cuando llegaron.

—Once —agregó ella natural.

—¿Trabajaste tarde? —le pregunté.

Sybil asintió. Noté que no estaba cómoda con Brad en medio de las dos.

Andrew siguió preparando el desayuno. Por los ingredientes, iba a ser huevos revueltos, pan y té.

Por equivocación volteé a ver a Brad, lo caché intercalando su mirada entre Sybil y yo, como si aún estuviera analizando con quién quedarse. Me enojó su actitud, pero lo disimulé. ¡Qué tipo tan descarado!

Inconscientemente estiré la playera lo más que pude para tapar mis piernas.

—¿Trabajas hoy, Sybil? —le pregunté para que reaccionara y se diera cuenta que *su* Brad estaba portándose mal enfrente de ella.

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—¿A qué hora empieza tu turno? —preguntó Brad a Sybil.

—A las dos —respondió ella antes de beber de su café.

Brad soltó todo y se levantó de la mesa, confundiéndonos a todos. Tomó la mano de Sybil y la jaló hasta que logró levantarla entre quejas que demandaban no haber terminado el desayuno.

—¿A dónde van? —preguntó Andrew confundido. Traía los tés en mano.

—¿A qué crees! —le espetó Brad. Sybil rió como tonta por la forma desesperada en que Brad la llevaba al cuarto.

Se me hizo terrible esa reacción, como si Sybil solo sirviera para el sexo. Y no era así, ella no era la típica rubia tonta y cogible; por el contrario, era lista y divertida, aunque a veces despistada.

Ya con ellos lejos, me paré y pregunté a Andrew si podría ayudarlo aunque fuera a servir.

—No, siéntate, ya está todo listo —respondió sonriendo, luego me besó tímidamente.

En cuanto nos sentamos, Andrew atacó su desayuno como si tuviera semanas de no comer.

—¡Tranquilo! ¡Tú desayuno no va ir a ningún lado!

Sonrió entre masticadas y siguió comiendo desesperado.

—¿Brad te incomodó, verdad? —me preguntó cuando se me escapó un suspiro cansado.

—Sí.

—Y pensar que este momento pudo ser diferente —comentó mirando su desayuno, decidiendo por dónde atacar ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Si no fuera por su indecisión, Sybil no estaría en el cuarto con él, si no tú. Y yo estaría aquí, desayunando solo... lamentando no haberte conocido antes.

Le hice muecas.

—No me gusta la visión —comenté.

Y era verdad, no me imaginaba besando a Brad.

—Ni a mí, porque pudo haber pasado. Realmente analizó mucho por quién ir de ustedes dos.

—¿Y crees que yo hubiera caído, si se hubiera decidido por mí?

—No sé, dímelo tú.

No lo sabía. La verdad es que me había desinteresado de Brad cuando me di cuenta que fue Sybil a quién realmente le echó el ojo.

—¿Qué más da cómo se dieron las cosas! —exclamé—. Estoy contigo, ¿no?

—Eso espero —balbuceó.

—Andrew —le llamé acariciando su mejilla—, no tengo ningún interés en Brad ni en Robert u otro hombre que no seas tú.

—Estoy a punto de actuar como Brad —comentó después de mirarme por un buen rato—, pero en verdad tengo hambre.

Solté una risita traviesa y seguimos comiendo en silencio hasta terminar.

Compartir algo tan sencillo como un desayuno, después de habernos acostado por primera vez, me hizo pensar que iba a ver a Andrew más de una vez. Me sorprendió, a decir verdad, que Andrew quisiera conocerme más.

—Entonces... —llamó mi atención—, ¿cuál es tu horario de trabajo?

—Descanso dos días a la semana, aunque no seguidos. Miércoles y

sábados. Generalmente tengo el turno de cierre.

—Entras y sales tarde —murmuró.

Asentí.

—Está bien, no hay problema... A menos de que no quieras seguir viéndome.

—¡Quiero seguir viéndote! —le aseguré poniéndome de pie rápido para ir a sentarme en su regazo; hicimos mucho movimiento pero a él le encantó tenerme así. Lo besé por un rato, diciéndole entre cada beso lo mucho que me gustaba que me tocara y besara. Ser suya.

Andrew siempre me excitaba con esa mueca presuntuosa que solía hacer cuando le cachaba embobado conmigo, como que quería minimizar lo impresionado que lo tenía.

Luego me levanté para recoger los platos sucios. Él había cocinado, lo menos que podía hacer era lavar los platos.

EXTRAÑA FRIALDAD

KARLA

TRES MESES DESPUÉS

—¿Y has visto a Brad? —me preguntó Christa en lo que revisaba lo nuevo de Donna Karan; fui indiferente a la ropa. Yo era más de Carolina Herrera.

—No, no he sabido nada de él desde la semana pasada —respondí.

—Melinda me dijo que vio a Brad con una desconocida en su auto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Muy del estilo que le gustan a Brad, según dijo.

Guardé silencio en lo que sacaba unos jeans para verlos mejor; no estaban tan mal para ser de Donna. Los necesitaba para la próxima fiesta que se llevaría a cabo no sé en casa de quién, o tal vez para ir de fiesta a *The Gathering*. Ya les encontraría un uso.

—¿Y crees que se está acostando con ella? —pregunté desinteresada, aunque por dentro estaba hirviendo de ira.

—No lo sé. Podríamos preguntar a Andrew.

—Mmm, no creo que suelte algo pero le marcaré para ver si nos vemos.

Esperé paciente a que Andrew respondiera. Aún seguía poniéndome nerviosa escuchar su voz. Siempre ha sido así. Y es que cuando se lo plantea, puede hacerte el amor con solo la entonación que pone a las palabras, y esa sonrisa presumida que siempre termina por darme orgasmos.

—¿Andrew? —alcé un poco la voz porque había un poco de interferencia.

—¿Qué pasó, Karla? —me preguntó. Por su tono, creo que no le gustó que le haya llamado.

—Nada malo. ¿Dónde estás?

—En Harrods.

—¿En serio? ¡Vaya casualidad, yo también!... Christa está aquí conmigo... ¿Y qué haces?

—Buscando unas camisas.

—¡Oh! ¿Te falta mucho?

—No, ya iba de salida.

—¿Por qué no nos vemos en la zona de comida? Hace mucho que no platicamos.

—Karla, te vi la semana pasada.

—¡Vamos, Andy! —le rogué con tono chillón. Escuché un resoplido callado, últimamente estaba de mal humor cada vez que le hablaba para rogarle que nos viéramos, y ya no cedía.

—Está bien. Te busco ahí —accedió.

Colgué antes de que se arrepintiera y me cancelara.

—¡Listo!

—¿Ya no te importa Andrew? —me preguntó Christa, dejando a un lado la ropa. Tomó sus compras y me señaló que fuéramos a los elevadores para reunirnos con Andrew.

—¡Siempre me interesará Andy! —exclamé con obviedad—. Pero él tiene razón, aun no estamos listos para estar juntos definitivamente. Mientras me siga buscando, no hay problema, seguiré esperándolo. No me importa casarme con él hasta los treinta.

Christa rió.

—¿Aun considera válida la promesa que le hiciste a los diez?

—¡Claro! Él siempre va a estar enamorado de mí.

—¿En serio? ¿Aunque te estés acostando con su mejor amigo?

—Sí, él sabe que es solo para pasar el rato. No es serio —respondí segura, pero la sonrisa contenida de Christa me dijo que ella sabía algo de Andy—. Si te estás muriendo por decirme lo que sabes, ¿por qué te contienes?

—Porque tu adorado Andy dijo a Orville que..., bueno, prácticamente ya te olvidó. Que se siente aliviado de que te estés acostando con Brad.

—¿Qué?! —mi corazón palpité muy asustado.

—¿Qué querías que pensara tras acostarte con su mejor amigo?

—¡Nada! ¡Que estoy pasando nuestra pausa lo mejor que puedo!

Andy fue mi novio cuando teníamos 18 años, pero nos separamos al entrar a la universidad; yo a Cambridge y él a Oxford. Nunca tuvimos tiempo para vernos; además, creo que ambos nos la estábamos pasando tan bien como solteros que no lamentamos la separación. Fue hasta que terminamos los estudios y ambos regresamos a Londres que retomamos un poco la relación, pero esta vez sin ser formal.

Odié que tomara la decisión de regresar a Oxford para estudiar esa estúpida e innecesaria maestría, porque volvió a alejarse de nuestros planes a futuro.

—Te dije que nada bueno ibas a obtener al acostarte con Brad.

¿Pero que podía hacer? La razón por la que me había acostado con él fue para hacer ver a Andy que en el fondo *nuestra pausa* me estaba desesperando. Le había prometido de niña que me iba a casar con él de grande, y obviamente aun no quería eso, pero sí quería estar con él. Después de todo, él es el dueño de mi virginidad.

Bajamos en el elevador en silencio.

Amaba a Andy, pero por alguna razón me estaba obsesionando con Brad. Acababa de darme cuenta de eso cuando Christa me platicó de esa tipa con la que lo vieron. Con tan poca información, me volví loca de celos en el interior. ¡Brad me había dicho que me amaba!

Apenas cruzamos la joyería y localicé a Andy.

—Hola, cariño —le dije al saludarlo de beso en cada mejilla.

—Hola —dijo él. Noté su actitud seca. Usualmente me respondía con un *cariño* también.

Saludó a Christa más amigable que conmigo.

—Te ves muy guapo hoy —le dije, acariciando su brazo desnudo.

—Gracias, ustedes también se ven bien hoy... ¿Las invito un helado? —sugirió retirándose de mí para alejar mi mano.

Estaba muy frío conmigo. ¿Por qué? No le oculté que me acostaba con su amigo, pero a él nunca le molestó que lo hiciera; por el contrario, parecía excitarlo verme a escondidas.

Pedimos los helados y no hablamos hasta que nos sentamos a la mesa. Andrew me ayudó a acomodar mis compras en el suelo.

—¿Qué hay de cierto que Brad está saliendo con una rubia? —preguntó Christa sin más.

Andy me miró, estudiando si respondía esa pregunta con la verdad o inventaba algo rápido. No podía engañarme, conocía cada uno de sus gestos.

—Sí, está saliendo con alguien.

—¿La conoces? —pregunté casual, como si no me importara. A pesar de que me ardía el estómago por reprimirme en explotar en reclamos.

—Sí. Su nombre es Sybil... Es muy bonita.

Me dieron celos, pero no sé si por Brad o por Andy, quien hizo gestos de que con gusto se cogía a esa estúpida tipa salida de no sé dónde.

—¿Vive en Chelsea? —pregunté.

—No..., no creo. La verdad es que no lo sé.

—¿Dónde la conoció?

Andy negó saberlo.

—Para ser su mejor amigo, no sabes nada de su vida —comenté frunciendo el labio enojada. No sé por qué quise despertar los celos de Andy demostrándole que estaba celosa por su amigo.

—Sí, bueno, prefiero no saber nada de su vida sexual desde que te estás acostando con él —refutó serio Andy.

¡Finalmente tenía celos! Aun le interesaba.

Miré a Christa feliz, y ella pareció entender que era momento de hacer algo que nos juntara en un lugar donde pudiéramos actuar desinhibidos.

—Bien, pasemos a otra cosa, por favor —dijo ella—. Andrew, el próximo fin de semana voy a hacer una fiesta por mi cumpleaños...

—Okay.

—Vendrás, ¿verdad? —pregunté emocionada.

—Sí.

—¡Bien! —exclamó Christa jubilosa—. Regreso en un momento, voy a comprar algo de tomar para quitarme lo dulce del helado.

Ambos reímos por lo ilógico de su compra, pero tan pronto como se alejó, me puse nerviosa al quedarme a solas con Andy.

—¿Cuándo regresas a Oxford? —le pregunté escondiendo mis nervios.

—Mañana —respondió comiendo su helado tan desinteresadamente.

—He querido... —me interrumpió el timbre de su celular. Él se apresuró a sacarlo y metió una contraseña—. *¿Una contraseña? ¡Nunca has usado una! ¿Qué estás ocultando, Andy?* —era un mensaje que lo hizo sonreír a escondidas. Continué para llamar su atención—. He querido... —me calló con su mano. Escribió algo rápido y puso el celular en la mesa, diciéndome que esperaba una respuesta a lo que había escrito.

—¿Qué has querido? —me preguntó cuando me perdí en la pregunta de con quién se estaba escribiendo.

—He querido hablar contigo acerca de nosotros.

—¿Qué hay con nosotros? —preguntó, fingiendo que no entendía.

—He querido verte. Te he hablado pero no me contestas... Incluso fui a buscarte a Oxford pero no te encontré.

—Sí, he estado ocupado, yendo y viniendo a la ciudad —respondió, rascándose nervioso la barba que apenas nacía.

—¿Sales con alguien? —pregunté directa.

—No. He estado viniendo a la ciudad para dejar unas cosas en casa de mis padres.

—Bueno... ¿Podemos vernos en la noche entonces?

—No, lo siento.

—¿Qué sucede, Andy? —le pregunté dolida por su evidente rechazo. No iba a descansar hasta que me dijera que le sucedía.

—¡Nada! —respondió, dejándose caer en el pequeño respaldo de la silla, enseguida cruzó los brazos sobre su pecho y exageró sus gestos. Estaba cerrándose completamente a mi reclamo.

—¿Te molesta que me esté acostando con Brad?

Me miró en silencio por un momento, a lo que mis gestos le obligaron que me respondiera. Necesitaba que me lo dijera.

Si lo hacía, en ese mismo momento mandaba a Brad al infierno.

—Sí, sí me molesta.

—¿Pero quedamos...?

El maldito celular sonó y lo revisó apresurado. Volvió a sonreír, pero no respondió el mensaje.

—Mira, Karla, lo que pudo haber pasado entre nosotros terminó en el momento que decidiste acostarte con Brad.

—¿Pero...? ¿Tu...?

Tomó el celular cuando volvió a sonar y, en cuanto revisó el mensaje, se lo arrebaté de las manos para averiguar quién demonios le escribía con tanta insistencia. Alcancé a ver corazones... ¡muchos malditos corazones y caritas enviando besos!

Me arrebató el celular.

—¿Con quién te estás acostando? —le reclamé ya enojada.

—¡Bien, Andy! —nos interrumpió Christa. Solté un gemido lleno de desesperación porque no tuve ni una sola explicación creíble—. ¿Podrías encargarte de avisar a Brad y Orville de la fiesta? Alex y Gary ya están invitados.

—Sí, no hay problema —silencio y miradas furtivas—. Niñas, las dejo. Voy a regresar a las compras. No entró si no llevo regalo, ¿verdad, Christa? —preguntó levantándose de la mesa, echó el celular al bolsillo de sus jeans.

—No, ya sabes que es una regla. Solo recuerda: talla cuatro, rosa pálido y nada de poliéster.

Andy rió y se despidió de ella. Y cuando se inclinó para despedirse de mí, lo sujeté del cuello y desvié mis labios a los suyos; lo besé hambrienta de él... como siempre. Me correspondió el beso pero también trató de zafarse. ¿Qué le sucedía?

—Las veo el sábado —dijo cuando por fin logró alejarme.

Se limpió los labios con los dedos, como si quisiera borrar el beso a fuerzas. No estuvo esa sonrisa “presumida” que me regañaba por ser traviesa.

—Algo atrevida, ¿no? —me cuestionó Christa, mientras que yo seguía con la mirada perdida en Andy.

—Algo sucede con él, Christa.

—¿No será que está enojado con tu jueguito que estás llevando acabo con Brad?

—Es posible, pero hay algo más... Su celular ya tiene contraseña...

—Quizás porque está protegiendo sus apps de los bancos —justificó Christa.

Reí entre dientes irónica. Andy nunca se ha preocupado por ser hackeado.

—Sonrió cuando recibió mensajes —agregué—, le arrebaté el celular y vi muchos corazones. Y Andy no usa emoticones, siempre me ha dicho que no es un niño.

—De seguro ya sale con alguien... Una niña que usa emoticones.

—¡No bromees! —le hice gestos de que no me pareció graciosa. Suspiré preocupada—. Si sale con alguien, ¿por qué me correspondió el beso?

—Por lo que yo vi, te estaba rechazando.

—Tal vez su mano, pero no sus labios. Él solo me mete la lengua hasta la garganta cuando quiere sexo conmigo.

—¡Ugg! Demasiada información —expresó Christa con desagrado, luego suspiró y sugirió—. ¿Quieres que investigue con Orville?

Asentí. Andrew no iba a dejarme tan fácilmente.

ANDREW

¿Qué demonios me estaba pasando?, pensé después de dejar a Karla y Christa.

Desperdiicé una buena oportunidad para poner un alto a Karla, que ya me incomodaba con sus cariños de amiga con beneficios. Pero ¿por qué no lo hice? En cambio, la besé como a ella le gustaba.

¡Mierda! No la necesitaba ya. Addison me complacía en todo lo que quería, y más. Nunca me negaba el sexo; al contrario, siempre estaba igual de ansiosa que yo. Por el momento, nuestra relación se basaba en un setenta por ciento en sexo. El otro treinta lo llenaba con esos momentos en que conocía un poco de ella. No me importaba ir así de lento, no tenía prisa.

Inicié mi regreso al departamento caminando. Aproveché para pasar a la tienda Nike para comprarme unos tenis nuevos.

Quizás la razón fue porque Karla aún tenía ese aire clandestino, ya que seguía acostándose con Brad, a pesar de que estaba con Sybil. Gran problema a la vista si Sybil se enteraba de las visitas extracurriculares que tiene Brad algunas tardes y mañanas cuando ella trabaja.

El celular sonó.

—¿En serio te marchaste sin invitarme a tu departamento? —me preguntó Karla sin siquiera saludar.

—Hola Karla.

—Andrew, acabas de verme. Y no desvíes la conversación de la que huiste.

—Tengo cosas que hacer.

Y era cierto, tenía que prepararme para recoger a Addison en su trabajo. Rob no estaba en casa.

—Pues vas a cancelarlas porque voy para tu casa.

Me detuve a mitad de la calle, y un auto tocó el claxon a la distancia para recordarme que unos segundos más y me arrollaría. Regresé a la banqueta en un trote rápido.

—¿Qué pasó?! —me preguntó Karla angustiada.

—Gracias a ti, estuvieron a punto de arrollarme.

—Entonces... ¿lo vamos a hacer o no? —preguntó, olvidando lo que me iba a pasar.

—No. Tengo cosas que hacer, ya te lo dije.

—¡Ashh! —colgó molesta.

Solté un suspiro en lo que veía al celular entrar en *stand by*. Tenía la esperanza de que con ese segundo rechazo, poco a poco perdiera ya el interés en mí.

Seguí mi camino con una media sonrisa que me preparaba para esa tarde con Addison.

Sin embargo, los planes se vieron súbitamente arruinados cuando di vuelta a la esquina y vi a Karla esperando recargada en su auto.

—¡Te dije que tengo cosas que hacer! —le grité muy descortés, saqué las llaves para acentuar que tenía prisa.

—¡Bien! Entonces lo haremos rápido —aseveró Karla en una rápida carrera que le permitió empujarme una vez que abrí la puerta.

Me embistió con su lengua que entró directo a mi boca sin antes siquiera

prepararme, y su mano apretó mi pene casi hasta el punto del dolor orgásmico. No se preocupó por si Brad estaba adentro; es más, me pareció que quería que nos encontrara haciéndolo.

Estuve a punto de corresponderle cuando un dejo de sentido común me alejó de ella.

—¡Carajo! ¡Cuando digo que tengo cosas que hacer, no lo digo para excitarte! —aclaré alejándome de ella, incluso la tomé de los hombros para mantener una distancia prudente. Y, cuando bufó berrinchuda, aproveché para abrirle la puerta para que se marchara.

—¿Seguirás ocupado esta noche? —preguntó sujetándose de mi cintura cuando se acercó a la puerta. Sus senos voluptuosos se aplastaron contra mi pecho.

Cerré los ojos mientras soltaba un suspiro que me envalentonaba a terminar ese maldito affaire. Yo, a diferencia de Brad, no quería meterme en este trío. No cuando mi relación con Addison podría salir perjudicada.

—No, estaré con alguien más.

Karla abrió el rostro sorprendida por la confesión a medias. Sin embargo, sonrió a algo mientras asentía, quizás ya tenía maquinada la respuesta que me haría rogarle que no se fuera enojada. Pero, en este punto, me convenía que se fuera así.

—Ven a buscarme cuando la prostituta te deje insatisfecho —avisó tomando mi rostro entre sus manos para jalarme rápido y darme un beso que, bueno, adelantó mucho el trabajo a Addison.

Karla se marchó con un andar de mujer segura de su sex appeal.

¿Qué carajo tenía esa mujer para que nadie pudiera resistirse a sus encantos?!

Apenas apagué el motor y Addison abrió la puerta del auto para subirse. Siempre me hacía lo mismo, se me adelantaba en la cortesía que quería tener con ella. Si mi madre la viera, se iría contra mí por no esforzarme más en la educación que me dio. Generalmente entraba por ella al lugar pero hoy tenía prisa por llegar a su casa.

—¡Hola! —me saludó con una sonrisa muy feliz de verme, se inclinó para darnos ese infantil picorete como saludo. Pero atrapé su cuello con una mano y le metí la lengua en la boca para decirle en silencio cuánto la deseaba. Tanto que ni estaba seguro de aguantar hasta llegar a la casa.

Addison gimió en mi boca, seducida por mi atrevimiento.

—No lo hagas aun —le ordené liberándola un poco para respirar profundo.

—¿Qué no hago?

—Convencerme en reclinar el asiento y cogerte aquí mismo.

—¡Andrew! —exclamó a modo de regaño, pero tenía un sonsonete travieso. Si realmente se lo sugería, me permitiría hacérselo aquí.

Solté otro suspiro resignado en lo que me acomodaba en el asiento para manejar. Rogué que no hubiere tráfico a Battersea, porque no sabía cuánto más podría esperar para disfrutar a Addison y sus gemiditos traviesos. Por suerte Karla no sabía de Addison y no se presentaría de nuevo para hacerme su innecesaria escena de celos. Por ningún motivo quería molestar a Addison.

INFELIZ CUMPLEAÑOS

ADDISON

UNA SEMANA DESPUÉS

Estaba nerviosa por conocer a los amigos de Andrew. Todo estaba yendo demasiado rápido con él. En menos de una semana había pasado de un coqueteo vengativo a una relación sexual. Y en tres meses, ya estaba metida en su auto de camino a casa de una de sus amigas.

Andrew era del tipo de hombre del que puedes enamorarte rápido, pero aún no quería dejarme llevar por completo en este romance. En realidad no lo conocía completamente.

Hasta el momento, ha cumplido su promesa de venir cada fin de semana a Londres para vernos. Pero un día y medio a la semana y conversaciones *hot* en Whatsapp no era nada para conocerlo a profundidad. No cuando la mayor parte del tiempo lo pasábamos en su cama o en la mía.

—¿Te estás arrepintiendo? —me preguntó. Bajó la música cuando vio que estaba retorciendo mis dedos dolorosamente.

—Sí. Creo que sí... Esto está yendo muy rápido —le confesé mi sentir.

—Tiene que serlo, Addison. Tenemos que aprovechar todo el tiempo que pueda estar aquí.

—Lo sé.

Tenía razón. El inconveniente de que viviera en Oxford seguía apresurando todo aún más.

Aun no me pedía ser su novia. No sé si no lo ha hecho porque aún no nos conocíamos bien o porque él no era del estilo de hacer dicha pregunta. Tal vez para él una relación sería iniciaba cuando se acostaba con alguien más de tres veces.

¡Cómo sea! No iba a meter la pata aclarando dicha duda. Así estábamos bien..., por ahora.

—Además, es momento de que conozcas a mis amigos —dijo natural.

Es momento de conocer a los amigos. Mmm, al parecer, ya somos novios.

No comenté nada, solo asentí con la cabeza. Me daba más miedo conocer a

sus amigos que a sus padres, porque sus amigos podían hacerlo cambiar de opinión respecto a estar saliendo con alguien que no era de su clase social.

—Me sentiría mejor si Sybil estuviera ahí también.

Andrew no comentó nada. Apretaba los labios como si se resistiera en hacer algún comentario en relación a Brad y Sybil.

El día anterior había tenido una larga plática con Sybil acerca de Brad. Me había confesado que los dos solo estaban divirtiéndose juntos. Ninguno de los dos quería una relación seria, solo sexo bueno y nada más. Yo, por el contrario, quería una relación seria con Andrew. Por eso le he demostrado una y otra vez que conmigo puede hacer el amor o tener solo sexo. Soy lo que necesita..., y necesitará siempre.

¡Ah! El antifaz...

Solo me faltaba demostrarle que también podía ser su amiga. Pero, para eso, necesitaba tiempo.

Andrew estacionó el auto frente a una casa de tres pisos, me sorprendí de la elegancia de la calle. Bajé del auto en lo que Andrew se estiraba al asiento trasero por no sé qué.

Lo esperé, desviando la mirada de las casas que parecían preguntarme qué carajos hacia ahí. Andrew no tomó mi mano ni me dio el apoyo que necesitaba, solo me quedó respirar hondo y seguirlo, esperando que este nerviosismo pasara rápido.

Tocó el badajo y esperamos. Mientras tanto, miré a Andrew, quien me sonrió y volvió a tocar. Me di cuenta que traía dos bolsas de Harrods.

La puerta se abrió, mostrándome a una rubia de ojos azules, alta, delgada y elegantemente vestida. Obviamente su ropa moderna era de diseñador. Y mi sencillo anillo, regalo de mi abuelita, no cubriría siquiera el costo del collar que traía. Aunque le pateaba el trasero en valor sentimental.

—¡Andrew! —lo saludó efusivamente, se le arrojó a los brazos. Él de inmediato la felicitó y le dio ambas bolsas.

—Uno es mío y el otro es de ella —dijo Andrew.

Me quedé pasmada porque yo no había comprado ese regalo.

—¡Qué detallista! No te hubieras molestado —dijo ella. Concluyendo rápido, posiblemente por mi facha, que yo no tenía dinero para comprar ropa para mí en Harrods, mucho menos para hacer regalos a terceros.

Andrew sonrió irónico.

—¡Felicidades! —le dije a la cumpleañera cuyo nombre no recordaba que Andrew lo hubiere mencionado.

—Gracias...

—¡Oh, perdón! Christa, ella es Addison... Addison... Christa —dijo Andrew con sonrisa apenada.

La saludé de besos en las mejillas.

—Pasen, pasen —nos invitó Christa haciéndose a un lado. Cuando pasé a su lado, alcancé a ver que abrió un poco ambas bolsas para averiguar qué le había regalado Andrew.

Caminamos por el largo pasillo de un immaculado blanco. Con cada paso me sentía insignificante, por lo que rápido tomé la mano de Andrew, pero lo solté de inmediato cuando vi que él miró nuestro amarre como si le molestara. Quizás no quería anunciar así a todos sus amigos que estaba saliendo conmigo; volvió a meterme en el desconcierto que ya estaba odiando.

Apenas entramos a la sala, que me dejó asombrada de lo elegante que era, y algunos amigos de Andrew lo recibieron felices de verlo. Me dejó ahí, sola y aun arrepintiéndome de haber ido.

—Ven, voy a presentarte —me dijo Christa, empujándome por la espalda para que entrara al mundo de Andrew.

Cuando lo conocí sospeché que él era de clase alta, toda su persona lo gritaba a los cuatro vientos. Y lo confirmé cuando me llevo al elegante departamento que compartía con Brad, en una de las zonas *posh* de Chelsea. Aunque él no presumía su estatus social, en ese momento, viéndolo en su ambiente, me di cuenta que yo no tenía nada que ver con él... Solo sexo excitante.

Quizás esa era la razón por la que Sybil no tomaba a Brad en serio: sabía que tarde o temprano él se aburriría de la novedad de andar con alguien fuera de su círculo.

Christa me llevó con sus amigas, quienes fueron educadas conmigo. Al menos Christa estaba siendo una buena anfitriona y me ofreció algo de tomar. Conversó conmigo unos minutos, más bien me interrogó cómo había conocido a Andrew.

—Addison —me llamó Andrew sin gritar, me pidió que fuera a él con una seña de mano.

—Discúlpame un segundo —dije a Christa educadamente.

Tal vez mis papás no tienen dinero como ellos ni iba a una universidad cara ni gastaba mi sueldo en una sola chaqueta, pero tenía modales que mi abuelita siempre ha creído nunca serán anticuados.

Fui a Andrew con miradas encima; en la espalda sentía las de las amigas

de Christa, que seguramente estaban criticando mi ropa, y por enfrente la de los amigos de Andrew, que parecían desnudarme para descubrir de una vez por todas si mi buen cuerpo fue lo que atrajo a Andrew.

—Addison..., ellos son Orville, Gary, Alex..., y ya conoces a Brad.

—Mucho gusto —dije saludando a cada uno, teniendo mucho cuidado de no derramar mi vino encima de ellos.

—Hola, Addison —dijo Brad más amigable.

—Hola.

Curiosamente, fue el único saludo sincero que sentí.

—Así que tú eres la chica Starbucks —comentó Orville con una sonrisa confabuladora.

—No, es *una* de las chicas Starbucks —corrigió Alex. Al fin noté el tono sarcástico de ambos,

Miré a Brad, quien escondía su sonrisa. ¿Qué demonios les había dicho a sus amigos de Sybil y yo?

—¡No la molesten! —les ordenó Andrew, pero, por su tono de voz, estaba disfrutando los comentarios.

Escuché que tocaron a la puerta.

—Debe ser Karla —comentó Gary.

—Christa me platicó que te las encontraste en Harrods —comentó Orville a Andrew.

—Sí —respondió Andrew algo cortante.

Las amigas de Andrew gritaron de emoción cuando la tal Karla entró. ¡Vaya cuerpazo que tenía! Y lo presumía con unos pantalones negros entallados y una blusa blanca sencilla que era complementada por cadenas finas de plata. Nada vulgar, ella era elegante por naturaleza. Su cabello de color caoba tenía una caída romántica. Era bonita, y lo peor de todo es que lo sabía, por eso no saturaba sus rasgos de maquillaje.

Me hizo sentir como una pobretona que trató de estar a su par y falló.

Traté de ignorarla, así que regresé mi atención al grupo.

—Hola —escuché su voz a mis espaldas.

Sus amigos la saludaron con caricias demasiado amigables, como si aprovecharan el momento para manosearla un poco. Con esos gestos, me di cuenta que ella era la cotizada del grupo. La popular.

—¡Hola, cariño! —dijo a Andrew, que la saludó normal—. ¡Hola, amor! —se dirigió a Brad de inmediato. Luego me miró, barriéndome como si yo fuera una cucaracha que había osado salir de su escondite, solo para mancillar

su immaculado espacio. Por supuesto, me confundió esa confianza amorosa con Andrew y Brad y que me mirara así; sin embargo, bajé la mirada a la copa, nerviosa de que nadie le aclaraba qué hacía yo ahí.

—Llegaste tarde —le recriminó Gary, haciéndola voltear hacia él.

—Sí, tuve que ir a casa de mis papás y luego a que me hicieran manicura —respondió ella con un tono sexy.

Con ese cambio de conversación, me di cuenta que ni Andrew ni Brad querían que conociera a su amiga. ¿Por qué? ¿Acaso era tan clasista que no quisieron que hiciera una escena incomoda?

Mi celular sonó oportunamente. Lo saqué de inmediato, rogando que fuera Sybil para que me alejara de esta incomodidad.

Y, como caída del cielo, era mi amiga.

—Discúlpenme, tengo que tomar esta llamada... Hola —contesté alejándome del grupo—. Espérame —dije después a Sybil ya de camino al pasillo para cuchichear a gusto.

Dejé mi copa en una mesa que me encontré.

—Gracias por llamar —dije con suspiro aliviado.

—¿En dónde estás? Estoy en tu casa y Robert me dijo que fuiste a una fiesta con Andrew.

—Sí. Al cumpleaños de una de sus amigas... ¿No te dijo Brad?

—No.

—¡Ah! Creo que metí la pata.

—No te preocupes. Lo hubiera rechazado, aunque me hubiere invitado.

—¡Ah, sí! *Free*.

—¿Te están tratando mal sus amigos?

—No. La verdad es que me han tratado normal... Excepto que acaba de llegar una amiga suya, Karla, y fue como si... —callé para pensar la idea—, como si fuera mi más grande enemiga.

Sybil rió.

—No debí haber venido —comenté.

—Ya estás ahí, trata de sacar lo mejor.

—¿Sacar qué? Andrew está cortante conmigo.

—Y Brad, ¿cómo te está tratando?

—Curiosamente, bien.

—Entonces platica con él hasta que puedas zafarte de esa fiesta.

—¿No te molesta?

—No.

—¡Ya qué! Te dejo. No quiero ser mal educada con estos niños ricos — murmuré.

Sybil rió.

—Te espero aquí. Robert acaba de invitarme a ver una película con él.

—Dile que te haga sus deliciosas palomitas caseras.

—Sí, ya me las ofreció.

—Entonces, los veo al rato. Trataré de zafarme de esto en dos horas.

—Te esperamos... ¡Bye!

—Bye.

Miré hacia la sala, escuchando las risas y murmullos que me hicieron sospechar que hablaban mal de mí. Seguramente así era.

Respiré profundo y regresé a la sala. Karla ya estaba con sus amigas, hablando seguramente de los hombres porque les echaban una que otra mirada coqueta.

—Me costó trabajo meterla a mi cama, pero valió la pena. Tuve que llevarla al jodido zoológico para que se relajara y no me negara la cogida. Me la llevaría a Oxford de contrabando solo para descargar el estrés con ella. Es muy receptiva a como la manejo en la cama, creo que es la primera vez que un hombre la hace gozar en verdad —escuché a Andrew decir a medida que me acercaba al grupo.

—¿Coge mejor que Karla? —le preguntó Gary.

—Tiene que ser una actriz porno, o una mujerzuela para opacar a Karla — comentó Alex—. Porque por elegancia, no creo. En eso parece más una indigente.

Mi corazón se detuvo y solté un gemido sorpresivo por la indiscreción.

Brad avisó a Andrew que yo estaba detrás de Alex. Todo fue muy notorio para todos. Andrew volteó a verme, sorprendido de que los haya escuchado. Pero sabía que estaba fingiendo, era obvio que lo iba a hacer. No estaban siendo cautos con su conversación.

No le dije nada, solo me di la vuelta y fui a donde Christa; al segundo nido de víboras.

—Christa, sé que no fui invitada, pero quiero agradecerte lo amable que has sido conmigo —dije tranquila, aunque por dentro estaba hirviendo de... coraje y dolor.

—¿Ya te vas? —preguntó como si en verdad lo lamentara. ¡Hipócrita!

—Sí. Ha surgido una emergencia con una amiga —mentí.

—Es una lástima... Gracias por el regalo —dijo despidiéndose de mí de

besos.

Miré sin querer a la tal Karla, quien caché barriéndome con la mirada. Quise espetarle que ya podía seguir cogiéndose a Andrew a su gusto, que ella tendrá elegancia pero no tiene dignidad... ¡Y yo sí la tenía!

¡Andrew jamás volverá a tocarme!

—Hasta luego —dije educadamente a las demás y caminé hacia la puerta. No volteé a ver a Andrew.

Mi respiración se agitó a medida que abría la puerta. Me estaba costando mucho contener las lágrimas. Andrew me había lastimado tratándome como un objeto que podía desechar a placer.

—¡Addison! —escuché a mis espaldas, pero seguí caminando hacia la esquina para ver si encontraba un taxi rondando por la zona.

Me tomó por el brazo para detenerme. No descargué mi ira reprimida con él, solo desvié la mirada de la suya.

—No debiste haber escuchado eso. Mis amigos a veces no saben lo que dicen —explicó, pero yo seguía en silencio—. ¿Addison? —llamó mi atención agachándose un poco para forzarme a verlo.

—¡Déjame! Esta relación tan vacía ya se acabó —dije finalmente, mirándolo directo a los ojos. Mi ira estaba ahí.

—¿Pero por qué?

—¿Por qué? ¡Vaya descaro que tienes!... Porque resultaste ser mis sospechas: ¡una escoria con el símbolo de libras en la frente, al igual que tus amigos! —espeté, dejando que saliera todo—. ¡No sé por qué me acosté contigo! Has sido el error más grande de mi vida.

—¿Sabes que en el fondo yo no soy así? ¡Me conoces!

—¡No, solo te conozco en la cama! ¡Lo dejaste claro a tus amigos, solo para eso soy buena!

—¡No, no digas eso! ¡Sí me conoces... fuera de ella!

—¿Estás seguro? —asintió con la cabeza varias veces—. Yo creí que Brad era capaz de esto, eso hace alguien que caza. Y todavía te lo comenté y lo defendiste... Y ahora entiendo por qué. No estabas defendiéndolo, sino a ti.

—No, sabes que yo no soy así —siguió insistiendo, esta vez me tomó de los brazos, logrando así enfadarme aún más.

—¡No me toques! —le grité arrancando sus manos que ahora me daban asco. Agregué—. ¿No eres así? Entonces, ¿por qué me rebajaste a una estúpida conquista frente a ellos? Enlodaste el momento más romántico que he tenido contigo —suspiré muy decepcionada— ¡Creí que eras diferente! ¡Pero

siempre fuiste un estúpido niño rico de Chelsea que cree tener el derecho de lastimar a los demás sin consecuencias, solo porque el dinero de mami y papi te respalda!

—¡Estaba blufando, Addison! ¡Entiéndelo! ¡Así es la amistad entre hombres, especialmente con mis amigos! —hizo la finta de agarrarme de nuevo por los brazos, pero mis gestos coléricos lo detuvieron.

—¡No es cierto! ¡Les dijiste lo que sucedió, no una mentira para verte mejor, sino la verdad!

“Y todavía tu estúpido amigo me llamó prostituta y pobretona, y te quedaste callado. Un verdadero hombre, que sabe que vale más que el dinero de sus padres, le hubiera callado... ¡Me hubieras defendido!

Contuve esa estúpida lágrima que quiso explotar al final de mi desengaño. Andrew calló, no sabía cómo refutar eso tampoco. Entonces, aproveché para darme la vuelta y seguir buscando un taxi, pero Andrew dio un paso, enfureciéndome más.

—¡Regresa con la... ramera que tienes por “amiga”! —solté con dientes atrancados, e iba a gritarle más pero nuestras miradas quedaron atrapadas en un silencio que incrementó mi desilusión—. ¡A la mierda con ustedes dos! No valen ni el aire que estoy gastando en este instante —solté al final alejándome.

—¡Addison! —me llamó Andrew en un grito; su tono fue raro, entre desespero y enojo. Escuché sus pasos apresurados.

—¡No! —le aseveré volteándome para ponerle un alto definitivo—. Regresa a la porquería de sociedad en la que vives... ¡No vuelvas a buscarme! —lo paralizó el infierno en mis “enigmáticos” ojos verdes.

Ya no me siguió. Y eso me dolió aún más, porque aún tenía esperanza de que todo haya sido solo una pesadilla... Pero sí era la realidad.

Tuve que caminar dos cuadras para encontrar un maldito taxi. De regreso a casa, me prohibí pensar en lo sucedido.

Por suerte, Sybil aún estaba en la casa cuando llegué. Cuando me preguntaron por qué había regresado tan pronto, les dije que los amigos de Andrew eran demasiado creídos y que no soporté tanta barridita de mirada y cuchicheo grosero.

—¡Qué bueno que no me invitó! —exclamó Sybil.

Forcé una sonrisa. *Su Brad* era igual de patán que Andrew, pero ella tenía que descubrirlo por si sola o creería que estaba hablando mal de él por resentimiento.

Me quedé un buen rato con ellos viendo una película que, por supuesto, no vi. No pensaba en nada, solo estaba pérdida en mis dedos jugueteando con mis labios, lamentando sinceramente que ese día no hubiere terminado mejor.

Sybil se marchó cerca de las ocho de la noche y Robert me dijo que saldría con unos amigos a tomar unas cervezas.

Ya en la soledad de la casa, me solté a llorar, y solo paré hasta que tomé una ducha caliente que me relajó lo suficiente para pasar la noche.

Cerca de veinte minutos después, cuando ya había salido y me había puesto una playera y un short, bajé a la sala, sonó el timbre de la puerta. No me tomé la molestia de averiguar quién era, porque era obvio que Andrew había venido a convencerme de que siguiera acostándome con él... ¡Cinco jodidas horas después de haberse burlado de mi con sus amigos!

Tomé el celular y lo puse en las bocinas, seleccioné la primera canción que apareció y subí el volumen para no seguir escuchando el llamado desesperante en la puerta. No sé cómo llegó esa canción metalera a mi Spotify pero la agradecí. Y siguió otra casi igual que le gritó que de una vez por todas entendiera que cuando digo *no*, es ¡no!

Me tumbé en mi sillón favorito con la mirada perdida en el techo. La canción terminó y empezó una más tranquila, pero fue interrumpida en segundos por el timbre de mi celular. Me estiré un poco para alcanzar a ver “Andrew llamando”. Ignoré la llamada.

Dos intentos después, Andrew desistió y hubo paz en la casa.

Por primera vez desde que lo conocía, agradecí que viviera en Oxford. Tan lejos de mí que me permitiría sobrellevar esto mucho más rápido.

CORTE LIMPIO

ADDISON

Me levanté tarde. Había pasado parte de la noche pensando en Andrew, en los momentos agradables que tuvimos juntos, en cómo sonreía al verlo o escucharlo... Tuve un momento de flaqueza y quise arreglar las cosas con él. Por un minuto, no me importó lo que me hizo, lo extrañaba tanto.

Pero no, no tenía que ceder. Mi orgullo siempre debe ser más grande que mi añoranza. Si no he permitido que ningún hombre me usara, ¿por qué con Andrew iba a ser diferente?

Me apresuré a arreglarme para ir a trabajar, con suerte tendría aun día ocupado.

Antes de dejar la casa, eché una mirada rápida a la calle, tenía miedo de que Andrew me saliera de sorpresa y me obligara a hablar con él.

Caminé a la estación de autobuses con paso atrabancado, y solo me sentí a salvo una vez que me senté y perdí la mirada en el camino.

Cuando llegué al trabajo, entré con la paranoia a punto de flor. No presté atención a los clientes y fui a la parte trasera agitada, como si vinieran persiguiéndome.

Charles entró y me saludó.

—¿Quieres trabajar en el frente o acá atrás? —me consultó.

—¿Cuánta gente hay?

—No mucha. Se ve que va a ser un día muy tranquilo.

¡Demonios! Yo contaba con un día ocupado para no pensar en él.

—Me quedo atrás —dije.

Era lo más seguro. No quería estar todo el turno con el corazón a punto de un ataque cardíaco cada vez que algún hombre se acercara a la caja. Ni voltear atrabancadamente cada vez que gritaran Andrew.

¡No tenía una maldita idea de cuántos Andrew hay en Chelsea!

Pasé el día ayudando a Charles a hacer el informe mensual. No había nada que acomodar o inventariar. Charles aceptó gustoso mi ayuda porque quería retirarse en cuanto cerrara.

—Addison, te buscan —me avisó Brandon.

Mi corazón despegó hasta el cielo, pero no de emoción, sino de miedo.

—Dile que no puedo atenderlo porque estoy trabajando —respondí con la respiración entrecortada, sabiendo bien quién había venido a joder.

Brandon salió y regresó casi al instante.

—Es el tipo con el que vives.

Charles levantó la mirada de inmediato, fue como si me dijera en silencio que aún me creía inmaculada.

—Es Robert, mi compañero de casa —le aclaré para que quitara esa cara que cambió a: “No te creí capaz de que vivieras con uno y salieras con otro”.

—Bien, ve a atenderlo.

Salí más confiada.

—Hola —me dijo Robert, caminando a mi encuentro. Se inclinó para saludarme.

—¿Qué pasó?

—Andrew fue a buscarte a la casa —respondió sin más.

—¡Demonios! —exclamé con tono molesto.

—¿Te peleaste con él?

—Sí.

—Con razón.

—¿Con razón qué?

—Me pidió que te avisara que regresaba a Oxford hoy en la tarde. Que le hablaras si decidías darle la oportunidad de disculparse.

—¡Ah!

—Y luego farfulló algo de que no te iba a dejar en paz hasta que lo escucharas... No lo entendí, para serte honesto. ¡En fin! Creí que era importante esto y por eso vine a avisarte.

Asentí, dando por entendido su mensaje.

—¿Qué pasó entre ustedes?

—Lo que tenía que pasar cuando dos personas que no son de la misma clase se acuestan.

Rob rió entre dientes por mi sinceridad, pero era la verdad.

—¿Drama innecesario? —consultó.

—¡Estupidez innecesaria! —aclaré.

—Bueno, solo no te desquites conmigo.

—Mmm. Rob, creo que eres el único hombre en el mundo que es un real caballero.

Rió entre dientes sarcástico.

—Puedo llegar a ser un imbécil a veces —comentó.

—Nunca lo has sido conmigo. A veces me pongo a pensar...

—¡Ya deja de sonrojarme! —me interrumpió con una sonrisa a medias. No quiso escuchar mi posibilidad de tener algo con él en un futuro. Agregó—. Ya encontrarás a alguien sensato.

Sonreí sarcástica.

—Entonces, ya que vine hasta aquí, invítame un frappuccino, ¿no? —pidió.

—¡Está bien! —dije yendo a la caja a hacer efectivo mi derecho de dos bebidas gratis al día.

Estaba terminando el frappuccino cuando Charles se me acercó.

—Vete a casa. Esto va a seguir muerto.

—¿En serio? —Charles asintió—. Gracias.

Di la bebida a Rob y le pedí que me esperara para irnos juntos a la casa.

Mientras tomaba mis cosas, sentí lo feo de esa tarde.

Cuando Andrew me recogía en el trabajo, me sentía la mujer con mejor suerte del mundo, solo por conocerlo. Andrew entraba al lugar y se sentía un intenso halo magnético que hacía voltear a las mujeres. Pero lo que nunca supieron ellas era que su fuerza solo tenía el objetivo de hacerme sonreír encantada al verlo.

Y ahora, todo se sentía tan vacío e incorrecto.

—Lista —avisé a Andrew con una sonrisa forzada y regresamos a casa.

No llamé a Andrew. Dejé que se marchara a Oxford para seguir su vida privilegiada... su patética vida.

Pero por mucho que deseara que me dejara en paz, él no opinaba lo mismo. Me habló todos los días. Llegó un momento en que ya me tenía tan harta que programé mi celular para que cada vez que él me hablara, le enviara directo al buzón de voz.

Dejó varios mensajes, pero los borré sin escucharlos.

Y cuando llegó el sábado, fue a buscarme al trabajo. No me hizo una escena para que cediera en hablarle, solo se presentó y se quedó ahí, bebiendo su café con su mirada fría todo el tiempo encima de mí. Molestándome para que fuera a él a reclamarle y, entonces, podría darme sus estúpidas razones que ya no me interesaban conocer.

Aún tenía asco de solo pensar que el hipócrita tuvo sexo conmigo mientras le hacía el amor a esa cualquiera.

Fue difícil, porque alborotó mis sentimientos en un solo segundo.

Cuando se marchó dos horas después, Brandon me entregó un ticket de su parte.

Si crees que voy a dejar que esto termine así, estás muy equivocada.

¡Eres mi novia! ¡Eres mía ya, Addison!

No dejaré que te enamores de nadie más... ¡Jamás!

Metételo en la cabeza: ¡no voy a salir de tu vida!

Me asusté cuando leí su mensaje posesivo. Él seguramente no estaba acostumbrado a que las mujeres lo despreciaran. Quizás siempre ha sido de esos hijos de papi que tiene que obtener sus caprichos como de lugar.

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás pálida? —me preguntó Sybil.

Le entregué el papel aun temblando, no iba a ser fácil quitarme de encima a este tipo.

¡Idiota! ¿Ahora resulta que soy tu novia?

Dos días después de lo sucedido con Andrew, conté todo a Sybil. Al principio no me creyó, porque tenía a Andrew en un concepto de hombre seguro de lo que quería; más maduro que Brad. Con ese mensaje le demostré que a veces las apariencias engañan.

—¿Y crees que seguirá insistiendo? —me consultó aun incrédula.

Asentí con la cabeza.

—¿Lo has visto cuando te quedas con Brad? —le pregunté apresurada.

—Sí, pero no me dice nada importante. Solo me pregunta si estás bien, si necesitas algo, y cuando le respondo que estás de maravilla, se encierra en su cuarto y ya no sale... ¿En serio te dolió mucho lo que escuchaste por error?

Asentí.

—Me hizo sentir como la típica pobretona que se metió en la cama de un imbécil millonario para sacarle dinero fácil —respondí enfadada.

—Mmm, ¿qué vas a hacer?

—Algo drástico —murmuré.

—¿Qué?

—Cambiarle de sucursal. Aquí soy presa fácil para él.

Sybil rió sarcástica de mi miedo ilógico. Pero no lo era, no creía que fuera a hacerme algo, pero tenía miedo de ceder a su encanto, de darle esa oportunidad de disculparse. ¿Luego qué? Me botaría de nuevo. Y, una vez limpia su conciencia, regresaría con esa tal Karla que, según Sybil, no solo se estuvo cogiendo a Brad, sino también a Andrew al mismo tiempo que estuvo conmigo. O al menos eso fue lo que Brad explicó a Sybil. También me dijo que Andrew lo negó todo el tiempo, pero ya no le creía nada a ese tipo.

No sé cómo Sybil ha perdonado tal desliz a Brad.

Suspiré con añoranza, mi fuerza de voluntad estaba menguando.

—No. No puedo ceder.

—Ya estás enamorada de él —balbuceó Sybil mientras ponía crema batida a un frappuccino.

—Sí... desgraciadamente —respondí lamentándolo.

Tan pronto como decidí que era hora de desaparecer, fui a donde Charles y le expliqué que por razones monetarias necesitaba cambiarme a una sucursal en Battersea, tan cerca de mi casa que pudiera ir y venir caminando.

Me dijo que investigaría si había alguna vacante en la sucursal de Clapham Junction para hacer mi traslado.

Por suerte, antes de que mi turno terminara, Charles me avisó que sí se logró rápido mi traslado a la sucursal que me había dicho, que si aún estaba decidida a hacerlo. De inmediato le dije que sí.

¡Hasta nunca, Chelsea! Sigue pudriéndote con la escoria que vive en ti.

—Bien, trabajas allá a partir de mañana.

—Gracias —le dije tan agradecida, y sorprendida de lo rápido que fue. Me quitó un peso de encima—. Solo te pido otro favor.

—Sí, ¿cuál es?

—Que digas a los demás que desde mañana ya dejo de trabajar aquí.

Charles me miró confundido. No entendía por qué quería cortar de tajo todo.

—Por favor, hazlo.

—Está bien. Les avisaré ahora.

Charles aprovechó que no había clientes en fila y avisó a mis compañeros que este era mi último turno ahí.

Sybil se sorprendió, y cuando todos regresaron a sus tareas, me jaló hacia fuera del local para discutirme por qué dejaba todo por un hombre, incluyéndola.

—No eres tú, Sybil. No quiero meterte en problemas con Brad cuando Andrew empiece a atosigarte con que lo ayudes. Te prometo que nos seguiremos viendo —mentí. Mi intención era incluso cortar mi amistad con ella.

Era una decisión muy drástica, pero también era cierto que no quería ponerla en una posición en donde tuviera que escoger. Sybil estaba clavándose con Brad cada vez más y tarde o temprano pelearían por mi culpa. Además, así también me deshacía de la tentación de saber algo de Andrew. Porque cada

vez que estuviera platicando con ella, estaría rogando que se le escapara algo de él.

No podía vivir así.

Además, en unos meses terminaría el posgrado y buscaría un trabajo más remunerativo, más de adultos. No podía trabajar toda mi vida en Starbucks, aunque me gustara.

Para sanar, hay que dejar atrás los errores... Olvidar que Andrew existió en mi vida.

AL SIGUIENTE DÍA

Caminé a mi nuevo sitio de trabajo con paso tranquilo. Me sentí libre de miedo y muy entusiasmada por iniciar una nueva etapa.

Mis nuevos compañeros fueron amables.

—Addison, ¿podrías limpiar el frente? —me pidió Minnie, la gerente de esa sucursal.

—Sí, claro.

Tomé la bandeja e inicié con las pequeñas mesas de la pared derecha, sin temor a que Andrew apareciera de repente.

—No, no, ya te dije que ese cargo no puede hacerse... Bueno, pues va a tener que escoger otro tipo de flores porque el presupuesto no alcanza para eso —escuché. Alenté un poco mi trabajo; esa conversación me dio curiosidad.

Una mujer de tal vez unos treinta años hablaba por su celular. Me acerqué a su mesa para recoger un plato vacío y algunas servilletas y sobres de azúcar.

—Sí, ya se lo dije pero cree que porque es su boda todos sus deseos se deben cumplir con tan poco presupuesto... ¡Por dios! ¡Quiere la boda de Kate Middleton!

Reí sin querer.

—Hablemos después. Ya no quiero seguir discutiendo —concluyó la mujer la llamada.

Iba a terminar de recoger, cuando me perdí sin querer en el catálogo de flores que estaba abierto sobre la mesa, junto otros papeles y su laptop. Eran arreglos hermosos y seguramente carísimos.

—¿Puedes creer que quiere tulipanes en esta época del año? —me preguntó la mujer.

—¿Tulipanes? Es factible conseguirlos de importación pero saldría muy caro por no ser temporada —respondí.

—¡Sí! Ese es mi punto.

—Pero podrías usar orquídeas blancas. Son elegantes, fáciles de conseguir y mucho más baratos.

—Orquídeas... ¡Buena idea! —dijo la mujer y apuntó algo en un cuaderno que se veía fino.

Terminé de recoger y seguí con mi trabajo.

—¡Oye, disculpa!... ¿Te gusta trabajar aquí? —me preguntó la mujer.

—Sí, ¿por qué?

—¡Mmm! Necesito ayuda con esta boda. Necesito una mente que no esté contaminada con revistas de bodas perfectas... ¡Vamos! Necesito opiniones imparciales.

—Yo...

—¿Estudiaste algo?

—Estoy en mi último semestre de Finanzas... posgrado.

—¡Caída del cielo! ¡Qué bueno que mi clienta pidió vernos aquí! —reí entre dientes por su exageración—. Mira, ve mañana a mi oficina. Platicamos tranquilamente y me dices qué opinas de mi propuesta, ¿te parece? —me extendió una tarjeta de presentación, era tan elegante. La leí rápido, la mujer se llamaba Jennifer McIntyre y trabajaba para una empresa que planeaba eventos.

—Está bien —dije sonriente.

No me veía a mí misma trabajando en eso, pero parecía una buena oportunidad... Y la necesitaba.

Mientras regresaba a mi trabajo, decidí asistir a esa entrevista de trabajo para ver de qué se trataba.

Quería una vida nueva y esto podría iniciarla. Siempre he creído que el destino te pone en lugares extraños para conocer a personas que necesitas en tu vida... Aunque con Andrew se equivocó.

Llegué a la dirección que decía la tarjeta, en Kensington. Al parecer, nunca iba a salir de ese maldito distrito. Entré intimidada por el lugar que era pequeño pero tan elegante.

No hubo necesidad de que preguntara por Jennifer a la recepcionista porque me la encontré ahí. Me reconoció de inmediato y me saludó como si fuéramos compañeras de trabajo por años.

—Llegaste justo a tiempo. Tengo una novia en la sala de juntas. ¡Vamos

para que veas con qué hay que lidiar todos los días!

Asentí con la cabeza y la seguí hasta un cuarto que no parecía una sala de juntas, sino la sala del té de la Reina, pero mucho más moderno.

Jennifer saludó a la ansiosa novia y me invitó a sentarme junto a ellas.

Por la siguiente media hora, escuché las quejas de la novia. Que si los manteles debían ser de encaje, que si las flores tenían que ser las más hermosas y únicas del mundo, que si las servilletas debían tener tal adorno. Me atosigó tanto detalle sin importancia que empecé a dudar en aceptar ese trabajo.

Al final, la novia se marchó dejando algunas decisiones a Jennifer.

—¿Qué te pareció?

—¿Manteles de encaje? —cuestioné sin querer.

—¿Demasiado caro?

—Bastante. Si un invitado rompe o derrama vino en uno de esos manteles... —le hice gestos de que no quería saber cuánto tendría que pagarse para reponerlo.

—¿Qué aconsejarías?

—Quizás no usar todo un mantel, solo un pequeño camino que esté lo bastante alejado de los comensales.

Jennifer sonrió a gusto con mi sugerencia.

—Hice una buena elección —murmuró. Enarqué las cejas confundida por su comentario. Aclaró—. Ese es el tipo de decisiones que necesito escuchar cuando una novia esté de terca.

—¿Daré consejos nada más?

—No. Es una suerte que estés estudiando finanzas, porque, en realidad, necesito a alguien que se encargue de los presupuestos. Pero a veces necesitaré tu consejo imparcial y completamente monetario.

—Está bien. Solo te recuerdo que no sé nada de bodas.

—No te preocupes. Irás aprendiendo sobre la marcha. Nosotras estamos aprendiendo aun.

Me tomé un minuto para pensar en la propuesta de trabajo. Sí, esto era lo que definitivamente necesitaba para avanzar a algo más seguro; quizás hasta me serviría como terapia. Para volver a creer en el amor.

—Está bien, solo que tengo un problema. Tengo que dar mi renuncia en Starbucks, antes de...

—No es problema. ¿Crees poder empezar el próximo lunes?

—Sí.

—Bien. Sígueme —dijo parándose—, te enseñaré donde va a ser tu lugar.

La seguí a dónde sería mi lugar de trabajo. Me sentí feliz porque mi vida ya estaba alejándose de Andrew.

No tuve problemas al renunciar en Starbucks. Era un trabajo tan cotizado que seguramente ya tenían a alguien nuevo que cubriera mi puesto para el día siguiente.

Me tomé el resto de la semana para prepararme para mi nuevo trabajo. Tuve que comprar ropa que se viera más o menos elegante; casi me quedo en la bancarrota. Pero dado el trabajo que tenía ahora, lo consideré como una inversión en mi persona.

Mi primer día fue extraño, pero entretenido.

Jamás he sido el tipo de mujer que soñó con su boda desde niña. Solo quería un vestido blanco bonito, mi novio guapísimo a mi lado y un pastel que nadie pudiera dejar de comer. Aun así me era incomodó destrozar los sueños de otras. No quería pensar que estaba haciéndolo por venganza, porque Andrew destrozó mis sueños con él.

Aun así, con los días, abracé mi nueva vida con mucho optimismo.

MALA SUERTE

ADDISON

DOS AÑOS DESPUÉS

Siempre me ha asustado cómo pasa el tiempo a veces. Terminé satisfactoriamente mi posgrado y empecé a ganar más dinero, que no solo me hacía sentir más relajada, sino también podía darme mis gustos, como comprarme ropa de marca. O salir a divertirme con Robert sin preguntarme si llegaría a fin de mes. Los dos nos unimos mucho más ahora que ya éramos iguales monetariamente. Salíamos todos los viernes a cenar al Soho y, en cuanto entrábamos al restaurante en turno, las mujeres me barrían por tener este “novio” tan guapo.

Tuve varias citas con amigos de Robert. Desafortunadamente, ninguno fue material para tener algo sólido y perdurable. Al año, mi corazón me gritó que ya dejara de forzarlo a amar a alguien. No quería volver a emocionarse por un bastardo que nos decepcionaría tras terminada la “luna de miel”.

Robert decía que hasta que no dejara el recuerdo de Andrew a un lado, no avanzaría en mi vida sentimental.

Traté de hacerlo, ¡en serio! Pero tenía al idiota muy arraigado en mi corazón. Andrew ha sido el único hombre con el que atisé un futuro juntos. Él fue ese novio guapísimo que soñé de niña, el que quería a mi lado en el altar.

Con el paso de los meses, dejé de preocuparme por suplantar a Andrew en mi vida. Si estaba en mi destino conocer a alguien y enamorarme, no lo forzaría. Dejaría que llegara por sí solo... Tal y como *él* llegó.

Apenas llegué a la oficina y Mary, la recepcionista, me avisó que Jennifer quería verme en la sala de juntas con los clientes. Resoplé cansada. Había estado dos horas discutiendo con una novia en un Costa Coffee cercano acerca de que quería cisnes en su boda. Tuve que destrozarle el sueño con los permisos de salubridad. Mi pensamiento original fue: ¿dónde demonios vamos a conseguir los cisnes? ¿Del zoológico?

Algunas novias alucinaban con sus pedidos.

Comprendía que era su día soñado, pero a veces tenían que poner un poco los pies en la realidad y entender que solo era una fiesta más en sus vidas. No definiría su futuro con su esposo.

Le dije que a Jennifer se le ocurriría algo hermoso para sustituir sus dichosos cisnes. Jennifer odiaba cuando le enviaba a las novias decepcionadas. Pero al final me lo agradecía porque una hora extra de trabajo le ahorra un berrinche el día de la boda.

—Avísale que solo dejo mis cosas en mi oficina y voy a verla.

Mary sonrió en aceptación y llamó a Jennifer.

Fui rápido a mi oficina.

Me senté solo un minuto para tomar un respiro para la siguiente novia en la fila. Saqué mi botella de agua y di un gran sorbo.

Me gustaba mucho mi trabajo. En lo poco que he estado trabajando para Jennifer, he visto el negocio crecer cada vez más. Nuestro gran éxito fue planear la fiesta de cumpleaños para la Princesa Eugene de York. Fueron meses de excitante estrés; por suerte, cada empleado de Jennifer sabía la importancia de esta fiesta para la empresa: más y mejores clientes.

—Bien..., atenderé a la siguiente en la guillotina. Tendré listo el canasto porque va a ser sangriento —murmuré en lo que me ponía de pie.

De camino a la sala de juntas, tararé la canción que llegó primero a mi cabeza. Toqué la puerta calladamente, y Jennifer de inmediato me dijo que pasara. No estaba sola.

—Buenos días, Jen —le dije—. Mary me dijo que necesitabas verme.

—Si quiero presentarte a... —dijo poniéndose de pie junto con la mujer.

—¡Sybil! —exclamé incrédula de verla.

—¡Addison! —exclamó ella también y se apresuró a abrazarme.

—¿Se conocen? —nos preguntó Jen.

—Sí, solíamos trabajar juntas en Starbucks...

—Sí —concordó Sybil.

—¡Maravilloso! —nos dijo Jen aliviada. Nos invitó a tomar asiento—. Entonces esta boda seguirá siendo sencilla de planear.

—¿Te casas? —pregunté a Sybil muy asombrada.

—Sí. Por eso estoy aquí; es la cita quincenal, y tenemos un problema con el presupuesto —respondió entre una risita obvia.

De seguro, alguien más del departamento hizo ese presupuesto. Al no haber problemas, no vieron la necesidad de que pasara conmigo a revisión. Es la única explicación que tengo para no enterarme antes de que se fuera a

casar, pensé.

—¿Con quién? —Sybil hizo gestos de que había tocado un tema incómodo —. ¡¿Con Brad?!

Asintió con la cabeza. Fue una terrible noticia para mí porque ellos dos solo estuvieron explorando juntos su sexualidad y alcanzaron su “felices para siempre”. Mientras que yo me adentré en una ilusión que se desvaneció con un simple soplo.

—¡No! ¡Quién lo diría! —exclamé aún muy asombrada.

Había apostado al caballo equivocado. Siempre creí que Brad solo buscaba acostones y resultó ser el serio en las relaciones.

—Las dejo un momento, tengo que hacer una llamada rápida. Regreso en unos minutos.

—Gracias, Jennifer —le dijo Sybil, quien esperó a que mi jefa saliera para hablar de algo conmigo—. Bueno, ¿qué ha pasado en tu vida? —me preguntó Sybil.

—Mmm, primero hablemos de tu boda. Ya nos pondremos al tanto de lo que ha pasado en mi vida.

—No —dijo Sybil, poniéndose de pie—. ¿Puedes salir para tomar un café? La boda puede esperar.

Solté una risita irónica.

—Eres la primera novia que ha pasado por aquí que pone su boda en segundo término. Que no te escuchen las demás o te llevaran al paradero de fusilados por traición —comenté poniéndome de pie.

Sybil rió y murmuró entre dientes que mi humor no había cambiado, y que lo había extrañado.

—Aún hay tiempo. Además, ya solo son pequeños detalles los que hay que arreglar —agregó.

—Está bien. Espérame en el lobby y vamos a tomar un café.

Nos separamos frente al escritorio de Mary.

Mientras iba a la oficina de Jennifer para avisarle que saldría por una hora, las rodillas me temblaron de terror y el corazón tamborileó una canción de jazz, por lo que implicaba el regreso de Sybil a mi vida. Addison no vendría sola, traería a Brad y, lo más seguro, era que trajera detrás de sí a Andrew y la bola de odiosos niños ricos.

Toqué la puerta tímidamente, escuché a Jennifer hablando por teléfono.

—¡Adelante! —dijo.

Cuando entré escuché que aún estaba ultimando una orden de flores con

nuestro florista preferido. Me senté a esperar que terminara su llamada.

—¿Qué pasó? —preguntó tras colgar.

—¿Recuerdas esa noche que salimos con Mary a tomar unas copas en el Soho? —Jennifer hizo gestos de que necesitaba más información. Siempre íbamos a los pubs del Soho a divertirnos—. La noche en que se topó con su ex y tuvieron un drama del que no pudimos escapar.

—¡Ah, sí!

—Bueno, Sybil está a punto de traer mi pasado a mi presente —revelé dejándome caer en el respaldo.

Jennifer y Mary sabían toda mi historia con Andrew, así que no fue necesario explicar detalladamente lo que era para mí tener a mi amiga esperando en el lobby.

—¿Quieres que le diga que estás muy ocupada para ayudarle a tomar decisiones financieras? —consultó Jennifer con tacto.

Lo pensé por un minuto. ¡En verdad lo hice! Pero no podía rechazar a mi amiga de nuevo como si no hubiere sido parte importante de mi vida, porque sí lo fue. No verla fue una fractura más en mi corazón cuando estaba tratando de olvidar a Andrew. La soledad fue más triste sin ella apoyándome.

—No. Creo que es hora de madurar y hacer frente a la vida, que al parecer está poniéndome a prueba una vez más.

Me puse de pie.

—¿Hay algún problema si salgo una hora para ponerme al tanto con Sybil? —pregunté.

—No. Quizás en esa hora ella se dé cuenta que meterte de nuevo en su vida no es una buena idea por ahora.

—Gracias —agradecí con una sonrisa.

—Supongo que vamos a salir esta noche por una copa, ¿verdad?

—Supones muy bien, y creo que serán más de una copa. Avisa a Mary que hoy por fin llegó el día en que me verá mentando la madre a la vida.

Jennifer rió y balbuceó:

—Una vez más.

Las rodillas me tambalearon de nuevo conforme iba al lobby para encontrarme con mi vieja amiga, quien estaba hablando con Brad cuando llegué a ella.

Ojalá que aún no le haya dicho que nos hemos reencontrado.

—Sí, amor. Con mucho cuidado —dijo antes de colgar.

—¡Aun no puedo creerlo! —comenté.

Sybil sonrió avergonzada por el tono muy incrédulo que puse en mis palabras.

Salimos del edificio para ir a la cafetería más cercana. En el camino, estaba aún temblando de nervios, mientras que Sybil estaba adulando a Jennifer. ¿Cómo iba a reaccionar cuando Sybil me revelara que Andrew había seguido su vida y alcanzado su felicidad con alguien más? ¿Se habrá casado ya? Lo más lógico era que sí.

Estaba en una contradicción. Quería saberlo porque daría un final ya a todo, pero a la vez no porque aún tenía sentimientos por él. Me dolería mucho saber que realmente no fui nada para él.

—¿Cómo terminaste en ese trabajo? —me preguntó Sybil mientras hacíamos fila para un café.

Lamenté que iniciara la conversación con esa pregunta precisamente.

—Bueno... —respiré profundo—, cuando una puerta se cierra, siempre se abre una ventana. La vida me presentó a Jennifer en el momento en que la necesitaba... Ella ha sido mi hada madrina, por así decirlo...

—Y tu amiga, por lo que noté —me interrumpió.

—Sí. Ella y Mary, la recepcionista. Ambas me han construido un nuevo horizonte en el que realmente disfruto estar. A pesar de ser la “devoradora de sueños”, como me llaman en la oficina, amo lo que hago.

Sybil rió entre dientes.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté.

—Bueno..., casi al mes de que huiste de nuestras vidas, Brad me pidió ser su novia, desde ese momento, estuvimos dando pequeños pasos muy serios que nos llevaron a donde estamos ahora.

—¿No te casas porque estás embarazada, verdad?

Sybil se carcajeó.

—No. Aunque he tenido un par de sustos.

—Bueno, serás una mamá grandiosa cuando llegue el momento.

Sybil no dijo nada y solo me miró con una sonrisa sospechosa. Espero que no haya sido por la conversación de su vida amorosa y perfecta que realmente no me interesaba saber.

—Mmm, ¿por qué sigues evadiendo lo que quieres saber en realidad? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Andrew.

—No lo niego. Es lógico que quiera saber de él, pero no me digas. No pienso regresar a esos días en donde me moría de tristeza por él. He seguido con mi vida y él no tiene cabida ya. Así que te agradecería que pasemos a otra cosa.

—Está bien.

Fui tajante pero no le estaba mintiendo. Seguimos platicando de nuestra vida como profesionistas, algunas aventuras que pasó con Brad y de otras cosas banales que me hicieron sentir como en los viejos tiempos, cuando trabajábamos en Starbucks y nos tomábamos un descanso para chismear con una taza de café en mano.

¡Quién nos viera ahora que ya éramos profesionistas muy bien pagadas!

12 REUNIÓN

ADDISON

DÍAS DESPUÉS

Me trajo muchos recuerdos estar de nuevo frente a ese Starbucks.

Entré sin pensarlo más, no tenía que temer porque iba a ver a una amiga. Nada más.

Sin embargo, me petrifiqué apenas entré buscando a Sybil. Brad y Andrew estaban con ella, o al menos creí que era Andrew; el acompañante me daba la espalda. Pero podía jurar que era él.

Tuve miedo de inmediato, de su reacción, de sus palabras... ¡De todo! Y, al ver a mi amiga sonriente, me cruzó por la cabeza que ella tal vez había planeado este encuentro “casual”.

Debí haberlo sospechado antes. Si lo había planeado, le iba a demostrar que no me interesaba ya; aunque era todo lo contrario. Ahora que lo veía, me daba cuenta que era cierto que no lo he olvidado.

—Hola —saludé para llamar la atención de los tres.

Brad fue el primero en verme, seguido por Sybil, ambos me recibieron con una sonrisa amigable, gustosa de verme. Entonces Andrew volteó, quizás lo hizo tardíamente porque tampoco esperaba verme ahí.

Su reacción fue plana, solo me miró.

Al momento no me dolió, y por eso pude ignorarlo y saludar a Sybil y a Brad como si nada. Cuando miré de reojo a Andrew, esperando a que lo saludara, recordé que tenía que demostrar que no me incomodaba verlo tampoco, así que me atreví a ponerme de puntas para saludarlo de beso. Creo que lo tomé desprevenido porque dudó mucho en que mejilla besar.

Tocarlo fue lo peor que pude haber hecho, porque un fugaz recuerdo de él besando mi cuerpo apasionadamente me puso la piel de gallina.

El silencio que siguió estuvo lleno de miradas que preguntaban unos a otros qué hacer a continuación.

¡Demonios! ¡Andrew estaba guapísimo! ¿Siempre lo fue en esa intensidad o su atractivo maduró? Ya tenía un aire sofisticado y de hombre de negocios.

¡Cómo sea! Me hizo volver a sentir esa atracción de cuando lo vi por primera vez. ¡Me conquistó de nuevo!

—¡Bien, amor! Te dejo para que pliques con Addison a gusto —dijo Brad al fin. Se acercó a su prometida para darle un beso rápido en los labios, luego vino a mí para despedirse.

Al verlos tan enamorados, acepté que el destino jugó con Andrew y conmigo todo el tiempo y siempre cumplió los deseos de Sybil y Brad. ¡No fue muy justo al hacer nuestro romance imposible!

Me confundió el movimiento de Andrew, como si lamentara que me hubiere sentado para ignorar lo que hiciera, que en cierta forma así fue. No quería volver a sentir la calidez de sus labios quemando mi piel.

—Eso fue incómodo —comentó Sybil sin despegar la vista de ellos. Me contuve en no voltear a verlos.

—¿Por qué no me dijiste que iba a estar aquí? —demandé.

—Porque no iban a estar. Vinieron por unos cafés... Tal vez tú dejaste atrás este Starbucks y todo lo que lo rodea, pero nosotros no. Venimos muy seguido aquí los tres, aunque a Andrew no le gusta el café de Starbucks.

—¡Ah! —exclamé desinteresada.

—Creo que solo aceptaba venir con nosotros porque tenía la esperanza de toparse contigo aquí —comentó, muy consciente de que yo le había pedido que ya no me platicara nada de él y sus sentimientos.

—¿Y por qué tendría que venir aquí? Yo no vivo ni trabajo en esta zona —aclaré muy indiferente. Si su plan era transmitirle que estaba aún triste por él, estaba equivocada.

—¡Hum! —exclamó cuando no logró que le confesara que aun extrañaba terriblemente a Andrew—. ¿Y bien? ¿Qué voy a tener que ceder para tener mi boda perfecta? —me preguntó.

—Para empezar, los adornos de mesa, Sybil. Son demasiado caros.

—¡Pero me encantan!

—Sybil... Lo que voy a decirte solo se lo he dicho a Jennifer, nunca a las novias. Pero, como eres mi amiga, espero que no te molestes —Sybil se acomodó para escucharme—. Quizás has soñado con esta boda desde niña y quieres que todo sea como lo soñaste. Lo entiendo, la sociedad nos ha impuesto que si la boda es perfecta, igual lo será el matrimonio. No encuentro lógica a eso, pero ¿es tan importante que todo sea tan perfecto?

—Sí, tiene que serlo.

—Creo que lo importante es casarte con el hombre que amas, y la promesa

de que se amaran por siempre. No si tienes claveles en lugar de rosas, si hay pétalos en cada mesa o no —Sybil sonrió—. Sybil, una fiesta perfecta no te va a asegurar un matrimonio perfecto. Créeme, lo he visto en las bodas que hemos organizado. Bodas que pecan de perfección, matrimonios de un año... a veces, menos.

“Es tu sueño, lo entiendo, pero los sueños son efímeros y tu amor por Brad no lo es. No conviertas una fiesta en la representación de tu amor por él... Eso demuéstalo a él día a día.

Sybil bajó la mirada, meditando mis palabras.

—¡Qué más da si tienes rosas en lugar de la flor más cara! Lo que debería de importarte es que Brad va a estar a tu lado ese día, diciéndote que te ama y prometiéndote estar a tu lado por una eternidad. Es lo único que vale la pena al final de la noche, Sybil.

“¿Te importa qué opinan los invitados? ¡Olvídate de ellos! ¡Nunca los vas a complacer! Siempre van encontrar el más pequeño error para criticar. Créeme, los he escuchado. Sus comentarios fueron tan venenosos que si los novios los hubieran escuchado, se preguntarían por qué los invitaron.

“Una boda jamás despierta felicidad en los invitados, solo envidia... Mmm, quizás los únicos felices son los padres..., bueno, a veces.

Sybil sonrió más conforme con lo que le estaba diciendo.

—Además, puedo ahorrarte unas 10,000 libras o más, depende de qué tan dispuesta estás a ceder, que podrías utilizar para tu luna de miel u otra cosa que necesiten.

Sybil levantó la mirada, le brillaron los ojos traviesamente. Para alguien como Brad, ese ahorro solo era dinero para gastar en otras cosas banales. Para alguien como Sybil, era un centavo bien ahorrado.

—Las flores mueren, Sybil. ¿En serio quieres pagar 4000 libras por un capricho que morirá en tres días?

—No... Ahora entiendo por qué te dicen “Devoradora de sueños” —comentó.

—Sí. Soy realista... Confía en Jennifer, tiene gente que puede hacer un arreglo de rosas tan hermoso que te sorprenderá lo que pagaste

Sybil suspiró resignada. Su sueño estaba siendo devorado por la realidad.

—Está bien, di a Jennifer que ya no seguiré haciendo berrinche por el presupuesto.

Sonreí feliz. Jennifer va a agradecerme esto con mi vino favorito en *The Gathering*.

—Créeme —dije—, cuando veas a Brad y su sonrisa feliz ese día en el altar, no te importará nada más que él.

Ahora ella sonrió feliz.

—Bueno, pasemos a otra cosa...

—Sí, hablemos de tu vestido. ¿Ya lo escogiste?

—¡Argg, Addison! ¡Olvida la boda ahora! —espetó con desespero. Me hizo sonreír irónica—. ¿Qué sentiste cuando viste a Andrew?

Solté un resoplido de rendición. Nunca iba a desistir hasta que volviera a tener la confianza que antes le profesaba.

—Nada. Me incomodó verlo, nada más —mentí magistralmente.

—¡A-ha! Miéntele a otra, yo sé que alborotó algo adentro de ti. Casi te desmayas de la emoción cuando lo saludaste de beso.

Reí con cierta falsedad.

—No, en realidad no. Fue solo sorpresa —aclaré.

Sybil me miró aun incrédula.

—Sí, lo que tú digas, mentirosa. Sigues tan enamorada de él... tal vez mucho más —iba a refutar pero siguió—. ¡Cómo sea! Espero que vayas a mi despedida de soltera —dijo, al fin cambiando de conversación. No pudo evitar mucho tiempo no hablar de su boda.

—Sí, por supuesto. ¿En dónde va a ser?

—En casa de Christa.

—¡Oh! Karla está invitada, ¿no? —supuse en voz alta molesta.

—Sí.

—¿Te has hecho amigas de ellas?

—¿Qué esperabas? ¡Me botaste también!

—Lo siento, Sybil. Me dolió hacerlo, en serio, pero era necesario. Tú eras el eslabón que me unía a ellos, y en ese momento solo quise sacar a Andrew de mi vida de un solo tajo, sin mirar atrás y sin importarme a quien perjudicaba.

—Nunca me ha gustado como cortas a las personas.

—Lo sé, soy muy drástica. Pero es la única manera de no sufrir.

—¿Al menos me extrañaste?

Reí.

—¡Claro que lo hice! Nadie aprecia el café de este lugar como nosotras dos —respondí muy sincera.

Rió entre dientes y balbuceó que Andrew en el fondo ya lo apreciaba.

Comentario innecesario.

—Entonces, pláticame que más has hecho en todo este tiempo que no nos hemos visto —agregó, olvidando lo que soltó sin querer.

—Okay, vamos por cafés, porque esto va a ser largo —dije poniéndome de pie.

VIERNES, UN MES DESPUÉS

—¡Rob, ya me voy! —grité acelerada.

—Sí... ¡Ah, espera! —me gritó apresurado; me hizo regresar a la sala—. Voy ir a ver a Kathy, y lo más seguro es que me quede con ella —iba a respingar, pero Rob me calló—. Regreso mañana temprano para arreglarme e irnos a la boda de Sybil. Jamás te dejaría sola con esos tipos, ahora sí tendrás a un hombre que estará detrás de ti para defenderte.

—Bien. Entonces, te veo mañana.

—Sí. Diviértete.

—No creo hacerlo, pero..., bueno, ¡ya veremos! ¡Bye! —dije ya de salida.

Todo el camino no escuché nada más que mi corazón rogándome que regresara a la casa, no quería ser lastimado de nuevo por la indiferencia de Andrew. Pero ya estaba de camino y no podía fallar a Sybil.

Toqué la puerta de la casa de Christa. El recuerdo más triste y horrible de mi vida regresó cuando estaba parada frente a esa elegante puerta. Recordé el dolor como si lo hubiera vivido minutos atrás.

Esperé.

—¡Chica Starbucks! ¡Hola! —me dijo Orville en cuanto abrió la puerta y me vio.

Le saludé tragándome el coraje que me dio escuchar ese detestable apodo, trayendo consigo las palabras de su otro estúpido amigo que terminaron por matarme.

—Pasa —dijo haciéndose a un lado. No me saludó de beso, lo cual me pareció muy bien porque se iba a dar cuenta de mi respiración agitada que aún estaba conteniendo.

Me guió hasta la sala.

Al ver a los invitados, me di cuenta que esta era un despedida para ambos novios. En mi búsqueda por Sybil, me topé con Brad, quien solo levantó su mano a modo de saludo, y le sonreí a fuerzas.

Tragué saliva cuando me cayó el veinte de que Andrew podría estar aquí también.

—Hola —me saludó una efusiva Christa en cuanto me vio. Después de que

le regresé el saludo, me presentó a los que la acompañaban. Me topé con Karla, quien me barrió de pies a cabeza, ocultando que estaba sorprendida de que haya regresado a su mundo vistiendo también ropas de diseñador, de mejor gusto.

Se me subió el ego porque era una declaración de que yo subí económicamente por mis propios méritos, y no porque era la estúpida heredera de alguien... como seguramente lo era ella.

Solo le dije un formal *hola*. Nunca fuimos presentadas, así que no se merecía mi cortesía... ¡Y jamás la tendré para con ella! Con la prostituta de Chelsea.

—¿Sabes dónde está Sybil? —pregunté a Christa.

—Sí, está por allá —me señaló hacia un grupo que reía feliz.

Me excusé y fui a donde mi amiga.

—¡Hola! ¡Sí viniste! —me dijo, saludándome efusivamente.

—Sí, ¿creías que no iba a venir?

—Bueno, lo sospeché por... —calló y señaló con un cabeceo hacia su lado derecho. Volteé a ver con toda la calma del mundo, pero en cuanto me topé con Andrew, mi respiración se detuvo y sentí una horrible contracción en el estómago.

Me miró, también sorprendido, y sonrió formalmente. Desvié la mirada a propósito.

—Por favor, no me dejes sola —pedí a Sybil en un susurro lleno de miedo.

—¿Disculpa? —me preguntó. No alcanzó a escucharme.

—Que necesito algo de tomar, estoy un poco acalorada —mentí. No quise que me diera el sermón de que no siguiera mintiendo respecto a mis sentimientos por Andrew.

—Sí, hay un bar. Pide lo que quieras —me señaló hacia otro cuarto que conectaba a la sala. Fui ahí lo más rápido que pude.

Planeé quedarme ahí, conversando con el bartender, hasta que conviniera que ya podía marcharme sin ser tan descortés para con mi amiga. Además, ella no me hacía mucho caso por obvias razones: era una de los agasajados y además ahora tenía amigos que le importaban más que yo, su estúpida amiga que la abandonó sin una explicación.

Al rato, alcancé a ver que Andrew venía hacia la barra, entonces, ágilmente saqué mi celular y fingí que recibía una llamada. Pasé a su lado como si no lo hubiera visto y fui al pasillo que llevaba a la puerta de la calle. No sé si trató de hablarme.

Así estuve un buen rato: evadiéndolo, escondiéndome o uniéndome a grupitos que ni conocía.

—¿Estás huyendo de mi amigo? —me preguntó Brad al oído en una de esas. Me espanté cuando lo sentí demasiado cerca, no había visto que estaba a mi lado.

—No. ¿Por qué debería de huir? —me hice la ingenua. Volteé a ver a Andrew, quien estaba con la estúpida Karla. Ella le hacía una caricia en el cabello que él no rechazó. Me ardieron las entrañas de celos.

Me volteé hacia Brad. No quería hacerle la plática pero era mejor que estar muriéndome de coraje.

—No puedo creer que te vas a casar con Sybil —le comenté.

Él se dio cuenta que buscaba una conversación y se olvidó un momento de sus amigos para prestarme atención.

—Sí, ni yo lo creo, pero... así es el amor —dijo.

—Sí, sobre todo cuando no lo buscas.

—Muy cierto —concordó con una sonrisa llena de incredulidad.

En el siguiente segundo, mientras los veía por turnos, me solté a reír entre dientes irónica.

—¿Qué? —preguntó curioso por mi risa fuera de lugar.

—Nada —respondí bajando la mirada. Mi pensamiento era demasiado personal y alucinante para confesarla al novio.

—Dime —me rogó codeándome, como si fuéramos grandes amigos.

—Que el destino juega con nosotros a placer para llevarnos a finales inimaginables.

Brad hizo gestos de que no entendía totalmente.

—Que estuvimos muy cerca de que esta fuera nuestra despedida de solteros —aclaré.

Brad rió.

—Sí —dijo pausadamente y con la vista perdida detrás de mí, también tenía una sonrisa extraña. De seguro, estaba viendo a Sybil—. El destino es extraño. Me metió en tu vida, pero solo para que pudieras entrar en la de mi amigo... ¿O no, Andrew?

Tragué saliva en lo que volteaba de inmediato a mis espaldas con una ligera debilidad en las piernas. Andrew me recibió con una sonrisa que me decía “Hola”. ¿O habrá notado que me estremeció sin tocarme?

—¿De qué hablan? —preguntó.

—¡De nada! —proferí mirando nerviosa a Brad, e iba a decirle en silencio

que no abriera la boca pero terminé mirando a mi bebida. Mis dedos muy temblorosos acariciaron el vaso. Su sola presencia me estaba alterando como la primera vez que tuvimos sexo... ¿O hicimos el amor? ¡Ya no sé!

—De que si me hubiera decidido por ella, quizás mañana estaríamos casándonos —le aclaró Brad.

Un bufido risorio salió de los labios de Andrew, para luego formar aquella sonrisa presuntuosa que alguna vez me hizo arrojarme a sus labios.

—Sí, ya le había comentado lo mismo una vez. Cuando apenas te estabas acostando con Sybil —comentó Andrew a Brad.

Volteé a ver a Andrew por instinto, no me gustó que se expresara así de mi amiga. Pero ¿qué esperaba? Por su gran bocota lo había mandado al infierno.

—Sí —murmuró Brad volteando a ver a Sybil para regalarle un suspiro lleno de amor.

—Estás loco por ella, ¿verdad? —le pregunté sin pensarlo cuando miré la reacción que alguna vez deseé de Andrew.

La desventaja de no haber estado en sus vidas era que no supe por qué Andrew rió irónico entre dientes. Como si Brad enamorándose de Sybil haya sido toda una aventura.

—¿Cómo no tienes idea! —respondió Andrew por Brad.

Después hubo un silencio que me llevó a averiguar si Andrew traía una argolla en el dedo del matrimonio.

Retuve mi sonrisa feliz al verlo desnudo.

—¿Y cómo has estado? —me preguntó Brad.

—Bien, destrozando sueños. ¡Quién lo diría!, resulté ser muy buena para eso. Y lo mejor de todo es que me pagan muy bien por hacerlo.

Brad rió, mientras que Andrew fingió una risita. No le gustó que le echara en cara que haberme lastimado me convirtió en una mujer cínica del amor.

—Sí, y te agradezco que los destruyas porque no quería pagar 3000 libras por flores —dijo Brad.

—Y era el precio optimista porque el real eran 4000 libras.

—¿Qué?! ¡Si son jodidas flores que crecen por si solas! —exclamó Brad.
Reí.

—¿Vas ir mañana a la boda? —me preguntó Andrew, captando mi atención. Bebió su bebida para restar importancia a su pregunta.

—Sí. No puedo fallar a Sybil esta vez —respondí con actitud casual.

—¡Andrew, ven! —le llamaron casi en un grito. Volteamos justo a tiempo para ver a Karla exigirle con una seña de mano que fuera a su lado. Odié la

actitud de Karla, como si fuera su pareja... Tal vez ya lo eran.

—Ya regreso —dijo Andrew con tono molesto.

Lo miré ir a ella; cada uno de mis latidos le rogó que no se marchara, que me escogiera siempre sobre ella. Pero no los escuchó... Nunca lo ha hecho.

Fue recibido con un abrazo que me hizo desviar la atención entre un resoplido enojado.

—Es mejor que me marche —avisé a Brad en lo que veía mi reloj, eran las once de la noche.

—Quédate otro rato, esto termina a las doce. O al menos termina para mí y Sybil.

—Quisiera quedarme pero trabajé hoy y estoy molida. No creo que quieras que me esté durmiendo en tu boda, ¿o sí?

Brad rió.

—No, no, claro que no.

—Bien, me despido solo de ti y Sybil —me acerqué a él para despedirme de besos.

—Gracias por venir.

Solo le sonreí y fui a donde mi amiga, quien al principio no le pareció que me fuera ya, pero comprendió mi razón cuando mi mirada desilusionada se posó en Andrew. Inconscientemente rogué que volteara a ver lo mal que me puso su preferencia hacia Karla.

Además, no estaba mintiendo. Había sido un día difícil en el trabajo, con una novia terca, y terminó con esto: añorado mi felicidad a lado de Andrew.

Me escabullí a la puerta magistralmente.

VOLANDO A BATTERSEA

ANDREW

Logré zafarme de Karla con éxito y enseguida busqué a Brad y Addison para seguir conversando con ellos, pero encontré a mi amigo ya solo. Aun así fui a él.

—¿Dónde está Addison? —le pregunté ansioso.

—Ya se fue a su casa. Dijo que estaba muy cansada —me respondió Brad como si nada.

—¡¿En serio?! —exclamé indignado de que haya huido de nuevo. Pasé las manos por mi cabello como signo de desesperación. La piel se me erizó como esa vez en que le escribí mi amenaza en el ticket y terminé alejándola más de mí. Ahí me di cuenta que la había perdido.

Después de perseguirla toda la noche, por fin había conseguido que me dirigiera la palabra. Corrección, que al menos hablara conmigo presente.

—¿Te movió el piso? —me preguntó Brad, buscando que le prestara un poco de atención.

No respondí porque seguía pensando qué carajos hacer. ¿Dejarla ir de nuevo?

—¡Al carajo, te veo mañana! —exclamé dejando a mi amigo sorprendido por mi súbita reacción.

Salí de ahí apresurado. Iba ir a su casa.

Ya no podía soportar más sin verla, no desde que nos reencontramos en Starbucks hace un mes. No sé cómo pude pasar tantos días alejado de ella.

Creí que ya la había olvidado, que solo fue un romance que no se consolidó, pero solo bastó ver su hermoso rostro para que todo lo que estaba dormido en mi corazón despertara para recordarme que solo con ella conocí la felicidad.

Deseé quedarnos tanto esa tarde en el Starbucks, para que ella recordara lo bien que se la había pasado conmigo, y quizás limar asperezas hasta ser amigables de nuevo. Pero al imbécil de mi amigo le urgía ir al pub con Alex, Orville y Gary.

Recordé ese instante que estuvo frente a mí, en donde nuestras miradas

estuvieron nerviosas todo el tiempo por encontrarse. Entonces, se puso de puntas y se acercó lentamente. Me emocionó que lo hiciera porque en el pasado siempre fue el inicio de sus besos ingenuos. Mis labios se abrieron un poco para recibir los suyos, pero entonces siguieron su camino a mi mejilla. Reafirmando así su jodida decisión de seguir separados.

Han sido días largos desde entonces, llenos de indecisión por buscarla o no, y de preguntarme una y otra vez si seguiría enojada conmigo.

Pensé en el camino lo que iba a decirle, tenía que darle alguna excusa por haberme atrevido a buscarla.

—No, no le mientas, solo sé sincero. Ella descubrirá que siempre lo has sido —me dije en voz alta; hacerlo me dio seguridad.

Mi corazón se aceleró junto con el motor de mi auto cuando crucé el Albert Bridge. Pronto llegué a su casa y bajé del auto dando largas respiraciones para sosegar mi nerviosismo.

Toqué. Nada.

Por favor, abre.

Volví a tocar.

—¡Voy! —escuché a lo lejos; su voz me pareció tranquila.

Me alejé un paso de la puerta y tragué saliva no sé cuántas veces antes de que la puerta se abriera, ahora me arrancó un suspiro al verla.

—¡Andrew! ¿Qué...? —me preguntó Addison confundida por mi presencia.

No pude responder porque, tan pronto como la vi en short y playera blanca aguada, tomé su rostro con arrojito para plantarle un beso que ha estado encarcelado en mi corazón por dos años. Evocando siempre esos delicados labios que sabían de pasión y ternura.

Addison no me respondió, sus labios estaban tan apretados y fríos.

—Por favor, bésame —supliqué aun cerca de ella.

La volví a besar, pero siguió rechazándome. Entonces, apretujé los labios lastimosamente contra los suyos una última vez; estaba resignándome a que ella había seguido su vida, dejándome muy atrás.

Sybil me había dicho que Addison era muy severa cuando terminaba una relación. Una vez que decidía hacerlo, nada ni nadie podía hacerla regresar, a sentir lo mismo y a entregarse de nuevo.

Ya me había olvidado. De seguro, ya tenía a alguien que no fue un estúpido y supo valorarla.

Mis manos comenzaron a debilitar su ansiedad. Mis latidos, antes ávidos

por estar con ella, ahora se resignaban a dejarla ir. Estaba a punto de alejarme de ella cuando sentí un cálido aliento que invitó a mis labios a seguir su camino. Addison al fin respondió a mi beso... Y de una manera tan apasionada.

Me jaló para que entrara a la casa. Me encargué de cerrar la puerta detrás de nosotros, luego la tomé por la cintura para estrellarla contra la pared y pegarme tanto a ella para sentir su cuerpo estremecerse con mi excitación.

—Aquí no —murmuró cuando chupé la sensible piel de su cuello.

Me separé para preguntarle con mis gestos qué quería decir.

—Sube a mi cuarto. Te alcanzo en un minuto —dijo escapando de mi encierro. Pero luego se puso de puntas para darme un picorete—. Ve —agregó.

Sosegué mi calentura un momento mientras la vi ir a la cocina con paso nervioso. Me arrancó una sonrisa llena de satisfacción; seguía siendo tan tierna. Cuando desapareció, subí las escaleras, recordando perfectamente dónde estaba su cuarto. Estaba tan entusiasmado cuando entré porque era mi regreso a su vida, el que he esperado con ansias todo el tiempo.

Addison entró al poco rato con dos vasos con agua, me ofreció uno y dejó el otro en el buró. Bebí rápido y lo dejé junto al otro.

—¿Por qué has estado huyendo de mi toda la noche? —le pregunté en mi camino hacia ella.

—No he estado huyendo de ti —respondió sin moverse.

—Yo creo que sí, ni siquiera me saludaste cuando me viste.

—Bien, ¿quieres que te salude? Aun puedo hacerlo —dijo con una sonrisa nerviosa, luego me extendió la mano. Pero en lugar de estrecharla, sujeté su cintura, y dejé que mi mano se aventurara a ir un poco más abajo.

—No tengo la mano ahí —contradijo sin evitar una contracción a mi toque. Sonrió tontamente para tranquilizar su nerviosismo.

—Sí, bueno, yo solo doy la mano a conocidos... Y tú no eres una conocida, ¿verdad? —pregunté.

—No, creo que no lo soy —su espalda baja siguió contrayéndose. Estaba muy agitada porque yo estaba jugando con ella.

—No, claro que no. Tú eres una amiga muy, muy querida —aclaré con una sonrisa conquistadora, y me aventuré a acercarme más a ella.

—¡Ah! Y a tus amigas muy queridas los saludas de beso en la mejilla, ¿no? —cuestionó sarcástica.

Gemí pensativo. Por supuesto no estaba pensando nada, solo la estaba volviendo loca de expectación.

La jalé hacia mí más para sujetarle por el cuello sorprendidamente.

—Solo tengo una amiga muy querida, que es la única que sabe excitarme con solo un beso... Y a ella la saludo así —le dije de camino a sus labios.

La obligué a que se perdiera en mi beso, que no hubiera nada más que el deseo de tenerme dentro de ella. Rápido la desnudé y la llevé a la cama sin que se diera cuenta, luego me desnudé frente a ella, sin romper el contacto con su mirada; le sonreí presuntuoso, prometiéndole que la iba a dar la mejor noche de su vida.

¿Quería hacer el amor?... Se lo haría.

¿Quería tener sexo solamente?... Lo tendría.

Siempre y cuando no me alejara de ella de nuevo.

ADDISON

Desperté en la madrugada cuando sentí que alguien me tocó, iba a brincar por instinto, cuando vi a Andrew a mi lado. Fui inmensamente feliz tras recordar que lo que hicimos anoche no fue aquel sueño que tuve antes de despertar.

Por suerte, aun dormía.

Me estiré a mi buró para prender la lámpara que con su tímida luz ámbar me permitió contemplarlo; siguió dormido.

Recordé aquellos momentos juntos, en donde creí que era sincero conmigo, en donde no tenía la máscara que su sociedad le ha impuesto toda la vida.

Me rompió el corazón que él nos hubiera separado así. Pero aún me lo rompió más haberlo amado anoche porque no tenía idea de si esto era solo un cierre para nuestros corazones.

Lágrimas brotaron de mis ojos, y busqué consuelo al acercarme más a él con la esperanza de sentirlo de nuevo mío. Gimió con mi cercanía pero me pareció que fue uno lleno de gusto.

—Te he extrañado cada segundo —le murmuré.

No despertó. Lo que me llevó a estirarme para apagar la luz y buscar su cariño escondido entre sueños que lo tenían ajeno de mí.

—No te vayas —susurré cuando sentí que me abrazó sin despertarse. Ese cariño que busqué, me envolvió hasta caer dormida de nuevo.

ANDREW

Desperté cuando un imbécil afuera tocó el claxon de su auto. Me restregué los ojos en lo que volteaba a mi lado, creyendo que Karla estaba ahí. Pero apenas

vi ese rostro angelical y sonreí feliz. Me giré más hacia Addison para acariciar su mejilla, creí que iba a despertarse pero no lo hizo. ¡Lástima! Quería volver a perderme dentro de ella.

Miré el reloj que sobresalía de su buró, y ya eran las ocho de la mañana.

—¡Demonios! —farfullé en voz baja.

Me levanté apresurado, tenía que regresar al departamento, levantar a Brad, porque seguramente seguía dormido, y prepararnos para ir a la iglesia. Tenía que cumplir el aburrido y tedioso papel del padrino del novio.

Me vestí sin dejar de ver a Addison.

¡Demonios! Estaba en una posición tan sexy: boca abajo con la cobija tapando solo su precioso trasero. Quise besar su cuerpo hasta despertarla, y hacérselo rápido antes de irme. Pero, por ahora, solo su despertador iba a tener tal honor; lo programé a las nueve para que tuviera tiempo para arreglarse.

Ya vestido, me acerqué a ella y besé su mejilla.

—También te extrañé. Nos vemos al rato, bella —le susurré al oído. Estaba perdida en sus sueños, ni siquiera se movió.

Salí lo más furtivo que pude. No quise que Robert saliera alarmado de su cuarto al escuchar que alguien se movía por la casa.

¿Aún vivirá con él? Ya lo averiguaré después.

EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

ANDREW

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estás nervioso? ¡Yo soy el que se va a casar! — me cuestionó Brad cuando esperábamos a Sybil en el altar.

—Addison no ha llegado aún —le respondí sin pensarlo.

—¿Y por qué te importa? ¿No estás ya con Karla?

No respondí, pero le dije con la mirada que *algo* había pasado entre Addison y yo. Brad enarcó sorprendido las cejas. Y estaba por pedirme detalles, cuando inició el cuarteto de cuerdas y entró Sybil de brazo de su padre. Brad se olvidó de mí en un instante para admirar lo único que le ha importado siempre: Sybil, su futura esposa.

Volví a dar un escaneo rápido a la iglesia, buscando a Addison, pero con la única que me topé fue con Karla y su beso lanzado.

La ceremonia inició y siguió de acuerdo a lo planeado. Solo por ese momento me olvidé de Addison y me concentré en mi amigo. No podía creer que se estaba casando, que amara tanto a Sybil para dar ese paso tan legal. Era algo que definitivamente tenía que ver con mis propios ojos para creerlo. Sobre todo porque Brad nunca mostró intenciones de casarse con ella, ni siquiera de tener un noviazgo.

Quizás sí fueron serios desde un principio, solo que no querían que nadie se enterara para que no los presionaran con formalidades.

Y pensar que Addison pudo ser la que estuviera casándose con él, pensé conteniendo una sonrisa porque eso hubiera pasado si yo no hubiera intervenido yendo a Starbucks.

La razón por la que ahora era leal a ese lugar era porque me había dado a Addison... Y también por su tarta de moras y chocolate blanco y vanilla caffè latte.

La ceremonia terminó y salí detrás del nuevo matrimonio. De nuevo no encontré a Addison.

Llegamos al jardín donde sería la fiesta. Donde arreglaría las cosas con Addison para bien.

Al ver todo tan elegantemente adornado, me sentí orgulloso de Addison, de que haya ayudado a las hadas madrinas que hicieron realidad el sueño de Sybil.

¡Y lo lograron! Esas flores se ven que costaron más de 2000 libras.

Una de las cosas que siempre me gustó de Addison era que no pertenecía a mi círculo social. Esa vez que me cortó me echó en cara que yo era “un hijo de papi y mami”, pero lo que ella nunca supo era que ellos me educaron para dar gracias por tener dinero, por tener una vida privilegiada. Pero ¿quién carajos hace caso a sus padres? Hice todo lo contrario: disfruté cada centavo que me daban a manos llenas.

Fue diferente cuando ella me lo echó en cara. Me di cuenta que estaba equivocado, y malgastando el dinero que mis padres con tanto trabajo han hecho crecer. Nuestro dinero es heredado, pero aun así debe ser cuidado. Ahora ya no lo malgastaba como aun lo hacen mis amigos. Sobre todo Karla, que todo el dinero del mundo no es suficiente para sus caprichos de moda.

Cuando vi la gente entrando, atacué al mesero para que me trajera una bebida. La necesitaba porque Karla empezó a ser demandante conmigo desde que salí de la iglesia. La ceremonia la había puesto en un estado en donde solo existían futuros “¿Qué tal si?” que me incluían. No la detuve en seco porque entendí de inmediato que todas las mujeres solteras se sentían así en estos eventos. Ya se le pasaría con mi indiferencia.

Así se veían la mayoría de las invitadas solteras: revisaban el lugar como leonas buscando una presa digna que valiera la caza y enterrarle el colmillo. Y los hombres lo aprovechaban porque, después de todo, está esa idea de que puedes tener todo el sexo casual que quieras con las madrinas de bodas.

Karla no dejaba de enviarme mensajes en donde me demanda que estuviera con ella. No sé de dónde sacó que iba a ser mi pareja en la boda. Yo solo quería estar con Addison.

Volví a buscarla, pero aún no llegaba. No podía creer que estuviera perdiéndose la boda de su amiga.

—Bueno —escuché a mi lado, miré a Orville—, uno menos y faltan tres.

—Te falta Alex.

—¡Bah! Nunca se va a casar. Su único compromiso es con su pene.

Mi amigo pidió un gin & tonic, mientras que yo reía entre dientes por su comentario.

—Algún día tenía que suceder, ¿no? —comenté, llevando el vaso a mis labios. Entonces la vi, a Addison.

Sonreí instintivamente. Pero mi entusiasmo desapareció tan pronto como vi a Robert a su lado, atrayendo miradas femeninas a su paso. Ese “amiguito” se hizo más atractivo con los años.

—¿Quién es el modelo de Hugo Boss que está con la chica Starbucks? —me consultó Gary, que llegó de no sé dónde.

—Es Robert. Vive con ella —respondí sin quitarles la mirada de encima. Robert estaba demasiado “amigable” con ella. ¡Carajo! Aún tenía el poder de ponerme celoso.

—¡Ah! ¿Y desde cuándo se la coge..., desde que te la cogías? —preguntó Orville.

—¡Vive con ella, idiota! Comparten la casa. No hay nada entre ellos —respondí molesto.

No quería que creyeran que Addison estaba con él, a pesar de que yo empezaba a creer que sí lo estaban.

Pero si así era, ¿por qué me había dejado hacerle el amor anoche? ¿Será porque le rogué y vio la oportunidad para su venganza? ¿Addison era igual que Karla?

—¿No vas a saludarla? —me consultó Gary.

—No —respondí volviéndome al bartender para decirle que rellenara mi vaso.

Iba a ser difícil acercarme a ella. Era seguro que él no iba a despegarse en todo el día, porque no conocía a alguien más con quien pudiera conversar. Iba a ser un día largo.

—A lo mejor conoce a Sybil —murmuré.

Atraje la atención de mis dos amigos.

—¡Andrew! —escuché a Karla a mis espaldas. Hice gestos escondidos de que lamentaba que me hubiere encontrado.

—¡Hola Karla! ¡Hola Christa! —las saludaron mis amigos.

Cuando me volteé, me topé con la mirada de Addison sin dificultad, justo a tiempo para que viera a Karla hacer a Orville a un lado para abrazarme por la cintura. Addison desvió la mirada para no seguir viendo a Karla manoseándome y diciéndome no sé qué tanta estupidez. Quise aclarar a Addison que no estaba con Karla pero en ese momento entraron Brad y Sybil y hubo un barullo que concentró toda la atención en ellos dos; aproveché para escurrirme de Karla.

Lamenté en ese momento no haber despertado a Addison en la mañana para esclarecer con quién íbamos a estar en la boda. Para ser honesto, no creí que

fuera a venir con alguien, mucho menos con Robert. Es más, al llegar a su casa anoche, creí que también ya se había largado de su vida; a pesar de mi duda de la mañana.

Tuve la maldita esperanza de que estuviéramos juntos en la boda, que, con suerte, nos escabulláramos para aprovechar ese entusiasmo casamentero que tendría Addison.

Me pasé un largo rato escondiéndome de Karla y buscando la oportunidad para hablar con Addison, pero no tuve éxito con ninguna de las dos.

Al menos a Karla podría ponerle un alto ya.

—Necesito hablar contigo a solas —pedí a Karla al oído.

La sonrisa emocionada que mostró a sus amigas, me dijo que ella creía que le iba a pedir que fuera mi novia. Quizás pensaba que la boda de mi amigo me había animado a algo formal, pero era todo lo contrario. Solo me había recordado que estaba con la persona equivocada.

—¡Te he dicho miles de veces que no te me cuelgues en público! —espeté tajante cuando estábamos alejados de la carpa.

No quise levantar el tono de voz para no llamar la atención de los que deambulaban también para buscar un poco de paz del bullicio de la boda.

—¿Por qué no? Te quiero y así es como te demuestro mi amor —aclaró ella muy posesiva.

Suspiré cansado.

—Ya no puedo con esto... ¡No!... ¡Ya no puedo más! —exclamé desesperado. Me restregué la frente.

—¿A qué te refieres?

—Que este puto *free*, o lo que sea que tenemos, se acabó... definitivamente.

—¿Qué?! —espetó ella muy sorprendida—. ¡Pero si me quieres!

—¡Eso es lo que tú te has repetido todo el tiempo, pero, no, nunca te he querido! Lo que tuve contigo siempre fue carnal —refuté severo.

—¡Es ella, ¿verdad?! —señaló hacia la carpa. Seguí su seña por instinto y volví a toparme con la mirada de Addison sin dificultad, como ha sucedido toda la fiesta.

—Sí. Es por ella —respondí con la verdad. Esperanzado a que con eso Karla se diera por vencida.

—¡Eres un idiota, ¿lo sabías?! Christa se enteró por Sybil que está cogiéndose a ese tipo con el que vino. ¡Míralos, están a punto de cogerse enfrente de todos! ¡Es una basura de mujer que siempre ha querido tu dinero,

no a ti! —reveló alzando la voz.

No le importó que la escucharan. Iba a ensuciar la imagen de Addison como diera lugar.

Volteé a ver a Addison de nuevo. Ahora bailaba una balada con Robert, pero estaban tan abrazados que mis celos brotaron. Y me dieron ganas de romper la madre a Robert. ¿Qué carajos había entre los dos?

Aun así, ya no podía seguir en esta situación con Karla.

—¡Esto se terminó! —fue lo único que pude soltar.

Caminé hacia la tienda, pero estaba tan encabronado que no quise soltar la mierda que tenía para Addison y Robert en cuanto los viera, entonces, fui hacia el lado contrario para desaparecer de todo lo que sucedía en esa fiesta. De Karla, de mis dudas... ¡de todo!

—¡Pero Andrew...?! —cuando pasé a su lado. Trató de detenerme pero troté rápido, ahora con sus gritos detrás de mí. Estaba seguro que su ruego llegó a los oídos de todos, pero no me importó. Solo quería alejarme... ¡de ambas!

Regresé a la fiesta cerca de la hora y no busqué la compañía de nadie, ni siquiera de mis amigos, por una simple razón: Karla ahora no se separaba de ellos. De seguro creía que así le volvería a hablar, que ya calmado le pediría perdón por tanta estupidez.

Antes de que sirvieran el banquete, cumplí mi labor como padrino al dar el discurso en favor del novio. Fue realmente corto y nada gracioso porque solo quería salir de ese momento para alejarme del área visual de Addison. No me gustaba la forma en que ahora me miraba. De hecho, era la misma mirada de cuando me gritó que era un desgraciado. Bueno, no usó esa palabra pero eso me dio a entender.

¿Estará decepcionada de mí?

—Sybil, ¿puedo preguntarte algo a solas? —le pregunté cuando Brad se alejó un segundo para ir con Orville y Gary a bromear un rato.

—Sí, ¡claro!

—¿Addison está saliendo con Robert? —pregunté sin tanto rodeo.

Sybil volteó a verlos. Iba a acompañarla en el escrutinio pero no quise decir a Addison que estábamos hablando de ellos, aunque su amiga ya lo había hecho con su gesto notorio.

—No lo sé. Yo sabía que no, pero... se ven algo... “amigables”, ¿no?

Gemí un *sí*.

—¿Te ha dicho algo de mí? —pregunté interesado en su respuesta.

—Sí —me ilusioné mucho—, pero no creo que quieras saberlo.

—Dímelo.

—No te ha perdonado aun. Es más, cuando toco el tema me responde indiferente a hablar de ti y astutamente encuentra las palabras que te sacan de la conversación. Me dice que eres su pasado y que siempre te quedarás ahí.

Si aún no me ha perdonado, ¿por qué se acostó conmigo anoche?, pensé bajando la mirada.

—¿Te dijo esto hoy?

—No, cuando aún estábamos trabajando los últimos detalles de la fiesta... Dejé de preguntarle conforme se acercaba el día... ¿Por qué? ¿Sucedió algo entre ustedes?

—Aun pienso en ella —confesé sin más. Luego gemí calladamente mientras volteaba a ver a Addison muy confundido de todo. La forma en que me amó anoche no era de alguien que me había dejado ya en el pasado; al contrario, sentí que he estado presente en sus pensamientos durante toda nuestra separación.

Addison no ha hecho el intento de hablar conmigo en todo el día; ha sido una testigo silenciosa de mi frustración. Tristemente, me estaba dando cuenta que lo de anoche solo fue un desliz.

—Habla con ella. Si quieres, te entretengo a Robert —me sugirió Sybil.

—No, déjalo así —rechacé cuando Robert hizo que Addison riera como mujer enamorada de él. Agregué—. Ya no me meteré en su vida. Si Robert la hace... ¡Carajo!, ¿a quién quiero engañar? ¡Nunca voy a olvidarla y ya es demasiado tarde!

Sybil sonrió resignada por mí. Lamenté que ya no fuera su amiga, que no me dejara en ese instante para ir con el chisme a Addison. Y, al contrario, siguió haciéndome compañía.

—¿Bailamos? —le pregunté por cortesía.

—Sí, vamos —respondió, ofreciéndome su mano.

La llevé a la pista, alejados de la pareja que me estaba matando sin saberlo, y bailamos hasta que un primo suyo le pidió que bailara ahora con él. Entonces, regresé a mi confinamiento en la barra de bebidas.

No bebí mucho, solo estaba como imbécil mirando el whiskey en mis manos. Sintiendo la soledad oprimiendo cada vez más mi corazón.

Cerca de las siete de la noche, los novios se despidieron para ir a su luna de miel. Fue mi llamado para retirarme también. Los celos ya habían llegado

un punto en donde veía cosas que tal vez no estaban sucediendo. Como que Robert había besado a Addison en el cuello cuando estaban conversando y riendo a escondidas. ¿Por qué me restregaba en la cara que era feliz sin mí, cuando yo no ocultaba lo miserable que me sentía sin ella?

Regresé a mi departamento totalmente derrotado. Sin embargo, cuando me senté en el cómodo sillón, me sentí liberado al fin de la carga que llevé a cuestas todo el día; me quité el saco y los zapatos rápido. Estaba tan cansado que incluso pensé en si valía la pena estirarme por el control remoto o no.

Cerré los ojos con la esperanza de una corta siesta.

Un rato después, el timbre sonó, espantándome exageradamente. Primero miré hacia el pasillo, preguntándome quién podría ser, luego miré el reloj, y eran tan solo las ocho y media de la noche. Mi siesta fue de tres cuartos de hora.

El timbre volvió a sonar, quizás era Karla que aún no se resignaba a que la haya cortado. Me levanté para bajar a abrir. Para ser honesto, me sentía recuperado y de mejor ánimo, tanto para una cogida de descarga con Karla. Si ella seguía rogándome, y la vida no hacía nada para quitármela ya de encima, quizás era porque tal vez era mi destino.

Ya no quería luchar más.

Apenas abrí la puerta de la calle, mi corazón se saltó varios latidos por la sorpresa de ver a Addison; la recorrí de pies a cabeza, aun traía el sensual vestido color gris que usó para la boda. La vi tan hermosa, y claramente seguía arrancándome el respiro. Pero ya no era mía.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté confundido. ¿No se suponía que debería estar en su casa cogiéndose a Robert después de un incentivo sexual como lo es una boda?

Addison no me respondió y se abalanzó a mí para besarme, tal y como yo lo hice la noche anterior. Y también la rechacé como ella lo hizo conmigo.

—¿Por qué me rechazas? —me preguntó realmente confundida; e incluso noté un dejo de enojo—. Solo quiero...

Solté un bufido irónico mientras regresaba al departamento. Addison me siguió por las escaleras hasta que cerró la puerta detrás de sí.

Ya en privacidad, la miré en silencio. Para ser honesto, no pude contenerme a su atracción y me apresuré a ella para besarla. Me valió gorro que estuviera con Robert. Si a ella no le importaba, ¿por qué debería importarme? Era obvio que estaba aquí para que me la cogiera sin compromiso.

Mi desespero por hacerla mía era tan fuerte que estuve a punto de rasgarle el vestido antes de llevarla a la cama. Mi plan era cogérmela cómo yo quisiera, cuántas veces quisiera y hasta que yo quisiera. Pero ya una vez bajo al mando de sus besos y caricias, terminé haciéndole el amor. Entregando mí ser para que ella decidiera de una vez por todas quedarse conmigo.

La necesitaba en ese segundo, y en el que seguía... hasta la eternidad.

Estaba completamente enamorado de Addison Carter. Y no sabía cómo regresarla a mí.

No hablamos, aun cuando hicimos el amor dos veces, solo se acurrucó en mis brazos cuando creyó que ya estábamos satisfechos y cayó dormida.

Creo que los dos teníamos miedo de que el pasado saliera en palabras que aún eran imperdonables. Pero tenerla conmigo, hablándole en silencio con mi abrazo, perfeccionó la noche.

ADDISON

Lo primero que vi cuando desperté fue a un borroso Andrew durmiendo boca abajo, con su rostro dando hacia mí. Me tallé los ojos y me acerqué a él lo más que pude sin despertarlo; quise hacer un camino en su espalda con mi caricia. Que mis tibios labios incendiaran su piel lentamente hasta llegar a su boca en donde me perdería de nuevo dentro de su alma, como lo hice en el pasado y en estas dos últimas noches.

Estaba a punto de iniciar mi plan cuando su celular vibró desde el buró que tenía a un lado mío; lo tomé para averiguar quién osaba molestarlo en este momento que solo lo quería para mí.

Se me retorció el estómago de celos y coraje al ver “Karla llamando” con una foto de ella enviándole un beso. Miré a Andrew en lo que el celular seguía vibrando tan calladamente que él ni siquiera se inmutó.

Andrew no había cambiado. Si lo hubiera hecho, esa entrada no tendría una foto tan comprometedora.

Me levanté de la cama con cuidado.

—Adiós para siempre, amor —le susurré en el oído antes de besar su sien. Andrew no se movió.

Tomé mi ropa que estaba casi a la entrada del cuarto y me vestí en el pasillo.

Una de las razones por las que lo busqué anoche, con la esperanza de reiniciar lo que detuve hace dos años, fue porque Robert me aseguró que

Andrew y Karla habían terminado, de acuerdo a lo que le chismeó Sybil. Que luego fue confirmado por Jennifer; ella estuvo presente en el momento en que cortaron, aún estaba coordinando la boda. Y les creí porque todo el día lo vi decaído y muy desilusionado de todo. No sentía siquiera un poco de felicidad por la boda de su amigo.

Pero con esa llamada me quedó confirmado que solo tuvieron una discusión que podría ser arreglada con un simple “perdóname”. Uno que ninguno de los dos hemos siquiera balbuceado.

Yo solo fui sexo de rebote, y ahora me daba cuenta de que siempre lo fui. Ahora sí todo había terminado entre los dos.

Tomé mi bolso de la sala y salí del departamento para regresar a casa. No estaba triste porque sabía desde el viernes que mi reencuentro con Andrew solo había sido sexual, nada más. Solo que la esperanza siempre es más tenaz que la verdad. Si sus intenciones hubieran sido serias, me hubiera buscado desde que coincidimos en el Starbucks, cuando vi a Sybil.

No podía quejarme. Durante dos noches tuve el mejor sexo de mi vida, y sentí un poco de su amor. Solo lamentaba que no volvería a tenerlo.

UN POCO DE TIEMPO

ANDREW

Desperté completamente cuando mi mano buscó a Addison a tientas para jalarla hacia mí y darle los buenos días con un beso que le prometía un futuro juntos.

No estaba.

Me alcé un poco para revisar el cuarto, de paso atisbé el oído para deducir qué estaba haciendo, pero solo había silencio.

—¿Addison?! —la llamé en un grito que pudiera escuchar hasta en la cocina.

Nada.

Me restregué la cara para despertarme bien, también bostecé un par de veces y me estiré. Estaba cansado. Muy cansado. Pero era normal, me desvelé dos noches seguidas teniendo sexo maratónico, además pasé todo un día con un humor de los mil demonios.

Me puse de pie en un brinco para buscar mis bóxer. No vi su ropa en el suelo, lo que quería decir que había escapado como ladrón a media noche sin que me diera cuenta.

Busqué una nota, pero entonces mi celular vibró.

—¿Qué pasó, papá? —le saludé sin dejar de buscar.

—Hijo, ¿estás ocupado hoy?

—No. Bueno, quería pasar el día acostado... —*haciendo el amor a Addison*, pensé— y viendo la tele. Tuve dos días muy pesados... ¿Por qué?

—Me gustaría que vinieras a la casa. Necesito hablar contigo.

—¿No puedes esperar hasta mañana, es domingo?

—No. Ven, tu madre quiere verte también y... comeremos en el jardín, como tanto te gusta.

Resoplé cansado. No encontrar una nota de Addison me desanimó bastante.

—Está bien. Déjame desayunar algo...

—Hijo, es mediodía.

—¡Okay! Como algo ligero, me baño y voy para allá. Ayer tuve una boda, si no recuerdas.

—Bien, aquí te esperamos.

Colgué. Estaba confundido aun por Addison, ¿por qué había huido? ¿No le quedó claro que la amaba?

Miré el celular y vi la notificación de llamada perdida. Tal vez me había llamado después de que se marchó para explicarme por qué me dejó así.

Pero la llamada perdida no era de Addison, sino de Karla. Miré la hora en que llamó y todo tuvo sentido. Addison había huido porque seguramente la despertó la vibración del celular y vio que Karla me estaba buscando, con esa foto que no tengo ni idea de por qué la dejé.

—Pero eso es algo que puedo solucionar rápido —dije para mí y borré todas las fotos que Karla me había pasado con la estúpida idea de que tuviera una imagen de ella cuando la extrañara. Situación que nunca pasó. ¿Cómo hacerlo si tenía a Addison tatuada en mi vida?

Me dejé caer hacia atrás cuando terminé de limpiar mi celular de la usurpación de Karla.

Quería hablar con Addison. Primero decirle que le he amado desde que Brad me habló de ella; este es el punto más importante. Segundo, explicarle la verdad que siempre nos ha rodeado a Karla y a mí; ya era hora de hacerlo. Luego averiguar qué iba a pasar con nosotros ahora, qué quería de mí y lo que yo quería de ella... Que es todo.

Lamenté no haber pedido a Addison su nuevo número. Tendría que buscarla después de ir con mis padres. Era seguro que terminaría en mis brazos y no quería cortarla por el otro compromiso que tenía.

Toqué el timbre de mi casa con desesperación, mi contraseña habitual desde que era niño.

Me abrió mi papá.

—Hola, hijo. ¡Pasa, pasa!

—¿Y mi mamá? —pregunté. Me quité las gafas en cuanto entré y guardé las llaves del auto en mis jeans.

—Preparando todo con Martha.

Martha era nuestra ama de llaves desde que yo era adolescente, ya era casi parte de la familia. Salió una joven de no sé dónde para tomar mi sweater.

—Muy bien, ¿de qué querías hablar conmigo? —le pregunté de camino a la sala. Quería sentarme, aún estaba agotado.

Bostecé un par de veces en lo que esperaba a que él se sentara.

—El problema de New York no se solucionó... Tienes que ir —suspiró—. Iba ir yo, pero el doctor me prohibió volar...

—¿Estás bien? —le interrumpí apresurado. Me asustó su revelación.

—Sí, sí. Tengo un poco alta la presión —respondió sin importarle que mi corazón aún seguía latiendo como loco; muy preocupado por su salud—, ya estoy tomando medicamento pero no puedo viajar hasta que la medicina me equilibre.

“Necesito que vayas a solucionar el problema.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible... Mañana estaría bien.

—¿Mañana?... ¿Pero...?

—Hijo, el problema puede extenderse hasta aquí si no actuamos rápido. Además, te servirá para conocer más el negocio... Después de todo será tuyo un día.

—Te recuerdo que ya tengo un par de años...

—Sí, sí, lo sé. Has hecho un buen trabajo pero algún día no estaré yo y tendrás que hacerte cargo completamente —me interrumpió con su clásica advertencia que he escuchado desde que entré a la universidad.

Ya debería variar un poco para motivarme mejor. La responsabilidad obligada solo me hacía sentir encarcelado en un futuro ya planeado por mi bisabuelo. Y no lo rechazaba, pero tenía que tranquilizarse un poco con la presión. O yo sería quien pararía en el hospital por estrés.

—¿Quién se hará cargo de mi trabajo aquí? —pregunté

—Yo, hijo.

Suspiré profundo, no tenía más opción que ir. Un hombre responsable siempre debe tomar decisiones que no le benefician. Mis padres me necesitaban, no podía defraudarlos también.

—¡Está bien! Prepara mi viaje —acepté resignado. No había nada que hacer, ni excusa que dar... Bueno, tenía una muy buena pero no sería válida para mi papá.

El legado de la familia estaba primero.

Mi mamá entró en ese momento a la sala y me saludó con gusto. Nos avisó que la comida ya estaba lista y que saliéramos al jardín.

Durante toda la comida respondí el interrogatorio de mi madre acerca de Karla. Había salido a desayunar con la señora Cornish, madre de Karla, y, al parecer, ambas ya nos habían casado e incluso dado hijos en sus fantasías de unir a las familias. Mi madre era la mejor amiga de la señora Cornish desde

adolescentes, y por muchos años fueron cómplices en juergas; bueno, siguen siendo cómplices. El que sus dos hijos estuvieran juntos era un sueño compartido.

Dejé que mi mamá siguiera divagando en su fantasía que estaba compartiendo con mi papá. Afortunadamente, mi papá no veía a Karla con buenos ojos, nunca le gustó que anduviera detrás de mí como abeja en busca de una flor para polinizar.

Reí entre dientes cuando escuché su analogía.

—¿No será al revés, papá? Ella es la flor que se alza sobre todas para que una abeja llegue a polinizarla.

—¡Andrew! —me amonestó mi mamá por lo mal educada que fue mi versión, pero era la verdad. Karla era así fuera de la vista de los “adultos”.

¡Ay, mamá! Si supieras que ya he encontrado a una hermosa flor de enigmáticos ojos verdes que me encanta polinizar una y otra vez... por horas.

Me perdí en un flashazo de Addison durmiendo a mi lado plácidamente. ¡Era preciosa!

Suspiré sin querer.

—¡Ya ves, cariño! —exclamó mi madre—. Está pensando en Karla.

Reí sarcástico.

—No, mamá. Estaba pensando en mi cama, estoy muy cansado. Y, sí no les molesta, me gustaría ir a descansar porque ya saben cómo me pone el jetlag —les recordé poniéndome de pie.

—Sí, sí, no hay problema, hijo —concordó mi padre—. Voy mañana a la oficina para ponerte al corriente del problema.

—Bien —me acerqué a mi mamá, quien dio muestras de quedarse otro rato disfrutando el fresco—. Nos vemos, mamá —le di un beso en la frente.

—Adiós, hijo. Maneja con cuidado.

Mi papá me acompañó hasta la puerta. Hablamos unos minutos afuera acerca de lo que tenía que hacer en mi primer día en New York, y cómo nos sincronizaríamos para la toma de decisiones rápidas.

Tras quince minutos, me despedí de él y subí al auto. Me quedé pensando un momento en que debía hacer ahora con Addison.

Mi padre me había dado una obligación que me iba a tener fuera del país hasta que solucionara el problema. ¿Sería justo emocionar a Addison ahora para después decirle que me marchaba por un tiempo indefinido a América?

Arranqué el auto y decidí seguir analizando la situación desde la

comodidad de mi sala. Estaba muy cansado.

NEW YORK
TRES DÍAS DESPUÉS

Arribé a Manhattan. El departamento de la compañía de mi padre era algo espectacular. Estaba a solo una calle de Central Park, en el doceavo piso de un edificio, el cual su elegante antigüedad no me dio mucha confianza; sin embargo, su localización era perfecta para salir a caminar, porque después de cómo dejé Londres, iba a pasar muchas horas pensando. Además, ¿en qué podía gastar mi tiempo libre aquí? No conocía la ciudad, y no estaba interesado en hacerlo. Para mí New York era como un campo de concentración que me alejó de mis seres queridos, en donde estaba forzado a vivir, sin escapatoria.

Tuve dos días para buscar a Addison antes de venir, y no lo hice porque preferí dejarla con la idea de que lo que tuvimos fue aquello que ella quería de mí: sexo. A pesar de que yo quería más, no podía imponerle una relación a larga distancia; sobre todo cuando no sabía cuánto tiempo iba a pasar en este lado del mundo. He visto en mis amigos que la distancia no es la mejor amiga de las relaciones.

Ya cuando terminara todo esto, la buscaría y le rogaría de rodillas que me dejara explicarle por qué me fui de su vida sin decir nada. Por suerte tenía a Brad y Sybil de testigos. No era el mejor plan, estaba consciente de eso, pero era el adecuado para enfocarme en solucionar las cosas aquí rápido.

Espero no haber tomado una mala decisión.

Mi regreso dependía en un cien por ciento de mi habilidad para arreglar los problemas laborales. Razón por la que creo mi padre en realidad me envió.

Me gustó mucho que el departamento fuera de bajo mantenimiento, así quien lo limpiara no pasaría tanto tiempo aquí estorbándome.

Hasta que llegué al cuarto.

Fue entonces que me quedé pasmado: un gran ventanal rompía con la privacidad se suponía debía tener mi lugar de descanso. Eso sí, tenía una vista magnífica y me pareció incitante tener sexo en la cama en el atardecer o amanecer, con la idea de que alguien podría estar viendo.

¡Carajo! ¡Addison debería estar aquí para disfrutar su cuerpo desnudo siendo enmarcado por el atardecer! Y al estar más solo que un perro

callejero, lo más seguro es que pasaré el día sentado solo viendo las nubes.
Me acosté para reponerme del jetlag.

SEMANAS DESPUÉS

No me gustó para nada la vida en esa enorme ciudad, llena de bullicio y smog; con gente caminando apresuradamente mientras que el sol trataba de abrirse paso por esos altos edificios. En Londres había sol en días contados, en New York había sol pero raramente llegaba a tocar el suelo.

El problema por el que vine a fuerzas tardaría algo de tiempo en solucionarse. Las diferencias de horario estaban haciendo todo más tardado de lo que debería de ser en esta época de comunicaciones rápidas.

Las soluciones que yo sugería y las decisiones que mi papá tomaba, tardaban a veces hasta 24 horas en implementarse.

Casi desde el primer día me hice amigo de uno de los gerentes. Su nombre era Riley Atkinson y también era inglés.

Riley tenía tiempo trabajando en la compañía de mi padre, pero poco de mudarse a New York. Tenía novia en Londres pero estaba pensando en dejarla por una amiga de su novia. Creo que su novia amaba a otro tipo, o no sé. Su relación era algo complicada de entender. Ni traté de hacerlo porque apenas tenía suficiente con la mía. Todos los días, sin excusa alguna, despertaba y me iba a la cama con Addison en la cabeza. Ya hasta le daba los buenos días al despertar y las buenas noches al acostarme.

Salíamos mucho a un pub cercano a su departamento después del trabajo, era lo más inglés que pudimos encontrar en esta horrible ciudad. Era visitado por compatriotas, pero también por un sinfín de americanas que iban con la única finalidad de ligarse a un hombre con acento shakesperiano.

Siempre que poníamos un pie en ese pub, de inmediato ligábamos a alguien. Solo nos divertíamos en el lugar, y a la hora de irnos, las cortábamos lo más shakesperianamente posible. Ninguno de los dos tenía la intención de quedar amarrado a una de ellas solo por una noche de calentura.

—¿Ya te has animado a hablar con Addison? —me preguntó Riley tras sentarnos frente a dos pintas, había sido un día un poco estresante.

—No puedo. No tengo su número.

—Pero sus amigos lo tienen, ¿no?

—Sí, eso creo... No sé si hacerlo o no.

—¿Por qué?

—Porque de seguro tendremos un jodido drama que quizás la lleve a

mandarme al carajo definitivamente porque no creerá que estoy aquí por trabajo... y tampoco que he sido célibe desde que estuve con ella.

—Mmm, te entiendo en lo último. La distancia hace a las mujeres recelosas de nuestra fidelidad... Anne con trabajos me creé... ¡Y no vive lejos de aquí!

—Bueno, no te creé porque ella es la otra. Tiene miedo de que Andrea llegue de un momento a otro de visita. Anne sabe que pueden jugarle igual. ¿O acaso crees que Anne se encontró aquí contigo por casualidad? —Riley respiró profundo en lo que miraba su cerveza en silencio—. No, amigo, vino a buscarte intencionalmente.

—Mmm, no me hagas pensar en eso —pidió—. Estamos hablando de ti... Aun creo que no hiciste bien en dejar a Addison así. Ve lo que me pasa con Andrea; por no decirle la verdad, ahora me siento una mierda cada vez que estoy con Anne.

Sonreí a medias irónico. No quería hablar de su situación pero no dejaba de compararse con lo mío.

—Tu problema de faldas no es el mismo que el mío —aclaré.

—La situación no importa. Ocultar la verdad siempre es malo.

—¿Por qué no pides a Andrea mudarse aquí contigo?

—Porque no me ama. Ama al tal Graham, quien quiera que sea. No sé de dónde carajos salió, jamás lo ha mencionado... Se lo guardó muy bien —comentó Riley cruzándose de brazos.

—Te regresaré el consejo, amigo: habla con Andrea y de una vez por todas confíesale tu relación con Anne. Presiento que sí te quiere y la vas a lastimar más con tu silencio. Realmente no conoces su historia con ese imbécil, Anne bien puede estar manipulándote.

—No lo creo —se quedó pensativo por un rato.

—¿Qué amiga se acuesta con el novio de su mejor amiga? —le cuestioné.

—Ella no tiene toda la culpa. Yo también lo quería.

—Entonces no amas a Andrea. Y sí es así, mejor dejala ir.

Se quedó otra vez pensativo.

—¡Carajo! Quizás tienes razón.

—Lamentablemente la tengo. Soy muy imbécil para seguir mis consejos, pero funcionan muy bien cuando es con terceros.

Riley rió entre dientes.

—En cuanto a Addison... La verdad tengo un jodido temor a que solo haya estado conmigo para cerrar lo nuestro. Ya sabes, su última jodida tentación

para seguir con su vida. De seguro por eso he pospuesto hablar con ella desde un principio. Aún queda la esperanza de estar con ella.

Riley rió irónico.

—¿Te has dado cuenta que estar lejos de casa nos ha hecho...?

—¿Imbéciles? Creo que siempre lo hemos sido —aclaré antes de beber mi cerveza.

—No, cabrones..., muy miedosos de las mujeres de nuestras vidas.

—No creo que sea el estar aquí. Ya lo éramos desde Londres, si no, no tendríamos esta conversación acerca de nuestras jodidas inseguridades.

—Tienes razón —concluyó Riley antes de un profundo suspiro. Continuó —. Seguiré tu consejo.

—Mucha suerte.

Así fue mi vida en esa ciudad. Tan rutinaria que me urgía regresar a mis amigos y a mis fiestas... A Addison.

TRES MESES DESPUÉS

Entré al frío y solitario departamento con el cansancio auestas. Boté todo en la sala y fui a prepararme una bebida para relajarme un poco antes de tomar una ducha. Me paré en la ventana para admirar lo único hermoso que he visto en este jodido país: los atardeceres y los amaneceres.

Y como en todos esos minutos de paz, Addison llegó a mi cabeza. En lugar de olvidarla con la distancia, la extrañaba aún más. Y siempre me preguntaba si estaría pensando en mí también.

Riley seguía insistiendo en que le llamara, pero yo cada vez más rehuía a hacerlo desde aquí y me hundía en la decepción porque al parecer mi estadía se iba a prolongar más.

Saqué mi celular para mirar una de las pocas fotos que tenía de ella, aun con esa ingenuidad que me conquistó. A diferencia de ahora, que se veía tan segura de sí misma e imposiblemente hermosa. Aun así tenía mi corazón, y me sentía orgulloso de la mujer exitosa en la que se ha convertido.

Recordé lo que era perderme en su boca tan cálida y en sus delicadas manos que me excitaban al primer roce. Siempre supieron estremecerme. Entonces, tocaron a la puerta; di un último sorbo antes de ir a abrir. De paso, dejé el vaso en la mesa de bebidas.

A penas abrí la puerta, Karla apareció con su enorme sonrisa. Fue una sorpresa verla, bueno, no tanto porque mi mamá me había hablado en la mañana para avisarme de la visita; solo que no creí que fuera cierta. Ella aún

tenía la esperanza de que termináramos casados y con hijos.

Podría jurar que esta súbita visita fue planeada por esas tres mujeres, que no captaban que tal vez no tendré control de mi futuro laboral, pero sí de mi corazón. Yo iba a estar con quien amaba, no con quien ellas quisieran.

Me molestó cuando me dio la noticia, e iba a despachar a Karla en un hotel y hacerme el ocupado todo el tiempo, hasta que se cansara y regresara decepcionada de mí a Londres. Pero en este momento me alegró ver a alguien cercano.

La nostalgia puede ser una perra desgraciada a veces. Como era de esperarse, ella malinterpretó mi sonrisa y se abalanzó sobre mí para besarme.

Y la abstinencia y deseo también son igual de cabronas: te ciegan y obligan a cometer locuras.

Sin pensarlo, la llevé a la cama para cogérmela en la pecera, como le llamaba. Fue una cogida completamente egoísta, no la besé ni acaricié ni admiré como si fuera mi hermosa Addison, siempre floreciendo pegada a mí. Solo fuimos yo y mi excitación.

Fue un poco difícil mantenerla a raya pero logré que la cercanía fuera “lejanía”, y para evitar sus caricias, sujeté sus manos sobre su cabeza. Ni un solo momento me permití sentir algo por ella.

Como era de esperarse, me arrepentí después de haberlo hecho. Fue solo sexo de una noche pero aun así sentí que estaba traicionando a Addison.

Y... ¡carajo, lo hice! No importa cuánto me excuse, ¡la engañé! ¿Ahora cómo carajos iba a darle la cara de hombre fiel?

—¿A dónde vas? —me preguntó Karla cuando salí de la cama tras darme cuenta del error cometido.

—Duerme —le ordené sin mirarle mientras me ponía los bóxer rápido.

Fui a la cocina por una botella de agua fría y luego a la sala para pararme en el ventanal que tenía como vista parte de Central Park. Su oscuridad me abrió los ojos aún más, no podía volver a ceder ante Karla, por mucho que estuviere muriéndome de nostalgia por Addison. Si en verdad la amaba, tenía que parar definitivamente ya esto, que a Karla le quedará claro de una vez por todas que yo amaba a otra mujer.

Di un trago largo al agua y regresé decidido al cuarto para terminar el asunto. Pero cuando entré, Karla estaba desnuda, en una posición que tenía toda la intención de excitarme.

¡Carajo!

KARLA

—Extrañaba estar contigo —confesé a Andrew cuando lo vi entrar con un paso decidido a hacerme el amor de nuevo.

Andrew se detuvo en seco.

—Lo siento, Karla. Esto no debió haber pasado —se excusó muy serio.

—¡Por favor, Andrew! Yo lo quería, tú lo querías... ¿Por qué te arrepientes? ¿Por qué te resistes a estar conmigo, cuando sabes que soy perfecta para ti?... ¡Y lo sabes! —le dije levantándome de la cama. Me enrosqué la sábana para tapar mi desnudez de posibles chismosos. ¿Cómo podía Andrew dormir con semejante ventanal?

Andrew suspiró retrocediendo un paso, su rechazo era muy claro.

—Será mejor que te lleve a un hotel. No te preocupes, yo pago tu cuenta. Pero... No, no puedes quedarte aquí —dijo tajante.

—¿Pero si acabo de llegar?... ¡Solo vine a verte a ti! ¡A estar contigo! A decirte que a pesar de todo aun te amo.

—Lo siento, Karla. ¡No me obligues a decirte...!

—¡No lo puedo creer! —espeté muy enojada. ¿Cómo podía hacerme esto? —. De seguro me dejas por esa maldita estúpida que te ha rechazado una y otra vez.

—¿De quién hablas? —me preguntó ingenuamente, como si en verdad no supiera de quién carajos estuviera hablando.

—¡De esa pobretona que conociste en el Starbucks! ¡La que es amiga de Sybil! —respondí arrancándome la sábana, mostrándole mi desnudez que bien sabía lo volvía loco.

Su rostro se frunció como si se prohibiera en hacer una locura. ¡Yo no era una locura, ni un cuerpo de consolación!

Avanzó hacia mí con la clara intención de callarme con una cogida rápida, pero lo detuve con la mano. ¿Quería tenerme sin compromisos? Pues era un idiota, porque ya no iba a tenerme así de fácil.

—¡No te voy a coger de nuevo, Karla!... ¡Jamás! —espetó sujetándose fuerte del brazo para que viera la entereza en su decisión—. ¡Solo quiero que entiendas de una jodida vez que amo a otra mujer! ¡No más sorpresas, metételo ya en la cabeza!... ¡Amo a Addison! —gritó al final con gestos que me dieron miedo.

Le arrojé mi odio a la cara y me solté agresivamente de su mano y, después de que me vestí con agresividad, fui al vestíbulo por mis maletas y las jalé

para salir de ese lugar en ese mismo instante. Regresaba a Londres en el primer vuelo que encontrara.

Su *amiguita de cogidas*, ya estaba harta. Y su “amorcito” se iba a enterar de lo que hicimos aquí. ¡Al fin Sybil serviría para algo!

HOGAR, DULCE HOGAR

ANDREW

UN MES DESPUÉS

Al fin quedó solucionado el problema y ya podía regresar a Londres, a mi vida y a mis amigos. Bueno, a los que me quedaban, porque después de como desprecié a Karla un mes atrás, lo más seguro era que solo me quedaría Brad y Gary. Orville sentía una secreta atracción por Karla, lo más seguro era que iba a aprovechar tal decepción para hacerse notar con ella. Ojalá que así haya sido, porque me la quitaría de encima de una vez por todas.

El aire me olió diferente tan pronto como salí del avión. Me sentí en casa de inmediato.

—¡Andrew! —escuché que me gritaron entre las personas que hacían bola para divisar mejor a sus visitantes.

Me alcé como loco para buscar a quién me vino a recibir.

—¡Brad! —grité, alzando la mano, para hacerle notar que ya lo había encontrado.

Mi amigo me abrazó fraternalmente; venía solo. Aun así me dio tanto gusto verlo, lo había extrañado tanto como a un familiar; siempre lo he considerado como el hermano que nunca tuve.

—¿Y tu mujer? —pregunté curioso.

—En casa. Te preparamos una bienvenida con los amigos.

Sonreí. Aunque tenía un dejo de decepción por no ver a Sybil ahí. Quería indagar en qué andaba metida su amiga en estos días. Si seguía soltera..., si me había mencionado..., si me extrañaba.

—¿Qué tal las americanas? —me preguntó Brad una vez que ya íbamos de camino hacia la ciudad.

—Algo... liberales —respondí entre gestos que le decían que no fueron de mi agrado—. Tú y Orville hubieran sido felices en New York. Una chica nueva cada noche.

Brad rió.

—¿Tanto así?

—Sí. Me hicieron sentir bien los primeros días... Ya sabes, alguien importante. Pero con el correr de las semanas solo quería relajarme de un día ajetreado y tomar mi cerveza en paz. Esa ciudad succiona tu vida como una jodida sanguijuela.

Brad bufó burlón.

—Nunca creí que te molestara la atención femenina —comentó.

—Sí, ni yo lo creo —concordé alargando—. ¿Te enteraste que Karla me hizo una visita sorpresa?

—Sí... ¿Te la cogiste?

—Sí, no pude evitarlo.

—¿No pudiste evitarlo? —cuestionó Brad entre risas—. ¿Acaso te drogó o qué?

Reí.

—No... Me agarró en un momento de nostalgia y no pude resistirme.

Brad gimió como si no entendiera por qué estaba reacio a divertirme con ella en la cama.

—¿Sigues pensando en Addison? —preguntó tras segundos de llegar él solo a la posibilidad.

—Sí, es la razón por la que ya mandé a Karla a la mierda —respondí con la verdad.

—¡Ya era hora! Muy bien hecho, amigo —dijo con una sonrisa creída.

—Sí, llevo a Addison debajo de la piel todo el tiempo —murmuré, pero creo que Brad no me entendió.

Guardamos silencio por el resto del camino. Estaba nervioso. No sé por qué tenía la sospecha de que Addison estaría en esa reunión que me esperaba en casa de mi amigo. Sería feliz al verla, pero de seguro me esperaba el drama que he estado evitando por meses.

—¿Va a ver alguna sorpresa? —consulté a mi amigo cuando bajamos del auto.

—¿A qué te refieres? ¿A Karla? —preguntó confundido.

—Sí..., y a *otra* sorpresa —enfaticé refiriéndome a Addison.

—¡Ah! —exclamó mi amigo, entendiendo al fin de quién me refería—. No. No hemos visto a la chica Starbucks desde la boda.

—¿En serio? —me extrañó saber eso. Me había ido con la idea de que Sybil y Addison habían renovado su amistad.

¿Acaso se habrá encabronado tanto por mi alejamiento que volvió a

desaparecer?

¡Carajo, volví a separarlas! ¿Por qué no dejo de meter la pata?

—Sí. No sé cuántas veces ha dejado plantada a Sybil cuando quedan en verse. Tanto que ella ya se rindió y ha dejado de buscarla.

—¿Sabe que me fui a New York?

—¿Cómo carajos va a saber si ni siquiera platicaba mucho con Sybil?

Gemí desilusionado.

—¡Esto es raro! —exclamé quedándome un minuto pensativo.

Deduje rápido que la razón por la que Addison se escondía era para que yo no supiera nada de ella, como lo hizo en el pasado. En ese momento, maldije no haberle enviado un email para avisarle que iba a estar fuera de Londres. ¿Por qué fui tan cobarde? ¡Carajo! El cabrón de Riley estuvo en lo cierto.

No había manera de evitar el enojo de Addison, eso era seguro, pero al menos hubiera sabido que estaba fuera de la ciudad por trabajo, hubiera puesto las bases de mi disculpa. ¿Por qué nunca lo vi así de fácil? ¿Por qué me metí en la cabeza que su ignorancia era lo mejor?

Cuando Brad me abrió la puerta e invitó a pasar a su departamento y no vimos a nadie, me decepcioné mucho. Pero me dijo que quizás todos estaban esperando en el pequeño jardín. Y así fue, fui recibido por sonrisas y muchos abrazos.

Fue una reunión agradable, me dio mucho gusto estar entre mi gente. En donde era alguien común y corriente, y no el *hijo rico de Shakespeare* que seguramente estaba disponible para coger. ¡Maldito acento!

Karla no asistió a la reunión, afortunadamente, pero tampoco Addison.

Las anécdotas de mis amigos me hicieron reír todo el tiempo, pero al final de esta siempre estaba un escaneo hacia la puerta con la esperanza de que Brad me haya mentado para darme una sorpresa. Y que Addison apareciera de un momento a otro con ese caminar tímido y sonrisa feliz por verme.

Entonces me sumergía un minuto en la decepción. ¿Qué tenía que hacer ahora que estaba de regreso en Londres? ¿Cómo podría acercarme a Addison sin que me estampara la jodida puerta en la nariz por abandonarla sin ninguna explicación?

Tal vez Sybil podría ayudarme a responder eso.

Ahora la estuve casando por un largo rato, la necesitaba de cómplice. No hay nada como la mejor amiga para llegar rápido a la susodicha.

Pero, ¡maldito Brad!, el cabrón no se le despegaba ni un segundo. Sin embargo, tras varios minutos mentando aun la madre a mi amigo, al fin Sybil

entró a la casa sola.

—Regreso en un segundo —avisé a Orville, quien platicaba a gusto con Christa. Fui con paso rápido antes de que Brad la acosara de nuevo.

—Hola —dije a Sybil para llamar su atención cuando estaba buscando más hielos. Brincó del susto que le di—. Disculpa, no quise asustarte.

—No hay problema. ¿Todo bien?

—Sí, sí, gracias por el recibimiento.

—No es nada.

Un jodido silencio incómodo.

¡Carajo, Andrew! ¡Hazlo de una jodida vez!

—Sybil —dije su nombre para darme valor. Otra jodida pausa nerviosa y proseguí—, ¿sabes algo de Addison?

Fui directo; ya no quería seguir andándome por las ramas. No con Sybil, quien bien sabía que su amiga me traía loco.

—No. Hemos quedado para vernos pero siempre me cancela a último minuto.

—¡Mmm!, necesito hablar con ella... ¿Podrías darme su teléfono? —le pedí con gestos temerosos de un *no*.

—¿No lo tienes?

—No, tengo el viejo. El que canceló cuando, bueno, supongo que tengo que decir que cuando me dejó por mi gran bocota.

—¿Vas a buscarla?

—Sí.

—¿Aunque siga con Robert?

—¿Disculpa? ¿Anda con Robert?... ¿Desde cuándo? —pregunté ansioso. Mis celos estaban confundidos por el momento.

—Supongo que anda con él... Eso aparentaba en la boda, ¿lo recuerdas?

—Sí —respondí, bajando la mirada.

Recordé que también sospeché que andaban, pero no creía capaz a Addison de acostarse con dos al mismo tiempo. No era Karla.

Además, Addison sabía muy bien que odiaba los dramas de tríos.

—Pero son mis suposiciones. Ya sabes que la amistad que tienen esos dos es muy rara. Y pueden haber ya aceptado que su “amistad” en realidad era amor.

—Sí... Entonces, ¿me das su número? —le volví a pedir ignorando por completo su comentario innecesario. Mi corazón me decía que no era así.

—¡Claro! —sacó su celular y me dictó el teléfono.

Me sentí esperanzado cuando al fin vi los números en mi celular. Aun no sabía qué hacer: escribirle o hablarle, pero ya solo era cuestión de preparar mi explicación, tomar valor y que la suerte decidiera.

—¿Qué vas a decirle? —me preguntó Sybil cuando seguía embobado con el número de Addison. Toda una conversación se creó en mi cabeza, siempre terminando con un final sexual en su cama.

—No lo sé. Me fui a New York sin avisarle.

—¿¡Qué?! ¡Por dios, Andrew! ¡Con razón no me quiere ver! La alejaste de nuevo y yo estoy pagando los malditos platos rotos... ¡de nuevo! —me espetó. Me espantó escucharla tan decepcionada de mí.

Tuve un mejor concepto de Sybil a partir de mi rompimiento con Addison. En ese entonces, cuando llegué a encontrármela en la cocina, gentilmente respondió mi interrogatorio casual acerca de su amiga. Nunca me recriminó nada. Con el tiempo, ya siendo novia de Brad, llegué a considerarla mi amiga. Y desde entonces ha sido como tener algo real de Addison en mi vida.

—Tuve que hacerlo, Sybil. Nunca me iba a creer lo de New York.

—¿Y te va a creer ahora?

—No, indudablemente. Pero al menos ya estoy libre para rogarle todos los días que me crea. Y si no lo hace, la llevo con mi papá y le muestro todas las pruebas que certifican que estuve allá.

—¡Ay, Andrew! Suerte con ella, la vas a necesitar mucho. Yo soy... bueno, fui su mejor amiga y mira la facilidad con que me dejó atrás por ti.

—Lo lamento, Sybil. En verdad lamento que hayas sido arrastrada en esto —me excusé antes de suspirar profundo.

Sybil hizo un gesto condescendiente.

—¿La amas? —preguntó.

—Bueno, ya llegué a un punto en donde pienso en ella las 24 horas, siete días a la semana... ¿Es eso amor?

—En las mujeres lo es. En los hombres supongo que es más por sexo.

Reí entre dientes.

—Dentro de ese tiempo va incluido el sexo... Pero principalmente la extraño *no sexualmente*, ¿me entiendes?

—Ya olvida esas jodidas indecisiones y búscala —escuché detrás de mí. Era Brad—. No sé por qué sigues esperando a que llegue otro cabrón *más* cabrón a quitártela.

—Sí, hazlo —concordó Sybil.

—Mmm, ¿alguna recomendación para llegar a ella más fácil?

—¡Joder, Andrew! —espetó Brad poniendo los ojos en blanco cansado de mi indecisión—. ¡Solo preséntate en su puta puerta y toca! Si está a punto de cerrarte la puerta en la nariz, entonces híncale y suplícale que te escuche. Arrástrate por una vez en tu vida por la mujer que amas.

—No exageres, Brad —dijo Sybil con una sonrisa sarcástica.

—Cariño, es la única manera de que ella hable con él después de largarse sin decir nada.

—Pero Addison no es del tipo que le guste ver a los hombres humillándose por ella... Mucho menos el hombre que ama.

Abrí los ojos sorprendido.

—¿Me ama? —cuestioné a Sybil emocionado, quien rió irónica.

—Ha estado soltera por dos años... Bueno, tuvo sus romances pero aun así terminó mandándolos al demonio porque no eran como *su niño rico de Chelsea* —respondió con burla al final.

—¿Te dijo eso? —preguntó Brad.

—¡Dios mío! Los hombres sí que son ciegos para leer las pequeñas señales que siempre les damos —farfulló Sybil.

—¿Te lo dijo o no? —volvió a cuestionar Brad.

—No fue necesario. No quiere hablar de Andrew.

—¿Es eso bueno? —preguntó Brad.

—Sí... “Quedaste en el pasado” —respondió dirigiéndose a mí—. Te dije eso para destapar de una vez todos tus sentimientos por ella. Pasaste la prueba y ahora puedo decirte que las mujeres decimos eso cuando aún nos duele amar al ex. Preocupate cuando sea verdaderamente indiferente a ti.

—¡Vaya, las mujeres son complicadas! —comenté.

—Y espera a casarte —comentó Brad—. Aún sigo conociendo a Sybil.

—Nunca terminarás de conocerme, cariño. Porque siempre te daré sorpresas —refutó Sybil.

—Bueno, pues entonces llegaremos al aniversario de oro... ¿O qué hay más allá?

—No lo sé pero ¡eso espero! —respondió Sybil yendo hacia Brad para besarlo.

—¡Ejem! —les llamé para recordarles que me estaban aconsejando. Concluí—. Entonces, solo me presento a su puerta y suplico. Mi plan original.

No me respondieron, e hicieron su beso tan sexual que terminé pidiéndoles que no se cogieran aquí porque alguien más podría entrar de sorpresa.

—Solo hazlo —dijo Brad, interrumpiendo apenas el beso, después me

corrió con la mano para seguir disfrutando la boca de su esposa.

He de ser honesto que cuando regresé con los demás, me sentí más optimista. Addison aún podría seguir amándome.

Y si aún lo hacía, existía un perdón para mí.

LA DELGADA LÍNEA

ANDREW

UN PAR DE DÍAS DESPUÉS

Estaba llegando al pánico cuando entré a la calle de Addison. No sabía si aún vivía en esa casa; la última vez dejó el trabajo para esconderse de mí, esta vez bien pudo mudarse. Además, no sabía si aún vivía con esa jodida tentación de compañero de casa. Solo rogué que el desprecio no la haya arrojado a los brazos de él, como lo hizo la mierda de la nostalgia conmigo en New York.

Pero ya no podía seguir ignorando esta ansiedad de verla una vez más. Hace cinco meses ella me marcó tan profundo que ya no tengo ojos para otra mujer. Solo es Addison en la mañana, tarde y noche... Sueños eróticos con ella y fantasías de una vida magnífica a su lado.

Después de arribar en Londres, por dos días más seguí siendo aquel cobarde que pasaba las horas echado en el sofá con la televisión prendida, que contemplaba los números del control, esperando que un dejo de valor me llevara a marcarle. Aun cuando su mejor amiga me dio esperanza.

Esa mañana, al ver el lugar solo en mi cama, donde solía dormir Addison, decidí ser un hombre y afrontar el problema cara a cara.

Toqué su puerta y retrocedí un paso nervioso.

Nadie abrió. Entonces, volví a tocar, ahora con más fuerza.

Nada de nuevo. Suspiré desanimado porque, al parecer, no había nadie en casa. Regresé al auto a pensar qué debía hacer.

No quería irme porque no volvería, eso era seguro. Perdería el valor que aun traía muy enérgico. Así que decidí esperar a que alguien llegara para que pudiera darme información acerca de ella.

Prendí el celular para tontear con la música. Al final escogí *Ballad of the mighty I* de Noel Gallagher's High Flying Birds para calmar mi desespero. Su música siempre me ha llevado a la relajación.

Casi al final de la canción, vi un auto que se estacionó enfrente de la casa. Apagué la música y presté atención a los pasajeros. Rápido reconocí a Robert, que bajó apresurado para abrir la puerta a su acompañante. Bajé del auto para

hablar con él.

Me acerqué cauteloso.

—Te he dicho miles de veces que no me quites el gesto caballeroso... Además, ¿en serio creías que podrías salir del auto sin ayuda? —comentó Robert algo burlón.

Su compañera bajó, no la reconocí en un principio. Me acerqué más y abrí la boca para atraer la atención de Robert cuando su acompañante volteó a verme. Era Addison, y volver a verla me dejó igual de asombrado que a ella. Pero también jamás me había sentido tan feliz como en ese minuto de silencio.

—Addison —salió de mis labios en lugar de Robert.

Addison bajó la mirada como si quisiera esconderse pero, irónicamente, la volvió a subir cuando llegué a ella.

—¿Qué haces aquí? —me cuestionó con un tono extraño, entre miedo y enojo.

—Necesitamos hablar —le respondí apresurado. Presentía que Robert me callaría de un momento a otro, que me correría entre mentadas de madre por tratar de recuperar a *mi bella*.

—No hay nada de qué hablar —dijo ella, dándose la vuelta para entrar a su casa—. Ya no me interesa. ¡Es demasiado tarde!

Lo dijo con tal frialdad que literalmente sentí mi corazón rompiéndose. Pero juré que iba a rogarle de rodillas que me escuchara, si era necesario.

—Por favor, solo dame un minuto... —le supliqué en lo que la detenía. Mi mano se posó en su estómago inconscientemente, y me asustó lo que sentí.

Bajé la mirada rápido y retrocedí un paso ante lo que vi. ¡Addison estaba embarazada!

—Es mejor que entres —le ordenó Robert. Sus palabras me hicieron despegar la mirada de ese... vientre abultado.

Addison me miró por unos segundos, meditando en silencio. Mis ojos no dejaban de viajar entre la suya y ese vientre.

—No, tiene razón. Tenemos que hablar —respondió, mirando a Robert. Le regaló una sonrisa que calmó su inquietud.

No me gustó que le regalara ese gesto. La verdad no afirmada me descompuso por completo, y quise golpearlo cuando dilucidé rápido que estaban juntos y él la había embarazado.

¡El imbécil había embarazado a mi Addison! ¡Hijo de su puta madre!

—Por favor, no la alteres —me advirtió Robert.

Hice finta de querer madrearlo, pero retrocedió diciéndome con gestos de

manos que me tranquilizara.

Addison me tomó del brazo para detenerme y pidió a Robert dejarnos solos. Quise huir de ese jodido lugar para calmar el coraje de tal engaño. Estaba a punto de gritar mierda y media a Addison, pero al ver sus hermosos ojos tristes, la silenciosa recriminación llegó para matarme segundo a segundo. ¿Por qué le iba a reclamar por seguir su vida cuando yo la engañé?

Robert dio unos cuantos pasos y después se volvió a nosotros.

—Addison, si vas a hablar con él, es mejor que lo hagan adentro. Es más privado —sugirió con tono protector hacia la madre de su hijo.

¡Hijo de su puta madre! ¡Sí es el padre!

Addison asintió y me cabeceó que hiciéramos caso al ofrecimiento de su... “amigo.”

La seguí con la mirada recorriendo todo su cuerpo. Por detrás no parecía embarazada, de hecho, ni por delante. La ropa que usaba era tan normal y lo ocultaba bien.

Cuando entré a la casa, Robert había desaparecido ya. Al menos fue sensato al dejarme aclarar esto con ella. Quizás creyó necesario que Addison terminara ese pasado para continuar sin problemas lo que tenía ya con él.

¡Joder! No supe que sentir.

Addison dejó su bolso en el sillón y me invitó a sentarme. Pero no podía hacerlo, aún estaba demasiado confundido e iracundo que si apenas podía mantener la cordura.

—Estás embarazada —murmuré sin pensarlo. Fue como si quisiera cerciorarme de que lo estaba, y solo podría creerlo diciéndolo en voz alta.

—Sí —susurró ella, avergonzada, quizás por haberse acostado con el imbécil que siempre me aseguró era solo un buen amigo.

¡Qué ingenuo fui... y muy imbécil por no haber marcado antes de irme lo que siempre ha sido mío!

—¿Es de Robert? —pregunté al grano. Necesitaba una respuesta urgente.

—No.

—¿De quién es? —acentué más mi enojo.

Addison tragó saliva y desvió la mirada. No encontraba el valor dentro de sí para responderme, pero al final esa mirada desviada fue la que me dio una pista.

—¿Es mío?

—Sí —respondió ella alto y seguro, mirándome directo a los ojos al fin. Vi la verdad en ellos.

Entonces, retrocedí para buscar dónde sentarme, para dejar que la sorpresa hiciera de las suyas a placer. Llevé la mano a la frente. Quería negar la verdad, pero mi mente ágilmente me proyectó las dos últimas veces que estuve con ella. Estábamos tan hambrientos uno del otro que sencillamente nos olvidamos de la primera regla de tener sexo: condón.

Hace cinco meses que la viste, pensé en lo que miraba su vientre. Sí, parecía de cinco meses.

Addison se sentó frente a mí. Poniendo una distancia razonable que la protegía de mis reacciones.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me buscaste? —pregunté sin ocultar mi tono lleno de reclamo.

—Por eso mismo... Porque no me buscaste después de esa noche. Porque te volviste a olvidar de mí. Porque acepté que contigo no podía tener nada más que sexo casual.

—¡Estoy aquí!... ¡Vine a buscarte...!

—¡Sí! ¡Cinco meses después! —contradijo ella enojada.

—¡Tuve que ir a New York por trabajo! ¡No estuve de vacaciones todo este tiempo, Addison! —espeté desesperado. Suspiré cuando escondió la mirada—. Aun así debiste buscarme en cuanto te enterase que estabas embarazada de mí —dije con voz tranquila. No quise alterarla porque no sabía cuán peligroso podría ser para su estado. Además, si no perdía la razón, podríamos aclarar todo esto.

—Tenía miedo de tu reacción —murmuró con gestos tristes. Y se vio tan indefensa que mi primera reacción fue irme a sentar a su lado y tomar su mano. A pesar de todo, no podía ver triste a la mujer que amo.

—Dame un poco de crédito, Addison. No tengo 18 años para salir corriendo.

Addison dudó en levantar la mirada, pero sentí en su mano que se estremeció cuando nos encontramos fácilmente. La abracé. Fue un movimiento tan natural que ella no rechazó; al contrario, disfrutó tanto. Como si por fin encontrara en mis brazos el bienestar que le ha faltado por meses.

Besé su cabeza para acentuarle más ese sentimiento.

Robert bajó, interrumpiendo nuestro momento que aún no terminaba de entender. Se asomó dubitativo, pero al ver que estábamos tranquilos, fue a la cocina.

Me puse de pie, aún había cosas que aclarar y no podía hacerlo con Robert checándome casualmente a cada rato. ¡Que se le metiera de una vez por todas

en su jodida cabeza que había regresado de nuevo a la vida de Addison!

—Vamos a tu cuarto —sugerí a Addison, extendiéndole la mano, la cual tomó sin dudar.

Ya en su cuarto se sentó en la cama y se quitó las zapatillas sin dejar de exhalar aliviada. Cerré la puerta y caminé un poco por el cuarto, aun pensando en toda la situación.

—¿Sybil sabe que estás embarazada? —cuestioné. Fue una pregunta que nació en mi búsqueda de traidores que no me dijeron de esto desde antes.

—No. No la he visto desde que me enteré, por obvias razones.

Embarazada. ¿Cómo una sencilla palabra podía darme tanto miedo? Sentía como si alguien me estuviera arrancando una vida con ella, cuando era lo contrario. Ahora estábamos más unidos de lo que llegué a imaginar alguna vez. Nadie podía separarnos ya... Corrección, el bebé ya lo estaba haciendo.

—Andrew —me sacó de mis pensamientos. La miré—, no quiero nada de ti. Yo sola puedo con todo esto. Tengo los medios y estoy preparada para ser...

—Es obvio que no lo estás. Robert está jugando contigo a la casita en la maldita dimensión desconocida. ¡Qué se consiga su propia...! —callé cuando escuché un ruido cerca.

Addison rió entre dientes irónica por mi reacción celosa.

—No, solo está siendo un poco más amigo de lo que ya era —contradijo calmada.

Ya no rebatí eso porque... ¡No sé por qué no lo hice! Quizás porque tenía toda la jodida razón, aun cuando me cueste admitirlo: Robert siempre ha sido la excepción a la regla en cuanto a amistad entre un hombre y una mujer. Y lo que aún me molesta más es que siempre ha estado ahí para ella.

—Si quieres huir ahora, yo no te detendré. Yo voy a criar a este bebé sola —susurró tan bajo que si apenas la escuché.

—¿Y qué si no quiero huir? ¿Que si quiero ser parte de todo esto, no solo ser el papá de fin de semana, sino uno de 24 horas?

Me miró con la boca abierta. Estaba asombrada, igual que yo, porque no sabía de dónde había salido esa decisión. Seguramente de luchar contra esa persona nonata que quería alejarme de ella.

—¿Es en serio? —preguntó apresurada.

Asentí. Entonces, Addison se puso de pie con trabajos; quise ayudarla pero no podía moverme de ahí. No tardó en abrazarme teniendo mucho cuidado del pequeño paquete que quedó entre los dos. Una vez más me dijo con su abrazo

que la hacía feliz escuchar que no quería huir de esto.

A pesar de todo, se sentía bien tenerla en mis brazos. Me sentía completo. ¡No tenerla a mi lado era lo que me ha hecho cínico e infeliz todos estos meses! Confirmado.

De pronto, sentí un golpe en mi abdomen. Retrocedí asustado, fue una reacción innata. Miré cómo Addison llevó su mano al vientre y lo apretó un poco en lo que hacía tímidos gestos de dolor.

—¿Estás bien? —le pregunté asustado. Busqué en su rostro algún signo de alarma.

—Sí, me pateó. Y es la primera vez que lo hace muy fuerte —respondió algo sorprendida—. ¡Uff! Es raro... Es tan hermoso.

Miré su vientre de nuevo, ella se arqueó ligeramente por el dolor que le dio otra patada. Me invitó a tocarla pero, por supuesto, dije *no* con la cabeza, aunque mi mano se acercaba y retiraba dubitativa.

Cuando se dio cuenta que dudé, sujetó mi mano para llevarla al lugar en donde el bebé estaba golpeándola. Era fuerte, y la idea de que tenía a una persona dentro moviéndose como un Alíen, ¡fue tétrica!

—Creo que te está saludando... Y le da gusto conocerte porque nunca se ha movido así de fuerte —comentó Addison.

Acomodé mi mano en el lugar, completamente extendida. Otro golpe.

—¡Dame cinco! —dijo Addison con una voz infantil que me hizo sonreír.

—¿Ya sabes qué es? —pregunté mirándola, sin quitar la mano de su vientre. Esperaba otro golpe del bebé, pero ya no se movió.

—Sí —respondió, e hizo silencio de inmediato; la noticia se mostró más dramática.

—¿Y...?

—¿Quieres saber?

Quitó la mano de su vientre. No sabía qué hacer: quería salir corriendo y también abrazarla para seguir sintiéndola mía. Si sabía el sexo del bebé era seguro que me atraparía ya en la aceptación.

Ya no tienes 18. Ponte a la altura de la situación.

Al final la tomé de la mano para llevarla a la cama, le invité a acostarnos en un abrazo que fue torpe al principio, casi forzado.

—¿Qué es? —pregunté, sujetando su mano para llevarla a mi pecho. No sé por qué quería que sintiera a mi corazón sumamente acelerado por tanta noticia inesperada. Tal vez así entendería que a pesar de todo la amo.

Esperé que me dijera las palabras correctas que me tranquilizaran un poco,

pero, por el momento, el bebé era el tema de conversación.

—Es una niña.

Sentí más miedo. Una niña requería más de la protección de su padre que un niño, porque estos siempre eran más apegados a la madre, tal y como yo lo era con la mía.

Nos quedamos en silencio por un largo rato, mientras tanto acaricié su brazo inocentemente.

Me sentía como en la dimensión desconocida. Estaba feliz por estar de nuevo con ella, de que me hubiere aceptado en su vida tan fácilmente... De sentir esa serenidad que he extrañado desde que huyó de mí la primera vez. De ser alguien importante para ella.

¡Por dios, soy el padre de su hija!

Me di cuenta que se quedó dormida. Besé su cabeza amorosamente y ella gimió encantada, luego se movió hasta que su vientre me tocó sin querer. Al mirarlo, nació otro terrible miedo que alborotó aquello que desterraba todo ese bienestar que sentía a su lado. Y era tan fuerte que me obligó a rechazar la verdad que falsamente había aceptado.

La amaba pero no podía con todo esto, no estaba listo para ser padre... Necesitaba más tiempo para pensar si en verdad quería el futuro al que había entrado sin saberlo.

Deshice el abrazo sin que ella lo sintiera, y hui. Hui de ese cuarto sin mirar atrás.

Bajé las escaleras en silencio, pero apresuradamente. Necesitaba aire, necesitaba alejarme un poco de todo esto. Necesitaba tiempo.

—Andrew...—escuché a Robert llamándome desde la sala cuando pasé apresurado. Lo ignoré—, ¡no lo hagas! —agregó con voz más enérgica.

Me detuve para dar un largo respiro y fui a la sala, preparándome para un enfrentamiento del que no podía escapar ya. Seguro habrá madrazos.

—Lo siento, Robert, pero esto es demasiado para mí —me excusé en cuanto lo vi sentado en el sillón lateral con una taza en mano, en una pose que me decía que había estado esperando mi huida.

Él era hombre también y sabía lo difícil que es esto para nosotros. Nuestras madres no nos preparan para este tipo de situaciones por el simple hecho de que creen que seremos hombres honestos, y que haremos las cosas como ellas nos lo inculcaron. Pero no era así. No tenemos una jodida idea de nada.

—¿Y crees que no lo es para ella?

—Sé que lo es, pero... —quise explicar la confusión y miedo por el que estaba pasando en ese momento, pero ninguna excusa justificaría que estaba siendo un cobarde.

Tenía que serlo por ahora. Todo estaba pasando muy rápido. ¿Por qué no podían entenderlo? ¡Jamás pasó por mi cabeza que su retraimiento con Sybil era porque quería ocultar su embarazo!

—No, Andrew, no lo sabes. No estuviste ahí cuando se la pasaba como zombi por toda la casa deprimida porque no la buscabas. Echándome en cara cada vez que lo hombres éramos una mierda. No estuviste ahí cuando ella vio esas malditas rayas en la prueba de embarazo. La hicieron llorar hasta el punto que me asustó. ¡Casi se ahoga!

“No estuviste ahí cuando lloró todas las noches desesperada por no saber qué hacer: si avisarte o no.

—No —interrumpí, diciéndole con mis manos que ya no quería seguir escuchando—. No quiero saber ya nada. Lo siento, pero no puedo con esto.

Me di vuelta para salir de ahí.

—¡Andrew! —me detuvo Robert de nuevo, cuando ya había abierto la puerta. Me detuve para escuchar su reproche—. Creo que es necesario que sepas que entre Addison y yo es muy delgada la línea entre la fraternidad y el amor.

Se me revolvió el estómago y mis latidos se descompensaron con otro tipo de miedo que me regresó a la sala con paso decidido.

Si iba a haber golpes tarde o temprano, era mejor ahora. Estaba preparado.

—¿Qué quieres decir? —cuestioné a Robert con ligera sospecha de lo que quiso decir, solo que quería oírlo de su jodida boca.

¡Este imbécil está encambrándose peligrosamente ya!

—Quiero a Addison como una hermana, ella lo sabe, pero esa línea que nos detiene puede desaparecer así de rápido —respondió tronando los dedos al final.

No comenté nada; sin embargo, la mirada que le echaba era dura. Este tipo no le importaba decir en mi propia cara sus intenciones.

—Solo tengo que sugerirlo..., plantar la idea de que me interesa, y ¡listo! —dijo con tal desfachatez.

—¿Quieres quitarme a la mujer que amo y a mi hija? —le pregunté con voz severa. Si no es porque tenía enfrente de mí un largo sillón, lo hubiera tomado por las ropas para amenazarlo con romperle la cara.

Robert dejó la taza en la mesa y se puso de pie.

—No puedo quitarte algo que estás desechando... En el momento en que cruces esa puerta —señaló a la calle—, Addison es libre y le daré esa familia que quizás debimos haber empezado desde que se mudó conmigo —terminó amenazador.

Lo miré con odio. Me costó trabajo respirar tranquilamente, aunque mis puños estaban palpitando de ira ya.

Robert suspiró cansado y negó con la cabeza.

—¿Te has dado cuenta de lo que has dicho? —preguntó tan calmado que me sacó de mi furia por un momento, estaba confundido—. Has dicho que la amas y te has referido al bebé como tu hija.

Bajé la mirada para darme cuenta que tenía razón. Mi reacción no fue de celos ni de un macho, sino de alguien que estaba lidiando con la posibilidad de perder a la persona que amaba... ¡por una maldita tercera vez! Aun no comprendía por qué había reconocido a mi hija, quizás fue instinto paternal instantáneo.

—¿No te interesa Addison? —pregunté, aun temeroso de que él hiciera su movimiento con ella.

—¡No! Pero date cuenta que ella te ama y te necesita, por eso te aceptó tan fácilmente. Solo a ti te corresponde estar a su lado en este momento.

“Si te vas, Andrew, no creo que ella vuelva a aceptarte cuando te des cuenta que has cometido un error. No creo que soporte tu abandono de nuevo.

“Si quieres tiempo, habla con ella. Estoy seguro que comprenderá. Acabas de enterarte, es lógico que reacciones así. Pero habla con ella, no huyas.

Robert tenía razón. Sus palabras me hicieron sentir mejor, tanto como para regresar al cuarto y hablar con ella de lo que me inquietaba. No quería que me dejara de amar por esta estúpida indecisión.

La amo mucho, no puedo hacerlo esto.

—Andrew —me llamó de nuevo. Me detuve para verlo de reojo—, hay agua lista para té. Llévale uno, o sospechará que ibas a huir y te arrepentiste.

—La haré... Gracias —dije antes de ir a la cocina.

Robert hizo una seña de que no le diera importancia a su intromisión.

Fui a la cocina. Y mientras preparaba dos tazas de té, encontré el origen de mi miedo. No era por estar con Addison, sino del futuro que se había adelantado más rápido de lo que tenía planeado. De convertirme en alguien importante para una personita que aún no conocía. De pensar en ella antes de mí.

Tenía miedo del bebé... De no ser un buen padre.

SOLO HABLEMOS

ANDREW

Subí las escaleras con cuidado de no derramar los tés. Cuando entré al cuarto con trabajos, Addison estaba aún acostada, pero ya despierta. Miraba la puerta expectante.

—Creí que te habías ido —me dijo. Noté rastros de miedo en su voz.

—No, te quedaste dormida y se me antojó un té. Te traje uno, por cierto —respondí con una sonrisa que si bien empezó actuada, terminó sincera.

Dejé los tés en el buró y me senté a su lado. Acaricié su mejilla, evitando ver su vientre. Quizás si no lo veía por ahora, podría seguir con esto.

Se sintió bien estar a su lado otra vez, todo era correcto. Hasta que me descuidé y vi de reojo su vientre, entonces, la inseguridad quiso poseerme de nuevo. En eso Addison se sentó con trabajos y sujetó mi mejilla para besarme. ¡Eso era lo que he extrañado en mi vida!

Sus cálidos besos. Su cariño.

Addison tenía la magia de entregarse completamente con solo una caricia.

La fui empujando para que se acostara de nuevo; lo hizo entre gemidos que me parecieron una invitación a que la amara en ese instante. Iba a acostarme encima de ella cuando interrumpió el beso abruptamente para gritarme “¡Cuidado!” La efusión de llevarla a ese punto en donde no le quedaba de otra más que entregarse, me hizo olvidar que estaba embarazada.

—Perdón —me excusé levantándome con trabajos.

Addison palmeó la cama, invitándome a recostarme a su lado.

—Quiero estar contigo —confesó calmada, acariciando mi cabello amorosamente. *Mi chica Starbucks me ama*—, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo estando así —miró su vientre como si vistiera un cinturón de castidad. Me hizo reír entre dientes.

—Para empezar, ¿podemos hacerlo contigo así? —le pregunté con tono de broma.

—Sí. La ginecóloga me dijo que sí se podía, solo que no me dijo cómo.

Bufé.

—Tendremos que averiguarlo —comenté.

—Tengo un libro. Tal vez hable de eso.

—Y, mientras tanto, ¿qué hacemos?

—¿Besarnos?

—No suena mal. Siempre y cuando no me beses de esa forma que me ciega y solo quiero estar dentro de ti.

Addison rió como niña traviesa.

—Sí, te deseo tanto —susurré retirando un mechón de su cabello, luego me arrimé un poco más para que Addison se acomodara de tal manera que me facilitó besarla. Era tanto lo que nos deseábamos que sin querer llegábamos a ese límite en donde acaricié su cuerpo para incitarla a entregarse a mí. Toqué su vientre y me asusté pero ella no lo notó porque, bueno, ya estaba excitada y se animó a desabrocharme el pantalón.

—No —dije sujetando su mano, pero sin dejar de besarla.

No lo hubiera hecho porque empezó a besarme de esa forma que le había prohibido hace minutos. Le mordí el labio para que me dejara de besar así. Se quejó y por fin sus labios me dejaron en paz.

—¡Eres caprichuda! —le reprendí, mirándola frustrado porque estaba en plan juguetón y no podía corresponderle.

Rió traviesa.

—Nunca creí que iba a decir esto, especialmente contigo, pero ya que somos novatos en esto, aquí queda —acabé todo levantándome de la cama.

—¿Ya te vas? —me preguntó algo agitada, aún estaba excitada; se sentó como pudo.

—Tengo que hacerlo... ¿O quieres que experimentemos a ver que sale?

Se dejó caer a la almohada igual de frustrada que yo. No quería irme, no quería dejarla porque aún tenía residuos del miedo a ese futuro, y sabía que me atacaría de nuevo en cuanto me alejara de la influencia de su tranquilidad y seguridad que despedía. Y si me marchaba, no volvería.

—Addison, tengo miedo —confesé en lo que me sentaba en la cama a su lado.

Decidí abrirme con ella respecto a la situación, como lo recomendó Robert. La conversación calmaría nuestra calentura y me daría un poco de apoyo que necesitaba urgentemente. ¡No quería abandonarla de nuevo!

—¿Miedo del bebé? —preguntó temerosa.

—De todo lo que viene con ella.

—Del futuro —murmuró ella.

Asentí.

—También me sentí igual cuando me enteré que estaba embarazada y... sola —me remordió no haber estado ahí para ella. Bajé la mirada—. Es normal que te sientas así. Me hubiera asustado que brincaras de felicidad.

—¿Fue tan malo ese momento? —pregunté precavido. Deseé que Robert hubiere exagerado.

—Sí. Estaba perdida cuando me hice la prueba. No sabía qué hacer... Robert me sugirió que abortara, pero... —suspiró—. Una de las razones porque no lo hice fue porque era tuyo, Andrew... ¿Recuerdas lo que me dijiste la primera vez que me besaste?

—Tú fuiste la que me besó —contradije con una risita.

—No hablo de ese beso en el zoológico. Hablo de cuando me besaste en la cocina —aclaró. Asentí con la cabeza lentamente—. Me dijiste que querías estar dentro de mis pensamientos, mi corazón y mi vientre.

Lo recordaba. Aunque en ese momento quería decir de forma sexual.

—Bueno, lo estás —agregó, levantando para sentarse frente a mí—. Ten miedo..., duda... Es normal que lo hagas. ¡Pero habla conmigo! No te guardes nada. Sé que puedo ayudarte a comprender esto —señaló su estómago. Agregó—. No podemos seguir quedándonos callados cuando algo nos inquieta. Ese silencio es el que siempre nos ha estado separando.

Acaricié su mejilla, no podía dejar de tocarla. Tenía razón en todo.

—Es mucha responsabilidad... Una vida totalmente diferente. ¡No me concibo como una figura paterna!

—Ni yo.

—Hay tanto que planear, comprar y decidir —mi voz salió algo desesperada.

—Aún tenemos tiempo para eso.

Callé, tratando de asimilar la armonía que daba a todo. Su mano se acercó a la mía, dudosa de tocarme.

—Una pregunta, Andy... ¿Cuáles eran tus intenciones esta vez?

—Estar contigo —respondí de inmediato, muy seguro—. Pedirte que tuviéramos una relación seria. No sé porque me perdonaste tan rápido, pero te lo agradezco mucho porque ya no quería estar otro segundo sin ti. Nunca lo he querido.

—Ni yo... ¿En serio viste un futuro conmigo?

Me puse a pensar la razón debajo de todo ese deseo de estar con ella.

—Irónicamente, sí. Sí vi un futuro a tu lado —respondí sonriente.

—Igual yo.

—Tardé en buscarte porque en parte tenía miedo a que las cosas no funcionaran contigo, que estando yo en New York la jodida distancia te hiciera dar cuenta que no valía la pena esperarme. Aun me pesa haberte defraudado, haberte dejado como una conquista más... Pero con cada segundo vivido allá, no tenerte fue más doloroso que ese miedo. Te amo y...

—Por eso te perdoné en cuanto me dijiste que estuviste en New York. Te creo completamente —me interrumpió, ignorando que le había dicho que la amaba. Me hizo sonreír lo comprensiva que era—. Mmm, ¿crees que por eso hicimos el amor sin protección? —preguntó.

Solté una risita sarcástica.

—¿Me estás diciendo que inconscientemente estábamos atándonos de una vez por todas?

—Sí. Yo siempre he sido muy quisquillosa con eso de la protección.

—Sí, lo sé —comenté tras recordar una vez que casi me mata por haber olvidado los condones. Paró todo y me dejó en la cama por un buen rato, completamente desnudo, y totalmente frustrado. No sé dónde estuvo buscando condones esa vez, seguramente en el cuarto de Robert. En conclusión, usé condones que fueron comprados por su amigo.

—Confíe en ti —confesó.

—¡Vaya puntería que tuve, ¿no?! Digna de un francotirador —comenté algo burlón, a lo que Addison rió, pero fue seguido por un silencio que nos hizo suspirar profundo.

—¿Quieres que me quede? —le consulté.

—Como tú quieras... ¿Quieres pensar...?

—¡No! —respondí de inmediato—. No hoy. Estoy en un punto peligroso y la verdad te necesito a mi lado.

—Yo también. Quédate todo el tiempo que quieras.

—Bien, voy con Robert a pedirle una pijama prestada —dije levantándome de la cama.

La pijama era una excusa, aún era temprano, pero quería averiguar cómo me sentía cuando me separaba de ella. Si el bebé no seguía espantándome hasta olvidarme completamente del amor que le tenía a mi Addison.

Addison bebió tranquila de su taza y se recostó de nuevo; su largo suspiro me dijo que iba a tomar una siesta.

Bajé en silencio, sintiendo como los hilos que me unían a ella aun eran fuertes, lo suficiente para no seguir mi camino por esa puerta que se hacía cada vez más tentadora. Pensé en decirle lo que pasó con Karla, pero ese

miedo de perderla me seguía deteniendo. Tendré que pedir el consejo de Brad.

Robert seguía en la sala; me vio echarme en un sofá con la tensión en los hombros.

—¿Sigues dudando? —me preguntó bajando el volumen de la tele un poco.

—No, por ahora. Hablé con ella de cómo me siento respecto a todo esto.

—¿Y?

—Fue muy comprensiva... Demasiado comprensiva. Yo venía preparado para ponerme de rodillas y rogarle que me aceptara de nuevo —respondí; y en el silencioso segundo que siguió me rasqué la barba y pensé—. ¿Sí hubieras llevado acabo tu amenaza?

—¿De ligarme a Addison?

Asentí.

—No.

—¿Nunca has sentido...?

—¿Algo por ella?

—A-ha.

—No. Cuando la conocí, reconocí que era bonita. Solo un idiota no se daría cuenta de eso, pero no hubo química entre los dos, ¿entiendes? Me cayó muy bien cuando la seguí tratando, y creí que podría haber algo entre los dos cuando decidimos compartir la casa, pero... nada pasó.

“Sí, la quiero, pero como a una hermana.

—La estabas protegiendo —comenté.

—Más bien estaba haciéndote reaccionar. Como te dije, solo tú tienes que estar a su lado en este momento.

—Gracias por eso.

—No hay de qué.

—Bien, bajé para preguntarte si podrías prestarme una pijama o algo para dormir.

—¿Te vas a quedar?

—Es lo mejor. Si me voy... —le hice muecas de que dedujera lo que continuaba.

—Sí, es lo mejor. Al menos hasta que aceptes un poco más el embarazo.

—Es fácil olvidarse.

—Sí, te oí hace rato. Tuviste que...

—¡Me costó detenerla!... ¡Vaya! ¡Es algo caprichuda en ese aspecto! —interrumpí entre risitas sorprendidas.

—No puedo dar mi opinión acerca de eso, pero creo que son las hormonas

—comentó Robert entre risas—. ¿Quieres ya la pijama?

—No. Necesito un momento lejos de ella.

—¿Te estás probando?

Asentí con la cabeza.

—Buena idea. Van a pasar en un rato *Misión imposible 4...*, la única buena, por si quieres acompañarme a verla —sugirió subiendo el volumen de nuevo.

Me acomodé para ver la película junto con él.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté cuando la película me aburrió. Él también ya lo estaba porque jugueteaba con el control como lo hacía Brad cuando aún decidía cambiar de canal.

—Soy psicólogo.

Reí a más no poder.

—¿Así tratas a todos tus pacientes?

—No. Uso técnicas más profesionales. Contigo fue diferente porque no viniste a pedir mi consejo, tuve que ofrecértelo de una forma categórica

—Pues déjame decirte que eres bueno..., muy bueno —reconocí asintiendo.

Sonrió como agradecimiento.

—Bueno, ¿y cómo actúo ahora? ¿Qué le recomiendas a este *niño rico de Chelsea* hacer ahora? —pregunté sarcástico, usando el apodo despectivo que Addison me dijo una vez.

Robert rió entre dientes.

—¿Puedes tomarte unos días en tu trabajo?

—Sí, sí puedo... Ventajas de ser el hijo del dueño.

—Muy conveniente... Pasa todo el tiempo que puedas con ella. Acostúmbrate a... ¡Juega a la casita con ella!

—Ese no fue un consejo muy profesional —dije con una sonrisa burlona.

—El consejo profesional te va a costar varios cientos de libras la hora. Si es que acepto meterme en un dilema profesional. No es ético. Te di el de..., bueno, ya que te voy a ver muy seguido por aquí, creo que diré de un nuevo amigo.

—Ético o no, gracias por el consejo.

—¿Qué ven? —nos interrumpió Addison, yendo a acostarse a otro sillón. Sonreí instintivamente cuando la vi, pero luego me extrañó que no se sentara a mi lado, que no buscara mi resguardo.

—No lo tomes a mal —dijo Robert—. Ese es el único sillón en donde

puede descansar bien. Donde no se acalora.

Me molestó no saber ese tipo de información. Ya no iba seguir perdiéndome de todas esas cosas durante su embarazo.

—¿No tienen hambre? —le pregunté cuando sentí mi estómago gruñir. No había comido nada desde el almuerzo.

—¡Pizza! —gritaron ambos al unísono como niños chiquitos.

¡Sorprendente! ¡Estos dos se conocían a la perfección!

AL DESNUDO

ADDISON

Si alguien me hubiera dicho que Andrew vendría un día a buscarme, no lo hubiera creído. Así como tampoco que no saliera corriendo en cuanto se enteró que el bebé que estaba creciendo en mi vientre era suyo. Creo que tenía razón, a sus 29 años ya no podía salir huyendo como un niño rico de Chelsea.

Sé que habló con Robert respecto a la sorpresa de mi embarazo, y de seguro mi amigo le aconsejó sabiamente; ese no podía mantener la boca cerrada cuando un problema se le ponía a la mano, era como una droga para él. Ser el que salve el día.

Jamás se lo diré, pero le estaba muy agradecida.

Cuando no vi a Andrew a mi lado al despertar, volví a sentirme perdida y muy triste. Huyó, pero entonces regresó... con todo y mi esperanza de estar juntos en esto.

La primera noche que Andrew se quedó conmigo, sentí que estaba dudoso de tocarme cuando estábamos en la cama ya a punto de dormir. No se acercó a mí, bueno, nunca lo ha hecho, pero al menos hacía el intento. Parecíamos un matrimonio de años de dormir juntos, cada quien en su lado. Al menos durante el día siguiente compensó su alejamiento y fue más cariñoso. Buscaba mis labios para besarme como niños de escuela. Trataba de no ver mi vientre, mucho menos lo tocaba. No di mucha importancia, porque no quería presionarlo a que aceptara la idea de una vez. Robert sabiamente me aconsejó que eso le haría huir al primer descuido.

En la tarde de ese segundo día juntos, me sorprendió que me pidiera que lo acompañara a su departamento, el que compartió con Brad antes de que se casara con Sybil. Fuimos por su ropa para que se quedara unos días conmigo. Estaba feliz, pero también iba a ser una prueba dura de si podría seguir conmigo.

No fue hasta la tercera noche que Andrew por fin buscó mi mano para ponerla sobre su abdomen, como un abrazo tímido.

No pasamos juntos el siguiente día porque tuvimos que ir al trabajo. Se quejó la noche anterior de qué sentido tenía ser el futuro dueño si no podía

tomarse unos días sin que sus empleados estuvieran perdidos sin él. Prometió llegar antes de las siete. Fue la primera vez, desde que me habló acerca de su miedo, que temí. No quise pensar que esta era su oportunidad para escapar.

No le comenté mi sentir. No podía obligarlo a quedarse a nuestro lado. No estábamos en el siglo pasado para que mi papá lo buscara con escopeta en mano para hacerse cargo de su hija. Irónicamente, tenía que decirle con su libertad que confiaba en que regresaría a nosotras.

Dedos cruzados.

Llegué temprano a casa, y la soledad se sintió un poco sofocante, se sentía como cuando se fue a New York.

Y cuando el timbre de la puerta sonó cerca de las ocho, me paré del sillón con el corazón en la mano. Respiré tranquila y muy feliz cuando vi a Andrew con una caja de brownies. No hice caso al pan y me arrojé a besarlo.

Andrew ha sido cuidadoso con sus besos en los pasados días, de que no se elevaran a un punto que nos arrojara a la cama. Pero estaba tan feliz, porque al parecer estábamos funcionando como pareja, y que él se sintió en confianza para regresar.

Me mordió para detenerme.

—¡Deja de morderme! —le espeté soltándolo, y le di un manotazo en el pecho como castigo.

—¡Deja de excitarme! —me reclamó risorio.

Cerró la puerta y fue a dejar los brownies a la cocina. Lo seguí, admirada de que ya se sintiera en casa. Ya sabía dónde estaba todo.

—¿Pudiste arreglar el problema? —le pregunté, recargándome en el mueble de la cocina.

—Sí. Por suerte Riley —hice gestos de duda. *¿Un nuevo amigo?* Aclaró —, mi amigo en New York... Solucionamos todo por videoconferencia. De haberlo conocido antes, no hubiera tenido que ir a allá y, entonces...

—Andrew, lo bueno es que lo solucionaste.

—Sí —respondió con una sonrisa a medias—. Por cierto, me encontré con Brad. Por favor, busca a Sybil. Ya se enteró que hemos vuelto y está algo molesta porque no la has buscado.

Hice gestos de olvido. Con tanta emoción por estar con Andrew de nuevo, se me olvidó que hice a mi amiga a un lado de nuevo.

—¿Le dijiste que estamos esperando? —pregunté, pero hizo gestos de confusión. Aclaré—. Que estoy embarazada.

—¡Ah! Aun no me acostumbro al vocabulario para papás —justificó entre

risitas tontas. Le hice una mueca—. Sí, tenía que restregarle que le volví a ganar en algo.

—¡Andrew!

—No me regañes, esta vez le dio gusto perder.

Le hice otra mueca, a lo que él rió con suficiencia.

—Le llamaré mañana para tomarnos un té en ese lugar tan bonito al que me llevaste en nuestra primera cita.

Andrew se acercó para tomar mi rostro entre sus manos.

—Por favor, Addison, no vuelvas a hacerla a un lado cuando te enojas conmigo. Mi conciencia ya no puede más.

—Es que ella siempre ha estado en medio y...

—No, no. No de nuevo, ¿okay?

—Okay.

Me dio un beso tierno, pero después bostecé sin querer.

—¿Estás cansada? —me preguntó preocupado, me soltó para revisarme de pies a cabeza con la mirada.

—No. Pero siempre me da sueño a esta hora —respondí tallándome un ojo.

—Ve a dormir.

Me quejé como niña de que no quería hacerlo.

—Pues yo sí me voy a acostar un rato porque estoy cansado —expuso saliendo de la cocina; lo seguí.

Al entrar a mi cuarto, fue directo a sacar la pijama de debajo de la almohada. Mientras tanto me senté en la cama en flor de loto para verlo salir a darse un baño. Entonces, me puse a leer mi libro en lo que él se bañaba.

Quince minutos después, entró en bóxer y sacudiéndose el cabello con la toalla para terminar de secarlo. Aventé el libro a un lado y me erguí hasta sentarme para seguirlo con la mirada. Verlo ponerse el desodorante, cepillar su cabello, untarse un poco de crema en esos brazos que siempre protegían amorosamente... Todo mientras me llegaba su aroma personal, muy masculino, que me drogó sensualmente. ¡Estaba embobada con él! Mientras yo engordaba y engordaba, él seguía igual de bueno.

Me entusiasmó tanto visualmente en ese momento que solo quise hacerle cosas indecorosas... y que él me las hiciera también. Protagonizar nuestra propia película porno.

Callé mis suspiros lo más que pude, porque no quería cohibirlo y que terminara el show, que finalmente terminó cuando se puso la pijama.

—¿Robert te dejó sola? —me preguntó en lo que se echaba a un lado mío.

—Sí.

—¡Le pedí que...!

—Andy, él no tiene porqué quedarse a cuidarme. Él tiene su vida y una novia a quien satisfacer.

A pesar de que sonrió por mi queja, retomó su seriedad.

—No quiero...

—Andy, estoy bien. No es la primera ni última vez que me quedaré sola —le dije.

Gateé hasta salir de la cama, era mi manera rápida y sin quejidos.

—¿A dónde vas? —me preguntó cuando vio que tomé mi pijama e iba a salir para cambiarme en el baño.

—A cambiarme —le respondí extrañada de su pregunta.

—Hazlo aquí —sugirió sentándose.

Desde que se ha quedado conmigo, no me cambiaba frente a él. Temía que en cuanto viera mi vientre, saliera corriendo despavorido, porque esa era la última prueba que le aseguraba que sí estaba embarazada. No creía que estuviera listo para verla.

—Ven —me llamó con la mano en lo que se levantaba de la cama.

Fui a él, abrazando mi pijama como si fuera mi osito de peluche que me daba protección.

Me besó en la frente, luego me quitó la pijama de las manos y la dejó en la cama. Me susurró que levantara los brazos en lo que me rodeaba con pasos tan sensuales; sentí que sujetó el borde de la blusa aguada para quitármela delicadamente. Después sus manos se deslizaron por mi espalda hasta llegar a mi cintura, en donde cambiaron su dirección para abrazarme. Cerré los ojos cuando sus brazos no solo me rodearon, también al bebé.

Andrew había dado un primer paso: había tocado mi vientre sin que yo lo invitara a hacerlo.

Creí que ahí terminaba todo, pero entonces sus manos bajaron, acariciándome la panza, hasta llegar a la presilla de mis pantalones negros. Mi estómago no era tan prominente, así que aun podía usar jeans normales. Me los quitó lentamente.

Respiré profundo cuando por fin me tuvo en ropa interior solamente. Aun con su mirada encima, se puso frente a mí. Me recorrió lentamente con ese par de ojos azules que expedían adoración; hasta llegar a mi vientre, ahí ladeó la cabeza, admirando al pequeño ser que crecía dentro de mí: su hija. A pesar de

que me había excitado hace unos minutos, quise vestirme ya porque estaba demasiado expuesta.

—Tu cuerpo sigue igual de hermoso. Y sigo amándolo y deseándolo como la primera vez que te vi —comentó.

Su mano inició una caricia desde la punta de mi vientre y se deslizó hasta la cintura, en donde me atrajo a él para besarme. Aunque sus labios se movían tranquilamente, el momento había sido tan especial que mi corazón se aceleró como loco. Lógicamente alguien rezongó por mi ajetreo interno.

—¡Hey! —exclamó Andrew, liberándome de su boca y bajando la mirada a mi vientre—. Esta niña va a ser karateca.

Reí.

—Mmm, la princesa está celosa —comentó en lo que tomaba mi piyama para depositármela en las manos—. Vístete porque ya nos dijo que el show se terminó.

Sonreí de oreja a oreja porque le había llamado *Princesa*. Ya estaba siendo cariñoso con su hija.

Me puse la ropa y luego fui a lavarme los dientes. A los pocos segundos, Andrew entró para lavárselos también. Fui a esperarlo a la cama.

No tardó en regresar. Se acostó encima de las cobijas y, de inmediato, su mano me jaló para abrazarme. Tuvimos que hacerlo en posición de cuchara porque la panza era incómoda de frente; la presión me ahogaba.

Su mano acarició mi muslo en un vaivén que amenazaba en ir a mi vagina, en lo que su nariz jugueteó en mi nuca. Sus inhalaciones eran algo escandalosas.

—Creo que esta es la posición —murmuré cuando sus caricias ya me habían excitado de nuevo.

Gimió picarón y me susurró al oído si quería intentarlo. Asentí torciéndome un poco para que me besara primero, y cuando me llevó al punto en donde no había marcha atrás, lo hicimos. Fue extraño porque nunca hemos hecho el amor en posición lateral, pero a la vez fue aliviador expulsar toda esa frustración sexual.

Ambos gozamos cada vaivén de su cadera, que era tan rítmico, lento y suave... Sumamente delicioso. Incluso el orgasmo fue como si tuviera uno detrás de otro y otro, y se fueron acumulando hasta hacer uno largo que me hizo desfallecer de placer. No tenía idea que estar embarazada me hubiere hecho tan sensible, y más perceptiva, tal y como a Andrew le gustaba.

La bebé no sé a dónde se fue en ese momento porque no dio lata, de seguro

fue a esconderse al closet en lo que sus papás jugaban.

—Bueno, sí se pudo —comentó Andrew con sus labios pegados en mi nuca; el roce de sus labios y aliento siguieron estremeciéndome dentro del remanente del orgasmo.

—¡Eres un tonto! —le reprendí en lo que me volteaba para que me abrazara.

—¿La bebé rezongó?

—No. Durmió todo el tiempo.

—Buena niña —reconoció con una sonrisa tonta en su rostro.

Cerré los ojos para disfrutar su abrazo, pero caí dormida sin desearlo. Fue la primera vez embarazada que dormí abrazada por él.

Desperté con el sol dándome en la cara. Había olvidado ponerme el antifaz para no ser despertada tan temprano. Me restregué los ojos y miré a mi lado.

—Hola —susurré adormilada cuando vi a Andrew completamente despierto. Su cabeza descansaba sobre su brazo doblado.

—Hola —respondió con una sonrisa tímida.

—¿Tienes mucho tiempo despierto? —le pregunté estirándome sin pudor. Mis huesos tronaron mientras me contorsionaba como serpiente, y mis bostezos aprovecharon para salir.

Andrew rió entre dientes por mi despertar.

—No mucho. Como unos quince minutos —respondió, retirando mi cabello que tapó mi rostro después de la estirada.

Me puse de lado y lo tomé de la cintura para abrazarlo, pero olvidé que la bebé estaba en medio y casi la aplasto.

—Cuidado —advirtió Andrew; se volteó boca arriba para facilitarme abrazarlo. Levanté un poco el rostro para mirarlo cuando acarició mi mejilla tiernamente. El momento era perfecto—. Estaba pensando mientras te veía dormir... Creo que deberías mudarte a mi departamento.

Abrí los ojos sorprendida, no me esperaba eso.

—¿No es muy pronto? —pregunté.

—No, no lo creo. A menos que no quieras que sea parte en la crianza de la bebé.

Me quedé en silencio, pensando qué hacer. Desvié la mirada para no aceptar solo por estar con él. Esta decisión no la podía tomar a la ligera. Era un paso obvio a dar, pero ¿por qué no podía dejar de pensar que solo lo hacía porque estaba embarazada? Él lo dijo: “A menos que no quieras que sea parte

en la crianza de la bebé”. No lo hacía porque quisiera estar conmigo, sino por nuestra hija.

—No, lo siento —respondí.

Me miró sorprendido; deshizo su abrazo para sentarse, obligándome así a sentarme también.

No dije nada, pero Andrew apoyó su barbilla en la mano que martirizaba su pierna con el codo, y me miró de reojo; al parecer esperaba que diera mis razones, pero era obvio por qué no quería mudarme con él así.

—Sí, estoy acelerando esto —dijo como si excusara mi respuesta que solo existía en mi mente—. Pero vivir juntos era una parte importante en el futuro que imaginé contigo. No es algo en lo que no haya pensado desde hace tiempo.

“Por tu silencio, sospecho que crees que hago esto solo porque estás embarazada. Tienes miedo a darte cuenta que solo la bebé nos mantiene unidos. Pero..., Addison, yo quiero que esto funcione, quiero estar ahí para ti... Quiero seguir conociéndote hasta que pueda terminar tus oraciones —calló para soltar un suspiro largo—. Quiero despertarme y verte a mi lado, como lo hice esta mañana. Cuando te vi, me sentí en paz y muy feliz.

Le abracé por la cintura con trabajos, la panza no me dejaba explayar mi reacción a sus palabras.

—Te amo mucho, Addison —confesó temeroso de un rechazo. No tenía por qué, para él nunca iba a ver un “Gracias”.

—Yo también te amo —le respondí. Sonrió feliz al escucharme decir tales palabras al fin.

Él ya me lo había dicho pero en ese momento no estuve segura de decirle lo mismo, aun temía que huyera en cuanto cerrara los ojos.

—¿Cómo te has sentido estos días teniéndome aquí? —me preguntó.

—En paz y amada —murmuré.

Además me sentía protegida, que nada malo nos iba a suceder, a mí y a la bebé, porque ya teníamos a Andrew a nuestro lado; que ya no estaba sola en este mundo, amando algo que era parte del hombre que he amado como nunca creí.

—Entonces, no tengas miedo —deshizo su posición para estar frente a mí—. Múdate conmigo —susurró con sus labios muy cerca de los míos.

Asentí con la cabeza y acertando la intención de un beso.

—¿Qué va a pasar con Robert? —interrumpí el pequeño beso cuando me acordé de mi amigo.

Andrew sonrió irónico.

—Está el cuarto que era de Brad, le va a gustar mucho —bromeó Andy; le di un manotazo débil. Agregó—. No creo que tenga problema con que te mudes conmigo. Tendrá la casa para él solo y sus conquistas. Por eso no está aquí, no quiere que su conquista piense que él es el papá —posó su mano en mi vientre—, y que tiene tal descaro...

—Tienes razón. Pero tengo miedo a...

—¡Ya aceptaste! —exclamó asintiendo y sonriendo traviesamente.

—Te odio —le dije con gestos infantiles.

—No, me amas mucho. Y ella es la prueba —refutó tocando mi vientre.

HARRY POTTER

ADDISON

DOS SEMANAS DESPUÉS

Me mudé con Andrew tan pronto como toda mi ropa estuvo ya colgada en la parte del closet que dejó para mí, solo faltaban mis muebles; aun decidíamos qué llevar y qué dejar. Andrew quería algunas de mis cosas en su departamento para hacer su lugar masculino, más femenino..., más de una pareja.

Tuve momentos de indecisión y miedo, de que mis 24 horas a lado de Andrew, lo hicieran darse cuenta de que no quería esa vida de “casados” conmigo.

Robert no se opuso a mi mudanza, pero sí estaba preocupado por aquellas veces en que me iba a quedar sola cuando Andrew se fuera al trabajo. Le pedí que no se preocupara, porque iba a ser un tiempo muy corto, ya que dejaría de trabajar hasta la semana 32. Y Andrew le juró que yo tendría ayuda cuando llegara el gran momento. Toda su preocupación era más bien una máscara que quería ocultar lo mucho que me iba a extrañar —después de todo, hemos vivido juntos por años—, que como ya tenía a Andrew a mi lado ya no lo necesitaba.

Se lo hice ver y, por supuesto, lo negó.

—No, querido Robert, no te vas a zafar de mí solo porque me voy con él —dije cabeceando hacia Andrew—. Tenemos que vernos o hablarnos al menos un día a la semana.

—¡Por supuesto!... Si él está de acuerdo —dijo Robert.

—¿Tengo otra opción? —preguntó Andrew con gesto resignado, que por supuesto era falso.

—¡No, no la tienes! —aseveré.

—No, no la tengo —farfulló Andrew falsamente resignado a que mi amigo guapo jamás iba a salir de mi vida.

Y todavía no sabía que quería que Robert fuera el padrino de nuestra bebé; solo esperaba que no me negara tal cosa porque Robert se ha ganado ese

privilegio a pulso.

Me entristecí cuando abracé a Robert como despedida. Lo iba a extrañar muchísimo. Él fue prácticamente la voz de la razón durante todo este tiempo. Sus opiniones drásticas me hicieron reaccionar a lo que en verdad quería mi corazón.

No sé qué hubiera hecho sin él.

Robert estrechó la mano de Andrew, quien terminó jalándolo para un abrazo fraternal. Alcancé a escuchar que le agradeció por algo. Se escuchó muy sincero.

Me intimidé al entrar al departamento de Andrew, no lo sentía parte de mi vida. Pero me hice a la idea de que se me pasaría ese sentir con los días.

Me sentí mejor cuando empezó a pintar de blanco el cuarto que antes fue de Brad.

—Un lienzo en blanco para que lo decores como tú quieras —me dijo al enseñarme el cuarto.

—¿Podríamos dejarlo así y solo amueblarlo?

—¿Obsesionada con el blanco?

—Sí —le respondí sonriente, era mi color favorito.

—Bien, iremos a ver los muebles cuando tú quieras —dijo abrazándome por la cintura.

Su abrazo siempre empezaba con una caricia rápida a mi vientre y se desplazaba hasta sujetarme firmemente.

—Recuerda comprar un monitor para escucharla —comenté a Andrew mirando con trabajos.

—¿Qué te parece uno que tenga cámara? Si nunca escuché a Brad teniendo sexo, mucho menos vamos a escuchar al bebé llorar.

Reí entre dientes, en eso tenía razón. Nunca escuché a Sybil teniendo sexo con Brad cuando yo dormía ya en brazos de Andrew después de también tener sexo.

Me puse de puntas para besarlo deseosa de estar con él. No sé si eran mis hormonas que estaban las 24 horas del día alborotadas, o eran los detalles que Andrew seguía teniendo conmigo.

—Andy —le dije en lo que cortaba el beso—, tengo cita con mi doctora a las cuatro..., y me preguntaba si te gustaría acompañarme.

—Sí —respondió besándome de nuevo por un segundo—, hay algo que quiero preguntar a la doctora.

Cuando llegamos al consultorio, la enfermera me pasó a la sala de ultrasonido y me dijo que me preparara, que en un momento vendría la doctora a revisarme.

—¿Te van a hacer un ultrasonido? —me preguntó nervioso Andrew.

—Sí... ¿Quieres verla? —le consulté dudosa. De veras estaba muy nervioso, pero aceptó quedarse.

La doctora entró, y tras el saludo y el típico cómo me he sentido, le presenté a Andrew.

—Empecemos entonces —nos dijo la doctora con una sonrisa amable.

Andrew estaba algo alejado de mí, quería ser parte pero aun temía enfrentar al bebé en imagen. Conocer lo que ambos habíamos hecho con mucho amor.

La doctora guardó silencio, como siempre, aunque a Andrew le pareció excesivo y despertó su curiosidad. Solo así se acercó a la silla que le habían puesto para que me hiciera compañía.

—¿Está bien, doctora? —le preguntó con voz trémula.

—Sí, sí.

—¿Sí es niña? —le preguntó ahora curioso.

—Sí. Completamente —dijo la doctora y le señaló el monitor la prueba de que era niña.

Andrew ladeó la cabeza un poco y retrocedió la mirada varias veces, tratando de encontrar forma en esas manchas grises.

La doctora, al ver que estaba batallando, le delineó la forma del bebé mientras que le decía cuál era su brazo, su manita, etcétera. Yo ya tenía experiencia en reconocerla de inmediato.

Andrew se quedó con la boca abierta y la mirada perdida en el monitor por algunos segundos: esa era su hija.

—Bien, Addison, todo está normal, de acuerdo a tu tiempo —dijo la doctora, limpiándome el gel de la panza—. Como siempre, agenda otra cita para dentro de cinco semanas. Ya podremos hacer un ultrasonido 3D.

—¡Sí! Vamos a conocer a nuestra princesa antes de que nazca —dije emocionada a Andrew. Ya me habían hablado de ese ultrasonido que mostraba al bebé casi como una fotografía.

—¿En serio podremos verla? —preguntó a la doctora dudoso de tal cosa.

—Sí.

—¿Cómo en este ultrasonido?

—No, será mejor.

Ambos sonreímos al vernos.

—Gracias, doctora —dije, tratándome de levantarme. Andrew reaccionó cuando me sujeté de su playera para tener un punto de apoyo.

—Doctora... —dudó Andrew, incluso se sonrojó—, esto es embarazoso.

Reímos por la ironía del momento.

—Hemos estado, bueno, ya sabe... —siguió, ahora con gestos avergonzados—. ¿No estamos...?

—No, no —respondió ella para aligerar el momento—. Siempre y cuando sean cuidadosos y no se pongan a hacer el kamasutra. Incluso es recomendable hacerlo días antes de la fecha programada para el parto.

Reímos.

—También quería preguntarle si usted puede atenderla en Saint Mary's Hospital.

—Curiosamente, atiendo más ahí que aquí. Si quieren podemos tener las siguientes consultas allá.

Andrew asintió con la cabeza y sonrió. La doctora salió pero regresó en menos de un minuto con una tarjeta que entregó a Andrew, luego le regaló una fotografía de nuestro bebé, la cual él tomó como si fuera el comprobante legal de que iba a ser padre.

La doctora salió en silencio, en lo que Andrew guardaba delicadamente la foto en su cartera.

Andrew estuvo muy callado en todo momento, hasta que llegamos al auto.

—¿Quieres que maneje? —le pregunté. Me dio miedo que manejara en ese estado casi catatónico.

—No —reaccionó, y sacudió la cabeza varias veces para estar ya en este mundo.

Subimos al auto.

—¿En qué piensas? —le pregunté cuando nos tocó un alto varias calles después.

—Sí estás embarazada —respondió con la mirada perdida enfrente.

—Sí —respondí dulcemente. Creo que hasta ese momento veía mi embarazo como una realidad que aún tenía toques imaginarios. Una posibilidad.

—Estaciónate para que yo maneje —ordené. No quería que sufriéramos un accidente por su estupefacción.

—No, no, estoy bien... —rechazó, y enseguida respiró profundo—. Es increíble saber que tienes a humano creciendo dentro de ti —miró a mi estómago—, que tiene algo de mí y de ti... ¡Qué voy a ser...!

—Papá —terminé por él. Asintió en lo que me miraba con esa incredulidad tatuada en su sonrisa que no sabía si formarse o no. Seguí—. Me pasó lo mismo cuando vi el primer ultrasonido en donde se veía por fin la forma de un bebé. Hasta entonces, ella era ambigua... ¿me entiendes?

Andrew asintió varias veces y regresó la vista al frente, justo en el momento en que el semáforo cambió a verde.

Ya no hablamos. Y cuando entramos al departamento, fue a sentarse a la sala para ver la tele. Estaba confundida: ¿quería hablar? ¿Quería que lo dejara solo...? ¡No supe qué hacer!

—Voy a descansar un poco —le avisé.

—Sí —susurró, aun absorto.

Fui a la cama a recostarme, estaba cansada y no quería seguir preocupándome por la decisión final de Andrew ahora que se dio cuenta que todo esto sí era real.

¡Qué no me deje, por favor!

Me quedé dormida sin darme cuenta.

Cuando desperté, ya con la oscuridad en el cuarto, llamé a Andrew, pero no tuve respuesta. Fui a la sala para ver si también se había quedado dormido mientras veía la televisión, pero no estaba ahí. Todo estaba oscuro y perturbadoramente callado.

Iba a hablarle a su celular pero decidí darle tiempo para que siguiera aceptando su nueva vida por sí solo. Él sabía que podía hablar conmigo respecto a su sentir con todo esto.

Regresé al cuarto para recostarme de nuevo. Tomé el libro del cajón de mi buró, el que estaba leyendo al bebé.

Al poco rato, escuché la puerta abriéndose. Quise brincar de la cama para correr por el largo pasillo y recibirlo pero, por supuesto, no pude hacerlo. Lo único que pude hacer fue parar oreja y leer los sonidos que me llegaban sigilosamente.

—¡Ah, qué bueno que estás despierta! —exclamó tan pronto entró.

—¿Qué es eso? —le pregunté al ver bolsas en sus manos.

—Fui de compras.

Marqué la página donde me había quedado y me senté. Andrew puso bolsas de GAP y Harrods encima de la cama.

—Este es para la princesa —dijo entregándome la bolsa de Harrods.

La abrí y saqué un hermoso vestido color rosa pálido, era sencillo pero aun así tierno.

—¡Es hermoso!

—Hay más.

Metí la mano a la bolsa y saqué una linda pijama, también rosita, pero era para recién nacido. Me reí llena de ternura al ver lo diminuto que era. Perfecto para su primer día de nacida.

Luego vi un osito.

—Drew 2 —aclaró con mi asombro encima—. No creo que quieras compartir tus peluches con el bebé. Por eso le compré el suyo.

Casi lloro de la emoción porque era la primera ropa y juguete que la bebé tenía. Por semanas, he prohibido a todos mis allegados los regalos para el bebé. Fue muy especial que su papá fuera el primero.

—Me he dado cuenta que no has comprado nada.

—No, creo que aún hay tiempo —respondí, levantándome de la cama—. ¡Están hermosos! ¡Gracias!

—Ahora regalo para mami —dijo revisando las bolsas. Finalmente me entregó una de ellas. Dejé la ropa del bebé en la cama y saqué lo que había en la bolsa. Era una sudadera clásica de GAP color verde.

—¡Gracias! —dije efusivamente en lo que me la sobreponía—. Pero es un poco pequeña.

—No es para que la uses ahora, sino para cuando nazca la bebé y... —buscó en otra bolsa de GAP y me la entregó— también pueda usar esto.

Saqué lo que había adentro: una sudadera igual pero para bebé.

Reí cuando Andrew también se sobrepuso una que seguramente sacó de la última bolsa.

Con ese detalle tan sencillo, Andrew me dijo que pensaba en nosotros como una familia de la cual quería ser parte. ¡Ya no tenía dudas! Lo abracé apresuradamente, aplastando un poco al bebé. Me frustré porque quería sentirlo tan cerca de mí y no podía hacerlo bien.

—Gracias... por todo —agradecí con los ojos llorosos.

—¡Shhh! No llores, bella —dijo. Rápido borré las lágrimas de felicidad—. Las amo a ambas —susurró besando el tope de mi cabeza.

—Y nosotras a ti —respondí con una sonrisa enorme.

—¿Con quién hablabas? —me preguntó enseguida.

Me solté para verlo mejor.

—Estoy leyendo un libro al bebé. Lo he hecho desde el inicio —fui a sentarme en la cama para guardar todo, dando una última revisión a sus regalos.

Cuando estaba doblando las sudaderas, me imaginé a los tres vistiéndolas. Tenía que recordar tomar una foto en ese momento.

—¿Y qué le lees? —preguntó echándose a la cama. Tomó el libro que estaba boca abajo—. ¿Harry Potter y la Orden del Fénix? —preguntó con tono entre risorio y reclamante.

—Sí —respondí calladamente—. Yo creo que si me apuro, terminamos la saga antes de que nazca.

—¿No crees que es un libro..., bueno, no es para un bebé? Deberías estarle leyendo... ¡No sé! Las historias de Peter Rabbit o Winnie-the-Pooh o Paddington Bear —cuestionó en lo que me veía recostar de nuevo.

—Le leí Peter Rabbit al principio, y la verdad es que me quedaba dormida a la segunda hoja —respondí—. Entonces inicié con Harry Potter y... creo que le gusta.

—¿Cómo sabes?

—Mira —me levanté la playera para que viera cómo estaba la bebé de activa. Le pedí que me regresara el libro y retomé la historia. Hablé con tono tranquilo, pausado, y casi al instante, el bebé dejó de moverse.

—No creo que reaccioné a la historia, sino a tu voz —dilucidó Andrew.

—Sí, lo sé. Me di cuenta de eso cuando empezó a moverse. No importaba qué leyera, siempre y cuando usara este tono. Así que si voy a estar un buen rato echada hablándole, ¿por qué no leer algo que me gusta? —la bebé se movió como loca de nuevo en cuanto usé mi tono normal.

—¿Puedo probar?

Asentí, entregándole el libro.

Andrew jaló su almohada y se acomodó lo más cerca que pudo de mi vientre para hablarle al bebé. Usó un tono tan dulce y tierno que no solo la tranquilizó, sino que prendió una luz que me radió de felicidad. Era la escena con la que he soñado desde que inicié esta actividad de leerle al bebé, la cual hice perfecta cuando mis dedos enroscaron amorosamente un mechón de su cabello.

Andrew paró tras leer tres hojas, más o menos. Miró mi estómago, expectante a que se moviera en reclamo por haberse detenido.

—¡Sorprendente! —exclamé.

—¿Qué? —preguntó Andrew levantando la mirada hacia mí.

—La dormiste. Yo nunca lo he podido hacer. Se tranquiliza pero en cuanto termino de leer sigue bailando hasta su hora de dormir... Le agradas... O lo que es mejor, reconoce a su papá.

Andrew sonrió.

—¿Ya no se despierta? —consultó levantándose de la cama.

—No.

—Okay, entonces... Papá quiere jugar con mamá —dijo jalándome de la mano hasta pararme de la cama para desnudarme.

ANDREW

—¿Sabes que me encanta de ti? —le dije en lo que la ayudaba a ponerse de pie.

—No creo que mi carácter de los mil diablos —respondió irónica.

Solté una risita deleitada. Su carácter tajante e intolerante ha sido la razón de mi infelicidad; al menos estaba consciente de sus defectos.

—No, que siempre te viste con la idea de facilitarme desnudarte —aclaré rodeándola hasta quedar detrás de ella. Sujeté su playera para quitársela, obligándola a que levantara los brazos para sacarla fácilmente.

Luego me quité la playera rápido.

—¿Sabes también por qué me alegra vivir en esta época que hay internet? —pregunté en lo que acariciaba su espalda desde la base del cuello hasta llegar al brassiere para desabrocharlo, muy expectante de su hermosa desnudez.

—Porque pudiste investigar cómo se desabrocha un bra —respondió entre su clásica risa tonta.

Su sarcasmo era completamente por su nerviosismo. Aún no se acostumbraba a que la viera desnuda. Para ser honesto, yo tampoco, pero sabía que lo haría con el tiempo.

Addison sigue igual de hermosa pero siempre tengo esa incomodidad al ver su estómago prominente, como si estuviera mancillando algo inmaculado con solo verla.

—Sí —admití alargando, mientras retiraba su cabello a un lado—. Pero no solo eso —susurré cerca de su piel.

Mi aliento cálido la hizo encorvarse un poco, aproveché para pasar mi mano por su cintura, pero en lugar de que se quedara en el vientre, la subí a sus senos. Cubrí uno, no fui rudo, solo aproveché su sensibilidad para subir su

excitación. Para entonces, mis labios ya habían llegado a su cuello para besarlo delicadamente.

Este momento era para nosotros, para unirnos aún más.

—Entonces, ¿qué investigaste? —preguntó en un ronroneo.

—Posiciones, Addison..., posiciones —le susurré.

—¿Eh? —cortó todo y se torció para verme. Estaba confundida, pero yo aproveché para besarla muy ávido; mi lengua acosó frenéticamente a la suya.

Sin embargo, corté el beso en el momento exacto en que estaba por voltearse a mí. No se lo permití.

—¿Quieres que te haga el amor o quieres sexo? —le pregunté con voz tan exigente que se quedó muda—. Aunque te advierto que ambas opciones terminarán de la misma manera.

Siguió muda, aunque sus ojos me preguntaban cómo.

—Contigo gritando mi nombre seguido de un te amo —terminé chupando su clavícula.

No respondió al momento, pero ahora sí le permití voltearse a mí para abrazarme, pero me recordó quién estaba entre los dos. Me enfrió un poco.

—Empecemos al revés... Andrew, te amo —dijo sin quitarme la mirada de encima.

Y me encendió de nuevo.

Sonreí seductor, llevándola a la cama para tener sexo. Solo que las posiciones que había encontrado en el internet fueron muy aisladas y expuestas para Addison. Lo deduje cuando constantemente buscaba mi mano o que al menos la viera a los ojos unos segundos. A ella le gustaba mucho el contacto de miradas y que la besara, siempre con deseo y adoración. Fui más delicado y cariñoso, prácticamente terminé haciéndole el amor.

No tuve problema con eso. He de confesar que cuando estuve sentado frente al monitor, viendo esos gráficos, creí que podría llevarlas a cabo y hasta divertirnos. Parecía un manual de cómo hacer porno.

Fue interesante. Tanto que me llamó la atención hacerlo a los pies de la cama, conmigo hincado en el suelo, o el misionero en triangulo. Y a ella de seguro le encantaría sentados, frente a frente con besos por doquier.

Pero en la práctica fue muy diferente, parecíamos dos vírgenes que no sabían ni siquiera donde estaban las “cosas”. Su abultado vientre me recordó constantemente que no estábamos solos, que si hacia un movimiento en brusco, la princesa despertaría y empezaría a quejarse dando patadas. Quizás lo disfrutaría más adelante, cuando me sintiera más cómodo con su embarazo.

Terminamos haciéndolo de lado, con más caricias y besos apasionados. Lento pero siempre directo a un orgasmo, el cual contuve un poco con un gemido, hasta que ella llegó segundos después. Quise morder su clavícula tras darle un último apretón para terminar.

Esta vez me dejé ir completamente, feliz porque aún seguía siendo buena en esto.

—¿Estás bien? —le pregunté tras liberarla un poco, enterré la nariz entre su cabello para acariciar el punto sensible en su nuca. ¡Liberador!

—Sí, y deja de preguntarme eso. Siempre estaré bien contigo a mi lado —murmuró entre gemidos felices; trató de voltearse pero fue como ver a una coqueta morsa tratando de caminar. Rápido me senté y la jalé entre quejidos de su parte para abrazarla y besarle el cuello tímidamente por detrás.

—Te amo. En serio te amo, mi chica Starbucks —le confesé entre besos.

Addison buscó mi mirada y me regaló una hermosa sonrisa, seguida de un beso tan entusiasta que me hizo acostarla de nuevo para amarla una vez más.

La vida a su lado era cada vez mejor.

CONOCIÉNDOLOS

ADDISON

AL DÍA SIGUIENTE

—Addison, es hora de levantarse —me avisó Andrew mientras me acariciaba la mejilla.

Abrí los ojos con pesar y me estiré hasta que me tronaron los huesitos. Andrew rió entre dientes.

—Una mañana de estas vas a parir de tan fuerte que te estiras —me advirtió tocando mi vientre para proteger a su princesa de mi agresivo despertar.

—Un poco de lo que yo siento cada vez que se pone a bailar grunge ahí adentro.

—Eso lo heredó de mi —reveló Andrew acomodándose más cerca de mí, para disfrutar estos últimos minutos antes de iniciar un ajetreado día—. Cuando empiece a caminar le enseñaré a disfrutar *Lithium* de Nirvana.

Solté una risita en lo que busqué su abrazo.

—Ten por seguro que será la primera canción que se aprenderá. Al menos los coros... ¡Hey, hey, hey! —canté desatando la risa de Andrew.

—No es hey, hey, sino yeah, yeah.

—Es lo mismo —aclaré entre risas.

—Bien, guarda toda esta dulzura para la noche. Tenemos que prepararnos o nos corren —me recordó saliendo de la cama.

Me carcajeé irónica.

—A la única que van a correr es a mí, porque tú, niño rico de Chelsea, puedes llegar a cualquier hora.

Andrew rio entre dientes en lo que iba al closet.

—¡No te preocupes, super chica Starbucks, siempre puedes ser mi asistente! Pero tendrás que vestir pantalones negros entallados y esa blusita blanca que tienes, la que puedo arrancar con un suspiro.

—¿Cuáles serían mis obligaciones y derechos? Además de vestirme a tu gusto —le pregunté alzando la voz. Busqué mis pantuflas para ponérmelas.

—Hay varias, pero la más importante es mantenerme satisfecho sexualmente al menos una vez por día en la oficina —respondió cuando salió del vestidor—. La ventaja de ser el hijo del dueño es que tengo un baño privado, por lo que podemos hacer diabluras ahí sin problemas.

—¡Ja! No cambian mucho mis obligaciones profesionales a como tu pareja.

Andrew se acercó y tomó mi rostro entre sus manos.

—¿Aceptas el trabajo? —preguntó acercando sus tentadores labios.

—Solo si me pagas con muchos besos, caricias y acostones sexys... Ya sabes, como el del antifaz para dormir.

Gimió excitado de camino a un beso lleno de pasión; aproveché para escurrir mis manos por su espalda baja. Pero, para nuestra mala suerte, la princesa despertó y nos separó entre risitas.

Dejamos los juegos mañaneros y nos preparamos para ir a trabajar.

—Llega temprano para retomar la cogida que detuvimos —me avisó cuando nos despedimos para que cada quien fuera a su trabajo.

Reí traviesa en lo que me daba un beso de despedida en los labios.

EN LA OFICINA DE JENNIFER MCINTYRE

Estaba en la sala de reuniones con Jennifer y una novia muy emocionada por su boda de ensueño.

Era la primera novia que me tocaba que era realista a su presupuesto, o al menos así me lo pareció. Mi intervención no fue necesaria.

Cuando Jennifer terminó la reunión porque tocaba otra novia, la novia en turno nos dio un abrazo por ayudarle a cumplir su sueño.

Ya estando solas, Jennifer soltó un suspiro aliviado.

—Será una novia fácil, ¿no? —le comenté en lo que me sentaba en el sillón.

—¿Fácil? ¿De qué hablas? ¿Estuvimos en la misma reunión?

Le hice gestos de que no entendía.

—Pero todo lo que pide está dentro de su presupuesto —respondí.

—Sí, pero no del gusto que manejamos en nuestras bodas.

—¡Ah, te refieres a estilo!

—¡Parece una boda Romani! Contaba contigo para que la desanimaras en trabajar con nosotros.

—Pero tú eres buenísima para mejorar lo que ellas quieren.

—No con esta. De hecho, solo acepté la entrevista porque es conocida de

Mary.

En eso tocaron a la puerta: era Mary.

—Por favor, dime que rechazaste la boda —solicitó.

—No. Aquí Blanca nieves enamorada le pareció bien.

Mary se carcajeó.

—No es por nada, Addison, pero desde que estás con Andrew ya no eres la “devoradora de sueños” —comentó Mary.

Me reí un poco; estaban exagerando.

—Te la traje porque ya me tenía fastidiada con que Jennifer le organizara su boda. Sé que va a ser un fiasco trabajar para ella. Nos va a perjudicar más de lo que nos ayudará. No queremos tomarla.

—Aun puedo serlo cuando la novia lo amerite —refuté, pero ambas me hicieron gestos de que no iba a ser así—. Okay, si no quieren trabajar con ella, puedo llamarle y decirle que ya tenemos toda esa época ocupada.

—Hazlo —ordenó Jennifer—. No nos hemos matado todos estos años en tener un negocio que se destaca por bodas elegantes... Además, no quiero pasar el próximo año peleando con ella.

—Okay, lo haré en una hora más o menos para aparentar que revisamos la agenda —acepté. Después suspiré profundo en lo que tenía la mirada perdida, y agregué—. Pobrecita, se va a decepcionar mucho.

Mary y Jennifer rieron.

—¿Lo ves ahora? Andrew y el embarazo te han suavizado —comentó Mary.

—Sí, de ahora en adelante te encargarás de los baby shower y fiestas para los novios.

Me carcajeé.

—Deberían ser felices por mí. Porque ya no méndigo felicidad de nadie —comenté.

—Tienes razón. Pero, ya hablando en serio, me gustaría que hicieras un plan de negocios para baby shower. Podríamos expandirnos con los bebés que van a tener los que sobrevivieron a las bodas que organizamos.

—No es mala idea —comentó Mary.

—No, no lo es —concordó Jennifer—. Por cierto, Mary, empieza a buscar ya tu reemplazo porque quiero que seas ya nuestra asistente —Mary se quedó boquiabierta—. ¡Sí, te estoy promoviendo ya! Necesito ayuda ahora que Blanca Nieves va a tener a su princesa.

—¡Muchas gracias, Jennifer! —dijo Mary muy feliz.

—¿No vas a correrme, verdad? —pregunté a Jennifer, preocupada por el ascenso sorpresivo.

—Tal vez sí como “Devoradora de sueños”, pero aun así eres indispensable en el departamento de finanzas.

—Gracias —dije muy aliviada.

Podría tener ya una tranquila incapacidad por maternidad.

UN DÍA DESPUÉS

Estaba durmiendo plácidamente, cuando sentí que la bebé se movió agresivamente. No le gustaba la posición en la que estaba, entonces me moví con trabajos boca arriba, con suerte se tranquilizaría y me dejaría seguir durmiendo, pero las patadas continuaron. Las ignoré, ¡necesitaba descansar más! ¿Por qué era así conmigo? Se supone que debe quitarme el sueño una vez que haya nacido. ¡No antes!

Aventé las cobijas para dejar la panza al descubierto, quizás tenía calor y por eso estaba dando tanta lata.

Gemí quejumbrosa.

Entonces escuché que alguien cantaba casi en un murmullo y a una velocidad algo lenta, a pesar de que el ritmo sugirió que era una canción rápida originalmente. En segundos, los movimientos del bebé bajaron su agresividad.

Abrí los ojos aun con la canción a mí alrededor. Vi que Andrew estaba cantando a mi vientre, mientras que las puntas de sus dedos estaban muy dubitativos en tocarme o no.

—¿Qué cantas? —le pregunté en lo que me estiré para desentumirme.

—¡Shhh! No seas agresiva, acaba de dormirse —ordenó aun en un susurro. Me quedé quieta y él besó mi estómago, después subió a mis labios para mi beso de buenos días.

—¿Qué cantabas?

—*Songbird* de Oasis. Me despertaron tus quejidos, y cuando te revisé para saber si estabas bien, vi que la bebé estaba danzando como loca; quizás estaba cantando *Lithium* —solté una risita—. Iba a leerle, pero eso es lo tuyo, así que le canté una de mis canciones favoritas... Y le gustó.

—Sí porque tú se la estabas cantando. Reconoció tu voz. De ahora en adelante, esa es tu canción para dormirla.

Andrew sonrió feliz. Por fin tenía algo exclusivo con su hija.

—¿Cómo sabes tanto? —me preguntó realmente curioso. Después de todo,

este era mi primer bebé.

—Internet... No tienes idea lo que se puede encontrar ahí —le respondí irónica.

La experiencia que tuvimos antenoche fue realmente... extraña. Quiero decir que fue bueno sentirse deseada por él, y muchas veces quise dejarme ir como él, pero me fue difícil cuando veía mi vientre abultado.

—Addison, creo que es hora de que visitemos a nuestros padres —me sugirió Andrew con rostro cauteloso. Me sacó completamente de mi recuerdo sexual.

—¿Tus padres saben de... ya sabes? —pregunté señalando mi estómago.

—Sí... ¿Y los tuyos saben que estamos viviendo juntos?

—Sí.

—Bien —dijo Andrew sentándose—, prepárate. Iremos a ver a mis padres hoy.

—¿Qué? ¿A tus papás? —pregunté sentándome con trabajos—. Eso es algo ya serio en la relación.

Andrew se carcajeó.

—¿Más serio que haberte embarazado?

—¡Mucho más! No estoy lista.

Volvió a reír.

—Jamás lo estarás.

—Es cierto... —respiré profundo—. Está bien, pero también tendrás que conocer a los míos.

—Sí, iba a sugerirlo también. Pero, por ahora, creo que es más urgente que los míos te conozcan y acepten ya que van a ser abuelos en pocos meses, y solo pueden hacerlo viéndote.

Rezongué. No quería salir de la cama.

—¿Podemos ir el próximo fin? Quiero pasar el día contigo, haciendo absolutamente nada... Bueno, besándonos —Andrew me miró haciendo una mueca de que no quería ceder. Lo jalé para que se acercara a mí—. Escucha mi plan y decides, ¿okay?

—Okay.

—Estamos un rato en la cama —Andrew enarcó las cejas, cuestionándome si habría posibilidad de sexo. Me alcé un poco para besar su cuello como respuesta. Habría de todo y como él quisiera—. Después podemos pedir comida y pasar el resto del día viendo la televisión, acurrucados en el sillón, si cabemos, o si no en la alfombra. Y ya cuando caiga la noche, tomamos un

baño... y volvemos a la cama a seguir con el sexo... ¿Qué te parece el plan?

—Me parece el mejor plan del mundo. Solo que iniciaría con el sexo en la ducha —respondió con sus labios en dirección a los míos.

—Todo lo que tú quieras, amor —accedí.

El plan fue llevado a cabo con éxito todo el día.

UNA SEMANA DESPUÉS

—¿Qué sucede, Addison? ¿Por qué tardas tanto? —me preguntó Andrew entrando al cuarto. Ya me había pedido anteriormente que me apresurara o llegaríamos tarde a casa de sus padres.

—¡No tengo idea que ponerme! ¡Estoy engordando muy rápido! —le grité saliendo del vestidor.

—Pues me gusta lo que traes puesto. Te queda de maravilla —dijo mirándome de pies a cabeza.

Solo traía puesto mis pantis y bra.

—No me estás ayudando —le reproché entre risas, regresando al vestidor.

—¿¡Qué?! —exclamó confundido—. Así sabrán por qué te he perseguido por tanto tiempo. Porque solo puedo pensar en ti y porqué salgo del trabajo tan pronto dan las 5 p.m.

—¡Ja-ja-ja! —espeté irónica.

—¡Veamos que puedo encontrarte! —dijo entrando. Revisó mi ropa, buscando algo adecuado para la reunión en casa de sus padres.

Estaba nerviosa porque no solo iba a conocer a sus padres, sino a sus abuelos y algunos parientes cercanos. ¡Ah, aun no contaba a sus amigos! Los *niños ricos de Chelsea*, como aun los llamaba. Por suerte, iba a estar Sybil presente; ella sería mi bote salvavidas.

La comida íntima que había planeado Andrew se convirtió en una reunión comunal para conocer a la próxima heredera de la familia Spencer. Al parecer no creían que Andrew se hubiere asentado ya. ¿Qué reputación tendría Andy en su círculo familiar? ¿Alguien superficial?

Ya habíamos visitado a mis padres el miércoles pasado por la noche. Mi mamá trató a Andrew amablemente, y mi abuelita fue tan dulce con él todo el tiempo, como si lo conociera de años. Incluso le dijo que me amara mucho más y yo le correspondería de igual manera. Andrew se enamoró de ella por completo. Fue mi padre el que se resistió un poco a aceptarlo. Y solo hasta que tuvo con él la clásica plática suegro-yerno, lo trató un poco mejor. Pero aun si noté en sus gestos que estaba puesto a prueba.

De regreso al departamento, me disculpé con Andrew por mi padre. Me respondió que no tenía qué hacerlo, que era una reacción lógica. Que hasta le sirvió como entrenamiento.

—Creo que me tocará hacer lo mismo cuando la princesa llegue con un imbécil creído que quiera quitárnosla —reconoció.

Reí a más no poder.

Era muy feliz cuando Andrew hacía ese tipo de comentarios, porque quería decir que cada vez se sentía más a gusto con la idea de ser padre. Estaba viviendo el sueño que ansié cuando decidí tener el bebé.

Pero la intimidación de mis padres no se compararía jamás a la que tendría con los suyos. Mis padres siempre supieron quién era el padre de mi bebé. Lo que siempre me recriminaron fue que no quise decirle de mi embarazo. Así que la ignorancia de Andrew al respecto fue una buena carta de presentación para ellos. Y más que no salió corriendo cuando se enteró.

En cambio, los señores Spencer eran..., bueno, ricos. Vivían en Ilchester Place. Mi *niño rico de Chelsea* no era realmente de Chelsea. Pero tenía más dinero de lo que siempre creí.

—¿Qué te parece este? —consultó Andrew sacando un vestido holgado, perfecto para una reunión en el jardín, que era donde se suponía iba a ser el show.

—¿Te gusta? —le pregunté quitándoselo de las manos.

—Me gusta cómo te ves cuando andas de mami hipster —reí—, pero este es bonito. Te vas a ver muy tierna.

—Entonces, me pongo este —bajé el cierre del vestido y me lo puse, luego me volteeé hacia Andrew para que me subiera el cierre. Retiré mi cabello para que no lo atropellara.

—Ya quiero quitártelo —susurró Andrew abrazándome por detrás. Sus brazos me cruzaron a la altura del pecho, mi nueva cintura.

—Complacido. Pospón la reunión y nos quedamos en casa... Tengo otro plan que podría gustarte.

Andrew rió y me soltó.

—No, chica Starbucks, no vas a escapar de esta. Ya es hora de que las conozcan —alegó saliendo del vestidor.

Fue obvio que se alejó para no ser convencido. A diferencia de sus amigos, me gustaba cuando me decía *chica Starbucks*, porque siempre le daba un toque sexual juguetón. A diferencia de cuando me llamaba bella, ese era completamente de adoración.

Refunfuñé, pero terminé yendo a donde mis zapatos. Me puse unos de tacón bajo.

—Bien, ¿cómo me veo? —salí ya lista.

—Estoy pensando en hacerte caso —respondió echándome una mirada tan deseosa—. Arrancarte esa ternura y recordarte esas dos noches que quiero revivir contigo algún día.

Me quedé con la boca abierta.

—Nada más que usaremos condón siempre. De lo contrario, nos vamos a llenar de hijos en dos años —agregó.

Me carcajeé. Creo que la bebé no encontró el chiste porque me pateó las costillas.

—Ni modo, tendré que esperar hasta la noche —dijo invitándome a salir del cuarto primero.

La casa de los señores Spencer era hermosa. De tres pisos de ladrillo beige, y tenía un pequeño jardín delantero que me hizo imaginar a la princesa jugando ahí con alguno de sus abuelos. Era una vista muy georgiana.

Desde el regreso de Andrew a nuestras vidas, he tenido un sinfín de fantasías con la familia que giraría alrededor de la princesa.

Andrew se apresuró a ayudarme a bajar; le oculté que estaba intimidada ya. Tomó mi mano y no la soltó ni aun cuando tocó el timbre. Mientras esperábamos me dio un beso en la mano.

Andy estaba conmigo en esto.

Por favor, que no haya un mayordomo, pensé.

Pero cuando vimos que abrió Orville, respiré tranquila.

—¿Qué hay? —se dijeron ambos al unísono.

—Hola, chica Starbucks —dijo Orville enseguida, buscando la manera de saludarme sin tocarme la panza.

—Hola —le respondí, curvándome un poco para evitarle la incomodidad.

No era el primero que tenía esa reacción, ya me ha sucedido en el trabajo, cuando notaban que mi vientre había crecido un poco más. Tenían miedo de lastimar al bebé, pero creo que era más que no querían contagiarse de mi “fertilidad”.

—Solo faltaban ustedes —agregó Orville a Andrew, quien asintió y sonrió.

Apenas entramos y Andrew apretó mi mano; caminó con la mirada moviéndose a todos lados. Lo noté muy nervioso.

—Hijo —le llamó una mujer cuando entramos a la sala.

Ignoré la elegancia del lugar, era lo mejor, no quería mostrar que la gente rica me incomodaba porque ya no era así. Desde que trabajaba con Jennifer, he conocido a gente mucho más rica; parte de la Realeza. Pero esta era diferente, no quería que pensarán que me había dejado embarazado para atrapar a su hijo rico.

—Mamá, ella es Addison Carter —me presentó señalándome.

Su madre no era lo que esperaba. Me había imaginado a alguien con la elegancia extrema de la Reina, o al menos de Camila Bowles, pero era bastante normal. De cabello corto y rubio, ojos color avellana y, si bien su ropa se veía fina, no era nada ostentosa. Se parecía un poco a Lady Di, si aún viviera.

Me miró a los ojos y luego fue bajando hasta mi vientre.

—Mucho gusto, señora Spencer —dije extendiendo la mano. Respiré aliviada cuando la tomó, e inesperadamente me jaló para saludarme de beso en mejillas; fue muy incómodo.

—¡Cariño, ya llegaron! —gritó la señora no muy alto.

En segundos, entró un hombre de cabello castaño oscuro, algo canoso, tenía los ojos del mismo color de Andrew, un hermoso azul oscuro, y era tan alto como Andrew. Ya estando juntos, pude notar que su hijo heredó cosas de ambos.

¿A quién se va a parecer nuestra princesa?, pensé echando un vistazo a Andrew. Mi madre me ha dicho que las niñas siempre se parecen a su padre. ¡Mmm! Iba a ser preciosa.

—Ella es Addison —dijo la señora Spencer con tono seco.

Tragué saliva, el regaño estaba a segundos de iniciar.

—Mucho gusto, señor —extendí la mano, que tomó sin dudar.

—¿Por qué tardaron? —preguntó la señora Spencer a su hijo.

—¿En serio me estás preguntando eso, mamá? —le cuestionó Andrew con gestos de que me echara una miradita: mi condición me hacía lenta.

—Bien, luego platican, vayamos al estudio... Hay que hablar —indicó el señor Spencer, señalando hacia el otro lado del hall.

Sujeté la mano de Andrew, ahora era yo quien necesitaba sentir su apoyo. Sabía bien el tipo de conversación que me esperaba en ese cuarto, pero aun así no pude evitar temblar de pies a cabeza. Andrew entrelazó nuestras manos y me sonrió rápido para decirme que esta vez sí estaba conmigo.

Andrew cerró la puerta detrás de nosotros. Al instante, el señor Spencer

me ofreció sentarme en un sillón que tenía a un lado de la ventana, el estudio daba a la calle. Andrew se sentó a mi lado y no soltó mi mano. Los señores se sentaron en unas sillas que estaban frente a nosotros.

—Bien, Addison, ¿podrías aclararnos por qué ocultaste a nuestro hijo que estabas embarazada? —me preguntó el señor Spencer. Directo al grano.

Esto se sentía peor que los regaños que llegó a darme mi papá cuando llegué a portarme mal.

Miré a Andrew con miedo, pero él me instó con su sonrisa tímida a que les contestara. Después de todo, ya esperábamos este interrogatorio.

—Porque tenía miedo de la reacción de su hijo. No teníamos una relación seria cuando quedé encinta... —me puse muy nerviosa, sus padres me miraban como si fueran representantes de la Santa Inquisición—. La verdad es que... no pensé que él quisiera ser parte de esto —suspiré—. Tenía miedo de que me... nos rechazara —terminé bajando la mirada a mis manos.

Silencio. Aún esperaban que siguiera dando mi excusa.

—Sé que hice mal —agregué, dejando ver que en verdad lamentaba no ser valiente para revelar mi embarazo a Andrew desde un principio.

—¿Estás seguro que es tuyo, hijo? —preguntó el señor Spencer.

—¡Papá! —le reprendió su hijo con mirada dura.

—No me ofendo, Andrew. Es lógico que duden por cómo hice las cosas. Pero... —pensé un segundo— si lo desean, podemos hacer una prueba de paternidad. Les aseguro que saldrá positiva porque no ha habido nadie más en mi vida desde que conozco a Andrew —terminé mirándolo.

Andrew sujetó más fuerte mi mano y sonrió amorosamente.

—Sí, te fui fiel... Aunque tú no —aclaré a Andrew, quien borró la sonrisita en un segundo.

Sabía de lo sucedido con Karla en New York; a Sybil se le escapó hace unos días. Para ser honesta, me enojé mucho al principio, y estuve a punto de ir a buscar a Karla para reclamarle; porque ella fue quien voló a New York explícitamente a aprovecharse de nuestra lejanía. Pero luego Sybil me dijo que Andrew había confesado todo a Brad, que estaba muy mortificado por haberlo hecho, y que iba a decírmelo pero Brad le aconsejó no hacerlo por mi estado. Y después de que me relató la larga historia de Karla, Andrew y anexas, perdoné a Andrew en ese instante. Hizo mal en engañarme, no lo niego, pero en esos días los dos tomamos muy malas decisiones.

Ahora sentía que me era fiel en todos los sentidos; me lo ha demostrado cada segundo a mi lado. Y ya podía decir que el pasado se quedó atrás por fin

y que solo importaba lo que estábamos construyendo cada día para nuestra princesa y nosotros.

—¿Sí te harías la prueba? —me preguntó el señor Spencer.

—Cuando usted quiera —respondí segura.

—¡No! —espetó Andrew—. No voy a poner en riesgo al bebé, papá. Mucho menos a Addison. Yo le creo y eso es lo único que basta para mí.

Suspiré, y quise sonreír pero convine que no era una buena reacción.

—Podemos esperar hasta que nazca, así no dañaremos a la bebé...

—¿Estás esperando una niña? —me interrumpió la señora Spencer felizmente incrédula.

Asentí con una sonrisa delicada; jamás creí que recibiría dicha reacción de la señora Spencer. Ha estado ocultando con trabajos que no le agradaba que su hijo estuviera conmigo; de seguro era pro-Karla. Pero le sobresalió una sonrisa realmente feliz por la noticia.

—¿Y cómo es su relación ahora que viven juntos? —preguntó el señor Spencer, aun en su papel inquisidor.

—Bien, papá —respondió Andrew—. Addison ya vivía con un hombre antes. Así que...

—¿Disculpa? —preguntó la señora Spencer boquiabierta.

—Sí, compartía la casa con un amigo...

—¡Nuestra amistad era totalmente platónica! —me apresuré a aclarar.

—Sí, lo conozco. Es un buen amigo. Ha sido un apoyo para ambos —agregó Andrew.

Los señores Spencer aceptaron dudosamente la aseveración de su hijo.

—¡Cómo sea! —cambió Andrew la conversación—. Estamos conociéndonos apenas como pareja, a vernos las 24 horas del día, tomar decisiones que no afecten al otro... y sé que algún día tendremos un desacuerdo que nos hará pelear, pero es normal, ¿no? Siempre y cuando sigamos amándonos, y a la princesa también.

Los señores intercambiaron miradas, no había un alegato contrario a lo que les acababa de decir su hijo.

Deberían estar orgullosos del maravilloso hombre que es ahora.

Tocaron a la puerta en ese instante. Una joven se asomó para llamar a los señores Spencer, quienes acudieron a su llamado, dejándonos solos.

Estaba algo confundida. ¿Cuál había sido su veredicto? ¿Aprobaban nuestra relación o no?

—¿Y ahora qué? —pregunté a Andrew tomándolo de la mano cuando se

puso de pie.

—Te ganaste a mi mamá con lo del sexo del bebé. Mi papá es un poco más reactivo a dar su brazo a torcer, pero estoy seguro que lo hará antes de que nazca.

Suspiré aliviada, y me sentí más relajada.

—Creí que me iban a correr cuando explicaste mal mi amistad con Robert. Andrew rió entre dientes.

—Sí. Es una amistad difícil de explicar.

—Lo sé —tomé su mano que me ofrecía ayuda para levantarme.

—Ahora prepárate para el bombardeo de preguntas. Hoy, ustedes dos, van a ser el juguete nuevo de los Spencer.

—Bien... ¿Un beso de buena suerte?

—Mmm, ¿iniciando una costumbre?

Sonreí.

—Claro, bella, todos los que quieras.

—Solo uno... O ahora sí comprenderán porque estamos juntos: ¡No podemos quitarnos las manos de encima!

Andrew sonrió de camino a mis labios.

LOS SPENCER

ANDREW

Suspiré aliviado porque Addison no me echó en cara mi última cogida con Karla, al menos no como imaginé que sería. Creo que estaba segura de haber ganado definitivamente la batalla con Karla y ya no merecía el enfado. Como lo dije antes: ahora estábamos más unidos.

La amaba aún más por eso, porque me perdonó el peor error de mi vida, el que pudo haber terminado en un embarazo indeseado. Por suerte mi puntería con Karla fue una mierda; hubiera sido una verdadera tragedia griega si se hubiera embarazado de mí. Porque yo no iba sacrificarme con Karla, y hubiera perdido a Addison y a mi princesa para siempre.

Addison atrajo la atención de todos en cuanto salimos al jardín. Sentí su miedo cuando apretó más mi mano y sujetó mi brazo con la otra. Mis primas se acercaron a saludarme, luego miraron a Addison expectantes de que me atreviera a presentarla; la trataron bien de ahí en adelante.

Fue tardado presentarla con todos, uno por uno, aunque no eran muchos los presentes. Contando a mis amigos, quizás éramos unas 20 personas.

Tan pronto como Brad y Sybil llegaron, dejé a Addison con su amiga para que se hicieran compañía, ya que eran las únicas que no conocían a mis familiares.

—¿Qué tal te sienta la vida de esposo? —preguntó Orville al aire cuando Brad y yo nos acercamos al resto del grupo.

Volteé a ver Brad, esperando que respondiera.

—Me refiero a ti, Andrew.

—¡Yo no estoy casado! —refuté entre una sonrisa indignada.

—¡Lo estás, más de lo que está Brad! —espetó Gary—. Brad aún se puede divorciar, pero tú estás unido a ella para siempre.

—Sí, bueno... —comenté mientras volteaba a ver a Addison, quien reía calladamente con Sybil por algo.

Al verla desde lejos, refulgiendo toda esa ternura, me di cuenta que mi vida ya no tendría sentido sin ella a mi lado.

Conocerla fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Amo a esa mujer —murmuré sin querer.

—¿Disculpa? —llamó Gary mi atención.

—Nada —respondí mirándolo, cuidando no meter la pata al hablar de más de Addison—. No está nada mal vivir con una mujer. Hay sexo cuando quieres.

—¿Te acuestas con ella... así? —preguntó Orville, señaló a Addison con la mirada.

Iba a contestar pero Brad se me adelantó, concordando con lo del sexo. Me di cuenta que me interrumpió para que no tuviera que responder una pregunta tan personal. Me salvó de meter la pata. Aunque iba decir que cuando uno está enamorado, no importa nada más que hacerla feliz... ¡cómo sea!

No, si digo eso van a ridiculizar mis sentimientos. Y Addison podría escucharlos y regresar al círculo de sufrimiento. Mejor me callo.

—¿Has visto a Karla? —me preguntó Gary.

—No, desde New York —respondí indiferente.

—Me dijo Christa que quería venir a... —me confesó Orville.

—Incomodar a Addison —continuó Alex—. ¡Díselo! Tiene que saber que Karla está más motivada que nunca en separarlos.

Tragué frío. El miedo fue inmenso, de que Karla se acercara a las dos mujeres que amo. No sé de qué sería capaz por defenderlas.

—¿Creé que estoy con Addison solo porque la embaracé? —pregunté. Esa mujer ya estaba enferma. ¿Acaso quería que le gritara enfrente de su familia que no la amaba para que me dejara ya en paz?

—Sí. Y no la culpo, Andrew. Hiciste todo tan rápido que es lo único que podíamos pensar... Que te sientes comprometido.

—¿Tú también pensaste eso? —pregunté a Brad.

—No, te conozco más que estos tres y sé que si no quisieras a Addison, no estarías a su lado, con o sin bebé de por medio.

—¿Karla no va a ser nada estúpido para separarme de Addison, o sí? —consulté a Orville. Él estaba más apegado a ella.

—No lo sé. Es Karla, ya la conoces. Hoy me dice que no y mañana cambia de parecer —respondió Orville, encogiéndose de hombros.

—¡Carajo! Por favor, no se lo permitas. Addison no puede saber que ella está rondándome aun —le supliqué. Gary abrió la boca, pero me adelanté a su comentario obvio—. No, no voy a hablar con ella porque sé que eso le dará falsas esperanzas. No quiero que nada perturbe a Addison. Además, te aclaro, nuestra relación no surgió de la nada. He estado loco por ella desde que la

conozco, y ya no voy a cometer errores que afecten mi relación con ella... ¿Y podríamos hablar de otra cosa? Ya parecemos viejas hablando del amor y todo eso.

Todos rieron.

—Andrew, nunca has hablado así de una mujer —comentó Gary—. Prometo hacer todo lo posible para que se le quite esa jodida idea de separarlos.

—Gracias —le agradecí con una sonrisa honesta.

—Bien, estábamos planeando una salida al pub el próximo fin con las chicas —dijo Gary—. ¿Se nos unen?

Brad y yo nos miramos, preguntándonos silenciosamente si deberíamos ir o no; ya no éramos solteros. Pero, al pensarlo, no habría problema porque no estábamos con mujeres posesivas y controladoras.

—Sí, ¿por qué no? —respondí. Brad asintió aceptando la invitación.

Sí quería salir con mis amigos. Despreocuparme un rato y hablar de otras cosas que no fueran cosas de bebés.

—Pero va ir Karla —me advirtió Orville.

—No hay problema, mientras no me dejen solo con ella —dije desinteresado. Miré a Brad—. En serio ¿por qué no seguiste cogiéndotela para que me dejara en paz?

Todos se carcajearon.

—Porque me casé con un bombón —me respondió Brad, mostrándome su anillo de matrimonio.

—¿A ustedes no les interesa un “romance” con ella? —pregunté a Gary y Orville.

—Gary ya se acostó con ella —reveló Brad.

—¡Te equivocas! ¡No me la cogí, solo la besé y, la verdad, no me gustaron las babas llena de mierda que dejaron ustedes en ella! —contradijo Gary.

Todos reímos porque se oyó tan falso. Sinceramente me alivió saber que podrían tener un romance ya. Solo espero que mi amigo sea lo suficientemente bueno para enamorar a Karla rápido y que se olvide de mí definitivamente.

—¡Yo no! Estoy saliendo con Christa —respondió Orville.

—¿En serio? ¿Desde cuándo? —pregunté asombrado. ¿Desde cuándo no veía mis amigos que ya no sabía nada de sus vidas?

—Desde que llegaste de New York.

—Estoy completamente desconectado de todos ustedes —comenté por lo bajo.

—Sí, lo estás mucho —concordó Brad.

Volteé a ver a Addison.

Pero vale la pena, pensé con una sonrisa feliz.

—Lo que me recuerda —dije con mi atención de regreso a Alex—. Debes una disculpa a Addison.

—¿Por qué? —cuestionó Alex.

—Por llamarla prostituta y pobretona.

—¿Todavía está resentida? —soltó una risita de más, como si hubiere sido una vil broma—. Fue un comentario sin importancia. Ya debería superarlo.

—Yo soy quien no lo supera. Ella no está resentida ni me ha hablado acerca de esto. Soy yo quien te está reclamando —alegué. Alex no dijo nada—. La lastimaste mucho, amigo,... y yo te ayudé.

—Pero...

—Si crees que no hiciste nada malo y no piensas disculparte, bien, ahí está la puerta —le interrumpí señalándola—. Ella es la madre de mi hija y no voy a permitir que ninguno de ustedes vuelva a decir algo malo de ella.

—¡Okay! —aceptó como niño regañado.

Los demás estaban muy callados, tratando de no meterse en el asunto porque ahora sabían que les iría peor.

Llamé a Addison con tono amoroso; Sybil vino con ella.

Y cuando estuvo a mi lado, la abracé por la cintura, mientras que Sybil fue a pararse a un lado de su marido, quien le preguntó si no tenía calor.

—Hola, *niños ricos de Chelsea* —saludó Addison a Orville y Gary con una sonrisa tonta.

—Hola, *chica Starbucks* —le respondió Orville. Gary soló le sonrió en saludo y Alex bajó la cabeza aun regañado.

—Addison —le llamó Alex levantando la mirada—, quiero pedirte que me perdones por haber hablado mal de ti a tus espaldas.

Addison se quedó pensativa, de seguro tratando de entender a qué se refería.

—¡Oh! —expresó al recordar—. Dolió lo que dijiste.

Alex no dijo nada pero ya no escondió la cara.

—Te perdono solo con la condición de que no vuelvas a hablar así de alguien. No está bien, Alex. Las palabras también lastiman, aunque hayan sido dichas en son de broma —dijo Addison con un tono maternal.

Alex asintió con una sonrisa a medias. No sé si fue sincero o no, pero al menos ya le quedó claro que tenía prohibido decir algo malo de Addison

frente a mí.

Besé a Addison en la sien porque estaba siendo muy clemente con la situación. Pero eso también les demostró que ella sabía perdonar... Si lo sabré.

Hubo un silencio algo incómodo.

—¡Mierda! —exclamó de pronto Orville asombrado de algo. Nos confundió su reacción.

—¿Qué pasó? —le preguntó Gary.

—Se movió como si trajeras un Alíen adentro —respondió Orville a Addison, señaló el vientre.

Todos volteamos a verla, pero no pasó nada.

—¿Está despierta? —pregunté a Addison.

—Sí, acaba de hacerlo. Creo que no le gustó nada lo callados que están —respondió bromista.

—¡Mierda, lo hizo de nuevo! —exclamó asustado Orville.

—¡Por dios santo! —profirió Addison y fue hacia Orville para tomar su mano y colocarla sobre su vientre, en el lugar donde quizás estaba pateando la bebé.

Todos miramos a Orville, expectantes de su reacción. Le tomó unos segundos a la bebé moverse y Orville retiró la mano asustado.

—Es... ¡mierda! Muy extraño —comentó algo fascinado.

—No lo es cuando estás durmiendo y te patea la espalda —aclaré.

—Quiero un bebé —alcancé a escuchar que Sybil dijo a Brad al oído con tono demandante.

—¡No! No son juguetes para quieras uno solo porque otros tienen uno —aclaró entre risas nerviosas.

Todos rieron.

—Addison, ¿podrías venir un momento? —le llamó mi mamá sin levantar mucho la voz.

Addison fue a donde mi mamá sin objeción; le acercó al círculo que habían formado dos de mis tías. Después de algunas sonrisas, le tocaron el vientre y se fascinaron cuando la bebé las pateó. Mi princesa estaba conviviendo con todo mundo.

Sonreí al ver que nuestra hija también estaba conociendo a su familia, quienes la consentirían y amarían mucho cuando estuviera entre nosotros.

—Pues yo aún paso con los bebés, me gusta demasiado mi soltería para amarrarme con un matrimonio o un hijo —comentó Gary.

Creí que Sybil iba ofenderse pero, al contrario, le dijo que hacía bien. Que no hiciera infeliz a una mujer solo por la presión de la familia o sociedad.

Mis amigos siguieron hablando de otras cosas. Al poco rato se nos unieron las chicas y entonces regresamos a años atrás, cuando la vida era solo clubs exclusivos, viajes, fiestas elegantes, compras, diversión y... ¡mucho sexo casual!

¿Añoraba todo eso? Lo hice por un momento, pero entonces me di cuenta que había madurado. Ya no necesitaba todo eso para sentirme bien o ser feliz. Añorar a Addison me convirtió en una persona que solo quería una vida común y corriente a su lado. Además, podía tener todo eso con ella.

Me escabullí del grupo y fui a donde Addison, la abracé por la cintura cuando ella me recibió con una sonrisa.

—¡Hijo! ¿Dónde tenías escondida a esta niña? —me preguntó mi tía Harriet.

Solo sonreí irónico. Si supiera que ella era la que se escondió de mí.

—¿Podemos hablar un momento? —susurré a Addison.

—Sí, claro... —miró a mi tía—. Hábleme y yo la ayudo con los preparativos.

Jalé a Addison delicadamente, antes de que la volvieran a entretener.

—¿De qué hablaban? —pregunté curioso cuando la llevaba dentro de la casa, a mi cuarto.

—Tu tía va a hacer una fiesta de cumpleaños y quiere que la ayude.

—¿No es pesado para ti?

—No.

Cerré la puerta detrás de nosotros y caminé a ella sin quitarle la vista, extendió sus brazos para recibirme con una sonrisa de oreja a oreja. Le di un besó corto.

—Te he extrañado —susurró con sus labios casi tocando los míos.

Gemí dentro de su boca, era tan excitante tenerla en ese cuarto que fue testigo de mis fantasías sexuales de adolescente. De pronto, la niña nos pateó pero estábamos tan deseosos del otro que la ignoramos.

Siguió pateando cada vez más fuerte para que dejáramos de ignorarla.

—¡Okay! Regresemos —dije después de cortar nuestro largo beso que me demandaba a hacerle el amor ahí mismo.

—¿Me trajiste hasta acá solo para besarme?

—¡A-ha! ¿Querías que te besara enfrente de todos? —pregunté entre risas contenidas.

Me respondió tan apasionadamente cuando volví a besarle, que casi no sentí las patadas en mi estómago. Sin embargo, me quejé en un gemido cuando se hicieron más demandantes.

—¿Qué?! ¿No quieres que te siga besando? —me preguntó Addison confundida.

—Sí, pero es la princesa que demanda atención.

—¡Olvídate de ella y sígueme besando! —me ordenó Addison con una sonrisa traviesa, y en lo que hacía su abrazo más apretujado.

Levanté su vestido hasta tener acceso a sus pantaletas, y apreté su trasero, pero Addison cortó el beso en segundos y farfulló al bebé que ya iba a cumplir su capricho de alejarse de mí.

Reí entre dientes, divertido con lo celosa que era la princesa.

Addison suspiró resignada y caminó hacia la puerta.

—¡No, ven! Aun me tienes excitado —le dije tomándola de la mano para regresarla a mis labios de nuevo.

Ahora fuimos interrumpidos por mi celular.

—¡Carajo! —farfullé, resignado a que tendríamos que esperar—. Hola —respondí sin dejar de dar pequeños besos a Addison. Era mi mamá que me pedía que regresáramos a la reunión—. Sí, bajamos en un momento.

Guardé el celular y me apresuré de nuevo a perderme en sus labios. Solo la solté cuando creí que pasó un tiempo razonable para que ella no se quejara de que la dejaba insatisfecha de nuevo.

—Amor —le dije deteniéndola antes de salir—, espero que no sea tarde pero también quiero pedirte perdón por no defenderte cuando hablaron mal de ti... —me hiqué sin que se lo esperara—, y también por todas las estupideces que he hecho.

Addison me jaló de las manos para que me pusiera de pie.

—Te amo tanto que ya he olvidado todo —declaró acariciando mi mejilla amorosamente.

La besé como a ella le gustaba. Addison era realmente un ángel.

Bajamos al jardín después, comentando entre risas tontas que teníamos que ser serios para que no se dieran cuenta de que nos escapamos para un ligero faje.

—¿Dónde estaban? —me preguntó mi mamá.

—En mi cuarto... Llevé a Addison a que se refrescara un poco —respondí inocentemente.

—Bien. Ya vamos a comer —avisó mi mamá.

ADDISON

¡Por fin me dejaron un segundo a solas! Me escabullí a un árbol que estaba exactamente a mitad del jardín. Necesitaba un poco de sombra y aire frío. Ha sido un buen día. Todos me han tratado mejor de lo que esperaba, y ya me sentía un poco parte de la familia de Andrew.

Apoyé una mano en el tronco para aflojar los músculos de la espalda un poco; entonces, sentí una contracción que me obligó a cerrar los ojos y a respirar lentamente para relajarme, solo así pasaría más rápido el dolor. La doctora ya nos había advertido de las contracciones Braxton Hicks que eran el inicio de mi preparación para la labor.

—¿Te sientes bien? —escuché a Andrew a un lado mío, su mano descansó en mi espalda baja.

—Es una contracción.

No dijo nada pero me dio un rápido masaje en la zona donde descansaba su mano. Él siempre sabía cómo relajarme.

—Gracias —dije estirándome cuando el dolor pasó.

Empezaba a odiar estas cosas. Era como una estúpida advertencia de “¡ahí viene el coco!” ¿No podía venir de una vez y punto? ¿Por qué esa tortura de amenazarme con que el dolor que sentía ahora no se iba a comparar cuando el día llegara?

Me voltéé hacia Andrew, quien me atrajo con su mano en mi espalda. Me puse de lado para abrazarlo cómodamente, y descansé la cabeza y mi mano libre sobre su pecho. Estábamos casi en la misma posición que usábamos para ver la tele en la sala, solo que parados.

Estar en sus brazos me hizo sentir amada. Hacía calor pero el que él me proporcionaba no era atosigante, sino tan reconfortante como lo es una manta esponjosa en un día nevado. Su respiración me movía como una cómoda mecedora que arrullaba con su hipnótico ir y venir, y su loción me recordaba que estaba en brazos del hombre que amaba, y no de una falsa fantasía.

Antes creía que esa sensación que llegué a sentir con Andrew tras conocernos, era falsa. Algo que me metía en su cama sin problemas. Pero ahora descubría que siempre ha sido amor.

Al ver lo felices que estaban todos, me di cuenta que las lágrimas que derramé al sentirme tan sola semanas atrás, han sido olvidadas por el amor que nuestra bebé ya recibía de todos. Muy amada.

—¿Ya estás cansada, verdad? —preguntó en un murmullo.

—Un poco... Ya estaba a punto de cumplir deseos con tanta frotada de panza.

Andrew rió sin querer.

—Y los únicos deseos que debes de cumplir son los míos, ¿lo recuerdas?

Solté una risita.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —me consultó.

—¿No se molestarán tus papás?

—No. Creo que comprenderán.

—Sí..., pero ¿primero podríamos estar así un rato más?

Andrew hizo más poderoso su abrazo cuando descansó sus labios sobre mi cabeza. Mi cansancio desapareció por completo.

—Sybil acaba de tomarnos una foto —murmuró, cortando horriblemente mi mundo mágico construido por su ternura.

Volteé hacia Sybil, quien ya se acercaba a nosotros.

—Disculpen que los haya interrumpido pero se veían tan tiernos —suspiró—. Me hace tan feliz verlos ya juntos —agregó con sonsonete endulzado.

Entonces nos mostró la foto, y me enamoré de la imagen; aun nos veíamos bien juntos. Pero sobre todo, era la primera foto que teníamos como familia. Fue en ese preciso momento que me cayó la realidad encima. Desde que estábamos juntos, tenía la impresión de estar jugando a la casita; nos divertíamos mucho siendo mamá y papá... ¡Pero esto sí era real! Un ser humano iba a depender completamente de nosotros.

—¿Quieren que se las envíe? —preguntó Sybil.

—Sí, por favor... Andrew, ¿traes tu teléfono?

—Sí, claro —respondió sacando rápido su celular.

—Te ves cansada, Addison —me hizo ver Sybil en lo que pasaba la foto a Andrew.

—Sí, ya lo está. Creo que aquí termina la fiesta para nosotros —concordó Andrew.

Guardó su celular, luego tomó mi mano para regresarme a la reunión, en donde iniciaría la despedida y las últimas sobadas de panza.

—Sí, yo creo que nosotros seguiremos la fiesta en otro lado porque Brad no tiene intenciones de dejar al grupito —comentó Sybil, acompañándonos—. Addison, ¿vamos a comer en la semana y luego de compras?

—Sí, claro. ¿Me llamas?

—Sí.

La despedida fue larga. Todos volvieron a felicitarnos por nuestro

embarazo y esperaban pronto la invitación para un baby shower.

EL VALIOSO RELOJ

ANDREW

Salimos de la casa de mis padres con el alivio en nuestro semblante por haber pasado la prueba de fuego con éxito. Esta visita fue solo requisito innecesario, no íbamos a separarnos solo porque no aceptaban nuestra relación. Solo me importaba que Addison me amara, la opinión de los demás podría irse a la mierda.

Pero aun así la vida se sintió más ligera.

—Tendremos que hacer un baby shower. ¡Todo mundo me preguntó por eso! —comentó Addison con gestos de sorpresa. Según parece, no creyó que fueran hacerla parte de la familia Spencer tan rápido.

—Bella, tú eres la experta en esa materia. Solo dime cuánto dinero necesitas y listo —respondí entre risitas que contenían algo.

No quise revelar el secreto pero Sybil, Jennifer y Mary ya estaban trabajando en la planeación. Iba a ser una agradable sorpresa para Addison, porque, al parecer, ella estaba haciendo un plan de negocios para Jennifer acerca de cuán factible iban a ser los baby shower para el negocio, y no tenía idea que estaban organizando el suyo bajo sus propias narices.

—¡No! Pobre de nuestra nena, voy a arruinar su fiesta.

Reí de nuevo entre dientes, me estaba costando mucho trabajo guardar el secreto.

—No, no lo harás. No voy a permitirte.

—¡Ahh! —suspiró Addison—. Quiero llegar a casa, darme un baño, ponerme la pijama y acostarme a ver la tele contigo en la sala.

Su plan me sonó perfecto, porque también quería hacer lo mismo. Mi tía Harriet nos advirtió cuando nos despedimos de ella, que aprovecháramos el tiempo que aun disponíamos para descansar y dormir, porque no volveríamos a tener un minuto tranquilo en los próximos años. No fue un comentario alentador; de hecho, me hizo tragar saliva ante ese futuro que ya venía en camino y no podía hacerlo a un lado. No cuando sabía que perdería a Addison.

—Y si te sientes más relajada, ¿podríamos coger un rato? —consulté. Addison rió sonrojada—. Recuerda que prometí quitarte esa ternura de

encima, y hacerte el amor no te la va a arrancar. No me hagas romper promesas.

—¡Jamás! Además, yo también estoy un poco “libidinosa” —confesó coqueta.

Reí a gusto en lo que le ofrecía la mano para ayudarle a llegar al auto.

—¡Por dios! ¡No estoy tan gorda para que todo mundo me ayude! —espetó falsamente cuando estaba por abrir la puerta.

Sonreí irónico porque, aunque no lo admitiera, cada día ya le costaba hacer ciertas cosas que uno hace rápidamente, como pararse de una simple silla. O amarrarse las agujetas.

De pronto, algo se clavó dolorosamente en mi nuca. Era frío y duro... y no sé por qué me dio un jodido escalofrío lleno de miedo.

—No hagas nada y dame todo lo que traigas contigo, cabrón —escuché una voz agresiva a mis espaldas. Por un segundo me confundí. E iba a voltear para ver quién estaba jugando conmigo, cuando el hombre me amenazó repitiendo lo mismo pero con más rabia y decisión que antes.

Mi respiración colapsó cuando entendí que estaba siendo asaltado frente a la casa de mis padres... ¡En Kensington, carajo!

Levanté las manos por instinto y Addison hizo un movimiento en falso que llevó al ladrón a empujarla para que no le quitara el arma. Addison, en su condición, perdió el equilibrio y se estampó de frente muy fuerte contra el auto. Gimió de dolor cuando rebotó hasta caer al suelo.

—¡No, está embarazada! —le grité al ladrón por instinto. Bajé las manos para socorrer a Addison, pero el hombre empuñó más el arma en mi nuca; seguido escuché el seguro de la pistola. Ese fatídico clic me dijo que este era mi final.

Miré mi reflejo en el vidrio del auto, y esto no era una jodida broma. Luego miré a Addison, y estaba muy asustada; ella tenía una vista clara de la situación. Sus manos protegían su vientre instintivamente, dispuesta a morir por nuestra niña; y no sabía si llorar o respirar bien. No me moví por cobardía, sino porque no quería hacer cambiar de parecer al imbécil y disparara a Addison en lugar de a mí.

—Tranquilo... —dije al ladrón, pero solo me clavó más el cañón. Rogué porque no me matara enfrente de Addison—. No voy a hacer nada, solo déjame darte lo que quieres y..., por favor, te lo suplico. No le hagas nada a ella.

—Eso depende de ti, cabrón riquillo —amenazó buscando en mis

bolsillos; sentí que sacó mi celular y mi cartera—. Quítate el reloj.

Lo obedecí. Quizás dándose cuenta que era caro, nos dejaría en paz y se echaría a correr, pero desafortunadamente aprovechó esa pelea que tenía con el maldito reloj —estaba temblando porque ahora me pasó por la mente que una vez que me matara, seguiría con ellas dos—, y aprovechó para ir a donde Addison para levantarla de un agresivo jalón del brazo y amenazarle con la pistola.

Al fin pude ver bien al cabrón que me había convertido en un cobarde. Me hundí en sus ojos rojos muy brillosos, de seguro aún estaba en el viaje y necesitaba dinero para no sufrir un segundo de abstinencia. El resto de su semblante era el de una persona cansada de la vida, cuyo sentido de supervivencia solo busca un día más. Y por lo mismo, no tenía miedo de lo que estaba haciendo.

—¡Por favor, no! ¡No les hagas daño! —supliqué aterrado.

Addison soltó un quejido que no me pareció ser causado por lo fuerte que el tipo la estaba apretando. Oprimió más su vientre y se dobló un poco.

—¡Pues más vale que te apures, cabrón! —ordenó él bajando la pistola al vientre de Addison.

Estaba en completo pánico ya. Me arranqué el reloj como pude, e iba a entregárselo cuando el ladrón empujó muy fuerte a Addison, estrellándola de nuevo contra el auto y me arrebató el reloj para echarse a correr a toda velocidad.

—¿Estás bien? —pregunté acercándome a Addison, quien se desplomó sobre el auto. Estaba cayendo en shock: aún se agarraba el vientre mientras empezaba a llorar. La abracé para tranquilizarla, aunque estaba por darme un ataque cardíaco.

No podía creer que a ese imbécil no le importara que estuviera embarazada, que un ser inocente dependía de ella. De pronto, sentí agua mojando mis pies; bajé la mirada por instinto y las piernas de Addison estaban escurriendo agua rojiza.

—¿Qué te pasa? —le pregunté angustiado.

—¡No lo sé! —respondió ella entre jadeos y lágrimas.

Temblando de desesperación, la metí dentro del auto y corrí a mi casa asustado. Jamás en mi puta vida he tropezado tanto, sintiendo al tiempo ponerme cadenas para evitar que llegara a esa puerta.

Fueron los quince metros más largos de mi vida.

Toqué la puerta como loco y grité que se apresuraran a abrirme. Cada

segundo esperando nos estaba arrancando la vida. Mientras la mierdosa espera seguía haciendo de las suyas, escuché claramente el sollozo de Addison a lo lejos, y fue como si me estuvieran acuchillando sin que yo pudiera defenderme. Sentía mi vida irse sin detenerse.

Mi primo Patrick fue el que me abrió con una jodida calma.

—¡Llama a una ambulancia, algo le pasa a Addison! —le grité en lo que regresaba a Addison.

Una vez más el jodido tiempo quiso detenerse con mi tropiezo; esta vez caí.

La confusión creció a medida que seguramente fue dada la noticia dentro de la casa. Mi papá salió corriendo, seguido por mi mamá.

—¿Qué sucedió?! —exclamó mi mamá aterrada.

—¡Nos acaban de asaltar! —respondí en un grito.

Mi papá sacó su celular con mano temblorosa y pidió una ambulancia con voz entrecortada. No supo explicar a emergencias que Addison estaba mal. Jamás lo he visto tan horrorizado como en ese minuto.

Un primo le arrancó el celular y dio toda la información necesaria para que enviaran una ambulancia.

—Andrew... —me llamó Addison—. ¡Me duele mucho! —dijo con lágrimas en los ojos.

—Tranquila. Todo va a estar bien —prometí lo más calmado que pude. No tenía idea qué significaba ese líquido que escurría de entre sus piernas ni por qué se hacía cada vez más rojo.

¿Es sangre?, pensé. Y si lo era, nunca trae noticias buenas. Me preocupó que estuviera entrando en labor. Rogué que no lo estuviera ya porque al bebé le faltaban todavía tres meses, más o menos, para terminar su gestación. ¡Aún no estaba lista!

Mis familiares estaban en la acera, no se acercaban para no incomodar a Addison. O tal vez no sabían qué hacer.

Finalmente la ambulancia llegó. Me hice a un lado para que los paramédicos auxiliaran a Addison, quien no dejaba de decir entre lágrimas horrorizadas que faltaban once semanas.

Me sentí tan impotente por no poder hacer nada más que tomar la mano de Addison.

—¿Qué sucede, Addison? —preguntó Sybil asustada, llegando junto con los demás demasiado tarde.

—¡Papá, llama a la policía! ¡Mi tío dice que los asaltaron! —escuché

gritar a uno de mis primos.

Subí a la ambulancia con Addison. Mi papá dijo a los paramédicos que nos llevaran al Saint Mary's Hospital.

Addison siguió mirándome asustada, no soltaba mi mano que le daba todo el apoyo que podía ofrecerle. Uno de los paramédicos dijo por su radio que tuvieran preparado un quirófano y una incubadora. Addison no alcanzó a escucharlo, y quizás fue mejor porque eso quería decir que el bebé iba a nacer. Nos gustara o no.

El hospital no estaba lejos, pero, joder, ¿no podía ir más rápido la ambulancia?

Me dieron ganas de quitar al otro paramédico del volante para manejar yo, pero Addison no me soltaba ni dejaba de verme con pavor.

En cuanto llegamos al hospital, llevaron a Addison al ala de maternidad, le dieron un cuarto en donde inmediatamente la conectaron a máquinas por todos lados.

¡Carajo! ¡Esto es una emergencia, no un parto natural!

Me acerqué a ella y de inmediato agarró mi mano, seguía tan aterrada como yo.

Llegó la doctora y primero revisó el expediente antes de saludarnos, luego nos preguntó qué había pasado. Le di un rápido recuento.

¡Carajo! Lo único que debería interesarle es atender a Addison, no el jodido chisme. ¡Había sangrado!

Al final de la historia, mientras la doctora revisó las máquinas, le trajeron un ultrasonido. Y no sé qué vio ahí porque en tan solo un minuto salió sin decir nada; aunque se vio apresurada ya. Eso disparó mi alarma tanto que la seguí, diciendo a Addison antes que regresaba en un segundo; iba a averiguar qué carajos estaba pasando, que no se impacientara.

—¡Doctora! —le llamé en el justo momento en que estaba dando órdenes a una enfermera, que después corrió sin dudar—. ¿Qué sucede?

La doctora no me hizo caso porque estaba ordenando a otra enfermera que prepararan un quirófano. La detuve del brazo agresivamente para que me dijera de una vez por todas qué carajos estaba pasando.

—La bebé está sufriendo. Hay que sacarla.

—Pero..., doctora.

—Sí, es muy pequeña pero morirá si no la sacamos ya —explicó. La solté asustado, y ella aprovechó para ir a prepararse para la operación.

Entraron dos enfermeros al cuarto, creando algo de caos a su alrededor.

Me llevé las manos al cabello sobrepasado por todo. No pude entrar a ese cuarto; de hecho, me dieron tantas ganas de huir..., de correr hasta dejar todo atrás.

Pero ese maldito miedo que escogió un mal momento para burlarse de mí, desapareció en cuanto Addison salió en una camilla mirándome cegada un poco por las lágrimas. Rápido me acerqué para tomar su mano.

—Aquí voy a estar... ¡Las amo! —fue lo único que pude decirle antes de que me prohibieran el paso. No pude decirle que todo iba a estar bien porque no sentía que lo fuera a estar.

La sangre nunca es algo bueno.

Fui a la sala de espera. Mis padres y familiares más cercanos estaban ahí, incluidos mis amigos.

—¿Qué sucede? —me demandó mi mamá con tal desesperación. Como si conociera a Addison de años.

—No lo sé. La metieron a cirugía.

Nadie me dijo que todo iba a estar bien.

Me senté en el sofá a esperar noticias. Pero estaba muy impaciente, por lo que no tardé en ponerme de pie para recorrer la sala mientras torturaba mi nuca; aun tenía la sensación de ser encañonado. Y creo que lo seguía, pero esta vez por la vida misma. No logré conseguir algo de tranquilidad.

La doctora salió sin esperarlo. Vi el reloj y había pasado a lo mucho veinte minutos, aunque a mí me parecieron horas. Mi mamá y mi papá me acompañaron para recibir las noticias.

Pero a medida que caminaba, vi que la doctora apretó los labios y suspiró lamentando algo.

—No... no... no —dije retrocediendo. Alejándome inconscientemente de las malas noticias.

—Andrew, lo siento —dijo la doctora con voz apenada. Me detuve, sintiendo mi estómago enfermar—. La bebé era muy pequeña. La especialista de neonatología la entubó, pero solo pudo respirar un par de veces. Unos segundos de vida y... —suspiró con lamento—. Sus pulmones no resistieron, y su corazón dejó de latir enseguida. Ya no pudimos reanimarla.

Me quedé pasmado por la noticia.

No respiré.

Mi corazón no palpó.

Estaba perdido en algún lugar irreal, en donde todo se detuvo para que entendiera claramente que había perdido a mi hija.

Miré a mis padres, con la realidad en su mirada, y todo mi cuerpo volvió a funcionar.

Mi estómago enfermó.

Mi respiración dolió.

Mi corazón gritó completamente roto.

Lloré sin control por mi hija que fue arrebatada.

Mi mamá me abrazó fuerte y mi papá puso su mano en mi hombro.

—Lo siento mucho, hijo —dijo mi papá con dolor en su voz por verme sufrir así.

De pronto, reaccioné. Y todo mi dolor se detuvo solo un segundo.

—Addison... —susurré—. ¡Addison!, ¿cómo está? —pregunté angustiado por una respuesta que me llevó a la doctora con algo de agresividad.

—Está bien.

—¿Sabe que...?

La doctora asintió lentamente con la cabeza.

Suspiré, echando la cabeza hacia atrás, luego me restregué la frente angustiado. ¿Cómo íbamos a sobrellevar esto?

—Está en recuperación, pero podrás verla cuando la pasen a su cuarto.

No dije nada, solo asentí con la cabeza y me alejé de la doctora.

—Andrew, no has avisado a sus padres —me dijo Sybil.

—No tengo su número —le respondí.

—Te lo doy —asentí y esperé a que Sybil me enviara el número.

Marqué. Cada tono era tan lento, y el espacio entre ellos era martirizante. La tragedia estaba a punto de agravarse aún más.

Me contestó la señora Carter.

—Señora Carter, habla Andrew —le respondí cuando me preguntó quién hablaba. No le había respondido de inmediato, aún estaba pensando en cómo darle la noticia. Me saludó amablemente—. Señora, tengo algo que decirle.

—¿Qué pasó, Andrew? ¿Mi hija ya te tiene hartos con sus caprichos de embarazada? —preguntó con son de burla.

El estómago se me retorció del dolor que aun sentía. Sus caprichos siempre me resultaron risibles: sándwiches de plátano con azúcar, helado de café a media noche, leche con vainilla. Té... mucho té.

—Señora, estoy en el hospital... Addison... —suspiré pesado. La señora Carter me demandó que no hiciera dramática la noticia. No lo estaba haciendo, solo que no aceptaba lo que había pasado. Era como revivir un deja vu que seguiría mostrando su horror. Tragué saliva y seguí— perdió al bebé.

La señora Carter llamó a su esposo en un grito. Discutieron por algo y, entonces, el señor Carter me habló ahora. Me demandó apresurado el paradero de su hija. Le dije en que hospital estábamos y les pedí que viniera lo más pronto posible. Necesitaba que vinieran a consolar a su hija en lo que yo terminaba este recogimiento fúnebre.

Me dejé caer en el sillón más cercano en cuanto colgué. Todos me miraron como si esperaran que yo estallara o algo parecido. ¡Y quería hacerlo! Tenía un dolor en el corazón que seguía ahorcándome, y no había ni una sola mano amiga que me salvara.

Pero tenía que ser fuerte para cuando viera a Addison. No podía derrumbarme ahora.

Se acercó una enfermera y me preguntó si me gustaría despedirme de la bebé.

Mi respuesta fue *no*. Si la veía, sería real. Pero mi mamá me dijo que lo hiciera o nunca iba a aceptar su pérdida. Y que Addison jamás iba a perdonarme por no haber conocido a nuestra hija.

Terminé aceptando dentro de un respiro profundo. No podía perder a Addison, porque ya era lo único que me quedaba de la familia que ya amaba.

Me llevó a los cuneros, a la sección en donde tenían a los bebés prematuros.

—Le voy a dar unos minutos —me dijo la enfermera cuando me señaló una incubadora que estaba en un cuarto pequeño. Ella era la única que estaba ahí.

La enfermera salió en silencio.

Me acerqué a la incubadora con pasos contados, aun dentro de la sombra de la situación. Y me solté a llorar en cuanto vi a mi hija. Tan pequeña..., tan inmóvil..., tan parecida a mí. Sentí su tibieza en cuanto tomé su diminuta manita. A pesar de que ya no estaba aquí, las enfermeras le dieron un trato merecido para alguien que era profundamente amada.

Había perdido a una personita que hubiera hecho mi vida más completa y bella de lo que ya era junto a su madre.

Jamás la escucharía llamarme papá. Jamás la llevaría al parque a jugar. Jamás la vería jugar con sus muñecas mientras tomábamos té de fantasía... Jamás la vería crecer y convertirse en una hermosa mujer que despertaría nuestro orgullo cuando encontrara su propia felicidad. Jamás vería esa sonrisa por ser amada de igual manera que yo amaba a su madre.

¡Perdí a mi princesa!

Le canté su canción favorita, *Songbird*, en un murmullo doliente, para que

tuviera una hermosa despedida de su padre. Lamenté que Addison no estuviera aquí, despidiéndose también.

¿Por qué se tuvo que ir antes de conocernos?

Besé su frente, y esa suavidad y aroma que despedía aún, me mataron en lágrimas calladas. No podía dejar de verla y acariciar su cabecita. Y grabé su hermoso rostro en mi memoria para que siempre me acompañara. Quise cargarla, pero sabía que si lo hacía me iba a derrumbar por completo y no la soltaría jamás.

Dolía tanto.

Al poco rato, una enfermera se acercó y me susurró que ya podía pasar a ver a Addison. No quería dejar a mi hija sola, pero también quería ir a ver a Addison. Deseé partirme en dos para poder ser el soporte de las dos mujeres de mi vida.

Ahora era difícil alejarme de ella. No quería dejarla dentro de esa oscuridad en donde su pequeña alma necesitaba a sus padres. ¡Aún nos necesitaba!

Pero Addison estaba sufriendo, y creo que nuestra princesa entendería que no podía dejar a su mamá sola en este momento. Solo me quedó besar a mi bebé, decirle que fuera feliz y que no se preocupara por nosotros. Yo cuidaría a su madre por siempre.

La enfermera carraspeó un poco para llamar mi atención.

—La seguiremos cuidando con amor —prometió la enfermera. Seguramente para despegarme de ella.

Volví a darle un beso en su diminuta frente y me di la vuelta ya, sintiendo su silencioso llamado en cada paso. Respiré profundo para no regresar corriendo a ella.

Seguí a la enfermera por pasillos que se alargaban, haciéndose infinitos, hasta que finalmente llegamos. Escuché mis latidos en la cabeza, temerosos de ver a Addison mal.

La enfermera me dejó pasar, cerrando la puerta detrás de mí, no sin antes decirme que si Addison se ponía mal, la llamara rápido.

Vi a Addison acostada de lado, dándome la espalda. Me acerqué a ella lentamente, pero apenas rodeé la cama para verle el rostro, se dio la vuelta. No quería verme.

—¿Addison? —le llamé yendo al otro lado, pero se tapó el rostro como niña.

No supe qué decir para consolar su pena. No había palabras que pudieran

dar esperanza dentro de la pérdida que acabamos de tener.

Me quedé ahí, esperando que se diera cuenta que también me dolía.

Tocaron a la puerta y se abrió sin dudar: los señores Carter entraron temerosos. Addison, en cuanto los vio, demandó su consuelo, como si fuera una pequeña niña completamente perdida.

Sentí que estaba de más. Retrocedí en silencio, hasta que Addison notó mi huida y me echó una mirada llena de odio y resentimiento. Jamás me ha tratado así, ni aun cuando la lastimé con palabras llenas de mierda y ausencia.

Addison me culpaba por la muerte del bebé.

Lo peor de todo, es que me sentía culpable. No pude protegerlas de la maldad de ese hombre.

Salí cabizbajo del cuarto.

—¿Qué pasó? —me preguntó Orville en cuanto me vio.

Negué con la cabeza. No quería hablar por el momento.

—Vamos a comer algo, Andy —me sugirió Christa. Tomó mi brazo y me jaló hacia el elevador. Mis amigos nos siguieron como si ya fuéramos en la procesión que despedía a mi princesa.

UN TRISTE ADIÓS

ANDREW

Me convertí en un zombi desde ese momento en adelante. No sé cómo arreglé el funeral de mi hija, pero de alguna forma me partí en dos personas: una se quedó en el hospital, pendiente a que Addison me dejara verla, y otra andaba de arriba abajo arreglando papeles que hacían la pérdida aún más dolorosa con su burocracia.

El entierro de mi niña se hizo lo más pronto posible; dormiría para siempre en la cripta de los Spencer.

Ver a Addison aferrada al diminuto ataúd de nuestra hija me mató sin piedad. La llamó princesa muchas veces, y al despedirse de ella le dio un nombre que nunca tuvimos la oportunidad de escoger juntos, porque, estúpidamente, creímos que habría tiempo para eso.

—Duerme mi linda Ellah —le llamó.

Un hermoso nombre para mi hija tan perfecta y preciosa.

Solo me dejó acercarme una vez, cuando le puse una pequeña flor que era igual de bella que mi princesa. A partir de ahí, cada vez que daba un paso hacia mi hija, Addison me atacaba sin piedad. Me gritaba que no la tocara. Sus lágrimas siempre fueron cuchillos que me mataron por turnos.

La obedecí, al menos cuando alguien se compadecía de mi dolor y la alejaba para que pudiera ver a mi hija. Cada vez deseé sacarla de esa pequeña, pero muy fría caja. Suplicarle que regresara a nosotros. Pero solo pude tararearle su canción y decirle una y otra vez que la amábamos mucho.

Después del funeral, Addison me dejó sin importarle que yo estuviera sufriendo también. No regresó conmigo al departamento; sino que se fue a la casa de Robert. Le di su espacio solo porque sabía que Robert era psicólogo y podría ayudarle más que yo. Aunque mi sufrimiento solo sería calmado con Addison a mi lado. Los dos compartíamos el mismo dolor.

La primera noche solo, me emborraché y lloré sin control. De que me servía la pequeña fortuna que estaba forjando sin Addison y Ellah a mi lado. Además, es cierto lo que dicen: “Ningún padre debe enterrar a su hijo”. No es natural... Todo cambia, y no para bien. Estuve un segundo en un presente que

amé, solo porque mi hija estaba en mi vida ya, y al siguiente, tras su partida, regresé a ese pasado sin ella y Addison. En donde era tan banal... Y lo odié hasta el punto de desgarrarlo en ira.

Dos semanas después, los padres de Addison vinieron a nuestro departamento para recoger todas sus cosas.

—Pero... ¿por qué lo hace, señor? —pregunté a su padre en lo que su esposa echaba la ropa de Addison a una maleta sin tener mucho cuidado.

—No lo sé, Andrew. Robert nos dijo que tú y Addison terminaron tras el funeral.

—No, señor, es mentira. ¿Por qué voy a romper con ella si la amo? —contradije. Por sus gestos, el señor Carter no me creyó. Agregué—. Señor, si no la amara o me hubiera sentido obligado estar con ella por mí hija... —respiré profundo para contener el desespero—, hubiera huido a la primera oportunidad. ¡Me duele que ella me haga a un lado de nuevo!

Ambos callaron.

—No, no voy a dejar que lo haga de nuevo. ¡Ya estoy hasta la madre de que crea que no siento cada uno de sus desprecios! —aseguré tomando con agresividad las llaves que estaban en el buró.

Dejé a los señores Carter ahí, trataron de detenerme sin mucho esfuerzo con gritos. Al parecer, también creían estúpida la actitud de Addison.

Fui a donde Robert lo más rápido que pude. Más que triste y desesperado por el rechazo de Addison, estaba muy enojado, tanto para golpear al primer imbécil que se metiera en mi camino. Más valiera que Robert fuera inteligente y no se metiera en cuanto empezara a discutir con Addison.

Llegué más rápido de lo esperado y, sin dudar, toqué la puerta con fuerza. Respiré un par de veces cuando sentí la impotencia a punto de salir antes de tiempo.

Abrió Robert, y me dejó pasar. Me avisó en un murmullo que Addison estaba en su cuarto.

Hombre inteligente, pensé.

Subí los escalones de dos en dos. Ahora si conocería a Andrew Spencer.

Pero apenas entré al cuarto y la vi parada en la ventana que daba al jardín trasero, casi catatónica, todo ese enojo desapareció y solo quise que viera en mi presencia desaliñada que yo también estaba sufriendo, que la amaba mucho y que la necesitaba a mi lado hoy y siempre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me reclamó con una entonación enojada,

después de un largo minuto en silencio. Ni siquiera se dignó en darme la cara para que viera mi congoja.

—Vine a hablar contigo —respondí con actitud de un niño regañado.

—No quiero verte.

—Addison, por favor —supliqué acercándome a ella en un trote que terminó abrazándola de espaldas. El aroma que despidió su cuello fue tan reconfortante; así me di cuenta que solo podríamos pasar por esto estando juntos.

No huyó de mi abrazo pero sí sentí su rechazo tajante.

—Es tu culpa que esté muerta —susurró bajando la cabeza, después de varios segundos.

—Addison, yo no...

—¡Sí! ¡Es tu culpa que esté muerta! —gritó de nuevo, deshaciendo agresivamente el abrazo y dándome por fin la cara para dejar libre todo ese rencor que me ha tenido desde que hablé mal de ella a sus espaldas. Nunca había desaparecido, solo estaba buscando el momento justo para ser expresado.

—¿Por qué...?

—Si tú no hubieras reaparecido en mi vida... Si no te hubieras dejado convencer por Robert para quedarte... Si no te hubieras entercado en ir ese día con tus padres... Si... —dijo con las lágrimas brotando ya. Estaba mudo, mirando cada lágrima que era la prueba de la realidad de sus reclamos.

Suspiró profundo entre sollozos.

—Allah estaría viva —terminó.

—Addison, ¿crees que no me he reclamado lo mismo una y otra vez? —cuestioné, tomándola de los hombros para abrazarla, pero me manoteó para que no la tocara.

—Yo también la perdí, no solo tú.

—¡No, jamás fue tu hija!... ¡Jamás la quisiste!

—¡No se te ocurra decir eso! ¡Hubiera dado mi vida por la de ella...!

—¡Y no lo hiciste! ¡Fuiste un cobarde! ¡Dejaste que ese maldito hombre nos amenazara!... ¡Dejaste que la matara!

Bajé la cabeza, avergonzado de la verdad.

—Ojalá fueras tú el que estuviera muerto y no ella —terminó con dientes enlanchados de coraje.

Levanté la mirada con una lágrima recorriendo la mejilla. Fue irónico que exigiera mi muerte porque ahora deseaba estarlo.

—¡Lárgate de mi vida! ¡Se de nuevo ese estúpido niño rico de Chelsea que huye a la menor oportunidad! ¡Eso es lo único que haces jodidamente bien! — gritó con lágrimas ya callándola; después se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo.

Estaba devastada... ¡Ambos lo estábamos!

Me hiqué para consolarla pero solo logré que me empujara hasta caer de asentaderas; se irguió cual árbol protector y siguió gritándome que la dejara en paz.

En eso entró Robert, y en cuanto Addison lo vio fue a buscar la protección que se suponía solo yo podía ofrecerle.

Robert no dijo nada, ni siquiera me pidió que me marchara. Y no había necesidad de que lo hiciera porque ya había entendido que estaba luchando por una persona cuyo corazón estaba tan destrozado que jamás habría comprensión para mí.

Addison jamás dejará de culparme por la muerte de nuestra hija. Me levanté completamente ignorado por ellos y salí de la casa, cumpliendo, irónicamente, el reclamo de Addison.

Subí al auto y me tomé un minuto para respirar. Pero junto con la soledad llegó de nuevo el enojo, y me desquité con el volante. Lo golpeé hasta que las manos me dolieron y las lágrimas nublaron mi visión.

Jamás he sentido tanto dolor. Ahora me doy cuenta que siempre he sido un “niño mimado” que nunca ha conocido la verdadera pena. También sentía una impotencia ante la vida que estaba jugando injustamente con nosotros.

En ese momento, recibí una llamada que iba ignorar, pero al ver el número, una fortaleza llegó de algún lugar perdido y contestó.

—Buenas tardes, detective —respondí recobrando la seguridad.

—Buenas tardes, señor Spencer —dijo con monotonía. Agregó—. Le hablo para informarle que hemos atrapado al ladrón, gracias a que trató de usar una de sus tarjetas en una cafetería.

Sonreí ante la estúpida ironía de la vida.

—¿Podría venir usted o su esposa a un reconocimiento facial? Ambos asegurarían más la condena de este hombre.

—Iré yo —respondí rápido—. Mi esposa está... indispuesta. La muerte de nuestra hija le ha afectado mucho —agregué mirando hacia la casa de Robert. Estúpidamente esperé que esa puerta se abriera y Addison saliera corriendo para decirme que se había pasado con sus palabras.

—Lamento su pérdida... Bien. Entonces, lo espero en la estación lo más

pronto posible.

—Iré para allá en este momento.

Marqué en seguida a Robert, pero no me contestó; entonces, le envié un mensaje notificándole lo que me había dicho el detective: que ya iba a reconocer al imbécil asesino y que Addison debería hacerlo también lo más pronto posible.

Ya había perdido a Addison, pero iba a vengar la muerte de mi hija, y ese imbécil no iba a ver la luz del día por un buen tiempo, de eso iba a encargarme.

Estaba parado frente a esa ventana que me dejaba ver a cinco hombres cuyas facciones podrían confundirme, pero el dolor aún estaba vivo y reconocí al instante al demonio que se había llevado a mi hija.

—El número cuatro —dije al detective.

—¿Está seguro?

Me enfoqué en ese par de ojos que ahora estaban lúcidos. El cabrón se veía tranquilo, a pesar de saber que al fin le harían pagar sus pecados, encerrándolo por mucho tiempo con escoria igual que él.

—Reconocería al asesino de mi hija incluso a oscuras —respondí mirándolo. Creo que la actitud que traía era de un hombre que buscaba justicia.

—Bien, eso es todo por ahora. Lo mantendremos informado.

Estreché la mano del detective formalmente y salí de ese lugar hiperventilando. Me afectó mucho ver ese rostro que ahora no parecía el de alguien malo, pero sí de alguien ignorante de que había arrancado una pequeña vida de mi Addison.

Empecé a cuestionarme por qué lo había hecho, si algo malo lo había llevado a cometer un delito en un lugar que estaba vigilado por cámaras. ¿Habrá estado tan necesitado para cometer un crimen impensable?

La piedad que empecé a sentir por ese hombre, cambió en algo incomprensible en cuanto vi a Addison y Robert bajando del auto.

Hacia menos de dos horas que la había dejado, y la nostalgia y el dolor por no estar a su lado era asfixiante.

Me subí al auto, tratando de no llamar su atención, y huí de ella de nuevo.

Regresé a mi departamento. Ya los padres de Addison se habían marchado, pero dejaron una nota en donde me deseaban suerte y que si alguna vez

necesitaba hablar con ellos, podría hacerlo. La hice a un lado y fui a sentarme en el sofá en donde miré todo a mí alrededor; lágrimas de nuevo. Jamás he sentido ese lugar tan vacío como en ese jodido momento. Incluso en el vientre, Allah terminó de ponerle la etiqueta de hogar.

Tenía que salir de ahí antes de volverme loco de dolor.

Me limpié las lágrimas con agresividad, y después fui al cuarto para empacar atrabancadamente una maleta pequeña; decidí pasar unos días en casa de mis padres. Las únicas personas que me amaban incondicionalmente.

No sé cómo logré manejar con tantas cosas aun destrozando mi vida, pero en un pestañear ya estaba tocando la puerta sin dejar de respirar profundo para no derrumbarme frente a mis padres; sin embargo, no fue nadie de la servidumbre quien me abrió, sino Karla. En otra ocasión hubiera actuado indiferente con ella, incluso ser grosero, pero al verla me arrojé a sus brazos para buscar el consuelo que necesitaba. No lloré pero sí dejé ir todo en ese abrazo que estaba cortándome el respiro. Karla soportó todo.

—Andrew —escuché que mi mamá me llamó. Salí del abrazo para saludarla, también le di un abrazo pero no estuvo tan lleno de frustración como el que di a Karla.

—¿Puedo quedarme aquí unos días? —pedí.

—Sí, claro, hijo. Quédate todo el tiempo que quieras —respondió mi mamá, después ordenó a alguien de la servidumbre para que subieran mi maleta y arreglaran el que siempre sería mi cuarto.

Muchos padres, cuando el hijo deja el nido, utilizan su cuarto para algo más. Mis padres nunca lo han tocado. Así me dijeron que siempre tendría un lugar a donde ir cuando las cosas estuvieran mal. Tal y como en este momento.

—Estábamos a punto de comer en el jardín con los papás de Karla —comentó mi madre jalándome de la mano para sacarme al jardín.

Karla venía detrás de nosotros en silencio. Me sentí mal, me arrepentí del gran bastardo que fui con ella la última vez.

Los padres de Karla estaban riendo por algo que les decía mi padre. Actuaron todo el tiempo como si yo no estuviera pasando por el peor momento de mi vida. Me senté para convivir con ellos, con actitud relajada; contuve todo el tiempo mi problema.

Sin embargo, Karla, quien estaba sentada a mi lado, me preguntó en un susurro si estaba bien. Si necesitaba hablar.

Una sonrisa apretada le dijo que estaba lidiando con la situación lo mejor que podía.

La reunión siguió hasta que cayó la noche y una tímida llovizna nos obligó a entrar a la casa.

—¿Te gustaría ir a tomar una cerveza y platicar? —me preguntó Karla en un susurro.

Acepté, porque sí necesitaba esa cerveza. No tanto la conversación. No quería revivir todo de nuevo porque estaba seguro que el día de mañana las preguntas sin respuestas volverían a lastimarme más.

Fuimos a un bar cuya clientela estaba muy relajada. La música no estaba muy alta así que pudimos conversar sin estar gritando.

—Lamento lo que están pasando, Andy —dijo Karla cuando nos sentamos en un sillón que compartimos con más personas.

Sonreí a fuerzas. Gracias a su amenaza vía Gary, no la creía capaz de sentir compasión por Addison; la odiaba aun. Solo estaba siendo amable para volver a meterse en mi cama.

Tal vez era lo que tenía que hacer: caer aún más bajo.

—No, Andy, en serio lamento que estés sufriendo —agregó cuando mi gesto incrédulo escapó al beber mi cerveza—. Ojalá pudiera aliviar un poco tu sufrimiento.

—No tienes que hacerlo, Karla. No te corresponde.

—Todo lo contrario, sabes que siempre te he amado, eso no ha cambiado solo porque... —calló bajando la mirada, tal vez entristecida aun por mi rechazo—. Por lo mismo que te amo, jamás te desearé algún mal.

—Gracias, Karla.

—Si necesitas a una amiga... o algo más, sabes que siempre estaré a una llamada.

—No quiero sonar presuntuoso, pero lo sé. Y por lo mismo, no quiero aprovecharme de ti en este momento.

—¡No, no, no! No te estás aprovechando. Siempre he querido ser esa persona en la que puedes apoyarte... como en este momento. Estoy aquí para ti completamente —aclaró, tomando mi mano.

Sin querer me perdí en su mirada. Estaba mal, así me lo decía mi corazón, pero también reconocía que en este momento necesitaba a una amiga incondicional. Y Karla, a pesar de todo, eso ha sido.

Orville, Alex, Gary y Brad eran mis grandes amigos, pero no eran el tipo de personas que te ofrecen su hombro para llorar. Tal vez para que puedas quejarte una media hora, pero en seguida buscarán la manera de sacudirse el problema. Y mis amigas, bueno, a menos de que les hablara de ropa, estarían

ahí para mí. Aún seguían siendo superficiales.

—Gracias, Karla —le dije con una sonrisa honesta mientras mi mano hacia más fuerte su apretón—. ¿Puedo quedarme en tu casa? —le pregunté sin saber por qué.

Me miró sorprendida, no esperaba que en verdad solicitara su apoyo. Pero al ser ajena a mi pérdida, podría ayudarme mejor. Si regresaba a casa de mis padres, Addison estaría ahí todo el tiempo, en pensamiento y en sentir. Estando con Karla, podría tener un poco más de claridad para seguir mi vida. Ella ocuparía mi mente con sus conversaciones.

—Quédate todo el tiempo que quieras —aceptó con una sonrisa algo feliz—. Yo te ayudaré a seguir adelante —terminó dándome después rápido un beso en la mejilla.

Sonreí a medias.

ANDREW

Jamás creí que Karla alguna vez sería una parte agradable en mi vida. Bien dicen que conoces la amistad en los momentos difíciles. Y Karla estaba siendo incondicional.

Mis amigos llamaban ocasionalmente, pero solo por cortesía; al menos Orville, Alex y Gary. Brad trató de ser un verdadero amigo, pero dado a que estaba casado con la mejor amiga de Addison, estaba en una posición difícil. Y es que cuando lo veía, de alguna manera u otra terminaba preguntando por Addison. Ahora entendía porque ella dejó de hablar a Sybil.

Mi amigo no quería lastimarme con posibles rechazos transmitidos desde lejos y cambiaba de conversación.

De tal manera, empecé a depender más de Karla. De su compañía, de su sonrisa que me animaba en un momento triste, y de sentirme necesitado por alguien.

La situación empezó a hacerme creer que tal vez la vida que busqué tener con Addison no era la que el destino quería para mí. De una forma u otra, siempre terminábamos separados y muy lastimados. En cambio, con Karla, todo fue fácil desde niños. Tal vez era momento de que hiciera caso a la vida y aceptara que la mujer para mí era Karla, y no Addison.

Era una decisión difícil de tomar, porque amaba mucho a Addison. La he amado por años, pero no podía seguir lastimándonos. Tenía que seguir adelante.

Un día me quedé de ver con Brad en el Starbucks en donde conocí a Addison, y le platicué la noticia que me dieron esa mañana: el ladrón ya está pagando una condena de tres años.

—¡Al fin! —expresó Brad aliviado.

—Creo que es poco castigo para alguien que ocasionó la muerte de Ellah —le comenté, jugando con la servilleta.

—Pero los pasará en un lugar que, con suerte, le hará arrepentirse del gran

daño que les hizo.

—Eso espero —concluí, quedándome después en silencio un rato.

—¿Estás bien? —preguntó Brad, temeroso de que estuviera así por la noticia, la cual me dio tranquilidad, porque ahora sí Addison estaría segura.

Por días temí que dejaran al ladrón libre y decidiera vengarse con Addison por mi identificación en la estación de policía. Supliqué al detective que me avisara de inmediato si tal atrocidad sucedía; tenía pensado pagar seguridad para que cuidara a Addison.

—Estoy pensando en tener con Karla una relación seria —le comenté, cambiando así la conversación.

—¿Estás imbécil o qué? Por favor, no me digas que ya perdiste la jodida razón —espetó.

—No lo sé. Quizás sí... Pero Karla me ha apoyado mucho, he conocido un lado de ella que es ideal para mí.

Brad hizo un puchero molesto.

—No te equivoques, Andrew. Estás dando patadas de ahogado y Karla no es tu jodido salvavidas. ¡Jamás lo ha sido, jamás lo será!

—Empiezo a creer que sí lo es.

Refunfuñó porque no podía hacerme cambiar de opinión.

—¿Aun amas a Addison? —preguntó serio mientras su mano jugueteaba con una servilleta.

—Siempre la amaré. Pero no importa cuánto lo haga porque a ella no le importa. Y a la vida tampoco. Además, Karla siempre ha estado ahí para mí; aun cuando la he tratado peor que a un insecto mierdero.

—Vuelve a hablar con ella. No te rindas.

Solté un suspiro, ya había perdido la esperanza.

—En otra ocasión, lo haría, Brad. Pero ella me culpa por la muerte de Ellah —logré decir. Tragué saliva para callar ese dolor que aun sentía cuando pensaba en mi hermosa princesita—. Y yo también me culpo por eso.

—No, no tienes la culpa.

—Si no la hubiera buscado... Si no hubiéramos ido a donde mis papás... —justifiqué con la mirada perdida.

—Si yo no hubiera entrado a este Starbucks.

Miré rápido a Brad cuando dijo eso, muy confundido.

—De acuerdo a tu lógica, yo soy el culpable de todo... Yo te introduje en su vida.

Suspiré concordando con eso.

—La vida puede ser una hija de la fregada, Andrew, pero también puede ser maravillosa con uno. Te dio un bebé que...

—Sí, y me la quitó —refuté desviando el rostro para limpiar esa lágrima que logró escapar. A Brad no le incomodó la situación.

—La bebé te dio la verdad de que Addison te ama... —mi bufido incrédulo lo calló, en este momento me parecía una broma de mal gusto que asegurara eso. Siguió—. No te des por vencido, Andrew. No tomes decisiones con el corazón roto porque, cuando la vida te muestre porqué se portó como una perra contigo, será muy tarde. Podrías arrepentirte.

—Tal vez, pero necesito a Addison... —solté un suspiro lleno de nostalgia y seguí—. Necesito a alguien que me dé un poco de su luz. Que comprenda cuánto duele haber perdido a mi hija... Solo Addison puede comprenderlo.

“Necesito que me diga con una sonrisa que soy importante en esta vida.

—Te lo estoy diciendo.

—Gracias, amigo, pero no es lo mismo. Me refiero a amor incondicional.

Brad se quedó callado un momento.

—Addison solo está pasando por un momento muy difícil.

—¿Y yo no?

—También, Andrew. Pero entiende que ella estaba engendrando una vida. Tú experimentaste todo desde afuera y tardíamente.

—¿Ahora me vas a echar en cara que no estuve con ella desde el principio? ¿Crees que no me reclamo cada jodido minuto de mi patética vida que estuve lejos de ella? ¿Que si hubiera tenido las suficientes bolas mi familia la hubiera conocido antes y no hubiéramos estado ese día en casa de mis padres?

—No... Lo siento, no quise menospreciar tu dolor —resopló arrepentido de haber dicho eso.

—No hay problema —solté ya resignado, después reí entre dientes muy irónico y comenté—. Lo que me extraña es que estemos hablando de esto. Nunca hemos hablado de “sentimientos”.

Brad rió entre dientes irónico.

—Creo que el matrimonio me ha hecho “sentimental”.

—Bueno, ya que estamos “abriéndonos” —comenté aun irónico—, a veces paso las noches mirando el techo repitiendo Addison una y otra vez. Y otras veces te juro que la escucho hablándome al oído.

Brad se carcajeó.

—Obsesión y un fantasma —comentó, luego suspiró—. Está bien, hay

cosas que no deberíamos decirnos... Y mucho menos en una cafetería.

—A menos de que estemos ebrios... —hice gestos sarcásticos—. Entonces tendrás que aguantar todas mis cursilerías respecto a Addison. De cuánto la amo..., de cuánto la necesito..., de que daría todo el dinero del mundo por...

—Creo que ya no es necesario el alcohol —me interrumpió Brad con gestos sarcásticos.

—Tu abriste la puerta trayéndome aquí, cuando sabes que Addison está escrito por todos lados —aclaré antes de beber de mi taza como si fuera una cerveza espumosa.

—Por favor, Andrew. No hagas nada con Karla de lo que te puedas arrepentir. Todo este jueguito me confirmó que jamás vas a olvidar a Addison.

—No me voy a acostar con Karla ahora. No puedo porque, tienes razón, amo mucho a Addison aun. Pero tampoco voy a seguir atorado en su recuerdo. Ya no puedo hacerlo, Brad.

—Lo siento, Andrew. Pero aun creo que estás cometiendo el peor error de tu vida al dejarla atrás.

—Eso deberías decírselo a ella. Parece que disfruta mucho botarme de su vida siempre que cometo el más pequeño error... Además, yo no fui quien la corrió de la casa.

—¿Por qué no hablas con Robert...?

—¿Por qué tengo que hablar con él? —pregunté confundido. Él no tenía nada que ver en esta decisión.

—Porque es su amigo...

Solté un resoplido irónico.

—Y no tiene que estar solucionando nuestros problemas —aclaré.

Brad miró la taza sin saber qué decir. Entonces, me encogí de hombros y crucé los brazos, ya no quería seguir hablando de mi rendición.

Tal vez tenía razón, pero tal y como se lo dije, necesitaba sentirme importante para alguien. La muerte de Ellah me arrancó más cosas de lo que creían todos.

KARLA

TRES MESES DESPUÉS

Vivir con Andrew ha sido más difícil de lo que llegué a creer. Al comienzo, me emocionó mucho tenerlo aquí siempre, dispuesto a seguir adelante... quizás conmigo. Pero cada momento en silencio que se perdía, sabía que

estaba pensando en Addison y su hija.

Ojalá pudiera hacer algo para que se olvidara definitivamente de ellas. Que se diera cuenta que yo soy la mujer con la que debería estar. La única que puede darle todo lo que desea ahora.

Cometí un gran error al acostarme con su mejor amigo, pero desde que *ella* lo dejó, he tratado de enmendar mi error. Creí que lo había conquistado pero la reaparición de mi némesis me confirmó que no fue así; solo estuvo pasando el rato divirtiéndose conmigo. Entonces, apliqué la misma táctica de ella, pero nunca me buscó. Por esos días fue cuando me enteré que había regresado con ella porque estaba embarazada. ¡No pude creer en aquel momento que él cayera en tal manipulación!

Por días planeé arruinarle la vida, de hacerle ver que solo porque ella estaba embarazada, no tenía que hacerse responsable de ese bastardo. Entonces la suerte apareció a mi favor y ella lo perdió. Sinceramente, me alegré. Ya no habría “inconveniente” para quitárselo a Addison.

Pero entonces abrí la puerta de la casa de los Spencer y lo vi con maleta en mano, ojeras muy marcadas, barba muy descuidada y una tristeza palpable. No pude ya seguir regodeándome con su sufrimiento. Lo amaba mucho para desearle más mal. Aunque a ella la odié aún más por lastimar así a Andrew.

No sé qué le llevó a pedirme el favor de dejarlo quedarse conmigo, pero era muy claro que no iba a dejarlo a la deriva como ella.

Y no lo he hecho desde entonces.

Me senté a ver la televisión con él. Sin esperarlo, él se acostó en mi regazo dentro de un suspiro que me suplicó que le diera un poco de amor. Acaricié su cabello cariñosamente.

—¿Te gustaría salir a cenar? —le consulté.

—No. Mejor pedimos comida y nos quedamos aquí.

—Bueno, siempre y cuando mañana salgamos a tomar unas cervezas.

—Está bien. Siempre y cuando no me pidas que te lleve a tomar té después —respondió sarcástico.

—¿Por qué tendría que pedírtelo? Sabes que no me gusta.

—Es una lástima porque... —se quedó callado en un suspiro doloroso.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada.

—Déjame ayudarte, Andy.

—A Addison le gusta el té.

—¡Oh! Quedamos en que no íbamos a hablar ya de ella. Si sigues recordándola, nunca la vas a poder olvidar.

Se levantó de mi regazo.

—Será mejor que regrese a mi departamento —avisó.

—¡No, no, no! —le detuve sujetando fuertemente su mano—. No tienes que marcharte. ¿Quieres ir a Starbucks?

No quería ir. Odiaba ese lugar. Si iba a tomar café, entonces, tenía que ser gourmet. Pero era el único lugar en donde Andrew se liberaba de todo y conversaba conmigo amablemente, incluso reía.

—Okay. Yo invito la tarta de moras.

—Claro —accedí poniéndome de pie, notando que su sonrisa ya no era falsa, sino con mejor ánimo.

Nos sentamos en uno de los sillones ya con su café, tarta, y mi chocolate caliente en mano. Andrew, sin ser muy notorio, revisó el lugar.

—¿Qué tal te fue en el trabajo? —me preguntó casual.

—Bien —Andrew me hizo gestos de que no mintiera—. Aburrido.

—¿Por qué no trabajas en algo en compras? Es lo único que he visto que te gusta hacer.

—Pero nadie paga por hacer eso.

—Sí lo hacen, Karla. Se llaman Gerentes de compras.

—¿En serio?

—Sí. ¿Por qué no hablas con Gary? Tal vez pueda darte ese puesto en la empresa de su papá.

Gemí muy reacia en hacerlo. Cuando me enojé porque la tipeja que me quitó a Andrew iba a tener un bebé, caí en los brazos de Gary. Afortunadamente reaccioné y lo detuve a tiempo, cuando sus manos estaban por quitarme la ropa ya. Estuve a punto de cometer otra vez el mismo error.

Y si quería que Andrew se quedara conmigo esta vez tenía que dejar de estar acostándome con sus amigos.

No sé si Gary le habrá dicho lo que pasó entre nosotros. Es posible que no porque Andy no se hubiera contenido en echármelo en cara.

Aunque confieso que inexplicablemente ese beso alborotó un poco mis mariposas en el estómago... Pero solo un poco. Seguramente fue porque me sentía deseada por alguien de nuevo.

—Karla, no quiero sonar como tu papá pero tienes que encontrar algo que

te apasione. Estás desperdiciando tu vida en banalidades.

Solté una risita.

—Sí, sí parece mi papá —comenté, logrando que Andy sonriera—. Siempre he tenido algo que me apasione.

—¿Ah, sí? ¿Qué? —preguntó curioso.

—Tú, Andrew. Tú eres quien me apasiona en la vida... Te amo.

Andrew no dijo nada, ni siquiera hizo algún gesto que me dijera que le molestara, solo me miró por largos segundos.

—Andrew, te amo —le repetí, creyendo que se había quedado de nuevo en esos estúpidos recuerdos con ella. Mi confesión no podía ser un detonador de esos malditos recuerdos—. No te importa que te ame. Nunca te ha importado —balbuceé bajando la mirada.

Al fin reaccionó, aunque no como lo esperaba: se rascó la nuca y soltó un suspiro callado.

—Karla...

—No, Andrew. No me pidas que deje de amarte porque nunca he podido hacerlo.

—Sí, pero...

—Solo quiero decírtelo. Que tengas muy presente que a pesar de todo *yo* te amo. Y desde este momento te lo diré a diario para que no te quede la menor duda.

—Será mejor que regrese a mi departamento —murmuró acomodándose de tal manera que se encerró en su propio mundo.

—No te estoy corriendo... —le atraje de nuevo a mi tocando su brazo.

—No, pero has tocado algo que es incómodo. Y lo mejor es que... ¡Carajo! —resopló. Estaba incómodo—. Gracias, Karla por todo el apoyo que me has dado...

—Tampoco te estoy pidiendo en este momento que me ames. Solo quiero que lo sepas y me dejes conquistarte... de nuevo, Andy. Sé que he cometido errores contigo, creyendo que te regresarían a mí, pero aun así te suplico que me des una segunda oportunidad. No te decepcionarás de mí esta vez... ¡Lo prometo!

—Y por eso tengo que irme de tu departamento...

—¿No me vas a dar esa oportunidad? —pregunté algo dolida.

Andrew se quedó pensativo un momento, sin dejar de mirarme.

—Trataré. Pero si sigo en tu casa no podré hacerlo... Creo que es mejor que tú y yo empecemos desde cero, Karla... Dejar nuestro pasado atrás

porque, de lo contrario, seguiremos estancados en la misma mierda que ha sido nuestra relación. Has empezado siendo mi amiga, pero para lo siguiente necesito alejarme de ti.

Sonreí esperanzada. Me pareció bien su sugerencia porque tampoco quería que cuando *algo* surgiera, Andrew me echara en cara mis acostones con Brad. Así él estaba poniendo un nuevo comienzo desde este momento, en donde conocería a una nueva Karla.

—Me parece bien, Andy —cedí tomando su mano—. Solo quiero que me ames. Verás que no te arrepentirás de estar conmigo.

Él miró el agarre con incomodidad, pero aun así no retiró la mano; sin embargo, después dejó salir una sonrisa que tenía un toque de esperanza.

—Andy... —dije retirando la mano para que sintiera que no me estaba aprovechando del momento—, ¿podemos empezar a “re-conocernos” esta noche con una cena en mi casa?

Sonrió con mi palabra mal usada.

—Sí. Me encantaría, Karla. Compraré el vino que te gusta.

Mi sonrisa se hizo muy pronunciada. Al final de todo, Andrew regresó a mi vida, y esta vez no iba a echar a perder mis momentos con él. Me ganaría su corazón hasta el punto que me considerara como la verdadera madre de sus hijos.

RECUERDOS ETERNOS

ADDISON

CUATRO MESES DESPUÉS

Desperté sintiéndome un poco mejor, con un poco más de esperanza. No es que amaneciera y mágicamente toda mi tristeza desapareciera, eso jamás iba a suceder, pero al menos ya tenía ánimos para salir de la cama. Robert me dijo que poco a poco encontraría una razón para vivir. Por el momento, yo misma era esa razón.

Me senté en la cama y por instinto volteeé hacia el otro lado de esta. No sé qué esperaba encontrar ahí... Bueno, sí sabía, solo que aún me resistía en aceptar que me hacía falta en ese momento.

Me puse de pie para irme a dar un baño. Decidí ir a Chelsea, a esos lugares en donde estuve con él. Tenía la esperanza de que sus palabras siguieran flotando ahí, haciendo eco de un pasado que no dolía... al menos ya no tanto como cuando perdí todo.

Me detuve frente al Starbucks antes de entrar. La locura que quizás ya había alcanzado, me permitió ver fantasmalmente que la puerta se abría para dejar salir a Andrew, seguido por mi *yo* nervioso; sonreí sinceramente al verlos y admiré su inocente anhelo de estar juntos. Hasta que desaparecieron con un resplandor que me regresó al presente.

Jalé la puerta, y el penetrante aroma de los granos de café recién molidos me recibió con un abrazo lleno de añoranza y bienestar. Avancé mirando inconscientemente a aquellos lugares que Andrew llegó a ocupar alguna vez.

Fui a sentarme al sillón en donde lo conocí.

Acaricié el solitario asiento a mi lado dentro de un suspiro, añorando ese momento que pareció tan sencillo; al menos hasta que apareció Brad. Pero incluso entonces, sin saberlo, Andrew sobresalió, atrayendo mi corazón completamente hacia él.

—¿Qué haces aquí? —alguien me preguntó con tono agresivo. Levanté la mirada lentamente, recorriendo el cuerpo de una mujer.

—No es de tu incumbencia qué hago aquí —respondí a Karla, quien me miró desafiante. Por un momento apretó demasiado los dos cafés que traía en mano. ¡Odiaba haberse encontrado conmigo!

—¿Buscas a Andrew?

—Una vez más: no es de tu incumbencia...

—Porque él no quiere verte —me interrumpió.

Me lastimó esa aseveración, pero ya lo esperaba. Él no había dejado mi casa precisamente feliz.

—¿Quieres seguir lastimándolo? —siguió su duro interrogatorio.

—¿Disculpa?

—Él ya siguió su camino conmigo, Addison. ¡Déjalo en paz!

Me dolió esa noticia.

—¿Estás con él ahora?

—Sí —respondió segura—. Y lo estoy ayudando a olvidarte... ¡No lo busques ya! Él está encontrando en mí todo aquello que siempre le has negado.

Me puse de pie con un suspiro triste debilitándome.

—Entiéndelo, Addison. No dejaré que te interpongas de nuevo entre los dos. ¡Desaparece de nuestras vidas de una vez por todas! —farfulló amenazante.

—Solo dale la felicidad que yo no pude darle —le pedí con el corazón roto.

Karla me miró asombrada de que, a pesar de mi corazón roto, quería que él fuera feliz.

—Lo haré —prometió más afable conmigo. Creo que reconoció que ya no quería lastimarlo más.

Han pasado cuatro meses desde que lo corrí de mi lado, era lógico que siguiera su vida con la única persona que, al parecer, le ofreció el apoyo que le negué todo el tiempo.

Salí cabizbaja para regresar a la casa totalmente devastada. Ahora sí había perdido todo. No sé por qué siempre tuve la maldita idea de que él comprendería que mi rechazo era manejado por el dolor y no por mi corazón. Que necesitaba estar sola para llorar sin estar pendiente de que mi tristeza lo lastimaba aún mucho más.

Mis palabras lo hicieron, y ahora me arrepentía de haber sido tan cruel con él. Robert siempre tuvo la razón: Andrew no tenía la culpa de la forma tan horrible que nuestra hija fue arrancada de nuestras vidas. Él la amó igual que yo.

Los siguientes días fueron difíciles. Sobre todo porque Robert convino que ya era hora de que regresara al trabajo. De retomar mi cotidianidad. Estaba seguro que la rutina mantendría mi mente lo suficientemente ocupada para no recordar lo que había pasado. Jamás lo olvidaría, y él lo sabía, pero me dijo que la finalidad de seguir adelante no era olvidarme de todo..., de Allah, como si nunca hubiera existido. Sino aceptar que la perdí... Los perdí.

Una vez aceptado, y con el paso del tiempo, volvería a amar... A vivir.

DÍAS DESPUÉS

Era sábado por la mañana. Fue otro de esos días en que necesitaba regresar al Starbucks a soñar. Era lo único que me quedaba: perderme en esos maravillosos recuerdos que cada vez eran más firmes en decirme que eran lo único que tendría de Andrew ya, porque él jamás volvería a estar conmigo.

Apenas puse un pie fuera del taxi, me preparé una vez más para recibir ese bienestar que me daba el lugar. Tantos recuerdos..., tantos fantasmas corriendo por el lugar que ponían sonrisas sinceras en mi rostro.

Al entrar, volteé a *su* lugar por instinto; mi corazón se detuvo cuando lo vi. Pensé que era su fantasma que aparecía de nuevo, solo para decepcionarme después con la realidad de mi soledad. Avancé hacia él como si una fuerza familiar me jalara.

Fue glorioso porque con cada paso que di, mi corazón me dijo que no era una visión. ¡Era él en verdad!

—Andrew —murmuré con la respiración desfallecida.

Seguramente mi llamado tuvo el volumen correcto para atraer su atención, porque levantó la mirada hacia mí una vez, rápido, y la regresó a su celular como si se hubiera dado cuenta que llamaban a otro Andrew. Pero cuando dudó de lo que vio, la volvió a levantar y se asombró de verme ahí. Después se levantó lentamente, y sin pensarlo me apresuré a llegar para abrazarlo afligida. Sus brazos tardaron en responderme. Ojalá que su quietud fuera porque aún no aceptaba que estaba ahí, y no porque ya no quería nada conmigo.

Volví a sentir esa paz que me abandonó con la muerte de nuestra princesa. Quise llorar, pero me contuve. Aún tenía miedo a liberar las lágrimas que sabía me matarían de tristeza de nuevo, como casi lo hicieron en su funeral.

Lloré con su muerte y lloré cuando vi su ropa y osito esperando a ser amados por ella. Lloré por el recuerdo de tenerla en mis brazos y no poder ser feliz con ella. Desde que la perdí, he estado atorada entre la realidad de su

muerte y la vida.

Suspiré profundo para hacer más fuerte su prisión.

—¿Eres tú? —pregunté con la esperanza de que ese fantasma tangible me respondiera.

—Sí, estoy aquí —susurró Andrew con sus labios tocando mi coronilla.

—Perdóname... Perdóname —repetí en un susurro.

Me calló con un siseo e hizo más apretado su abrazo. Me estaba ya costando respirar, pero tenía miedo a separarme de él y que se desvaneciera dentro de ese resplandor que decía que el recuerdo se había acabado.

Abrí los ojos y vi a Karla muy cerca de nosotros, congelada en el tiempo con vasos en cada mano. Su respiración era visiblemente agitada y cada rasgo estaba marcado por la desilusión; estaba a punto de llorar. Me separé de Andrew y bajé la mirada para decirles a ambos que reconocía que ya era demasiado tarde y que no interferiría en su relación. Que solo necesitaba un cierre para tratar de seguir ese largo y solitario camino que aún tenía que recorrer sin Andrew y Allah.

Vi de reojo que Karla dejó los vasos en la mesa y tomó su bolso para salir apresurada.

—¡No te vayas! —dijo Andrew con desespero y la persiguió hasta afuera del Starbucks.

No voltéé a verlos. No quería presenciar a Andrew deteniéndola para abrazarla y decirle que no tenía nada que temer. Que lo que tuvo conmigo estaba ya en el pasado. Que aun recordaba que ella lo había rescatado del doloroso abismo en donde terminé de arrojarlo con esas horribles palabras que le dije. Que gracias a su apoyo se quedaría con ella.

Sentí como esa poca esperanza con la que desperté se evaporó dejando detrás de sí un frío que era el antecesor de la soledad. En donde la depresión por haber perdido a mi bebé me esperaba con los brazos abiertos de nuevo para atarme a su lado para siempre.

Retiré el par de lágrimas que derramé y me di la media vuelta, pero me topé con Andrew. Estaba confundida, ¿por qué había regresado? Miré hacia afuera y Karla ya no estaba a la vista. Quería preguntarle por ella pero una vez más tuve miedo de su respuesta.

—Vamos al departamento... No quiero hablar aquí —sugirió en un tono tan seco que entendí de inmediato que no había estado equivocada.

Fue el viaje más largo en auto que he hecho en mi vida, y fue el silencio más horrible en el que he estado sumergida.

Andrew me dejó pasar primero cuando llegamos al departamento. Fui directo a la sala, sin dejar de mirar el lugar con una triste añoranza. Recordé que solía acostarme en el sillón con la cabeza en el regazo de Andrew, mientras veíamos la tele. Él acariciaba mi cabello y su mano descansaba en mi estómago, haciendo saber a nuestra bebé que estaba ahí también para consentirla.

Se me escapó un suspiro melancólico de esa vida que tuvimos como familia.

—Addison —me llamó Andrew calladamente.

Volteé hacia él. El momento de terminar formalmente había llegado.

Pero las palabras nunca aparecieron y Andrew solo me abrazó. Ahora fui yo la que tardó un poco en responderle, estaba aún confundida por lo que pasaba. ¿Acaso me estaba tranquilizando lo más que se pudiera para cuando me confirmara que ahora estaba con Karla, que ya no sufriera por algo que estaba perdido?

—Te amo tanto —murmuré sin querer. Era un argumento que se adelantaba a su horrible noticia.

Aceptaba que todo estaba perdido, pero no podía dejar de decirle que lo amaba. Es más, quise repetir *te amo* tantas veces hasta que se agotara ese amor por él... Entonces, tal vez podría seguir.

Me separó. La mala noticia estaba por salir de sus labios, pero entonces sujetó mi rostro con sus manos para besarme desconsoladamente. No era el beso que esperaba después de un *te amo*, pero era algo bueno... Muy bueno.

Sus cálidos labios tomaron súbitamente una fuerza que drenó toda la tristeza que me mantuvo cuasi viva por semanas, para dejar solo la esperanza.

—Perdóname. No creí que tú también estuvieras sufriendo... Estaba tan fuera de mí que te culpé por algo que... —corté el beso para excusarme.

—¡Shhh! —me calló colocando su pulgar sobre mis labios. Bajé la mirada para llorar, y busqué la protección del hombre que amaba como a mi vida misma. El que me dio mucha felicidad sin saberlo.

Al fin lloré por lo que perdimos en un pestañear. Cada lágrima estuvo llena de dolor porque no solo me arrebataron a mi hija, sino también a Andrew, y ese mundo que ambos ya habíamos construido para ser felices al fin.

—Por favor, quédate conmigo... No lo merezco pero, te lo suplico, regresa a mí —le rogué entre sollozos, después de que me tuvo en sus brazos, soportando en silencio la tristeza que le pasé sin querer. Me resistí a abrazarlo más fuerte para que no notara mi desespero por no dejarle ir.

Por su respiración agitada que alcancé a percibir en un momento, él se había contenido para no hacerme explotar más. Me dolió que tuviera que hacerlo.

—Aquí estoy, Addison —dijo abrazándome más fuerte, como lo deseé, y su beso se estampó en mi coronilla—. No voy a dejarte de nuevo, amor... Jamás.

Desenterré el rostro para verlo. Me había equivocado, Andrew había llorado junto conmigo. Sus expresivos ojos azules estaban ligeramente rojizos y las lágrimas habían marcado una triste línea por sus rosadas mejillas. A pesar de todo, me sonrió.

Me puse de puntas para besarlo tiernamente, como esa vez en el zoológico, en donde conocimos el amor inocente del otro.

Cuán fácil Andrew me regresó la vida... y la esperanza.

ANDREW

OCHO MESES DESPUÉS

La realidad del día cayó en mí tan pronto abrí los ojos: era el aniversario luctuoso de Ellah. Hoy, hace un año, fue arrebatada de nuestras vidas sin siquiera conocernos.

Di un largo respiro y miré a mi derecha, Addison aun dormía muy tranquila. No quise despertarla porque durante la noche escuché sus sollozos antes de dormir, también buscó mi consuelo en un abrazo desesperado; supe que estaba preparándose para sufrir tan pronto el sol le diera los “malos” días.

Pero apenas me acomodé de lado, ella abrió los ojos recordando de inmediato que le esperaba ese día. Y cuando acaricié su mejilla con amor, se soltó a llorar, tuve que abrazarla rápido, y la acompañé en el duelo.

Que diferente sería este día si tan solo hubiéramos tardado más en salir de casa de mis padres. Hubiera sido un primer cumpleaños, lleno de globos, un pastel rosa y Ellah y Addison felices.

Minutos después nos tranquilizamos.

—Apaga los celulares mientras voy por el té, amor —le pedí saliendo de la cama para hacer tal cosa.

Addison se sentó en silencio para apagarlos.

Odié que el departamento estuviera tan silencioso, cuando en otra realidad pudo haber estado lleno de balbuceos y risas todo el tiempo.

Serví los tés rápido y regresé a la compañía de Addison.

—¿Qué haremos hoy, amor? —me consultó cuando entré al cuarto y le di de inmediato su taza.

—Nada, bella. Este día es solo para nosotros tres. Si quieres quedarte en cama, nos quedaremos. Si quieres ver la televisión en la sala, la veremos. Si quiere llorar, lo haremos.

—Mmm, ¿podrías cantarme *Songbird*? —pidió con temor a que me negara.

—Sí, claro —respondí yendo a mi lado. Pero antes, dejé la taza en el buró para abrazarla sin problemas.

Le canté la canción con la misma entonación que lo hice con Ellah. No lloró, solo disfrutó el recuerdo. El más perfecto que tuve con mi hija. Quizás, tal como yo, se imaginó a Ellah entre nosotros, durmiendo plácidamente con el arrullo de mi voz llena de amor por ella.

—Gracias, Andy.

—De nada, bella. Fue bueno volver a cantarla —le dije con una sonrisa.

Y era cierto, esa canción no la he vuelto a escuchar desde la pérdida.

Fue triste el inicio de este día, pero con el pasar de las horas el pesar fue llevadero juntos. Tomamos la decisión correcta de alejarnos del mundo para vernos con Ellah en nuestros recuerdos.

Sin embargo, al día siguiente no fue nada bueno.

Tuve un día en el trabajo lleno de juntas cansadas, de discusiones innecesarias y estúpidas. Con cada hora pasada, solo quería botar todo al carajo e irme a casa para estar con Addison.

Y cuando dejé la oficina, literalmente corrí a casa. Deseaba tomar una ducha con Addison y después relajarnos con una botella del vino que tanto le gustaba. Platicar de nuestras cosas mientras tonteábamos con las caricias que lentamente, pero seguro, nos llevarían a la cama para tener sexo.

Apenas metí la llave al cerrojo y escuché sollozos lejanos; sin pensarlo me apresuré a entrar. Encontré a Addison echada en el sofá donde solía pasar aquellos días que estuvo embarazada, y estaba en posición fetal llorando sin consuelo.

Boté las cosas en el suelo y corrí a sentarme a su lado.

—¿Qué sucede, bella? —le pregunté en lo que acariciaba su cabeza.

Se sentó para abrazarme con el dolor debilitándola. Por suerte se tranquilizó rápido y salió de mi abrazo para hablar.

—Hoy vi a Sybil... —dijo mirándome a los ojos. Vi en ella esa tristeza que la destrozó hace un año—. Y me dijo que Karla está embarazada de tres meses.

—¡Oh! —exclamé sorprendido. No imaginaba a Karla embarazada—. ¿De quién?

—Gary. Embarazo sorpresivo, al parecer.

—Sí, tiene que serlo. No creo que sean del tipo de enseriarse en una relación, mucho menos planear ser padres —comenté indiferente mientras le retiraba unas lágrimas que seguían en sus mejillas.

Pero en el fondo me molestó. Deducir que Karla desperdiciaría aquella felicidad que vi en Addison al tener a Ellah en su vientre.

Espero que la maternidad le dé la felicidad que yo nunca pude darle.

—Pero eso no es todo lo que me dijo Sybil.

—¿No?

Addison negó con la cabeza y me miró por unos segundos; estaba a punto de llorar de nuevo.

—Sybil está embarazada también —soltó.

Sentí que me dieron un golpe en el estómago.

Abracé a Addison de nuevo y ahora ella me consoló. Comprendía completamente su dolor.

Me sentí traicionado por la vida... Y por Brad por no haberme dicho, al menos me hubiera preparado para este momento.

Y fue una manera tan jodida de enterarnos, cuando ayer apenas estábamos recordando a nuestra Ellah.

—No puedo verla más, Andy —me confesó Addison cuando nos separamos un poco.

—Bella, ella es tu mejor amiga... No puedes prohibirle embarazarse, tarde o temprano lo iba a hacer.

—Lo sé, pero me duele ver...

—Okay, okay —le interrumpí consolándola de nuevo—. Creo que ella entenderá, y si no lo hace, hablaré con Brad, ¿te parece?

Addison asintió.

No solo Addison se distanció de Sybil, también yo lo hice de Brad después de explicarle lo que significaba su felicidad para nosotros. Fuimos egoístas, pero a veces ojos que no ven, corazón que no siente. Y lo de Ellah estaba aún muy presente en nuestras vidas... Además, también me dolió que él tendría muchos meses para disfrutar el embarazo de Sybil, mientras que yo solo pude disfrutar el de Addison unas míseras semanas.

Como era de esperarse, nuestros amigos se enojaron al darse cuenta que nos escondíamos de ellos.

Sin embargo, un día llegaron de sorpresa al departamento. Addison apenas escuchó la voz de Sybil y corrió a encerrarse al cuarto. Sybil alcanzó a verla y fue detrás de ella.

—¡Por dios, Addison! No me alejes de nuevo. ¡Te necesito! Tengo miedo y solo tú sabes lo que es tener... —escuchamos que Sybil le suplicó desde detrás de la puerta cerrada.

Bajé la cabeza, lamentando que nuestros amigos siempre salieran perjudicados con nuestros problemas.

—Será mejor que se vayan, Brad —pedí a mi amigo, ensordeciéndome a la súplica de Sybil.

—Pero Sybil...

—Brad... —le interrumpí—, te felicito porque vas a ser padre pero esto es demasiado para nosotros.

Brad bajó la cabeza y fue por Sybil. Estaba muy desilusionada de su amiga cuando pasó a mi lado; protegía con sus manos a su bebé de nuestro rechazo.

—Felicidades —alcancé a decir antes de que Brad cerrara la puerta.

Con las semanas, esa distancia funcionó. La sonrisa de Addison regresó y volvimos a disfrutar nuestra vida en pareja; aquella que no tuvimos por tanta estupidez que cometimos. Fue agradable ver a Addison en plan de “novia formal”.

Ante la falta de nuestros amigos, salimos mucho a divertirnos con Jennifer, Mary y sus respectivas parejas. Ambos coincidimos en que eso era lo que necesitábamos: momentos alejados de bebés.

Pero entonces Sybil cumplió la semana de embarazada en que perdimos a Ellah, y tuvo el mal tino de buscar a Addison porque aun la extrañaba como amiga, y la necesitaba más que nunca como apoyo en su parto.

Esta vez no la encontré en el sillón llorando, sino sentada en la cama viendo el paquete de pastillas anticonceptivas que tomaba desde que volvimos a estar juntos.

No las tomaba porque estuviéremos cuidándonos, sino porque tenía miedo de volver a embarazarse y de pasar el terror de perderlo de nuevo.

Me senté a su lado, sabiendo perfectamente por lo que sufría; ya lo esperábamos. Suspiró profundo a la par que recargó su cabeza en mi hombro, entonces, le quité las pastillas y las aventé al bote de basura.

Addison me miró rápido, casi como reclamo por tirarlas.

—Bella, no tengas miedo a ser feliz.

—No lo tengo... No quiero embarazarme —refutó seria, yendo a recoger rápido las pastillas.

—Lo tienes. Pero no hay razón para que pase lo mismo —le expuse cuando volvió a sentarse a mi lado a contemplarlas.

—Lo sé... Solo no quiero olvidarla.

Acaricié su mejilla con amor.

—Ellah jamás se quedará en el pasado, Addison. Siempre estará con nosotros. Año con año, la tendremos presente y seguirá siendo amada. Pero ya no quiero que su recuerdo sea de tristeza, sino de felicidad, como lo fue cuando la tenías en tu vientre.

Addison miró en silencio las pastillas; entonces, me atreví a tomar su mano para darle mi apoyo.

—Tampoco yo —concordó al final y arrojó las pastillas como si fueran la concentración de todo. Suspiró profundo—. Le encantaba *Songbird* —comentó con una sonrisa. Era la primera vez que lo hacía sinceramente al hablar de Ellah. Generalmente eran lágrimas.

—Y Harry Potter —agregué.

—Era tan hermosa.

—Sí, igual que su madre. Iba a ser toda una rompecorazones.

Addison siguió sonriendo cuando me miró, entonces me atreví a darle un beso rápido en los labios.

—Ya regreso, tengo algo que hacer. Apaga el celular que esta noche será para nosotros —pedí poniéndome de pie. Tomé el bote, el celular y salí del cuarto dejando que Addison se acostara en la cama para mirar el techo un rato.

Marqué a Jennifer.

—Hola, Andrew. ¡Qué extraño que me llames! ¿Está bien Addison?

—No realmente, Jennifer. Se enteró que Sybil está embarazada y ha estado con sentimientos encontrados.

—Sí, lo he notado.

—Voy a llevarla de vacaciones fuera de Londres.

—Pero...

—Jennifer, solo te estoy avisando. Me valen una mierda tus novias...

—No te enojas, Andrew. También creo que necesita alejarse un poco, porque está matando de más los sueños de las novias. Ya le había dicho que se tomara unos días pero no quiso. Solo quería preguntarte cuánto se tomarán de vacaciones.

—Solo una semana. Solo te pido que no la llames.

—No lo haré. ¿Cuándo se irán?

—En este momento.

—Bien. Espero que esto le ayude.

—Yo espero que nos ayude a ambos —balbuceé y después suspiré—. Te dejo y nos vemos pronto.

—Bye, Andrew. Cuida mucho a Addison.

Colgué sin responderle ya. No tenía que pedírmelo, porque Addison era mi sonrisa diaria y solo quería hacerle feliz.

Addison se puso de pie en cuanto regresé al cuarto. Me tomó por la cintura para ponerse de puntas y besarme. Detuve sus intenciones, pero sí me dejé llevar a la cama; ahí besé su frente con devoción.

—Pensamientos... eternos —susurró mientras mis labios bajaban con suaves besos hacia su pecho. Sonreí todo el tiempo porque ella siempre ha amado esta declaración—. Amor... sincero —seguí bajando hasta que llegué a su vientre. Ahí no dijo nada.

—Diversión, bella. Aun quiero estar ahí siempre —susurré subiendo para besarla.

Sonrió con suficiencia.

—Entonces, divirtámonos los 31, 536, 000 segundos del año... 31, 622, 400 si es bisiesto.

Reí entre dientes mientras le quitaba los pantalones entre una sonrisa ansiosa de disfrutarla.

—¿Lo buscaste en internet? —pregunté retirando ahora los tirantes de su brassiere.

—Sí... —gimió cuando tomé sus manos y las llevé por arriba de la cabeza para someterla; le excitó—. No tienes idea de lo que se aprende ahí —comentó cuando besé su sensual cuello.

—Sí, ya me han platicado... Y he investigado algunas cosas que me gustaría practicar contigo —susurré de camino a sus labios.

—No hay mejor momento que el ahora —dijo deteniendo mi beso.

—¡Me gusta ese entusiasmo!

Esta mujer me conocía muy bien.

ADDISON

Siempre se ha sentido bien ser amada por Andrew. Y amarlo como si tuviéramos un camino sencillo en donde solo estábamos él, yo y nuestro futuro

lleno de amor.

Andrew ha sido maravilloso cada segundo juntos.

Me ha demostrado una y otra vez que él es el único hombre con el que no importa lo que pase, siempre estará ahí para mí; aunque yo no lo he estado para él.

—Andy... —le llamé, deteniendo ese momento que me amaba con esa pasión y devoción al mismo tiempo.

—¿Qué sucede? —preguntó confundido.

Entonces, rápido lo volteé; lo tomé desprevenido, tanto que me hizo reír.

—¿No vas a detener esto, verdad? Aun no termino contigo —dijo.

Volví a reír muy sonrojada.

—No, amor, apenas empezamos —aclaré inclinándome para besarle y acomodarme en él. Hizo el intento de retomar el sexo pero se lo prohibí con caricias delicadas—. Quiero disfrutarte como antes, cumplirte cada fantasía...

—¿En serio? —al fin detuvo su insistencia.

—Sí... De ahora en adelante quiero que seamos aquella pareja que debió...

—¿Ser solo Addison y Andrew?

—Sí. Amándose y divirtiéndose... Siempre juntos.

Andrew apretó mi trasero más hacia él en lo que se sentaba.

—Sé que quieres dejar el dolor atrás —dijo mirándome—, pero gracias a él te he conocido más de lo que llegué a pensar.

Sonreí en lo que acariciaba su cabello sin dejar de mirarlo.

—Y aunque deteste que a veces no veas el lado gris de las cosas... —iba a callarlo con un beso, pero me detuvo sujetando mi rostro con sus manos—. Eres la mujer que siempre he deseado —sus labios rozaron los míos, prometiendo un beso sensual, pero luego los alejó un poco para seguir—. Con la que siempre he soñado —sus labios me tentaron de nuevo—. La única con quien he visto claramente la felicidad.

Sonreí muy satisfecha de sus palabras.

—¿Dijiste eso a todas las chicas con las que te acostaste? —pregunté.

—No, solo a la que amo.

—¿Y cuántas has amado?

—Solo una... A ti. Siempre a ti.

Sonreí con suficiencia.

—Nos costó mucho trabajo llegar a este momento, ¿verdad? —le comenté, y él gimió un sí cuando se animó a besar mi cuello. Un estremecimiento

hermoso recorrió mi espalda—. Pero, a pesar de que la vida estaba empeñada en separarnos, nunca he dejado de amarte, Andy.

—Ni yo... Ni un solo segundo.

—Ni una sola milésima de segundo.

Andrew sonrió y sus manos bajaron a mi cintura para iniciar un movimiento que me arrancó un respiro y que fue recuperado cuando él me besó con una devoción sensual.

—Así como has abierto siempre tu corazón, quiero que ahora abras tus lindas piernas —susurró volteándome entre risas de mi parte, dando de paso una caricia a mi muslo que me incitó a obedecer.

Reí muy coqueta de complacerlo.

A pesar de todo, nuestro amor era más puro... Más verdadero.

La chica Starbucks estaba completamente enamorada del niño rico de Chelsea, y hará que cada segundo a su lado esté lleno de completa felicidad.

EPÍLOGO

ANDREW

MESES DESPUÉS

Mis latidos estaban en ese jodido punto en que un número más y me daba un ataque cardíaco por los nervios que tenía al estar frente a esa puerta. Respiré profundo y toqué, pero al no recibir respuesta abrí expectante de lo que fuera a encontrarme ahí.

Addison estaba profundamente dormida; tenía que estar exhausta. Me acerqué a ella con paso cuidado y deposité las flores que fui a comprar rápido en la mesa alta que había a un lado de la cama. La miré por un rato, estaba más hermosa que nunca.

¡La amo tanto!

Iba acariciar su cabello cuando tocaron a la puerta con timidez.

—Adelante —dije tras ese segundo en donde nadie entró.

La enfermera apareció empujando una cuna. Le hice una seña de que guardara silencio, Addison necesitaba descansar.

Me acerqué a la cuna para tomar de inmediato a mi hijo, y conocerlo al fin detenidamente. Pero no supe cómo porque esta era la primera vez que cargaba un bebé en mi vida. Por suerte, la enfermera me enseñó rápido a cargarlo con seguridad.

—Los dejaré solos. Llámenme si necesitan algo.

Asentí con una sonrisa, sin despegar la mirada de mi hijo.

No podía creer que por fin lo tuviera en mis brazos, que pudiera sentir su tibieza que despedía vida. ¡Al fin podía protegerlo!

—Jamás dejaré que te pase algo malo —le susurré de camino a besar su frente.

El recuerdo de Ellah llegó melancólicamente para recordarme que no pudo conocer a su hermano pequeño. Era muy triste que no pudieran tener una vida de hermanos. Hubieran peleado por todo, pero se hubieran amado y cuidado mutuamente para siempre.

Una lágrima rodó por mi mejilla, cayendo sin querer en mi hijo; quien reaccionó un poco al sentir la tibieza de la gota.

—Eres mi hijo —le susurré. Después, empecé a cantar *Little James* de

Oasis en un susurro. Creyendo difícilmente la irrealidad de tenerlo al fin en nuestras vidas.

Cuando llegué a salir de fiesta, terminando entre las piernas de algunas mujeres, siempre con el miedo de embarazarlas, nunca creí que llegaría a sentir tanta devoción y protección por un bebé.

Era mi hijo, lo mejor de Addison y de mí. No fue planeado, pero a veces las mejores cosas siempre llegan espontáneamente. Además, al igual que su hermana, fue hecho con amor.

—James —escuché el murmullo de Addison a mitad de la canción.

Cuando callé para mirarla, ya estaba sentada y con una enorme sonrisa en el rostro. Creo que nos estuvo mirando todo el tiempo.

—Las flores son para ti —le avisé.

—Gracias, están hermosas —agradeció mirándolas rápido.

Entonces fui a ella sin dudar para que cargara a nuestro hijo por primera vez.

—Hola, corazoncito —le susurró con un tono tan maternal que hizo el momento aún más feliz.

Tampoco pudo evitar las lágrimas de felicidad al tenerlo por fin en sus brazos.

Fue un embarazo difícil. No porque el bebé tuviera algo malo, sino porque todo el tiempo vivimos en el miedo de que la historia de Ellah se repitiera.

El embarazo fue igual de sorpresivo que el de Ellah. No llegó en una etapa de ruptura, sino cuando estábamos viviendo la pérdida de nuestra bebé, la que parecía nunca iba a ser aceptada.

Recuerdo vívidamente el momento en que Addison se enteró. Estábamos en Londres, después de haber regresado de un paseo por King's Road. Entrando al cuarto, se recostó en la cama y me dijo que no se sentía bien, que desde hacía días algo le pasaba. Me acosté a su lado para protegerla con mi abrazo.

En ese momento atribuí su malestar al cansancio. Tenían la planeación de una boda de la hija de un duque y Jennifer estuvo más exigente que otras veces. Pero cuando me dijo que sentía mareos desde hacía dos días, el “tal vez” apareció de la nada. Dando esperanza y terror al mismo tiempo.

Addison no quiso hacerse la prueba cuando le insinué la posibilidad, pero cuando se quedó pensando en silencio, de pronto se sentó y tomó su celular rápido. Se puso pálida cuando terminó de revisarlo.

—Me he retrasado por un mes —susurró mirándome asustada.

—Pero hace tres meses dejaste... —no terminé de hablar y salí de la cama

para ponerme los zapatos.

—¿A dónde vas? —me preguntó confundida.

—A comprar una prueba.

—¡No! —me gritó alcanzando a sujetarme de la muñeca para detenerme.

—Addison, no tengas miedo —dije sentándome para acariciar su mejilla.

—Tengo miedo de que sea solo una falsa alarma. Además, creo que el periodo tarda bastante en regularizarse tras dejar de tomar la píldora.

Sonreí optimista.

—¿Sabes algo? Puedes dar todas las justificaciones que quieras, pero no creo que lo sea... No sé por qué, pero tengo esta sensación de que sí lo estás.

Ya no objetó y me dejó ir por ella. De hecho, fui corriendo a la farmacia más cercana; mi corazón estuvo desbocado por toda la situación.

Cuando esperé con Addison en el baño a que la prueba estuviera lista, vi en su nerviosismo que no estaba tan optimista como yo. Sin embargo, minutos después lloró de felicidad al ver que era positiva.

Para muchos hombres esas rayas son una maldición, la peor noticia que pueden recibir. Cada vez que una mujer me decía: “Tengo un retraso”, vi mi vida desinteresada desmoronarse. La diversión se había acabado. Por suerte solo fueron sustos cuya intención escondida era atraparme.

Pero este era un momento tan irreal que abracé a Addison ahora con el corazón inundado de felicidad. Había probado un poco de la paternidad y me agradó, sobre todo si era a lado de Addison.

Al siguiente día fuimos con la doctora de Addison para confirmar el embarazo. Nueve meses después, estábamos al fin disfrutando a nuestro bebé.

—Su nombre debe ser James —me dijo Addison cuando logré recostarme junto a ella para admirarlo.

—Me gusta —dije tomando su manita y saludé—. Hola, James Spencer.

ADDISON

Tener a nuestro bebé en mis brazos fue la irrealidad más maravillosa que he vivido a lado de Andrew. Deseamos tanto conocerlo.

James abrió un poco los ojos y bostezó. Mi corazoncito era tan hermoso y tierno.

—Tiene tu color de ojos —comentó Andrew, acariciando la mejilla de James antes de darle un beso en la cabecita con cuidado.

Reí entre dientes.

—Yo los veo grises... Mi mamá me comentó que sabremos el color de sus ojos hasta el año, más o menos.

—Bueno, definitivamente tiene tu boca —aclaró.

—No, esa es tuya.

—¿Tu nariz?

—Esa creo que si es mía —respondí.

—¿Sabrá que somos sus papás? —preguntó curioso.

—Yo creo que sí.

—Es hermoso, bella... Y lo amo igual que a ti —comentó Andrew dándome un beso en la sien.

James comenzó a moverse incómodo e hizo gestos de desagrado.

—¿Qué tiene? —pregunté a Andrew algo asustada. Incluso aligeré un poco el abrazo por aquello de que no lo estuviera apretando de más. Era tan frágil.

—No lo sé —respondió poniéndose de pie para apretar el botón que llamaba a la enfermera.

En ese momento, tocaron a la puerta y entraron nuestros padres. Como era de esperarse, las abuelas se derritieron al ver que James estaba con nosotros, y corrieron a conocerlo. Sin embargo, para ese momento, James ya estaba llorando.

Supliqué con la mirada que alguna de ellas me ayudara, pero no se animaban a hacerlo.

La enfermera entró preguntando qué pasaba. No perdí el tiempo en hacerle ver que el bebé lloraba sin razón.

—Tiene hambre ya —dijo la enfermera con una risita que reconocía que éramos padres primerizos.

Nuestros padres, al ver que la enfermera iba a enseñarme a amamantar, se alejaron para dar privacidad al momento. Batallamos un poco porque James también estaba aprendiendo a comer. Pero cuando lo logró, se alimentó como si el mundo fuera acabarse. Fue una sensación extraña.

En ese preciso momento, me sentí mucho más cerca de él, y supe que siempre daría mi vida por protegerlo.

Una lágrima de felicidad escapó y Andrew, con su permanente sonrisa, la retiró amorosamente.

—¿Ya le pusieron nombre? —preguntó el señor Spencer, rompiendo un poco el momento.

—Sí. James... James Spencer —respondió Andrew con una sonrisa; creo que no ha desaparecido desde que conoció a James.

Despertar y verlo cargando a nuestro hijo mientras le cantaba, como lo hizo con Ellah, me hizo llorar silenciosamente de felicidad.

Durante mi embarazo, retrasamos muchos planes que debieron ser naturales y felices en otra situación. Incluso el baby shower fue hasta la semana treinta y dos, y no quisimos saber el sexo del bebé por miedo a encariñarnos aún más. Situación que fue imposible porque, por encima de todo, James no dejó de traernos esperanza con cada día a salvo. A veces nos dejábamos llevar por el momento, como cuando pasamos tantas horas echados en el sillón, consintiendo a nuestro misterioso bebé.

Fue una gran sorpresa saber que tuvimos un niño.

Pobre, James. Por un tiempo va a vestir solo amarillo y verde pastel.

James terminó de comer y la enfermera ahora nos enseñó a hacerlo eructar; estuvimos muy atentos a cada una de sus palabras. Enseguida, la señora Spencer sugirió a mi madre en ser la primera en cargarlo. Mi madre agradeció mucho el gesto, pero no lo acaparó por mucho tiempo. De hecho, James estuvo en brazos de todos.

—Andrew y Addison, por favor, no tomen a mal lo que les voy a decir —dijo el señor Spencer cuando tenía al bebé en sus brazos; tampoco podía dejar de verlo y sonreírle. Volteé a ver a Andrew y tenía una hermosa sonrisa por ver a su papá con su nieto—. Ahora que los veo con James, creo que Ellah estuvo un corto tiempo con nosotros con un propósito —tanto Andrew como yo nos preocupamos por lo que iba a decirnos de ella. Siguió—: unirlos más para recibir a su pequeño hermano.

Me rompió el corazón, y estuve a punto de llorar, pero tal vez tenía razón.

—Y por eso será amada mucho más —aseguró mi padre.

Se escucharon tímidos *sí* de los demás.

Siguieron pasándose a James para disfrutarlo más. Hubo risas y docenas de recomendaciones de nuestros experimentados padres. El amor se palpó en el cuarto todo el tiempo.

Nos dieron de alta dos días después. James no tuvo ni una sola complicación, era un bebé tan sano y completo. Salir con él del hospital, como familia, fue la cúspide de nuestra felicidad, y el mundo se veía tan lleno de esperanza.

Al llegar a la casa, y dejarlo descansar en su hermosa cuna que fue regalo de la señora Spencer, noté que en el mueble donde guardaba su ropita, estaba enmarcado el ultrasonido de Ellah, el que Andrew ha traído en su cartera todo

el tiempo.

—Su hermana tiene que estar siempre con él —me dijo cuando tomé el cuadro para verlo.

Siempre he deseado que la situación fuera diferente: que ella estuviera viva para que creciera a lado de su hermano pequeño. Quizás en este momento Ellah estaría pidiéndonos los brazos para ver a su hermano durmiendo en la cuna.

—¿Quieres hablarle de ella? —consulté a Andrew.

—Sí. Tiene que saber que ella es el ángel que lo trajo a nosotros.

Sonreí conteniendo las lágrimas.

—Por cierto... —dijo Andrew antes de salir rápido del cuarto, regresó en segundos y agregó—. Mandé a hacer esto para los dos.

Me mostró un estuche de Tiffany & Co. que traía dos argollas de oro blanco. Tomé uno para verlo de cerca, y me quedé boquiabierta porque la argolla tenía escrito Ellah de un lado y James del otro.

—Siempre estarán con nosotros —indicó en lo que se ponía su argolla.

—Me encanta, Andy. Gracias —le agradecí poniéndome de puntas para darle un beso rápido en los labios.

Gimió satisfecho.

Fue un detalle muy hermoso. Los nombres de nuestros hijos unidos a nuestra promesa matrimonial de amarnos siempre.

Ser padres fue una aventura que al principio nos aterró, al menos la cuarentena. Tantas variedades de leche, pañales y mamilas. E incluso talco. Dormíamos tan poco porque brincábamos de la cama y corríamos al cuarto de James al primer quejido o movimiento extraño que veíamos en el monitor para bebés. Siempre estuvo bien. Y bañarlo siempre se convertía en una odisea marítima en donde los dos terminábamos mojados. Hubo muchas risas por nuestros errores de padres primerizos que Jamie tuvo que soportar en silencio.

Pero todo el cansancio y nervios por hacer bien las cosas, se compensaba cuando veíamos a James dormir en su cama, sin saber que cada día éramos más felices por tenerlo con nosotros.

De pronto, nos organizamos. Pero gracias a que Andrew contrató ayuda que solo se encargaría del departamento mientras que yo era mamá.

A Andrew le costaba mucho ir al trabajo en las mañanas, porque quería quedarse a ver crecer a James. Pero cuando regresaba, lo primero que hacía era botar todo en la sala y correr a cargar a James, y le preguntaba cómo había

sido su día entre pañales y biberones; siempre me arrancaba una sonrisa. También le hablaba de Allah, de cuanto amaba su hermana a Nirvana, *Songbird* y Harry Potter.

Después me decía que podía dormir un rato, y que él se haría cargo hasta que yo estuviera repuesta. Siempre espiaba a Andrew antes de ir a descansar, cuando se quedaba solo con nuestro hijo. Ponía su celular en las bocinas para tocar aquella música selecta para James; no eran canciones para bebés, sino música moderna, pero a un bajo volumen. A veces caminaba por la sala con él en brazos, otras se recostaban en el sillón, y le cantaba la canción en cuestión mientras acariciaba su espalda y daba uno que otro beso en su cabecita. James nunca lloró, por el contrario, siempre encontró paz en los brazos de su padre.

Pero no siempre manejaba la situación con facilidad. Un par de veces lo escuché hablar con su mamá cuando tenía alguna duda respecto al cuidado de James. Tal y como yo siempre lo hago con la mía durante el día.

Eran momentos de desesperación porque literalmente estábamos adivinando qué necesidad tenía nuestro bebé. Pero una vez que atinábamos, respirábamos profundo y disfrutábamos el momento porque habíamos dado un paso más en la experiencia como padres... Y ambos amábamos serlo.

Pasada la cuarentena, Robert nos canalizó con una colega para tratar nuestro miedo a salir a la calle con James. El miedo era lógico, según nos dijo la terapeuta; habíamos perdido a una hija y no queríamos perder a James.

Al principio dimos pequeños pasos que llegaban a la tienda cercana, hasta que llegó el día de nuestro aniversario y nos animamos a salir con él. Se nos ocurrió llevarlo al lugar en donde todo inició: Starbucks.

Se sintió tan irreal cruzar la puerta del local con James en la carriola y Andrew empujándola. Nos sorprendimos al ver que habían redecorado el lugar; por suerte, aun había un sillón largo en donde conocí a Andrew. Aun así se sintió como regresar a casa.

—Iré por las bebidas —me avisó Andrew en lo que me sentaba y acomodaba la carriola para vigilar a James sin problemas.

Andrew no tardó.

—¿Qué pediste? —le pregunté cuando me entregó mi café, que sin quitar la tapa supe que era un cappuccino.

—Vanilla caffè latte y dos tarta de moras y chocolate blanco.

Me carcajeé en lo que él se sentaba con todo su cuerpo hacia nosotros.

—¿Qué puedo decir? Starbucks ganó mi lealtad con eso... al igual que tú. Sonreí ahora apenada; aun lograba sonrojarme.

—Mira quién está despierto —dijo poniéndose de pie nuevamente para sacar a James de la carriola y sentarse con él en brazos.

James no lloró y solo disfrutó el estar despierto.

—Siempre tendré un cariño especial a este lugar —le comenté antes de beber mi café.

—Yo siempre seré incrédulo de lo que sucedió ese día —dijo, mirándome de reojo—. Cuando vine a checarlas, nunca imaginé que iba a conocer realmente a la madre de mis hijos... ¡Y ahora puedo decirlo literal!

Volví a sonrojarme.

—¿Qué opinas de comprar una franquicia de Starbucks? —preguntó con su atención en mí. Miré rápido a James, quien apretaba muy fuerte el dedo de Andrew y nos veía.

Solté una risita incrédula, pero Andrew no rió.

—¿Tienes tanto dinero para comprar una franquicia? —le pregunté sorprendida.

Hizo gestos de que así era.

—Tengo un fideicomiso que me dejó mi abuelo y rara vez lo ocupo, así que se está reinvertiendo todo el tiempo. Usé una parte para comprar el departamento. Estoy pensando también abrir uno para Jamie.

Abrí los ojos más sorprendida, ese departamento no era barato.

—Sí eres un niño rico de Chelsea —balbuceé, y Andrew rió entre dientes—. Estás nadando en dinero.

—Cariño, ¿cuánto tiempo llevamos de casados?

—Nueve meses... más o menos.

—¿Por qué te sorprende?

—Porque siempre creí que el dinero era de tus padres y que vivíamos con lo que ambos ganamos.

—Y así es.

—Eres un *Spencer*, ¿verdad, Andy? —pregunté inocentemente. A estas alturas, ya debería decirme la verdad.

—Bella, *somos* Spencer. Que jamás se te olvide —aclaró.

—Y si tienes mucho dinero, ¿por qué me diste una boda sencilla?

Cuando Andrew me llevó a París, entramos en una etapa de romanticismo. ¡Imposible no caer en su encanto si su único objetivo fue hacerme sonreír de nuevo! Y regresando, cerró el trato pidiéndome matrimonio. Fue muy sencillo

y en el momento oportuno.

Estaba en la ventana con la mirada perdida en la nada, pensando en lo fácil que fuimos felices en París, cuando llegó Andy y me abrazó por detrás. Sus labios acariciaron mi cuello hasta llegar a mi oído, luego me mostró un anillo.

La idea implícita me paralizó.

—¿Te casarías conmigo, Addison? —susurró su pregunta.

Mi corazón se disparó hasta el infinito, y en ese preciso momento supe que Andrew y yo estaríamos juntos por siempre. La vida nos puso a prueba tan terriblemente que ahora nos merecíamos esta felicidad.

Mi beso devoto le respondió que deseaba pasar toda mi vida con él... amándolo más cada segundo.

—¿Addison? —me regresó Andrew de mis pensamientos—. ¿En dónde te perdiste?

—En tu propuesta de matrimonio.

—¡Ah, bueno! Mi respuesta es porque eso fue lo que quiso la *devoradora de sueños*... Yo le hubiera dado una boda *Real* si ella lo hubiera querido así.

Tenía razón. Quise algo sencillo porque no quería pasar meses planeando una boda fastuosa cuando solo quería ser llamada la señora Spencer.

Además, en ese transcurso fue cuando me enteré que estaba embarazada y la boda pasó a segundo término. Sin embargo, reconozco que estaba muy emocionada el día que fui con mi mamá, mi abuelita, Sybil y su bebé, una traviesa niña, a escoger mi vestido de novia.

Me enamoré del primer vestido; era sencillo y muy romántico. Incluso las mujeres de mi vida se derritieron viendo a la *devoradora de sueños* desbordando felicidad. Seguramente, ellas pensaron al verme perdida en mis pensamientos, que estaba imaginando la sonrisa que Andrew tendría en el rostro al verme así. Pero en realidad estaba dándome cuenta que no he estado equivocada en cuanto a las bodas. Todo esto era para la “dicha” de los demás, nuestra verdadera felicidad estaba creciendo en mi vientre.

¡Eso era lo que no podía dejar de ver en mi reflejo! A la representación de mi amor por Andrew, y la promesa de que siempre lo amaré.

Sonreí por ese hermoso recuerdo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con todas esas libras? ¿Ir a Burberry, Tiffany...? —pregunté curiosa.

—Nuestros anillos de bodas son de Cartier.

Me quedé boquiabierta.

—No lo parecen —le comenté mirando mi elegante argolla.

—Porque te gustan las joyas sencillas pero elegantes... O al menos eso me dijo tu mejor amiga.

—¡Demonios! —espeté entre un lamento burlón—. Te casaste con una mujer sencilla.

—Sí, lo sé. Eso fue lo que me enamoró de ella cuando tuvimos nuestra cita y me aceptó un té.

—Y una ida al zoológico.

—Sí. A todo esto, escucha el plan que tengo para hoy.

—Se supone que yo soy la de los planes.

—No esta vez. Escucha y dime que te parece, ¿okay? —le sonreí para que continuara—. Después de terminar aquí, iremos al zoo. James tiene que conocer el lugar donde su mamá me besó por primera vez. Luego iremos a casa de tu madre para que lo cuide hasta mañana. Regresamos a casa a...

—¿A tomar un té? —pregunté con tono algo burlón.

Retuvo una risita; sin embargo, hizo que James sonriera.

—Algo sucede con el té y nosotros —comentó. Le hice gestos de confusión—. Ya relaciono el té con el sexo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque siempre que decimos que vamos a tomar té, terminamos en la cama cogiendo.

Me carcajeé algo sonrojada, y James me imitó sin saber que su papá estaba jugueteando.

—Esa debería ser nuestra palabra clave: “Cariño, ¿no se te antoja un té?” Así sabré que nos deseamos en ese instante —comenté.

—Mmm, bella, cada manoseo que te doy es porque quiero estar contigo. Siempre te deseo —aclaró, logrando sonrojarme de nuevo. Agregó—: Pero me gusta.

Me acerqué a él para robarle un beso, y luego lo miré tomar su café con cuidado para no derramarlo sobre James, quien ya se había vuelto a dormir. Aun era tan chiquito nuestro bebé.

Se sentía tan seguro con nosotros que en un segundo podía estar despierto y al siguiente caer dormido. No tenía ninguna preocupación... más que jugar.

—¿Qué sucede? —me preguntó Andrew algo preocupado por mi embobamiento.

—Eres un hombre al que jamás dejaré de amar. Y sé que seguirás siendo un padre maravilloso —le respondí.

—Okay, espera un segundo —pidió poniéndose de pie para dejar a James

en su carriola. Abrió los ojos un poco pero volvió a caer dormido.

Luego Andrew se volvió a sentar, me jaló para abrazarme mientras que su mano dirigió mi rostro cerca del suyo para besarme pecaminosamente. Le importó un comino que estuviéremos en Starbucks.

—Te amo —susurró antes de que sus labios dejaran los míos por completo. Me acurruqué en sus brazos y agregó—. Entonces, retomando mi plan: quiero que *mi chica Starbucks* tenga su propio Starbucks.

Solté una risita.

—Está bien —cedí—. ¿Tendré que administrarlo?

—Esa es la idea. A menos que quieras seguir rompiendo sueños.

—No, ya no soy buena para eso... según Jennifer.

—Entonces, es un plan. Mañana veremos qué hay que hacer para adquirir una franquicia, y cuando ya la tengamos, renuncias a tu trabajo.

—Okay. Buen plan.

—Por cierto, el primer café tendrás que hacerlo tú.

—¿Vanilla caffè latte? —le pregunté mirándolo.

—Sí, con una tarta de moras y chocolate blanco —respondió de camino a mis labios. Pero fuimos interrumpidos por el quejido de James.

Me apresuré a cargarlo, después Andrew me pasó la mamila para alimentarlo.

—No sé si te lo he dicho antes —dijo, llamando a mi mirada—, pero gracias por haber aceptado esa primera cita conmigo. Desde entonces amo la vida a tu lado.

Sonreí muy feliz.

TRECE MESES DESPUÉS

Me acerqué a Andrew con paso cuidado.

—Un vanilla caffè latte grande y una tarta de moras y chocolate blanco para el hombre de mi vida —dije poniendo las cosas en la mesa—. Y un chocolate ultra light para mi corazoncito.

Andrew rió y Jamie, quien estaba en su regazo, lo imitó. Siempre se unía a su padre cuando lo hacía, aun no descubríamos por qué, pero siempre nos daba más risa su exageración.

Andrew me tomó de la mano para jalarme y besarme en los labios antes de sentarme.

—Aún me excita el uniforme, bella. ¿Te lo puedes poner al llegar a casa? —balbuceó después con la clara intención de besarme más apasionado.

—No enfrente de Jamie —le dije con una sonrisa satisfecha de aun alborotar a mi esposo.

—Mamá —me llamó Jamie con su tierna voz, y extendiéndome los brazos para que lo cargara, pero no lo hice hasta que me senté.

Entonces, Andrew tomó un pedazo de tarta de moras y se lo dio. Al principio no se decidía si abrir la boca o no, pero cuando vio que su papá le retiraba la comida, con su manita regresó la cuchara a su boca.

—Eres un travieso, corazoncito —dije a Jamie después de que comió la tarta, luego lo apretujé y besé causándole un ataque de risa. Andrew se me unió haciéndole cosquillas que lo hicieron retorcerse, casi se me cae del regazo. Fue cuando lo dejamos en paz.

Andrew siguió dándole de la tarta.

—Nunca creí que poner este Starbucks fuera tan difícil —comenté bebiendo de mi cappuccino con cuidado para no quemar a Jamie.

—Lo fue porque eres perfeccionista cuando se trata de tus sueños.

—Tienes razón. Pero es que esto no salió nada barato.

—Y sigues preocupándote por el dinero —comentó Andrew volteando los ojos—. Ya te he dicho que lo vamos a recuperar.

—Lo sé —dije bajando a Jamie al piso para que se sujetara de la mesa. Aun no dominaba correr pero ya le gustaba caminar, porque ahora podía ir hacia esos objetos que antes siempre atraparon su curiosidad desde lejos. De inmediato James fue por más tarta de moras; por suerte, Andrew alcanzó a detenerlo antes de que jugara con él antes de comérselo. Agregué—. Nos vamos a quedar pobres si sigues cumpliendo nuestros sueños.

Nos distrajimos cuando Jamie empezó a cantar “¡Yeah, yeah, yeah!” mientras golpeaba la pequeña mesa sin ritmo. De inmediato reconocimos que era la canción de Nirvana que Andrew aseguró iba a enseñar a Ellah a amar. Cuando solté una risita, Jamie volteó a ver a Andrew con esa sonrisa traviesa que nos ganaba siempre.

—¡Definitivamente es mi hijo! —exclamó Andrew orgulloso de que siguiera sus gustos musicales.

Reí más. Andrew ha escuchado esa canción con Jamie en la sala, era lógico que le gustara solo porque su papá se volvía loco con ella.

Andrew también rió, a lo que Jamie calló para voltear a verlo de nuevo y reír también exagerado, luego regresó a la tarta de moras y la picoteó con su dedito como si fuera su gelatina mañanera.

—¡Pan, mamá! —me dijo Jamie señalando la tarta.

—Sí, corazoncito, es pan. Come todo lo que quieras —le dije. Jamie no tardó en hacer caso de mi sugerencia pero empezó a hacer un batidillo; entonces, Andrew le ayudó a cortar unos pedazos para que se los comiera fácilmente.

—Amor, lo he visto en tu rostro desde que te conozco —continuó Andrew la conversación interrumpida por Jamie—. Te gustaba trabajar con Jennifer pero tener uno de estos es lo que siempre has querido. Además, cuando te puse esa argolla, prometí hacerte feliz, y seguiré haciéndolo hasta que dejes de amarme.

—¡Uff, nunca dejaré de amarte! —exclamé, a lo que Andrew sonrió. Agregué—. Pero, sabes, este era un sueño que solo iba a alcanzar casándome con un niño rico de Chelsea.

Andrew rió entre dientes por mi broma mientras veía que tomaba su mano... Y Jamie también rió.

—Bueno, amor, por suerte te casaste con uno que siempre dará todo por verlos sonreír —aclaró cargando a Jamie para hacerle cosquillas; aún tenía su risa de bebé.

—Mmm, cariño, ¿no se te antoja un té? —le pregunté cuando vi la escena más hermosa de la vida: Andrew jugando con nuestro hijo. A lo que sonrió deleitado por el significado de la pregunta. Continué—. Tengo un buen plan para hoy, amor —tomé el chocolate de Jamie para darle un poco a beber; sonrió emocionado cuando olió que era chocolate—. Llevaremos a Jamie con tus papás porque sí quiero ponerme el uniforme para conquistar de nuevo a mi niño rico de Chelsea.

Andrew soltó una risita conquistadora.

—Mientras no aparezca Robert a interrumpir todo de nuevo —comentó.

—¡No! Esta vez sí lo corremos... De hecho, no sé por qué no lo hice esa vez.

—Porque creo que te intimidó mi invitación a estar en tu..., ya sabes —dijo consiente de que no podía decir *vagina* enfrente de Jamie, quien ya empezaba a repetir palabras que le parecían nuevas.

—No, no fue eso. ¡Me moría de ganas por hacerlo contigo! La verdad es que quería estar completamente a solas contigo. Y hacerlo con Robert en el siguiente cuarto, era como hacerlo en casa de mis padres.

—¡Ah! Ojalá lo hubiera sabido en ese momento. No hubiera pasado como un... —calló. También las malas palabras estaban prohibidas enfrente de Jamie. Continué— hombre obsesionado por el té y no el sexo.

Reí entre dientes.

—Como sea, me enamoraste desde el primer segundo que te vi —aclaré.

—Mmm, yo sentí algo curioso cuando Brad me habló de ti... —carraspeó un poco—. “La otra es más angelical. Ojos verdes, cabello castaño, algo pecosa... Es bonita” —confesó inclinándose a mí para darme un beso rápido—. Y cuando te vi... ¡Bum! Fui tuyo ya.

Me sonrojé mucho.

—Te confieso que no hubiera pasado otro día sin que te robara un beso entonces...

—No era necesario. Yo tenía toda la intención de robártelo en cuanto me respondiste que no tenías novio, solo que tardé porque estaba intimidado con tus manoseos coquetos —aclaró interrumpiéndome.

Entonces, Jamie se restregó en el pecho de Andrew y buscó que lo acunara, siempre lo hacía cuando quería dormir en sus brazos. Le pasé el biberón para que lo durmiera más rápido.

Ver a Andrew con Jamie en brazos siempre me ha llenado de una felicidad tan alcanzable. Todo parece fácil de lograr a lado de ellos dos.

Los amaba infinitamente.

A veces la vida es injusta. Te arranca a las personas sin importarle que tu alma pueda irse con ellas. Andrew y yo perdimos una parte de nosotros cuando nuestra pequeña princesa falleció. Pero ahora estábamos más unidos que nunca, llenando cada uno de nuestros segundos con el amor del otro y el de Jamie.

La vida que ambos adelantamos sin planearlo, cambió por una que jamás competirá con la que pudimos haber tenido con nuestra nena, pero es una que sé será igual de bella.

Andrew una vez me dijo que fue demasiado ciego cuando me conoció, que siempre tuvo a la felicidad frente a él y nunca la vio... Hasta que la soledad le quitó la venda y le mostró sus verdaderos sentimientos por mí.

Yo también me sentí así cada segundo separados.

Pero ahora, con mi *niño rico de Chelsea* a mi lado y mi adorado James, seguiré viviendo esta vida con amor y esperanza.

Porque ahora podemos ver a la felicidad claramente.

AGRADECIMIENTOS

Aun después de tantos libros quiero agradecerles por todo el apoyo que me han dado, ya sea con un comentario, con un detalle en imagen, o con solo dar *Like* a mis posts.

A mi familia que me ha apoyado y ayudado mucho con este sueño.

A mis Beta Readers, quienes sigo creyendo que sus observaciones siempre son un camino iluminado para mí. Sobre todo a Bel Cortés y Ale Peña, cuya amistad y opiniones aprecio mucho. Y por siempre estar a un mensaje de distancia. ¡Gracias por tan linda amistad!

A Lucy Montiel, Fanny Musa, Roxy González, Ana Monsalve, Flor de María Morales, Auro Nicko Mejía y Grizeldy Centurion... si que saben poner sonrisas en mi rostro. ¡Muchas gracias por ser tan lindas conmigo!

A las escritoras Lúthien Númenessë, Mile P.D. Bluett, Isa Quintin y Rotze Mardini, se merecen mucho más éxito del que ya tienen.

Y no por menos importancia, gracias a ti, mi querido lector, que aún me permites contarte historias que sé volarán más alto gracias a ti. ¡Aun faltan más historias por contarte!

¡Mil gracias a todos!

DERECHOS DE AUTOR & RENUNCIA DE RESPONSABILIDAD LEGAL

Starbucks o Starbucks U.S. Brands, LLC bajo la licencia de Starbucks.

Fundadores: Jerry Baldwin, Zev Siegl y Gordon Bowker

Fundada el 31 de marzo de 1971 en Pike Place Market, Elliott Bay, Seattle, Washington, U.S.

Sitio Web: <http://www.starbucks.com>

Las canciones mencionadas en esta historia son solo para ambientar la trama. La escritora no se adjudica los derechos de autor que pertenecen a:

Ballad of the mighty I de Noel Gallagher's High Flying Birds

Album: Chasing yesterday

Fecha de lanzamiento: 13 de enero de 2015

Escritor: Noel Gallagher

Productor: Noel Gallagher

Disquera: Sour Mash

Breath me de Sia

Album: Colour the small one

Fecha de lanzamiento: 19 de abril de 2004

Escritor: Sia Furler y Dan Carey

Productor: Jimmy Hogarth

Disquera: Systemtactic, Go! Beat, Astralwerks

Lithium de Nirvana

Album: Nevermind

Fecha de lanzamiento: 13 de julio de 1992

Escritor: Kurt Cobain

Productor: Butch Vig

Disquera: DGC

Songbird de Oasis

Album: Heathen chemistry

Fecha de lanzamiento: 3 de febrero de 2003

Escritor: Liam Gallagher

Productor: Oasis

Disquera: Big Brother

Little James de Oasis

Album: Standing on the shoulders of giants

Fecha de lanzamiento: 2000

Escritor: Liam Gallagher

Productor: Mark Stent y Noel Gallagher

Disquera: Big Brother, Epic

TÍTULOS DISPONIBLES

Trilogía El Despertar

El Despertar
El Renacimiento
La Restauración

Bilogía El Recolector

Fuera de la vida
Revelaciones

Serie Welcome to London

(Todas las historias de esta serie son independientes y pueden leerse sin un orden en específico)

Encuétrame
Espérame
Recuérdame

Serie Detrás de la música

Rhys
Liam

Novelas independientes

El alma de Dorian

Novelas Cortas

Expiación

Relatos

La llamada (Romance en tinta: antología)

EN LÍNEA

Suscríbete a mi [newsletter](#) para recibir información, promociones y más.

Sitio oficial

<http://www.yunnuengonzalez.com>

Twitter

<http://twitter.com/YunnuenGonzalez>

Facebook

<http://www.facebook.com/YunnuenGonzalezEscritora>

Goodreads

<https://www.goodreads.com/YunnuenGonzalez>

^[1] Maestro del café: es el reconocimiento más alto en Starbucks. Los baristas pasan por una rigurosa capacitación de cinco niveles en donde son juzgados por expertos en la materia.

^[2] Es el café obtenido de granos que, tras ser ingeridos por la civeta, pasan por su tracto intestinal y son expulsados entre sus heces. El grano interno del café no es digerido, pero sí es modificado químicamente por las enzimas presentes en el estómago de la civeta, que añaden sabor al café, rompiendo las proteínas que producen su amargor. Es un café de alto precio. Fuente: Wikipedia.